Jordi
Sierra i Fabra
La conexión
maltesa
Serie Magda Ventura

Hace trece años que Rafa, el prometido de Magda, fue asesinado de un tiro en la nuca. Trece años en los que Magda ha intentado mantener a raya la culpa de una investigación que nunca llegó a cerrarse del todo.

Cuando en Malta un hombre sufre un atentado y se descubre que la bala salió de la misma arma con la que se mató a Rafa, Magda no espera un solo segundo para viajar a la isla y emprender una investigación por su cuenta. Allí se enfrentará no solo a la verdad, al descubrimiento del pasado y a las razones de aquel complot, sino también a una de las grandes tramas de tráfico de armas de la historia reciente, con ramificaciones en muchos países, de Ucrania a España, y puertos de embarque como los de Barcelona y Valencia.

Esta novela es un fiel retrato de acontecimientos pasados pero que también están sucediendo ahora mismo. Una vez más, Magda se jugará la vida, esta vez por sí misma, solo y enfrentada a lo desconocido.

Jordi Sierra i Fabra

La conexión maltesa

Magda Ventura: 03

ePub r1.0
Titivillus 25.02.2023

Título original: *La conexión maltesa*
Jordi Sierra i Fabra, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

1
Domingo

2
Lunes

3
4
5
6
Martes

7
8
9
10
11
Miércoles

12
13
14
15
16
17
18
Jueves

19
20
21
22
23
24
25
Viernes

26
27
28
29
Sábado

30
Lunes

31
32
33
34
35
36
Martes

37
38
39
40
41
42
43
Tres días después

44
Agradecimientos

Sobre el autor

1

Regresar al frío de Barcelona después de unos días en un lugar cálido era todo un contraste. La gente había subido al avión con la piel tostada, cuando no directamente quemada, gorras y sombreros ridículos y camisetas de manga corta, y algunos incluso con pantaloneros y sandalias. La metamorfosis a lo largo de las siguientes horas había sido total. Como mucho, quedaba alguna gorra haciendo juego con las bolsas de las compras del último momento. Al bajar del avión todo eran pantalones largos, jerséis y zapatos, caras de resignación y sueño por el cambio de horario. Eso, más los comentarios de rigor.

—¿A cuánto ha dicho el piloto que estábamos? ¿Cuatro, cinco grados?

—No estoy seguro. Como lo ha dicho en inglés…

—¡Si el vuelo llega a España yo no sé por qué demonios lo han de decir todo en inglés!

—¿Porque la compañía es alemana?

—¡Pues que lo digan en alemán!

De cada diez pasajeros, después de levantarse y acarrear los bultos de mano de los portaequipajes superiores, nueve ya tenían el móvil en la mano. Los más afortunados, los que habían conseguido establecer línea con rapidez, empezaban a llamar para avisar de que «ya habían llegado». Del silencio se pasó a una larga serie de conversaciones realizadas más o menos en voz alta. Sus vecinos de vuelo y ella misma eran de los pocos que no miraban el teléfono.

De la ansiedad por no fumar se había pasado a la ansiedad por no estar conectados.

—Pues ya estamos de vuelta, ¿no?

Magda había intentado por todos los medios que el matrimonio de mediana edad con el cual había compartido la fila de tres en la

parte izquierda del avión no le diera la vara. Lo había conseguido a medias. Unas veces dormitando, otras viendo una película en su iPad y algunas tomando notas para un reportaje. Pero a la que se descuidaba, o en las comidas, o cuando la señora, que iba en medio, le pedía permiso para levantarse e ir al baño, era imposible no contestarle. Magda, como siempre, iba en el asiento del pasillo. Por norma.

—¿Se lo ha pasado bien?

—Sí, sí, muy bien. —Miró hacia la cabina del piloto para ver si los de las primeras filas estaban ya bajando del aparato.

—¡Encima nos dejan en mitad de la pista! ¡Ahora hay que coger el autobús ese hasta la terminal! —protestó alguien—. Menos mal que no llueve, porque si no…

—Baja la voz, Mariano —le dijo la señora que iba con el protestón.

—¡Si es que nos tratan como ganado! —Siguió enfadado el hombre.

La mujer que había sido su vecina a lo largo de las más de diez horas de vuelo la miraba ahora fijamente, sin disimulo. Tendría unos cincuenta años. Magda sabía que, en cierto modo, era transparente, y más para una comadre experimentada y de buen ojo. La mano izquierda sin anillo, la mañera cómoda de vestir, la firmeza de los rasgos, el carácter que emanaba de ellos, el revelador tono de voz. Una mujer de cuarenta y dos años viajando sola. Una mujer potente y poderosa, no por tamaño, ni por belleza, solo por ser alguien de mundo.

—Qué rápido se pasan unos días de vacaciones, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Mañana vuelta a la rutina.

—No todo es rutina.

La fila no avanzaba. Magda temió que la mujer le preguntara a qué se dedicaba. Se encontró con los ojos del marido. Unos ojos cansinos, y no por las horas de vuelo. El hombre pareció pedirle perdón por la curiosidad de su esposa. Teniendo en cuenta que no se trataba de dos jubilados que podían tomarse unas vacaciones justo después de Navidad, casi le dio por pensar que acababan de celebrar sus bodas de plata.

Al final se guardó para sí misma esa información. La fila ya

avanzaba.

—Adiós —se despidió.

Se dio la vuelta y eso fue todo. El resto del desembarco tuvo el mismo tono cansino de siempre. Avanzar por el pasillo, corresponder a la sonrisa final de las azafatas, bajar por la escalerilla exterior, meterse en un abarrotado autobús lanzadera, esperar, oír más y más voces anunciando sus llegadas a través de los móviles y más y más quejas de los irredentos, nunca satisfechos por nada.

—¡Ahora a esperar el equipaje una eternidad!

El placer de viajar.

Ella no llevaba más que el equipaje de mano. ¿Para qué más? ¿Qué se necesitaba en una playa salvo un par de trajes de baño, un par de *shorts* y un par de camisetas, al margen de lo concerniente a la higiene personal? Si hacía falta algo más, se compraba y listo. La gente, sin embargo, cargaba maletas llenas de cosas «por si acaso» que nunca necesitaban.

Llegó a la terminal, pasó el control de pasaportes, recorrió la correspondiente distancia hasta la salida por el obligatorio centro de las tiendas, cruzó la sala de recogida de equipajes y bajó por la rampa para llegar a la parada de taxis. Le pidió al cielo que no le tocara un taxista hablador, de los que preguntaba de dónde venía y, por el hecho de ser una mujer sola, intentara el palique superfluo. Tuvo suerte. El taxista debía de ser como mínimo pakistaní. Ni una palabra. Aunque la dirección no era complicada, puso el GPS por si acaso.

Luego, viajando en el taxi, vio cómo Barcelona se acercaba a ella. Le sucedía con cada regreso. No era ella la que se sumergía en la ciudad. Era la ciudad la que la acogía, abriéndose a su encuentro.

Nunca había querido vivir en ninguna otra parte. Estuviera donde estuviese, sabía que allí estaba su casa y que, al final, regresaría. De una pieza. Aunque, al menos después de lo de Afganistán, por poco.

Al entrar en su piso llenó los pulmones de aire. Todo bien, todo perfecto.

Dejó la bolsa de mano en la cama y se quitó los zapatos. Siempre lo primero. Lo siguiente era, finalmente, llamar por teléfono. Como los del avión, pero en privado. Odiaba portarse bien; sin embargo,

sabía de sus obligaciones familiares. Cuando estaba fuera, les advertía: nada de llamadas. Ya era mayorcita. Si estaba trabajando no podía perder el tiempo. Lo malo era que, esta vez, no regresaba de un trabajo, de hacer un reportaje. Volvía de unos días de descanso.

Como siempre después de Navidad. La única forma de superar la depresión de las fiestas.

Se rendía en Nochebuena, Navidad y Nochevieja. Madre, hermana, sobrina… Pero el día 2 se iba. A cualquier parte mientras fuese un lugar cálido.

—¿Sí?

Le extrañó oír la voz de su cuñado Saúl.

—Soy yo.

—¡Hola! ¿Todo bien?

—Sí, sí.

—Te paso con Blanca. Es que tenía el móvil aquí al lado. Ahora viene.

Ninguna pregunta más, ni de cómo le había ido lo de tumbarse en una playa con un libro. Quizá fuera que había preguntas superfluas. Saúl era parco. Siendo promotor inmobiliario debía guardarse la labia para los clientes. Le oyó gritar mientras tapaba el altavoz del teléfono y a los cinco segundos apareció en la línea la voz de su hermana.

—¡Vaayaa! —Alargó las dos vocales—. ¡Dichosos los oídos!

—Ni que llevara un mes fuera.

—¿Qué tal, mucha marcha?

—¡Uy, sí! —Soltó un bufido—. Estaba en una cabaña a tres pasos del agua, y de las ocho habitaciones del lugar, la mitad vacías.

—Pero habría algo más, ¿no?

—Paz y silencio, Blanca.

—Pues ya me dirás tú qué aburrimiento.

—Mi vida ya es lo bastante agitada como para encima irme de vacaciones a hacer la loca.

—Así que ni siquiera has ligado.

—¡Pero qué manía tenéis con lo de que viajar sola es para desmadrarse!

—Yo lo haría.

—Blanca… —Suspiró ya cansada de buenas a primeras—. Anda, menos lobos, que cuando éramos jóvenes y salíamos de marcha…

—Era la pequeña —se defendió su hermana—. Tú lo acaparabas todo.

—Bueno, mira… —Se cansó del tema—. Lo he pasado bien, tranquila, relajada, desconectada, y ya estoy aquí. Eso es todo. ¿Mamá está bien?

—¿No la has llamado?

—Primero hablo contigo. Me das el parte y así voy preparada y sobre aviso.

—Sí, está bien. Como siempre.

«Como siempre» no era ningún alivio. Pero también podía ser peor. Si se encontraba mal y no las pillaba a Blanca o a ella, telefoneaba directamente a urgencias y pedía una ambulancia. No era la primera, ni la segunda ni la tercera vez que tenían que ir a buscarla por una falsa alarma.

—¿Y Alba?

—A esta hora no la pillas. Llámala al móvil.

—No, dile tú misma que ya he llegado a Barcelona. Igual está con un chico haciendo algo —la pinchó deliberadamente.

—¡Magda!

Le encantaba ser mala.

—Voy a llamar a mamá. Hasta luego.

Cortó la comunicación para ahorrarse más cháchara y tomó aire antes de marcar el número de su madre. Le esperaban cinco o diez minutos de discusiones tontas, protestas estériles y diálogos repetidos una y mil veces. A veces imaginaba a otras madres, las de los actores o actrices famosos, futbolistas o deportistas en general, y le costaba encuadrar a la suya en algún grupo concreto.

De acuerdo, ella era periodista, y no de despacho precisamente, sino de pisar la calle, hacer preguntas comprometidas, meterse en líos y, a veces, arriesgar la piel. Pero para su madre todo aquello equivalía a jugar con la muerte a diario, como ser policía o astronauta.

Astronauta.

Sonrió. Se imaginó en el espacio, a más de cincuenta millones de kilómetros de distancia, en la órbita de Marte, y a su madre llamándola para preguntar cómo estaba y si la comida en tubo y

pastillas era buena.

Oyó el tono hasta la apertura de la línea.

Luego, la voz.

—Hola, Magda.

—Hola, mamá.

Silencio.

—¿Mamá?

Cerró los ojos.

Su madre todavía tardó tres segundos más en responder.

—Ya era hora, ¿no? ¿Estás viva?

—Sí, mamá, estoy viva. Los Mau Mau no me han comido. —¿Los quién?

—Nada, olvídalo.

—¿No te ibas al Caribe?

—De allí vengo.

—Ni una llamada en todos estos días. Si es que…

—Mamá, ¿tú qué entiendes por desconectar?

—¡De tu madre no se desconecta, ni de la familia!

—¿Te llamo luego?

—¿Para qué?

—Veo que te pillo en mal momento.

—¡No digas burradas, Magdalena!

Cuando la llamaba «Magdalena» era porque estaba enfadada. Y de un enfado podía pasar a «darle algo».

Se revistió de su cada vez menos habitual paciencia y dijo:

—Te he traído un regalo.

Eso la calmó.

—¿Ah, sí? —Serenó la voz—. Esto quiere decir que vas a venir a verme hoy, ¿no?

DOMINGO

2

Al entreabrir los ojos, tardó unos segundos en reaccionar.

No era su cama, ni su habitación ni su casa. Lo reconoció todo al instante y sonrió. Néstor.

Volvió a cerrar los ojos. Esperó unos segundos y se desperezó extendiendo brazos y piernas, como una niña feliz y despreocupada. No tenía ni idea de la hora, pero tampoco le importaba demasiado. La luz del día se filtraba por las rendijas horizontales de la persiana atravesando el grosor de la cortina ligeramente opaca. Soportaba bien los malditos *jet lags*, así que si era tarde no se debía al cansancio o el cambio de horario. La noche había sido plácida, los prolegómenos eróticos dignos de los días que llevaba sin hacerlo, disfrutando de su retiro solitario. Si algo tenía la casa de Néstor era justamente aquello: el silencio que invitaba a la paz y proporcionaba una mágica sensación de bienestar.

Eso y que todo era mucho más grande que en su piso, comenzando por la bendita cama.

Pasó la mano por las sábanas de seda negra. A veces pensaba que se podría acostumbrar a vivir bien. Más que bien.

Aunque luego, cuando investigaba algo o iba en pos de una noticia, tuviera que dormir en cuchitriles infectos en más de una ocasión.

Continuó en la cama unos minutos, con los brazos por detrás de la cabeza y la vista, ya habituada a la penumbra, fija en el techo. Néstor era un amante delicado, un sibarita del sexo. Tal vez esa fuera la razón de que se entendieran tan bien. Los dos disfrutaban, libres. No había otra razón de ser. No había peleas ni ataduras. No había un mañana inmediato. Solo un presente activo, renovado, vital.

Pensó en levantarse y disfrutar de la enorme ducha y la bañera con *spa* del cuarto de baño que la esperaba a menos de cinco pasos. Entonces se abrió la puerta y por el quicio apareció él.

Ella seguía desnuda, Néstor cubierto por su batín. En este caso, y

aunque no era de seda como las sábanas, la tela era igualmente suave pero roja.

Excéntrico Néstor.

—Buenos días —dijo al ver que estaba despierta.

—Buenos días —musitó ella.

Su compañero se acercó a la cama.

La miró unos instantes, todavía de pie.

—Espléndida —aseguró.

—Sí —se burló Magda—. Soy como las de las películas, que se despiertan tal cual se han acostado, maquilladas y todo.

—Yo solo digo que estás espléndida. Te han sentado bien estos días de sol. Estás dorada.

—Nunca sé cuándo hablas en serio.

—Yo siempre hablo en serio. —Néstor se sentó a su lado, se inclinó sobre ella y la besó, primero en la frente y después en los labios, con suavidad. Un beso matutino—. Te he dejado dormir.

—Gracias. ¿Y tú?

—No creas que hace mucho que me he levantado. Apenas veinte minutos. Me gusta ducharme contigo.

—Pero solo ducha, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—La última vez que te dio el arrebato en la bañera nos caímos.

—¿Me dio?

—Bueno, nos dio. Pero tú empezaste.

—Es que estabas enjabonada, lustrosa.

—Ya.

—¿Qué quieres que le haga? —Se encogió de hombros—. Estaba preparando el desayuno. ¿Te lo traigo a la cama?

—¿En una bandejita, con una rosa y los periódicos al lado?

—Tanto no. Solo el desayuno. No he ido a comprar los periódicos ni tampoco he bajado a podar los rosales.

—La perfección no existe —bromeó Magda.

—No, pero tienes cara de haberla rozado.

—Eres un creído.

—No lo decía por el sexo.

—Ya. —Alargó los brazos hacia él—. Ven.

Néstor se inclinó totalmente sobre ella. Dejó que lo abrazara. Magda le acarició la nuca hundiendo las uñas en su enmarañada

cabellera. Durante unos segundos, bastantes, no dijeron nada.

El silencio lo rompió el dueño de la casa.

—Me alegro de que me llamaras anoche.

—Necesitaba… —No terminó la frase.

—¿Un buen polvo?

—No lo estropees, va. No me gusta cuando te pones en plan *macho man*, aunque sea en broma. Iba a decir que necesitaba hablar con alguien, tocar a alguien, que alguien me tocara a mí… Pasar sola unas vacaciones está bien, pero después…

Néstor se separó un poco, para mirarla a los ojos.

—¿Por qué nunca hemos ido juntos de viaje? —le preguntó.

—Porque eso lo hacen las parejas —repuso ella—. Y tú y yo no lo somos. Un viaje juntos sería de lo más formal.

—Y divertido.

—También. Pero sobre todo formal. Además, te conozco. Nada de compartir las cuentas y dormir en un tres estrellas, que para algo estás forrado: pagarías tú. Me llevarías al mejor hotel y venga lujos asiáticos. ¿Quién se resiste a eso?

—Mira que eres rara.

—Yo no soy rara.

—Pues tuya.

—Eso sí: muy mía. Hay algo más y lo sabes.

—¿Qué es?

—Igual nos vamos al quinto pino y no salimos de la cama.

—Eso también.

—Pues para eso ya estamos bien aquí, lo hacemos cuando nos apetece y luego cada cual a su casa.

Esta vez, Néstor le besó la punta de la nariz.

—¿De verdad te has limitado a tomar el sol y leer?

—Sí. ¿Qué querías que hiciese?

—No sé. Cuando una mujer viaja sola se corre la voz y siempre revolotean los candidatos.

—Te las sabes todas, ¿eh?

—Así que revolotearon.

—Un par de guapos de piel cobriza, cuerpos esbeltos y mucho desparpajo.

—Y tú, incólume a sus encantos.

—No tenía ni para empezar, pobrecillos.

—¿Qué hacían?

—Nada. Muy educados. Pasaban por delante de mí un par de veces de ida, un par de vuelta, esperaban, y al ver que yo estaba a lo mío, se iban. Uno llevaba un pantaloncito tan apretado y la tenía tan grande que era un espectáculo.

—¿En serio? —Contuvo la risa.

—Qué voy a contarte que no sepas.

Se quedaron mirando otra vez. Sonreían. A Magda le rugió el estómago. Néstor lo notó.

—Voy a traerte el desayuno.

—No hay prisa —lo retuvo ella—. Ven, tiéndete a mi lado un rato.

Él hizo ademán de ir a apartar la sábana.

—No. —La estiró a ambos lados del cuerpo—. Ponte encima. Si te metes debajo empezarás a tocarme.

—Por la mañana es…

—Hoy no —dijo ella con dulzura.

—Desde luego has venido de un relajado…

Se quedaron quietos. Era Magda la que lo rodeaba con el brazo y Néstor el que apoyaba la cabeza entre la axila y el pecho. Sus respiraciones se acompasaron.

—¿Has trabajado en algo estos días? —preguntó él pasados un par de minutos.

—Sí, un poco. Pero nada importante. Ya que estaba allí, tomé fotos de la isla, hablé con un par de personas… Pura rutina. Pero si te enamoras de un lugar está bien aprovecharlo, como hacen los que se dedican a comentar viajes o sitios lejanos y desconocidos a los que va poca gente. Providencia es un paraíso minúsculo y único, puedes creerme. Tenía dos o tres kilómetros de playa blanca, llena de palmeras y sin nadie, con el mar quieto y de un verde y un azul únicos. Parece mentira, un pedacito de tierra idílico perdido ahí en medio del océano. Para llegar hay que ir hasta la isla principal, San Andrés, desde Bogotá o Medellin, y luego tomar un pequeño avioncito que salta hasta Providencia en veinte minutitos. Son colombianas pero las dos están delante de las costas de Nicaragua.

—En cuanto hables de ellas en *Zona Interior* se llenarán de turistas. Te harán un monumento.

—Mejor no. Prefiero que siga siendo un paraíso autosostenible.

—¿Cuánto hacía que no te tomabas unos días de descanso?

—No sé, la tira. Y me doy cuenta de que lo necesitaba.

—Descubrir la verdad de lo que sucedió en Herat te agotó, no lo niegues.

—En parte sí. —Se encogió levemente de hombros—. No sé, supongo.

—Y mostrar el valor de escribir un reportaje sobre los militares, el tráfico de drogas… Hay que tener ovarios.

—Gracias.

—Sabes que lo digo en serio.

—Al menos, por esta vez, no hubo quejas. El Ministerio de Defensa ni siquiera publicó una nota. Dieron la callada por respuesta. Supongo que, a fin de cuentas, aquello sucedió hace años y ninguno de los implicados lleva ya uniforme. También es cierto que aprovechados los hay en todas partes.

—¿Llamas aprovechados a gente que monta una red de tráfico de drogas desde Afganistán?

—Déjalo. Prefiero no recordarlo. —Suspiró.

Pero Néstor estaba hablador.

—¿Y tu próximo reportaje?

Magda no contestó.

—¿Tienes algo en la cabeza? —insistió él.

—Algo, sí.

—¡Ay!

—¿Ay, por qué? ¿Qué pasa?

—No sé, pero te conozco y, por el tono de tu voz, me da que no se trata de un reportaje de esos fáciles, sencillos y sin riesgos.

—Tendría que ir a África, sí.

—¿Lo ves? —Hizo ademán de incorporarse y ella lo evitó sosteniéndolo contra su cuerpo, así que agregó—: ¿África?

—Es sobre esos ojeadores carroñeros que encuentran chicos más o menos buenos jugando al fútbol a los que les lían con falsos contratos para jugar en grandes clubs de primera de Francia, Italia o España. O los dejan tirados o los explotan de mala manera.

—Pero esos son una auténtica mafia.

—Ya lo sé.

—¿Lo ves?

—¿Qué he de ver?

—¿De verdad no hay otro tipo de artículo o reportaje menos arriesgado?

—No que me interese a mí.

—El día menos pensado me veo pagando un rescate a un grupo terrorista o a un señor de la guerra para que te ponga en libertad.

—¿Lo harías?

—¡Pues claro!

Magda no supo si reír o darle un beso.

—Lo tendré en cuenta cuando esté en Nigeria, por si aparecen los de Boko Haram.

—¡¿Quieres callarte y no frivolizar?!

La pausa duró poco. Néstor ya estaba agitado.

—¡Impediste un golpe de Estado en Burkina Faso! ¡Así, como si nada! ¿Y ahora te da ahora por el fútbol? —insistió—. Las niñas modelo que acaban en la prostitución, los chicos que sueñan con ser los nuevos Messis… ¿Es que no hay mafias en Asia? ¡África se ha vuelto un continente muy peligroso!

—Pero es que allí pasan las cosas, donde todo trata de cambiar después de tantos colonialismos y su maldita herencia.

Una periodista ha de ir a donde está la noticia. Si fuera corresponsal de guerra iría a otras partes.

—Ya lo fuiste.

En ese momento dejaron de hablar. Como si la cicatriz por la bomba de Herat se manifestara entre los dos. La piel que la cubría era tan fina que a veces Néstor temía que fuera a reventar y volvieran a salirle los intestinos por ella.

Un nuevo crujido en el estómago de Magda, este más estentóreo y prologado, provocó la reacción final de Néstor.

—No te muevas —le pidió levantándose de la cama—. Y si de verdad quieres una rosa, voy a casa del vecino y le pido una de su jardín.

LUNES

3

Cuando llegó a la redacción de *Zona Interior*, Victoria Soldevilla estaba reunida. Y parecía algo importante.

—Llevan una hora, pero ya no creo que tarden mucho más. Te aviso cuando termine —le dijo la secretaria.

Se dirigió a su mesa, en la que raramente se sentaba, y aún menos para trabajar, y escudriñó el montón de cartas que solían apilarse en ella. Como siempre, la mayoría eran para ensalzar alguno de sus reportajes, pero no faltaban las que optaban por la crítica o, directamente, los insultos. Después de descubrir la trama del tráfico de drogas iniciada en la base española de Herat, en Afganistán, el Ministerio de Defensa no había emitido ninguna respuesta oficial, pero algunos fanáticos de extrema derecha sí se habían despachado a gusto con ella, llamándola de todo menos guapa. Para algunos, seguía habiendo estamentos intocables: la religión, los uniformes… Cualquier comentario se tomaba como un ataque. Cualquier crítica como una cuestión de Estado. Por suerte siempre se trataba de un poco de ruido, no demasiado, y escasas nueces. Ni siquiera había denunciado las dos o tres cartas más extremas, en las que la amenazaban directamente de muerte. Si a lo largo de su vida periodística hubiera tenido que hacer caso de todos los quela habían puesto en la picota, mejor se habría dedicado a otra cosa.

Abrió un par de sobres para matar el tiempo. Llegaban muchos más correos electrónicos a la redacción, a los que también echaba un vistazo de vez en cuando. Sin embargo, le gustaba ver aquellas cartas, la letra de quienes las escribían. Los correos eran fríos. Las cartas destilaban emociones y mostraban la personalidad de las personas que las escribían. Encontró una de una niña de doce años, ilustrada con dibujos. Decía que uno de sus artículos la había ayudado a aprobar un examen. La apartó para contestarla. Siempre había alguna que merecía la pena.

Estaba leyendo otra cuando alguien apareció a su lado. Supo

quién era con solo verle los zapatos, antes de que abriera la boca.

—¡Cuántos días sin verte! ¿Dónde has estado? ¡Has vuelto morena!

Levantó la cabeza para ver a Oriol Enrich.

—He estado en varias cárceles de El Salvador entrevistando a tíos con la cabeza rapada y los cuerpos llenos de tatuajes. Las maras y todo eso, ya sabes.

El tipo más plasta de la redacción arqueó las cejas.

—¿En serio?

—Ya lo leerás —mintió con aplomo.

—Desde luego…

—Desde luego, ¿qué?

—Pues que te veo capaz.

—¿Así que no te lo crees?

Oriol Enrich vaciló. En verano, con ropa ligera, solía devorarla con la mirada. En invierno iba más tapada, pero los ojos le llameaban igual. Y luego lo bien que escribía para lo idiota y machista que era. Además de creerse irresistible.

—Un día tendríamos que ir juntos a hacer un reportaje de esos —dijo con jactancia.

—¿Y me tocaría hacer de madre? No, gracias.

—Un hombre siempre da más respeto. Seguro que yendo sola has de lidiar con cada elemento…

—Exactamente como aquí. —Sonrió abriendo las manos.

Pero no se dio por aludido. Parecía dispuesto a seguir hablando, apoyado en la mesa, cuando la secretaria de Victoria la salvó apareciendo frente a ella.

—¡Ya ha terminado! ¡Le he dicho que estabas esperando!

Magda se levantó. No tuvo que despedirse de Oriol Enrich.

—Sigue babeando, ¿eh? —le dijo la chica mientras caminaban hacia la zona noble de la redacción.

—Si solo fuera conmigo…

—Sí, ya, pero desde luego tú eres la que más le va.

—Será por el morbo de lo que hago.

—¡Y más, mujer! —Soltó una carcajada—. Entra directamente.

Magda entreabrió la puerta del despacho. Victoria Soldevilla, propietaria y directora de la influyente *Zona Interior*, estaba sentada detrás de su mesa, con la espalda apoyada en el respaldo de

su butaquita y aspecto de cansada. La entrevista con quien fuera parecía haberla agotado. Centró su atención en la aparecida con gratitud, como si la liberara de algo.

—¡Por Dios, qué buen aspecto tienes, condenada! —exteriorizó lo que sentía—. ¡Ahora mismo me das una envidia…!

—¿Te recuerdo que en agosto, mientras yo estaba aquí con lo del puerto, te fuiste tres semanas a recorrer China?

—¡No es lo mismo!

—¿Ah, no? Pues ya me dirás.

—Tú te has ido sola, a una playa.

—Planazo —se burló Magda.

Victoria Soldevilla abrió los ojos de manera exagerada.

—¡Pues sí! —Manifestó—. Anda, siéntate. Pero no me cuentes qué has hecho. No quiero saberlo.

La obedeció y se sentó en una de las sillas ubicadas frente a la mesa. Estaba todavía caliente.

—¿Quiénes eran? —preguntó haciendo un gesto en dirección a la puerta.

—Inversores.

—¿Inversores?

—Llevan tiempo rondando. Quieren comprar esto.

—¿En serio?

—Sí.

—¿He de preocuparme? —vaciló Magda.

—Para nada. —Hizo un gesto terminante—. Ellos hablan y hablan, y yo me limito a escuchar. Cuando acaban de pintarme de colores el futuro, les digo que ni hablar y ya está.

—¿Entonces por qué pierdes el tiempo con ellos?

—Llámalo saber estar en mi lugar, ser educada, no cerrar nunca ninguna puerta por si, en el futuro, las cosas vienen mal dadas… Ya sabes cómo va esto. ¿Recuerdas el daño que nos hizo la maldita crisis de 2008?

—Claro.

—Si no llego a tener aquel colchón, habríamos cerrado. —Se cansó del tema y preguntó—: Bueno, ¿y tú qué?

—Bien.

—¿Solo bien?

—He aprovechado para trabajar.

—¿No me digas?

—Te he mandado un artículo por *mail*. Las fotos las tienes aquí. —Se sacó una memoria USB del bolsillo y la puso encima de la mesa.

Victoria Soldevilla no dijo nada. Se acercó a su ordenador y comprobó los correos electrónicos. Encontró el de Magda. Lo abrió y le echó un primer vistazo. Luego cogió la memoria USB, la conectó al ordenador y también examinó por encima el conjunto de fotos tomadas en Providencia.

—Vaya pasada. —Asintió con la cabeza.

—Pequeño, primitivo, pero sí.

—Mientras no les pase un huracán de esos por encima…

Magda se estremeció.

—No es gran cosa, pero…

—Está muy bien —lo aprobó la directora de la revista—. No siempre salen temas escandalosos en los que puedas meterte. —Se echó de nuevo para atrás—. Me imagino que vendrás con las pilas cargadas.

—La verdad es que sí.

—¿Algo a la vista?

Tenía plena libertad. Los problemas surgían a la hora de publicar según qué cosas, sobre todo si eran de denuncia, temas conflictivos, y no disponían de las suficientes pruebas. Las demandas solían ser siempre millonarias. Aunque era probable que las ganasen, los juicios eran imprevisibles.

—Pensaba en lo de los futbolistas africanos.

Victoria no se inmutó. Su tono de voz, en cambio, sí transmitió preocupación.

—¿Me estás diciendo que quieres ir a África?

—Es el caladero de esos que buscan a los nuevos Messis. Como lo de las modelos, pero en niño.

—¿A qué partes de África?

—Camerún, Nigeria, Ghana… Es donde hay más escuelas, algunas apoyadas por grandes clubs de fútbol.

Victoria se lo tomó con calma.

—¿Y lo de los descendientes de los nazis que se quedaron en España tras la Segunda Guerra Mundial, viviendo a cuerpo de rey y protegidos por el régimen de Franco?

—También, pero primero hay que dar con ellos, contando con

que no hablarán y se cerrarán en banda… Muchos prefieren ignorar que sus padres o abuelos fueron asesinos. Yo veo incluso más peligroso eso que lo de ir a África.

—Es diferente —lo valoró Victoria.

—¿Cuándo te llegó la última amenaza de la extrema derecha? —preguntó Magda.

Su amiga tardó un poco en responder. Pero lo hizo.

—Antes de Navidad.

—Cada día hay más que se quitan la careta. Ya viste lo que pasó en noviembre en las últimas elecciones. E irá a peor. Desde que Aznar legalizó la mentira…

—Magda…

—¡Es que es verdad! Salió en la tele y nos dijo: «Mírenme a la cara: hay armas de destrucción masiva en Irak». ¡Incluso Blair y Bush pidieron perdón luego! ¿Y aquí? ¡Nada! ¡Todo por una maldita foto y para «poner España en el mapa»! ¡Y nos fuimos a pegar tiros mientras la bancada de la derecha lo aplaudía puesta en pie, como en aquella escena de *Lo que el viento se llevó*, cuando los del Sur salen disparados a caballo, gritando entusiasmados por ir a luchar contra el Norte!

—No te pongas visceral, va.

—A lo mejor es que he estado demasiado relajada en el Caribe.

—Pues será eso. —Señaló el ordenador y agregó—: Y no sabes lo que me gusta poder publicar esto. Podrías dedicarte a hacer reportajes así una temporada.

—¿Hablas en serio?

Victoria soltó una pequeña carcajada. ¿Cómo se detenía el viento?

Inesperadamente le sonó el móvil a Magda, aunque primero no le hizo caso.

—Cógelo —le pidió Victoria.

—Será mi madre…

No era ella, sino Juan Molins, su mejor amigo en el lado correcto de la ley: el inspector de los Mossos d'Esquadra. Vaciló un instante. Pero Juan raramente le llamaba. Así que respondió a la comunicación y se llevó el teléfono al oído.

—Dime, Juan.

—Hola, Magda. —El tono era apremiante, se lo notó—. ¿Dónde

estás?

—En Barcelona.

El apremio se hizo mucho más directo.

—Bien. He de verte.

—¿Sucede algo? —preguntó tensa ella.

—Te lo contaré luego. ¿Te parece a la hora de comer, donde mejor te vaya?

A veces cenaba con su mujer y con él, en casa de ellos. A veces se veían por una investigación o por alguno de los líos en los que ella se metía. Lo de quedar para comer era insólito.

—¿A las dos en el Ándele de la calle París?

—Bien.

Ninguna objeción. Nada. Bien. Sí, sucedía algo.

—Hasta luego —se despidió Juan.

Magda se quedó con el móvil en la mano un par de segundos. Luego levantó los ojos. Victoria Soldevilla la observaba curiosa. Años de amistad por encima del vínculo laboral.

—Piénsate algunos temas, al margen de lo de África y los nazis, y nos vemos cuando quieras. —Dio por terminada la charla la directora de la revista.

4

La impaciencia de Magda la hizo llegar diez minutos antes a la cita. Pidió una Corona para matar el tiempo y, sin darse cuenta, se la bebió entera. Incluso pasó de mirar el móvil. Se contentó con esperar. Juan Molins, por su parte, llegó diez minutos tarde. El inspector de los Mossos vestía de paisano y sus gestos denotaban la premura del que sabe que se retrasa un poco más allá de los cinco minutos de rigor y cortesía.

Magda se medio levantó para darle dos besos en las mejillas. Luego lo vio dejarse caer sobre la silla, un poco a peso. Le bastó con verle la cara para darse cuenta de que el tema era serio. Y que, fuera lo que fuese, tenía que ver con ella.

—Perdona —se excusó—. Un lío de última hora.

—No pasa nada. Iba a pedir mi segunda cerveza.

Juan Molins paseó los ojos por el local. Era alargado y ya estaba prácticamente lleno. Sabía que a Magda le gustaba la comida mexicana. Antes de que pudiera volver a decir nada se les acercó el camarero.

—¿Saben ya qué van a pedir?

—Yo sí —dijo Magda.

—Pide por mí —se ofreció Juan—. No tengo demasiado tiempo.

Le obedeció.

—Unos tacos campechanos, un par de sincronizadas, nachos, queso fundido y unas tortitas, todo para compartir. —Fue rápida—. Ah, y otra Corona. —Miró a Juan—. ¿Tú también quieres cerveza?

—No, un agua de limón —decidió él.

—¿Lo traigo todo a la vez? —preguntó el camarero.

Le dijo que sí y se quedaron solos: Magda aguardando, Juan, que parecía no saber cómo empezar. Incluso rehuyó por un momento su mirada.

—Vamos, ¿qué pasa? —lo apremió ella.

Los últimos tres segundos.

—Hace unos días dispararon a un hombre en Malta, un tal

George Hare. Nada del otro mundo, un delito más, si no fuera porque al examinar la bala y el casquillo y cotejarlas en la base de datos de iARMS descubrieron que era idéntica a otra utilizada hace años.

Magda empezó a envararse. Pero no dijo nada.

—Esa bala se disparó con la misma pistola que se utilizó para matar a Rafa.

Trece años. Una vida. Una eternidad. Aquel inspector que no había podido encontrar al asesino de su novio, y del que se había hecho amiga con el paso del tiempo, le estaba diciendo ahora que una insólita puerta acababa de abrirse en el lugar más inesperado. Malta.

—¿Eso está confirmado? —Buscó un atisbo de serenidad.

—¿Sabes lo que es iARMS?

—No.

—Los servicios policiales de todo el mundo llevan años conectados a través de la Interpol y su sistema iARMS, registrando armas de fuego y balística relacionadas con crímenes y asesinatos resueltos o aún abiertos. Y no solo eso. También se examinan las armas incautadas en operaciones de todo tipo. No hay pistola, revólver o arma de cualquier tipo que no se mire con lupa, tras haber sido intervenido o encontrado por accidente en un contenedor o en el bolsillo de un sospechoso. Gracias a eso se resuelven casos que de otra forma no se habrían relacionado entre sí, y más si se trata de países distintos. iARMS tiene ahora mismo más de un millón de registros que pueden cotejarse entre sí. Una bala o un casquillo es como una prueba de identidad, lo mismo que una huella digital o el ADN de una persona. Básicamente se persigue a los traficantes de armas y a sus redes de suministro en las guerras que hay por el mundo. Eso sería, digamos, la parte del león. Pero en nuestro caso un intento de asesinato nos ha llevado al crimen de Rafa.

—¿Intento?

—Hare no murió. El asesino se le acercó por detrás para dispararle un tiro en la nuca. En ese momento una mujer se asomó a una ventana, vio lo que iba a suceder, gritó, y el movimiento de susto de la víctima hizo que la bala no le reventara la cabeza. El hombre está en coma en el hospital *Sir* Paul Boffa de La Valeta, en

Malta.

—Un tiro en la nunca —musitó muy despacio Magda—. Igual que a Rafa.

Juan tragó saliva.

—Sí —reconoció.

La cerveza y el agua de limón llegaron a la mesa en ese momento. Fue como si los dos se sintieran sedientos, con las respectivas gargantas secas. Juan tomó el agua de limón y apuró medio vaso de un trago. Magda cogió la botella, acabó de introducir en el gollete la rodaja de limón incrustado en el borde, y también le dio un largo sorbo a la cerveza.

—¿La mujer pudo identificar al hombre que disparó? —Fue la siguiente pregunta de Magda.

—No. Además de ser de noche en una calle mal iluminada, llevaba una gorra o algo parecido. El hombre ni siquiera hizo un segundo disparo. Debió de creer que Hare ya estaba muerto al caer el suelo. Lo mejor para la investigación es que no se molestó en recoger el casquillo de la bala, no sabemos si no dio con él por la oscuridad o salió por piernas ante el grito de la mujer. Eso es otro libro abierto también para IBIN.

—¿Qué es IBIN?

—La International Ballistic Information Network, o Red de Información Balística, que a su vez utiliza una tecnología llamada IBIS. —A medida que hablaba, Juan se mostraba cada vez más sereno. Volvía a ser el inspector de los Mossos d'Esquadra por encima del amigo—. Cuando se dispara una bala, deja marcas microscópicas en los casquillos y en sí misma. De hecho es como si se tomara una foto. Mejor aún: es una firma electrónica. ¿Por qué crees que la mayoría de asesinos de hoy se molestan en recoger esos casquillos? Como acabo de decirte, el de Malta no tuvo tiempo de hacerlo. El casquillo perdido y la bala, que se quedó detenida en el cráneo de George Hare, han sido la clave para demostrar que hablamos de la misma arma en los dos casos.

—¿Y del mismo asesino?

Esta vez no hubo respuesta.

Los dos pensaron lo mismo: habían pasado trece malditos años. El tiempo suficiente para que la pistola hubiera cambiado de manos una docena de veces. O quizá no.

—¿La base de datos de iARMS puede ir de la bala al arma utilizada? —preguntó Magda.

—No, salvo que la encontremos. Ellos manejan la información en sentido inverso. Se puede seguir el rastro de una pistola, de su fabricante, de quién la ha comprado en el caso de que sea legal, de quién la tiene si la han vendido o de si la ha denunciado como robada. Es un entramado en el que intervienen las fuerzas del orden, los servicios de aduana, el control de fronteras… Hablamos de algo muy serio, Magda. Serio y complejo. iARMS tiene tres secciones. Una que facilita la comunicación a nivel internacional sobre todo tipo de armas. Otra que permite rastrear armas relacionadas con delitos. Y una tercera, la de Estadística e Información, que aglutina a los países miembros de la Interpol y analiza datos nacionales cotejándolos con los de los demás. Ahora mismo, gracias a iARMS e IBIN, las pruebas con armas de fuego no conocen fronteras. Dos crímenes cometidos a miles de kilómetros de distancia pueden vincularse claramente. Que sepamos, ya hay más de doscientas mil coincidencias halladas e investigadas que han permitido relacionar entre sí más de cuatrocientos mil delitos.

Juan dejó de hablar. Magda miraba la alargada rodajita de limón llena de burbujitas que flotaba en el interior de la botella de cerveza. Parecía hipnotizada por ella. Finalmente dijo la palabra que más le quemaba en la garganta.

—Malta.

Juan asintió.

—¿Crees que es una casualidad?

No hubo respuesta.

—Di, ¿lo crees? —insistió ella.

—No lo sé —confesó el inspector de los Mossos.

—Vamos, Juan… —El tono era de agria burla—. El mundo está lleno de países, ¿y esto sucede en una pequeña isla del Mediterráneo, justamente el lugar en el que nació Bonardi?

Le costaba pronunciar aquel nombre. Pero ahora era inevitable.

—Te aseguro que no vamos a dejarlo. —Suspiró Juan—. Desenterraré lo que haga falta y si hay algún nexo…

—¡Claro que lo hay! ¡Tiene que haberlo!

Los de la mesa más próxima se volvieron hacia ellos. Magda bajó la cabeza. Juan tenía las mandíbulas apretadas. Quizá por haber

pedido todos los platos a la vez, la comida tardaba un poco. La mirada del inspector de los Mossos era, por un lado, amable, pero por el otro rezumaba una enorme tristeza, como si formara parte de la tensión del momento.

Magda buscó más preguntas, pero todas giraban en torno a lo mismo. Intentó no pensar en Rafa, recuperar la serenidad, su famosa frialdad periodística.

—¿Se recuperará ese hombre del coma?

—No tengo mucha información, pero en su estado y con un disparo en la cabeza…

—¿Lo del tiro en la nuca indicaría que lo hizo un profesional?

—Posiblemente, aunque un profesional tal vez habría dedicado un poco más de tiempo a buscar el casquillo. De todas formas, como te he dicho, cabe la posibilidad de que lo hiciera, pero que, al ser de noche, ya no lo encontrase. Sin olvidar que la mujer de la ventana seguía gritando como una loca, alertando a otros vecinos.

—El que asesinó a Rafa tampoco se molestó en recoger el casquillo.

—Fue hace trece años, y a pleno día, en medio de Barcelona —le recordó Juan—. Echó a correr.

Lo sabía. Lo recordaba todo, como si hubiera sucedido el día anterior.

A dos semanas de la boda, aquello había cambiado su vida para siempre, marcándola a fuego. Después, su caída a los infiernos, el atentado de Afganistán, la vuelta a casa, la liberación y la necesidad de seguir luchando…

—¿Quién es ese hombre, el tal Hare?

—En apariencia, nadie. Tiene una pequeña agencia de turismo en La Valeta. Es maltés, hijo de malteses y nieto de ingleses, como muchos de la isla.

—¿Antecedentes?

—Nada. Casado, con una hija de veinte años… Tampoco es que tenga más información. La Interpol se puso en contacto con nosotros al darse la coincidencia con la bala que mató a Rafa. Al ser yo el inspector de aquel caso, me lo han comunicado esta mañana. Te he llamado justo después.

—¿Qué van a hacer?

—¿Los malteses? Imagino que investigar. Nos tendrán al tanto,

claro.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué vas a hacer tú?

—No puedo hacer otra cosa que esperar y lo sabes. Si hay nuevas pistas o indicios, volveremos a la carga.

—Esperar nunca es bueno, Juan.

—Magda. —Alargó la mano para cogerle la de ella—. Te he contado todo esto por amistad, porque sabes que te lo prometí, porque te lo debo… Busca la razón que quieras. —Arrugó la cara en un gesto desesperado—. Pero también sabes que no debería haberlo hecho. Soy policía y tú no solo eres la novia de Rafa. También eres periodista. El día menos pensado se me va a caer el pelo.

—Te agradezco que confíes en mí, siempre lo he hecho —convino ella.

—Ya lo sé, pero por lo general sueles ir a tu rollo y cuando te metes en algo… No es que me hagas mucho caso la mayoría de las veces. Hace unos meses te fue de muy poco con el asesino del shibari.

Los últimos minutos habían pasado sin que se dieran cuenta, envueltos en el fragor de la conversación. Los platos para compartir aterrizaron en la mesa inesperadamente. Juan se había bebido toda el agua de limón y a Magda le quedaba media cerveza. Él pidió otra agua. La comida presentaba un aspecto delicioso: los tacos llenos de carne, los nachos rebosantes de queso. Fue como si, de pronto, se dieran cuenta de que tenían hambre.

—¡Qué les aproveche! —les deseó el camarero.

Comenzaron a comer, aunque no por ello dejaron de hablar.

—Dices que te han pasado el informe esta mañana —comentó Magda.

—Sí.

—Eso significa que, de momento, los periódicos de aquí no van a decir nada.

—No tienen por qué, a no ser que se divulgue el dato de lo de la bala, algo que vamos a silenciar para mantener esa ventaja si nos llegan más informaciones. Lo que sí haremos será estar en contacto con la policía maltesa, sin esperar a que sean los que se comuniquen con nosotros por su cuenta.

—¿Tienes alguna teoría?

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Juan. —Magda arrugó la frente—. ¿Crees que fue el mismo asesino o que lo del arma ha sido una mera coincidencia?

—No lo sé. —Y, antes de que ella protestara, se reafirmó en su duda—. ¡Han pasado trece años! ¡Las armas cambian de mano!

—Los asesinos profesionales les tienen apego a las suyas.

—¿Quién dice eso?

—Yo.

Juan se la quedó mirando. Prefirió callar, porque Magda hablaba en serio.

«Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo», había dicho Arquímedes. Y él se lo había entregado a ella.

Lograron permanecer callados un par de minutos. Comían con las manos y bastante tenían con estar pendientes de los tacos o los nachos, las quesadillas, el queso fundido o las tortitas de maíz para envolverlo. En una mesa cercana cuatro mujeres reían a carcajadas. Tendrían la misma edad que ella, en torno a la cuarentena o poco más. En los restaurantes, y desde hacía años, ya no había mesas en las que se sentaran exclusivamente hombres. La balanza se había ido hacia el otro lado.

Juan fue el primero en terminar.

—Este taco también es para ti —le indicó ella.

—¿No tienes hambre?

—Después de lo que me has dicho ni siquiera sé cómo no se me ha cerrado más el estómago.

—Lo siento.

—¿Por qué? —repuso Magda—. Es la primera buena noticia en trece años. Ya no vamos a estar quietos esperando.

—¿Eso crees, que es una buena noticia?

—Sí, Juan. Lo es —afirmó categórica—. Llevo cargando con eso todo este tiempo, y lo sabes. Yo fui la que inicié aquella investigación, yo convertí lo que pasó con Bonardi en un trabajo periodístico de primera, yo metí a Rafa en el lío y, cuando me quise salir, por miedo, porque hablar de la mafia eran palabras mayores, él siguió y… —Se detuvo incapaz de acabar la frase. El inspector de los Mossos no le ocultó su dolor. Ni sus dudas.

—Magda, aunque cojan al asesino de Malta, ¿piensas que por

arte de magia se resolverá lo de Rafa?

—¿Por qué me lo has contado si no? ¿Para tenerme contenta y al día, nada más?

—¡Te lo he contado porque te juré que te mantendría informada! ¡Y sí, es un primer paso, se abre de nuevo una puerta que quizá, solo quizá, nos permita volver a investigar! ¡Pero hay que esperar a ver qué sucede en Malta, si atrapan a ese asesino, ver qué dice…! ¡Las cosas no son nunca fáciles!

—¿Sabes cuánto duran a veces las investigaciones policiales?

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —se burló él—. ¡Claro que lo sé! ¡Dios, parece mentira que seas periodista! ¿No vas tú paso a paso cuando metes la nariz en algo?

—¡Paso a paso, pero no de tortuga!

—Por favor, Magda…

Ella bajó los ojos. De pronto la invadía la rabia. En lugar de agradecerle a Juan que se lo hubiera contado todo, en lugar de ver un atisbo de esperanza para que se hiciera justicia después de trece años, lo que sentía era aquel desasosiego, la sensación de culpa que creía vencida pero acababa regresando de tanto en tanto.

Reconocía los ataques de pánico en cuanto se le acercaban. Era como estar en las vías del tren, inmóvil, sin capacidad de reacción, y ver a lo lejos una locomotora aproximándose. Como ahora.

Se contuvo. Necesitaba acabar de comer, despedirse de Juan.

—¿Me dejarás trabajar? —preguntó él.

Y, mirándole a los ojos, mintió:

—Sí, Juan. Claro que sí.

5

Sabía que Beatriz Puigdomènech la observaba. Siempre lo hacía. Cada gesto contaba. Cada mirada era un grito. La forma de hablar, el tono. Cuando estaba con ella, se sentía en parte desnuda. Los pacientes de los psiquiatras debían de ser como libros abiertos. Libros sin palabras. Libros en un sistema braille visual.

Magda se sentó en su silla de siempre.

—Gracias por recibirme. —Fue lo primero que le dijo a la mujer.

—Parecía preocupada.

—Asustada, diría yo.

—¿Ataque de ansiedad?

—Creo que de pánico —se sinceró.

Si no era sincera con su psiquiatra, ¿con quién iba a serlo? Tal vez con Néstor, sí. Aunque siempre, siempre, se guardaba cosas. Demasiadas.

—¿Qué ha sucedido? —La doctora fue directa.

—No sé ni por dónde empezar.

—La última vez, hace un mes, me dijo que después de Navidad se iría al Caribe unos días.

—Regresé anteayer, sí.

—¿Ha estado bien?

—Allí, como una seda. Playa, sol, libros…

—Y al regresar…

Magda alargó la mano y cogió el vaso de agua que Beatriz Puigdomènech siempre dejaba al alcance de los pacientes. Aún no había empezado a hablar y ya tenía la garganta seca. Bebió un par de breves sorbos y lo dejó en su lugar. Estaba un poco mareada: la comida mexicana le brincaba en el estómago. El tren seguía allí, pero ahora parecía estar detenido.

—Sabe por qué vine a verla al principio de todo, ¿verdad?

—Sí. Asesinaron a su prometido dos semanas antes de que se casaran, entró en una espiral autodestructiva, salió de ella entregada a su trabajo, fue a Afganistán, casi murió en un atentado,

regresó decidida a luchar y, de tarde en tarde, sucumbe al miedo, la ansiedad, el pánico. Entonces viene a verme.

—Nunca me ha preguntado qué investigábamos Rafa y yo.

—Esperaba que usted me lo dijera si lo veía necesario.

—Ahora lo es.

—Bien.

A veces odiaba su pragmatismo. Y, sin embargo, era una mujer amable, cálida, de ojos bondadosos y voz modulada. Magda acababa reconociendo que lo que la ayudaba era hablar, expresar sus miedos en voz alta, reconocer sus fantasmas convirtiéndolos en palabras.

Tuvo ganas de llorar. Se enfureció consigo misma por esa concesión.

Tres horas antes era una mujer feliz de cuarenta y dos años, libre e independiente, que acababa de regresar del Caribe y había pasado la noche con su amante exclusivo. Ahora volvía a ser la joven periodista de veintinueve años marcada por el incidente que le cambió la vida.

Magda reunió fuerzas y se enfrentó a la psiquiatra.

—¿Recuerda usted el asesinato de Stefano Bonardi?

—No.

—Hace trece años, el crimen de la Modelo.

—No, lo siento.

—Se habló mucho de ello. Un capo mafioso detenido en Barcelona, encarcelado en la Modelo. Le volaron la cabeza desde la azotea de una casa de enfrente cuando se asomó a la ventana. Días después hubo una fuga.

—Eso último sí me suena, aunque no mucho. En aquellos días yo vivía entre París y Barcelona.

—Déjeme que le cuente la historia. —Magda empezó a relajarse —. Llevo todos estos años con ella dentro, debidamente encerrada. Siempre he pensado que era mía y solo mía.

—La escucho —la invitó Beatriz Puigdomènech.

Magda se mordió el labio inferior. Luego empezó a hablar, despacio, escogiendo, más que sus palabras, la forma de emplearlas para desgranar la historia de aquel pasado.

—Stefano Bonardi era el mafioso más relevante de Turín. Había nacido en Malta, pero a los diez años su familia regresó a Italia. Me

saltaré los detalles de su ascenso porque no vienen al caso. Usted misma sabe que las historias de la mafia dan para todo, no solo para hacer películas como *El padrino* o *Uno de los nuestros*. Bonardi llegó a tener todo el poder imaginable en un tipo de su condición, con la ciudad en un puño y jueces, policías o periodistas debidamente ganados para la causa con generosos sobornos. Lo malo para él fue que, como en todo paraíso, apareció otra serpiente. El rival de Bonardi se llamaba Gaetano Cortese. Empezó desde abajo y, a medida que fue creciendo, su ambición le hizo creer que la ciudad era demasiado pequeña para dos reyes, así que pasó a disputarle el trono a Bonardi. Después de las primeras muestras de fuerza y de algunos asesinatos, hubo reuniones y cumbres, y se habló de dividir la ciudad, pero si algo caracteriza a esa gente es que no saben compartir: lo quieren todo. Así que empezó una guerra. Hoy mataban a dos secuaces de Bonardi, al día siguiente a tres de Cortese. A todo esto, uno y otro eran ciudadanos «respetables». —Hizo con los dedos de ambas manos los gestos de las comillas—. Donaban dinero a iglesias, a hospitales, trataban de aparentar ser buenas gentes… La imagen perfecta. Bonardi se casó con una *miss* llamada Gabriella Bozzi y tuvieron una hija, María. Su hombre de confianza, su lugarteniente, se llamaba Corrado Matei. Hasta aquí, lo normal. Pero, como suele suceder, no hay bien ni mal que cien años dure.

—Si Bonardi murió en Barcelona estando encarcelado, significa que Cortese ganó la guerra.

—Exactamente —asintió Magda—. No fue de un día para otro, pero el final resultó inevitable. Cortese era más joven, tenía más iniciativa y también era más despiadado, si es que puede medirse la crueldad. El goteo de asesinatos puso en alerta a la policía y ambos acabaron en la cárcel, pero incluso desde ella siguieron manejando los hilos y durante ese tiempo Cortese se impuso a su rival. Temiendo por su vida en prisión, Stefano Bonardi se evadió en un audaz golpe de mano con la ayuda de su lugarteniente, Corrado Matei. Entonces desapareció del mapa y no tuvo más remedio que exiliarse. No dejó rastro, para evitar que Cortese diera con él y mandara ejecutarlo, librándose así del problema para siempre. Dicen que los oligarcas rusos o las fortunas árabes se refugian en la Costa del Sol malagueña. Pues bien: Barcelona no le va a la zaga

como refugio de no pocos delincuentes y mafias. No le revelo nada si le digo que es una ciudad cómoda, con puerto de mar, bien comunicada, un clima ideal, notan grande como una megalópolis pero tampoco tan pequeña como para ser reconocido, aun contando con un buen cambio de imagen. De esta forma, Bonardi y su familia se convirtieron en residentes de la ciudad condal y, al pasar absolutamente desapercibidos, empezaron una nueva vida. Pero ¿olvidaron la anterior? No, claro. En la mente de ese hombre solo bullía una idea: regresar a Turín y recuperar lo que era suyo, matar a Cortese y vengarse. ¿Cómo? Para hacerlo necesitaba hombres y, obviamente, dinero. En el caso de un mafioso la única forma de conseguirlo es delinquir.

Magda bebió otro sorbo de agua.

—¿Y lo hizo, aquí, en Barcelona? —preguntó la psiquiatra.

—Debía de estar en ello, y a la fuerza tenía que ser una operación importante, a gran escala, pero por lo que sé, no le dio tiempo. La Interpol descubrió su identidad, su tapadera, y la policía española lo detuvo. Era el clásico Enemigo Público Número Uno. Uno de los diez más buscados. Cuando las autoridades italianas supieron que el gran Stefano Bonardi estaba preso en Barcelona, les faltó tiempo para pedir su extradición por la vía rápida. Mientras se examinaba el papeleo, Bonardi y Matei esperaban en la Modelo. Estaba claro que tenían una operación en marcha para obtener ese dinero que les permitiría rearmarse y volver a Turín. Tan claro que no se resignaron a esperar la extradición y planearon fugarse de la cárcel, como ya había hecho Bonardi en Turín. Sin embargo, a alguien no le pareció bien cómo estaban las cosas, bien fuera por la extradición y la vuelta a Italia, aunque fuese preso, o por esa operación que debían de tener en marcha. ¿Quién? ¿Otro socio? ¿El mismo Gaetano Cortese? Es posible. Lo cierto es que alguien orquestó el plan para acabar con Bonardi y acabar con el problema.

Magda tomó un poco de aire antes de continuar:

—En los alrededores de la Modelo solían apostarse las mujeres, madres o hijos de los reclusos gritando para que estos se asomaran a las ventanas. Era una forma de verse e intercambiar mensajes sin esperar a las visitas programadas. Por supuesto, alguien seguía a Gabriella Bozzi y a María. Ellas también iban a la calle Rosellón, donde daba la ventana de la celda de su marido y padre, en la

tercera galería. El sicario que acabó con el mafioso solo tuvo que subir a la azotea de una de las casas el día en cuestión, mientras un compañero le marcaba el tiempo para no exponerse demasiado. Cuando Gabriella llamó a Stefano y este se asomó a la ventana, el sicario le voló la cabeza a escasos cincuenta metros de distancia. Lo único que encontró la policía fueron dos casquillos de la marca RWS, calibre 7,64 milímetros, capaces de tumbar a un elefante, porque es una munición de las que se utiliza en la caza mayor, y dos tuercas en el suelo, necesarias para asentar el arma con la mira telescópica.

—Mataron a Bonardi pero ha dicho que la fuga se hizo igualmente. —Frunció el ceño la doctora.

—Corrado Matei imaginó que él podía ser el siguiente. Había permanecido fiel a su jefe en los días malos, en el exilio barcelonés, como un buen perro de presa, así que no cambió los planes. La fuga tuvo lugar a los pocos días del asesinato de Bonardi y fue espectacular. Hubo tiros, muertos, heridos… Matei mató a un funcionario de prisiones, recibió cuatro balazos y acabó en el hospital casi muerto. La policía los detuvo a todos en las horas siguientes y ahí pareció acabar la historia.

—¿Usted y su prometido ya investigaban el caso?

—Empecé yo a raíz de la muerte de Bonardi. ¿Se imagina? Un mafioso asesinado en la cárcel, en plan película americana, en mitad de una ciudad aparentemente tranquila como Barcelona, con un sicario de ejecutor y un montón de hilos de los que tirar. ¿Cómo iba a conseguir dinero para reorganizarse? ¿Qué planes tenía para regresar a Turín? ¿Iba a desencadenar otra guerra? Para una periodista, aquello era… una tentación. Recopilé información, fui montando las piezas de mi reportaje y, cuando Rafa se interesó por el tema, nos dimos cuenta de algo.

—Corrían peligro.

—Claro —asintió Magda—. Éramos jóvenes, periodistas, románticos, probablemente ilusos… Qué sé yo. Habíamos estudiado Periodismo justo para eso, para desentrañar la verdad, viajar, escribir grandes artículos. —Contrajo el rostro en un gesto de dolor —. Pero una cosa es ir a fotografiar leones a Tanzania y otra muy distinta jugarse la vida con la mafia. Una noche Rafa me lo hizo ver. íbamos a casarnos. ¿Valía la pena provocar a lo desconocido? Yo comprendí que no tenía madera de héroe. Tuve miedo, sí. ¿Cuándo

no ha matado la mafia a jueces o periodistas? Le dije que lo dejaba. Y él…

—No lo hizo.

Magda bajó la cabeza.

—Le he dado mil vueltas a esa noche, a lo que hablamos, a cómo nos expresamos o cómo nos sentíamos, y todavía no sé qué hizo o adónde fue Rafa al día siguiente. Nos dimos un beso, me marché a la redacción de la revista, y eso fue todo. Imagino que se le ocurrió algo inesperado, que antes de rendirse dio un paso más, que descubrió una pista… Lo que sea, pero fue lo que le costó la vida, a él y solo a él.

—¿Nunca temió que luego fueran a por usted?

—No. Se lo repito: aquel día tuvo que dar un paso más, inesperado, a título individual, y descubrió algo por lo que le mataron de manera fulminante.

Beatriz Puigdomènech se tomó unos segundos de pausa. La confesión de Magda pesaba como una losa. Un corazón bombeando toda la ansiedad depositada en él. En parte entendía por qué nunca le había contado toda la historia. Lo único esencial seguía siendo la muerte de Rafa.

Sin embargo, aquello aportaba una nueva perspectiva al hecho de que Magda hubiese tenido que buscar ayuda, acudir a una psiquiatra como ella, y a la necesidad de verla cada vez que sucumbía a un ataque de pánico o estaba a punto de hacerlo.

Le quedaba una única pregunta para ligarlo todo y saber el motivo de que ahora estuviera ante ella, después de llamarla con urgencia.

—¿Qué ha pasado para que hoy esté así?

Magda se pasó la lengua por los labios: volvía a tenerlos secos. Sin embargo, esta vez no alargó la mano para coger el vaso de agua. Se lo quedó mirando. Después desplazó la vista hasta la ventana, tras la cual la vida de los demás transcurría a su ritmo.

—Han atentado contra un hombre en Malta. El dueño de una agencia de turismo. El asesino se le acercó por la espalda para dispararle en la nuca. El grito de una mujer asomada a una ventana hizo que la mano probablemente se desviara un poco, lo justo para que el hombre no muriera, aunque está en coma. —Llevó aire a sus pulmones—. La policía maltesa ha cotejado la bala y el casquillo

con la base de datos de la Interpol, y han determinado que el arma es la misma con la que mataron a Rafa.

El rostro de la psiquiatra no se alteró. Ni un solo músculo reveló lo que pudiera sentir.

—Antes ha dicho que ese tal Bonardi había nacido en Malta.

—Sí —respondió categórica Magda.

—Y usted no cree en las casualidades.

—No, no creo en ellas.

—Malta es una isla pequeña. ¿Hay posibilidades de que atrapen al homicida?

—No lo sé, aunque si era un sicario… Depende de quién haya detrás. La policía maltesa ha comunicado hoy a la española la coincidencia balística. A partir de ahí… Han pasado el caso a los Mossos d'Esquadra, que fueron los que investigaron la muerte de Rafa hace trece años, y el inspector que se ocupó de él me ha llamado para decírmelo.

—Su amigo Juan Molins.

—Sí.

—Luego me ha llamado a mí.

—Sí —exhaló sintiéndose agotada.

—Me alegro de que me haya telefoneado —dijo la psiquiatra—. Pero la pregunta más importante ahora es qué va a hacer usted.

Magda se pasó una mano por los ojos. Los presionó hasta que en lugar de oscuridad vio el centelleo de mil luces de colores.

—No lo sé —manifestó.

—Sí lo sabe.

Miró a Beatriz Puigdomènech. Parecía seca, pero no lo era. La determinación con la que acababa de hablar decía mucho de su vínculo con los pacientes.

La psiquiatra la enfrentaba siempre a sus miedos. Por eso estaba allí.

—Todavía estoy intentando asimilarlo —vaciló.

—Usted no es de las que se sientan a esperar.

—Cierto.

—Y sabe que la policía de Malta, por mucho que haga, no va a resolver el caso de hoy para mañana.

—Lo imagino.

—¿Le digo lo que pienso?

—Por favor —la invitó a seguir.

—Creo que ha venido a verme para decir todo lo que me ha contado en voz alta, y así darse ánimos… No, ánimos no: permiso. Permiso y justificación para actuar por sí misma.

Magda se sintió desnuda. La psiquiatra esperaba. Y volvió a hablar ante el silencio de su visitante.

—Va a ir a Malta, ¿verdad?

La respuesta fue inmediata.

—Sí.

—Aunque es posible que el asesino ya no esté allí o tropiece con un muro imposible de atravesar.

—Sí —dijo por segunda vez.

—¿No le importa exponerse, arriesgar la vida?

—No, ahora ya no —manifestó con más determinación, hablando desde la serenidad—. Se ha abierto una puerta y voy a ver si consigo atisbar al otro lado. Es lo más cerca que he estado en trece años de saber por qué y quién asesinó a Rafa.

—¿Por qué no…?

Magda levantó una mano. Fue suficiente para detenerla. Al otro lado de la ventana oscurecía muy rápido. Lo natural en una tarde de enero. A ella, sin embargo, le brillaban los ojos.

—No quiero morir ni jugarme la vida inútilmente —confesó—. Pero no voy a rendirme ahora, ¿entiende? Si superé mi bajada a los infiernos, lo de Afganistán y todo lo demás, me sobrepondré a esto. Especialmente si cierro esta maldita historia que me ha estado persiguiendo tantos años.

Parecía todo dicho.

Estaba todo dicho.

A pesar de ello, Beatriz Puigdomènech no la liberó. No, faltando todavía tantos minutos para el final de la visita.

—¿Qué espera encontrar y, lo más importante, cómo espera sentirse si llega a resolver el asesinato de Rafa? —le preguntó.

6

Lo primero que hizo al llegar a casa fue sumergirse en Internet, buscar la isla de Malta en Google Maps y estudiar el perfil de aquella tierra de la que no sabía nada pese a estar en mitad del Mediterráneo, mucho más cerca que la mayoría de los países del mundo salvo Portugal, Francia, Italia o Marruecos. La historia no le importaba demasiado, aunque la leyó por encima. Los malteses tenían mezcla inglesa e italiana en su mayor parte, tanto por la herencia colonial de unos como por la proximidad vecinal con los otros, pero a lo largo de los siglos, por su posición estratégica, la habían ocupado romanos, árabes, franceses e ingleses. Para el turismo contaba con las excelencias de La Valeta, la ciudadela fortificada rodeada por otros espectaculares fuertes, así como por un buen número de ruinas, templos megalíticos, rincones de interés, zonas de playa y pueblos con encanto. Independiente desde 1964, a pesar de que los británicos continuaron omnipresentes en la vida y las instituciones maltesas, en 1974 se había convertido en una república dentro de la Commonwealth, hasta la definitiva salida de los ingleses en 1979. Finalmente, ya en 2004, había pasado a formar parte de la Unión Europea. La población no llegaba siquiera al medio millón de habitantes. No parecía un país conflictivo.

El único escándalo reconocido, y del que ella misma se acordaba, era el «caso Caruana», el brutal asesinato de la periodista Daphne Caruana en octubre de 2017. La tormenta política casi derribó al Gobierno. Daphne murió al estallar una bomba adosada en su coche, a los cincuenta y tres años. La periodista tenía un blog, *Running Commentary*, más leído que la mayoría de periódicos de la isla, y en él había denunciado la corrupción y las turbias relaciones de los políticos y empresarios malteses, que habían sido destapadas al aparecer sus nombres en los llamados «Papeles de Panamá». Entre los detenidos tras el escándalo se encontraba el millonario Yorgen Fenech, además del autor material del asesinato, Vincent Muscat, y sus cómplices, los hermanos George y Alfred Degiorgio.

De hecho, el escándalo seguía siendo el protagonista de la vida maltesa e incluso la prensa española seguía publicando informaciones acerca de él. La última noticia era de apenas dos meses antes, noviembre de 2019.

—En todas partes matan a periodistas —susurró.

Lo segundo que hizo, y no era la primera vez a lo largo de aquellos años, fue revisar todo lo que habían reunido Rafa y ella del caso Bonardi, así como lo publicado por la prensa tras el asesinato de este. Conocía aquella carpeta de memoria, los papeles estaban gastados, pero leyó algunos una vez más. Cuanto le había contado a Beatriz Puigdomènech constaba allí por escrito. Hasta el último día. La muerte de su prometido lo canceló todo. El resto era la crónica de la muerte que había sacudido a la prensa barcelonesa y española. Preguntas. Preguntas sin respuesta. Eso y titulares apropiados para los nuevos tiempos:

«Periodista asesinado». «Un disparo en la nuca acaba con la vida de Rafael Govern». «¿El crimen organizado detrás de la muerte del reportero de la revista *Zona Interior*?». «Rafa Govern iba a casarse en dos semanas con la también periodista Magda Ventura». «El conocido reportero investigaba el turbio asesinato de Stefano Bonardi en la cárcel Modelo de Barcelona, así como la posterior y espectacular fuga protagonizada…».

El único superviviente de todo aquello ni siquiera había podido contarle nada a la policía. No en su estado. Corrado Matei, el lugarteniente de Bonardi, estuvo días hospitalizado y, después, ni siquiera pudo abrir la boca. No pudo o no quiso, posiblemente por miedo a terminar como su jefe. De la viuda y la hija de Bonardi ya no se había vuelto a hablar. El más absoluto secreto era el resultado final del escandaloso caso. Una información muy posterior decía que Matei estaba muy mermado físicamente a causa de las heridas recibidas en la fuga. Los médicos le diagnosticaron parálisis, paranoia, síndromes diversos, pánico a una simple ventana o a salir al exterior… A pesar de todo, haber matado a un funcionario en la fuga le condenaba a la cárcel casi de por vida.

De hecho, Matei ni siquiera era italiano o maltés. Había nacido en Ucrania con el nombre de Konrad Mateigóvich. En todas aquellas noticias no se decía nada de cómo llegó a convertirse en el brazo derecho de Bonardi ni por qué se había italianizado el nombre.

Magda cerró la carpeta. Ya no esperó más. Volvió a entrar en Internet y buscó los vuelos a Malta del día siguiente. Por suerte, Vueling tenía uno directo que salía a las 7.10 de la mañana y llegaba a las 9.15 a Malta. Comprobó que hubiera plazas y la pantalla le dijo que sí, que quedaban tres asientos disponibles. Los tres con los habituales recargos por una razón u otra. Compró el único que estaba situado en el pasillo, dio los datos de su tarjeta y cerró la operación. Luego se descargó la tarjeta de embarque en el móvil.

Mientras preparaba de nuevo el equipaje, no tan parco como el caribeño pero casi, pensó que lo más probable era que pasase la noche en vela.

Y no por el madrugón del vuelo.

MARTES

7

Llegó al aeropuerto del Prat una hora y media antes de la salida del vuelo. Pasó los malditos controles, cada vez más exhaustivos, para alegría de los resignados pasajeros, todos sospechosos de ser terroristas, y se dirigió al primer local de desayunos que encontró nada más llegar a la planta de los embarques, al final de la larga escalera automática que descendía de la zona de facturación. Había cola y se negó a hacerla, así que buscó otro. Lo malo de los aeropuertos españoles —los primeros que habían utilizado esta fórmula, como la de pasar por el medio del *duty free* por narices— era que la puerta de embarque se anunciaba apenas media hora antes de la salida del vuelo. Eso obligaba a los viajeros a pasear, dar vueltas y consumir lo que fuera para pasar el rato. El vuelo salía del largo pasillo de las puertas B, así que era inútil hacer otra cosa que quedarse al comienzo, por si las moscas. El nuevo local para desayunar, a la izquierda, tenía una cola ligeramente menor que el primero. Daba igual que fuera enero: una turba de turistas se sometía al suplicio de la espera. Cuando le tocó el turno pidió un simple cruasán y un café con leche. Se sentó a una mesa y trató, inútilmente, de entrar en Internet con su tablet. No era la primera vez que lo intentaba y el resultado fue el mismo de las anteriores. La conexión tenía que pasar por fuerza por el *wifi* del aeropuerto, que le pedía unos datos que no estaba dispuesta a dar. Su mal humor se acrecentó y pensó que tenía que haber comprado un periódico de verdad, uno físico, de papel.

A pesar de todo, cuando se dio cuenta de la hora, se levantó a toda prisa y al llegar al panel de información más cercano vio que su vuelo ya figuraba en pantalla. Y la puerta estaba casi al final de la zona.

No corrió, no valía la pena. Pero siguió pensando que se trataba a los pasajeros como ganado. Y eso que en el Prat todavía había sillas cerca de los paneles. En Barajas ni eso. Para ver el único panel había que estar en mitad de la zona de tiendas.

El vuelo a Malta ya estaba en proceso de embarque. No se alteró. No necesitaba pelearse por un pedazo de portaequipajes y teniendo un asiento de pasillo podía entrar de los últimos a pesar del orden impuesto por filas. Su bolsa de viaje contenía lo esencial. Hizo la cola, entró en el *finger* para encontrarse con la siguiente espera antes de entrar al avión y, finalmente, ocupó su lugar en una de las primeras filas. La mujer de la ventanilla tenía la piel cobriza, iba muy maquillada y llevaba unas uñas que parecían cuchillas. Era de las que vivían pendientes de su móvil. Los pulgares pasaban pantallas a toda velocidad.

Lo reconoció en ese momento: estaba de un humor de perros. Todo le parecía absurdo, superfluo, mecánico. El mundo entero estaba poblado por idiotas con maquinitas.

Cerró los ojos y respiró profundamente. No podía irse a Malta con tanta energía negativa. O mejor llamarla directamente mala leche.

Nada más despegar el avión apareció la somnolencia, el cansancio de la noche, y se adormiló lo suficiente como para relajarse un poco. Le dolían los ojos y la cabeza. Las dos horas de vuelo pasaron rápidas. Llegaba un punto en el que un viaje en avión de menos de tres horas era como coger el metro o un autobús en Barcelona. Los de siete a diez horas le parecían normales y los de más de diez, pesados.

Aterrizó en el aeropuerto internacional de Malta a la hora en punto. Era raro que no tuviera un nombre propio. La mayoría de aeropuertos del mundo llevaban ya nombres de personajes carismáticos. Por muy mediterránea que fuera la isla, era enero y hacía frío, aunque la climatología se parecía bastante a la de la Barcelona que acababa de dejar atrás. Salió de la terminal y buscó la zona de taxis. Nada más meterse en el que le había tocado le preguntó en inglés:

—¿Cuál es el mejor hotel de La Valeta?

El hombre fue rápido.

—El Excelsior, aunque no está en el mismo centro. Queda a unos cinco minutos a pie de la fuente de Tritón y la entrada a la ciudadela. Desde luego, es el más tranquilo.

—Entonces al Excelsior.

Fue un trayecto corto hasta La Valeta, el corazón de Malta, una

pequeña península que sobresalía de tierra entre dos entrecortadas costas que la envolvían por ambos lados. Por el lado izquierdo, la ciudad y los embarcaderos de las barcas y los yates. Por el derecho, los fuertes que conferían el auténtico carácter histórico de la isla. Había visto fotos de ellos y las imágenes le parecieron impresionantes.

Aunque no estaba allí para hacer turismo.

El taxista la dejó en la puerta del Excelsior, a la que se llegaba descendiendo por una amplia rampa desde el nivel de la calle. Era enorme, con una arbolada plaza frontal y un sinfín de escaleras para salir a pie de él y llegar a las calles que conducían a la entrada de La Valeta. El mostrador quedaba a la izquierda. Viajaba con una ropa cómoda y, por lo tanto, no daba la impresión de ser una turista de lujo. El recepcionista del hotel se la quedó mirando cuando le pidió una habitación y Magda se encontró con la pregunta obvia:

—¿Tiene reserva?

—No.

—¿Para cuántos días sería?

—No lo sé. Dos, tres… Depende.

—Veré si…

Esperó, por si tenía que pedirle una *suite*. Por suerte no hizo falta. Mientras aguardaba a que le tomaran los datos del pasaporte, contempló el lujoso establecimiento. Una doble escalera semicircular alfombrada de rojo iba de la planta en la que se encontraba hasta un bar en el que, seguramente, un simple cóctel costaría lo suyo. La sensación, sin embargo, era de paz. Allí no había turistas ruidosos.

Formalizado todo, llegó a la amplia habitación, donde lo único que hizo fue dejar la bolsa en la cama. Ni siquiera la abrió. También resistió los cantos de sirena de la propia cama para tumbarse en ella un rato y descansar. Sabía que si se acostaba y cerraba los ojos, acabaría despertando horas después. Y no quería perder el tiempo.

Regresó a la planta baja y pidió un mapa en recepción. Le indicaron cómo llegar a la fuente de Tritón y el puentecito que desembocaba ya en los muros de la propia La Valeta y su calle principal, la de la República. También preguntó por el hospital *Sir* Paul Boffa. El hombre le lanzó una mirada curiosa, probablemente porque era la primera persona foránea con aspecto sano que le

preguntaba por un centro médico. Le dio las gracias y salió dispuesta a iniciar su aventura, o lo que fuese. Lo peor acabó siendo subir las escaleras hasta la calle. El resto fue un paseo.

Llamó a Victoria Soldevilla al llegar a la plaza, antes de adentrarse en La Valeta.

—Hola, ¿qué hay? —respondió la despreocupada voz de la directora de la revista.

—Te llamo para avisarte de que estoy en Malta.

Imaginó que Victoria estaría haciendo algo mientras hablaba con ella por teléfono. La reacción tardó tres segundos en llegar.

—Perdón, ¿cómo dices?

—Que estoy en Malta, en La Valeta.

Victoria la conocía bien. Muchos años juntas. De hecho, ya no se sorprendía por nada. O casi. Pero esta vez lo hizo.

—¿Y qué haces en Malta? —preguntó con un deje alucinado.

—Necesito unos días.

—Pero… ¿estás trabajando? ¿Tienes algo…?

—¿Cuándo no trabajo yo y cuándo no tengo algo entre manos?

—¡Pero si acabas de llegar y ayer no me dijiste nada de que te fueras a ir!

No era la reconvención de una jefa a su empleada. Magda sabía que tenía carta blanca. Sus reportajes siempre merecían toda la atención del mundo, empleara el tiempo que empleara en ellos. Se trataba simplemente del asombro y el desconcierto que le producía oír sus palabras.

—Oye, no quiero extenderme mucho por teléfono. Solo te diré que es importante —vaciló sin estar segura de si contárselo—. Ayer me enteré de que han atentado contra un hombre aquí, en Malta, y que la bala se disparó con la misma arma con la que mataron a Rafa. Yo… —Le tembló un poco la voz—. No quería esperar noticias en Barcelona, ¿comprendes? Por eso estoy aquí.

—¿La misma arma… trece años después?

—La Interpol cotejó la última bala. No hay duda. Tienen un registro, Victoria.

—¿Esto vino de la llamada de tu amigo Molins mientras estábamos juntas ayer?

—Sí.

Otra pausa. Tampoco había mucho más que decir.

Salvo que la imagen de Rafa, de pronto, estaba allí, entre las dos.

—Ten cuidado —le pidió Victoria.

—Siempre lo tengo.

—Ya, pero esto es personal —le recordó—. No investigas un tema para un reportaje. Sabes que un médico no puede operar a un ser querido ni un detenido defenderse a sí mismo en un juicio. —Se oyó un suspiro a través de la línea telefónica—. No pierdas de vista la perspectiva, no te apasiones ni te dejes llevar por la rabia. Siempre tienes sangre fría y la cabeza en su sitio. Sea quien sea el de la maldita pistola, lleva un arma con la que mata a personas.

«Perspectiva», «pasión», «rabia»…

—Sí, vale —dijo con ganas de acabar ya con la conversación.

—¿Me irás llamando?

—Claro.

—Magda…

—¡Lo haré, no soy ninguna cría! —Sintió de nuevo inquietud—. Venga, chao.

Cortó la comunicación, silenció el móvil para aislarse por completo y, una vez guardado, se dirigió con paso firme al pequeño puente de madera que penetraba entre las dos murallas que flanqueaban la entrada a La Valeta.

8

El hospital *Sir* Paul Boffa era un edificio viejo, muy viejo, de gruesos muros rojizos que necesitaban una buena mano de pintura, al menos por la parte de atrás, la que daba a las apacibles aguas de la bahía, con la punta de Senglea al otro lado. Por lo visto, aquel barrio se llamaba Floriana. Cuando entró en el interior de aquel mausoleo médico fue como si penetrara en los rescoldos de la Inglaterra más victoriana.

No perdió el tiempo con probaturas. Buscó su carné de prensa y lo llevó bien sujeto en la mano para sacarlo como quien saca un revólver en una película de vaqueros. A veces, fuera de la nacionalidad que fuese, una periodista era, ante todo, una periodista para algunas personas. Las televisiones y el sensacionalismo habían rebajado el valor de la profesión. Pero para muchos seguía contando.

Pese a todo eso, la enfermera que atendía la recepción principal se mostró indiferente frente al carné, aunque examinó la credencial.

—Pregunte en la planta dos —se limitó a decir.

Magda subió hasta allí. Había dos pasillos y el centro de operaciones de las enfermeras se ubicaba hacia la mitad. Un cartel anunciaba que la Unidad de Cuidados Intensivos quedaba al fondo del ala izquierda. Imaginó que un paciente en coma estaría en ella y se internó por el correspondiente pasillo hasta desembocar en una nueva sala de control, circular, esta mucho más aparatosa, con monitores de seguimiento en el módulo central desde el cual se controlaba todo. No tuvo que preguntarse dónde estaría George Hare porque en una de las habitaciones acristaladas un policía montaba guardia con aire aburrido.

Al entrar allí nadie le prestó atención, así que tuvo que acercarse a otra enfermera. Escogió a una que era muy menuda, rubita, de cara alargada y rostro simpático. Le sonrió mientras le mostraba también el carné de periodista. Por supuesto, continuó hablando en inglés, como tendría que hacerlo en los días siguientes.

—¿Podría decirme si el señor Hare ha despertado de su coma?

A la rubita le cambió la cara y se puso seria. Miró el carné como si mordiera.

—¿Es usted familiar? —preguntó.

—No. Soy periodista, como ve.

—Me temo que no puedo darle ninguna información. —Dejó de hablar con la misma sequedad que mostraba ahora su comportamiento y miró al policía que hacía guardia en la puerta del cubículo—. Será mejor que se vaya, señora. No puede estar aquí.

La dejó tal cual, de pie, con el carné en la mano, aunque sin mostrarse pendiente de ella.

Magda pensó en acercarse al policía, pero decidió que no. Un policía vigilando a un herido en un atentado no era más que un mero guarda de seguridad. De todas formas se acercó un poco más a la puerta, hasta que, detrás del ventanal, a la vista de las enfermeras, vio a un médico y a una mujer. El herido, en la cama y entubado, con la cabeza absolutamente vendada, tenía los ojos cerrados. El médico y la mujer hablaban. Mejor dicho: hablaba él. Ella miraba al paciente con el rostro constreñido por el dolor y la tristeza.

Magda retrocedió. Desanduvo lo andado, pero no abandonó el pasillo que conducía a la Unidad de Cuidados Intensivos. La sala de espera para acompañantes quedaba a unos metros. Se apostó en la puerta, apoyada en el quicio, y se tomó su tiempo en esperar.

Fueron casi diez minutos. Un tiempo que, en un hospital, daba para mucho. Especialmente para ver el dolor ajeno.

La mujer de la habitación de George Hare acabó saliendo de ella y caminó por el pasillo con la cabeza baja y la mirada perdida en el suelo. Su andar era cansino, pesado. La espalda iba como doblada por un peso invisible. Tendría unos cincuenta y muchos años, cabello negro, y vestía ropas oscuras. Llevaba las manos unidas a la altura del vientre y un bolso colgando del brazo derecho. Su aspecto era el de quien no ha dormido en dos o tres días. Quizá más. Por si no entraba en la sala de espera, Magda le salió al paso.

—¿Señora Hare?

La mujer levantó la cabeza, pero nada cambió en su rostro. La miró tan vidriosamente como si contemplase un objeto cualquiera, sin decir nada.

—¿Podría hablar con usted unos minutos, por favor?

Ella tardó en reaccionar.

—¿De qué? —preguntó por fin.

—De su marido.

Otra pausa. Dudas.

—¿Mi marido? —repitió igual que un disco rayado.

—Es la esposa de George Hare, ¿verdad?

Hubo un leve fruncimiento de ceño.

—¿Quién es usted?

Sabía que si le decía que era periodista, la perdería. Optó por ser más directa.

—Vengo de España, señora. Acabo de llegar de Barcelona.

—¿España? —dijo como si hablara de la Luna, sin bajar de su aturdimiento—. No entiendo…

—Escuche. —Magda empleó su tono más persuasivo, envolviéndolo con un deje de suavidad y calor, casi ternura—. Es importante que hable con usted, se lo aseguro. Lo sucedido con su marido…

—¿Qué sabe de mi marido?

—Nada, salvo que…

La detuvo por segunda vez, cortándola, saliendo de la abstracción que la había mantenido encerrada en sí misma.

—No tengo nada que decirle. Hable con la policía. Déjeme en paz, por favor.

—Señora. —Frenó su gesto de seguir andando, interceptándole el paso—. Hace trece años un hombre mató a mi prometido de la misma forma como se ha atentado contra su marido: un disparo en la cabeza.

La mujer parpadeó: la idea pareció penetrar despacio en su mente.

—No entiendo… —balbuceó.

Magda disparó entonces la andanada final:

—En ambos casos se utilizó la misma arma.

No era algo fácil de asimilar. Al menos no para una mujer cansada y aturdida que, tal vez, ignorase incluso si su marido se movía en aguas turbulentas. Tanto cómo para que alguien hubiera atentado contra él.

Y, si sabía algo, nada la traicionó.

—Mi prometido era periodista. —Magda no esperó más—. Investigaba un crimen cometido en Barcelona, probablemente por la mafia.

Había palabras mayores. Y «mafia» era una de ellas.

El asombro y el desconcierto de la mujer empezaron a no tener límites.

—¿De qué está hablando? —Desgranó la pregunta sin fuerzas—. ¿Se ha vuelto loca? ¡Mi marido no tiene nada que ver con la mafia! ¿Cómo se atreve?

—No estoy diciendo que tenga alguna relación con ella, solo le hablo de la coincidencia de que en ambos casos se utilizara la misma arma. Por favor…

La mujer dio un paso atrás, sin dejar que la tocase. Miró pasillo arriba, como si fuera a gritar o a llamar al policía que custodiaba a su marido. Antes de que pudiera hacer o decir nada más, apareció, como surgida de la nada, una tercera persona, una mujer joven, muy joven, casi con aspecto de adolescente aunque debía de rondar la veintena.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó asustada.

—¡Oh, Karola, hija, menos mal que estás aquí! —Se aferró a ella.

—¿Es papá? —se alarmó la recién llegada.

—No, no, sigue igual. Es ella. —La esposa de George Hare señaló a Magda como si fuera una apestada—. No sé qué me está diciendo de tu padre y la mafia y… ¡Sácame de aquí, por Dios!

Karola Hare taladró a Magda con la mirada.

—¿Quién es usted? —Le hizo la pregunta obligada.

—Vengo de Barcelona. Necesito hablar con ustedes, por favor. —Volvió a soltar la andanada de golpe, antes de que ella se llevara a su ya rota madre—. La misma arma que se ha utilizado para atentar contra su padre se empleó en el asesinato de mi novio hace trece años, mientras él llevaba a cabo una investigación.

La joven arrugó la cara con el mismo rictus de incomprensión mostrado por su madre. A la mujer se le estaban doblando las rodillas, víctima de un imparable desfallecimiento. Su llanto desesperado estaba alarmando también a las personas más cercanas, entre ellas algunas enfermeras.

Magda supo que no iba a conseguir nada más de ellas.

Al menos no allí, en ese momento.

—Escuche —se dirigió a Karola en un desesperado intento final —. Puedo ayudarla, de verdad. Solo le pido unos minutos. Estoy en el Excelsior. Habitación 341. Llámeme, se lo ruego.

Ya no estaban solas. Llegó una enfermera. Y otra. Magda apretó las mandíbulas y se impuso aquello de lo que siempre hacía gala menos en esta ocasión: paciencia. Paciencia y control. No esperó a que la hija de George Hare se llevara a su madre. Se marchó ella.

Pero el último cruce de miradas mantenido con la joven, aunque apenas duró un segundo, lo dijo todo. Incertidumbre y dudas en una. Determinación en la otra.

Magda abandonó el hospital sintiendo una fuerte llamarada de renovada ansiedad en su cuerpo y en su mente.

9

La agencia de turismo de George Hare estaba la misma La Valeta, en la calle Mint, paralela a la central calle República. No le costó dar con ella porque el nombre era de lo más directo: Hare Travels & Tourist. Le bastó con echar mano de Internet. Se trataba de un local no demasiado grande, muy centrado en el turismo barato y de a pie; es decir, pequeñas rutas turísticas en coche o barco. A ambos lados de la puerta se anunciaban los servicios que ofrecía. Por una parte, alquiler de botes y pequeños cruceros marítimos en tomo a la isla. Por otra, los *tours* regulares en coche o microbuses. Magda los leyó recordando que no estaba allí para hacer turismo: «*Discover all Malta with our travels, including Sliema, Valletta, 3 Cities, Temples, Marsaxlokk, Blue Grotto, Mdina & Mosta!*». Fotos idílicas y maravillosas completaban los anuncios.

En el interior había dos mesas con sendos ordenadores y catálogos repartidos por su superficie. Una desocupada y la otra con una mujer que atendía a dos clientes sentados frente a ella. Estos eran alemanes y la mujer hablaba con ellos en su idioma. Magda entró y se quedó de pie, esperando a que terminara con ellos. Mientras, aunque no de forma directa, disimulando, examinó a la empleada. Era más o menos de su edad, cuarenta y pocos, baja y de formas redondas. No llevaba anillo de casada, aunque eso no significaba ya nada. Vestía una especie de uniforme, camiseta roja con el logotipo de la agencia bordado sobre el pecho. Al estar sentada no veía si llevaba falda o pantalones.

Miró algunas fotos de Malta sin dejar de oír el parloteo de la mujer y los dos clientes. No entendía una palabra de alemán. Nunca había podido con él. Hablaba inglés, francés e italiano de forma más que correcta. Pero con el alemán y las lenguas orientales no podía. Las fotografías invitaban a verlo todo en vivo y en directo, desde las ruinas a los pueblos con encanto. Malta parecía ser una joya perdida, desconocida para la mayoría.

La pareja de turistas acabó contratando algo, porque firmaron

un papel y pagaron en dólares el servicio. Cuando se fueron, satisfechos y felices, Magda ocupó la silla en la que había estado sentada la mujer alemana. Se encontró con la franca sonrisa de la empleada de la agencia.

Le puso por delante el carné de periodista, sobre todo para dividir su atención en dos focos. Después fue directa.

—¿Podría hablar con usted acerca de lo sucedido con el señor Hare?

Esperaba lo que sucedió: a la mujer le cambió la cara. Lo que no se pensaba es que, de buenas a primeras, se le llenasen los ojos de lágrimas y se encogiera llena de dolor.

—¡Oh, Dios mío, qué tragedia! —Se llevó una mano al pecho con afectación, como si se ahogase.

Hasta este momento, Magda no había sabido si actuar con cautela o poner la directa. No siempre era fácil tantear a las personas a las que hacía preguntas. Lo que menos deseaba era ponerlas en guardia o provocar su rechazo. La reacción de la mujer la hizo decidirse a lanzarse a fondo.

—¿Cómo se llama usted?

—Margarette.

—Escuche, Margarette —le dijo a la mujer asentando los codos sobre la mesa para apoderarse de todo su espacio visual—. Vengo de España, acabo de estar en el hospital *Sir* Paul Boffa viendo a su jefe, a su esposa y a su hija Karola. Entiendo que para usted soy una extraña, pero le aseguro que, entre otras cosas, colaboro con la policía y las autoridades para encontrar la causa de lo sucedido y dar con el culpable. Por esta razón quiero que entienda que lo que pueda decirme quedará entre nosotras y su nombre permanecerá a resguardo.

La empleada intentó asimilar todo lo que le había dicho. Le costó. Sin embargo, al final pareció convencida. Ninguna objeción.

—Yo… solo trabajo aquí —dijo.

—¿La ha interrogado la policía?

—Sí, y ya les he dicho que no sé nada. ¿Qué puedo saber yo de los asuntos del señor Hare? Llevo menos de un año en este puesto. Ni siquiera entiendo qué ha pasado. El señor Hare es un hombre maravilloso, educado, respetable y entregado a su trabajo sin descanso. No entiendo que alguien le haya querido hacer daño.

Estoy segura de que ha sido un error, de que lo han confundido con otra persona. No hay más explicación.

—¿Quién trabajaba antes en su lugar?

—No lo sé.

—¿Cuántos años tiene la agencia?

—Creo que siete. —Se mordió el labio inferior.

—¿A qué se dedicaba antes el señor Hare? —continuó Magda sin dejarla reaccionar.

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa? La policía también me lo preguntó y les respondí lo mismo. ¡Incluso tuve que decirles dónde estaba la noche del asalto! ¿Se da cuenta? ¡Pero si al parecer fue un hombre el que se le acercó por la espalda!

—¿Sabe si la agencia o el señor Hare han tenido problemas de algún tipo con la policía u otras personas?

—¡No! —se escandalizó—. ¿Problemas? Cuando algún turista se queja por algo, el señor Hare lo maneja con guante de seda. Su lema es: «Un cliente contento es un portavoz de nuestro trabajo».

—Así que nunca lo ha visto pelearse con uno de esos locos que quieren un servicio de primera pagando uno de tercera.

—Nuestros servicios son de primera, señora —proclamó con cierto orgullo—. Aunque sí, suele haber quejas porque un coche no ha sido cómodo o en algún sitio ha habido una cola más larga de lo normal.

—¿Conoce a la señora Hare?

—¿A Aneta? Sí, sí la conozco. Aunque viene poco por aquí y no la he tratado mucho.

—¿Y a Karola?

—Ella vive en Londres con su pareja. Estuvo aquí por Navidad. Ha vuelto ahora, después de que su madre la llamara para contarle lo sucedido. Es una buena chica, muy dulce y cariñosa.

—¿Y usted está sola aquí? ¿No hay más empleados?

—Solemos trabajar el señor Hare y yo. Esta es su mesa cuando se nos acumulan los clientes. —Señaló a su derecha—. Por lo general él trabaja dentro, en su despacho. Los fines de semana, si no hago turno yo, se queda aquí otra persona, porque cerrar, no cerramos nunca. También están los guías, pero ellos van y vienen. Se encargan de los conductores. A primera hora recogen las órdenes y luego suelen reunirse aquí al terminar la jornada, para dar el

parte y contar cómo ha ido todo. Cuando el día ha sido bueno y no ha habido inconvenientes, el señor Hare es el hombre más feliz del mundo. Dice que entonces puede irse a casa en paz y descansar. —La mujer volvió a sentirse compungida de pronto—. ¿Ve como es absurdo? ¿Quién iba a querer hacerle daño?

—En temporada alta, dos personas son pocas, ¿no?

—Aquí siempre es temporada alta, señora —asintió levantando las cejas—. De todas formas tampoco estamos solos. Lo que pasa es que la contabilidad se lleva aparte.

—¿Han tenido problemas económicos?

—¡No! —respondió casi ofendida por la pregunta—. El señor Hare sabe muy bien qué hacer en cada momento. Es una persona que no pretende ir más allá de su capacidad o la de la empresa. Muchas agencias turísticas tienen crecimientos inesperados, tiran la casa por la ventana, y luego han de dar un paso atrás despidiendo a gente o debiendo dinero a los bancos. —Tomó aire—. Se lo repito: esta es una empresa pequeña, eficaz, con los pies en el suelo. Y todo se debe al buen hacer profesional de él.

O adoraba a su jefe o estaba convencida de lo que decía. Margarette era una empleada leal. Y, por suerte, habladora. Aunque nada de lo que le había dicho sirviera para mucho. Salvo que la empresa tenía apenas siete años de vida.

—Señora… —vaciló al ver que Magda dejaba de preguntar.

—Sí, diga.

—¿Ha dicho que venía de España?

—Así es.

—¿Qué tiene que ver España con lo que le ha pasado al señor Hare? —quiso saber.

Magda se lo dijo.

—Mataron a un hombre en Barcelona empleando la misma pistola.

Margarette abrió los ojos casi con desmesura.

—¿En serio? —preguntó incrédula.

—¿Tiene la agencia tratos con alguien de España?

—No que yo sepa. Los únicos españoles que conozco son los que vienen a contratar excursiones. Y me gustan porque son de los que menos se quejan o dan problemas.

Magda no supo si lo decía para halagarla. Siempre había creído

que los españoles, como los italianos, destacaban por hablar a gritos y exigir el máximo por lo que pagaban.

Hizo la pregunta final.

—Si el señor Hare muriera, ¿quién se haría cargo de la agencia?

—¡Ay, por Dios…! —Repitió el gesto de llevarse una mano al pecho.

—¿Su hija? —La ayudó Magda.

—¿Viviendo y trabajando en Londres? No, no creo. Supongo que lo haría Aneta, la señora Hare. O quizá alguno de sus hermanos, pero… Bueno, no sé. Es hablar por hablar. ¿Qué puedo saber yo de esas cosas?

Magda levantó la mirada. Por detrás de la empleada vio una enorme foto de una pareja feliz. Una hermosa pareja feliz. Tomaban el sol en bañador luciendo sus respectivos poderes, que eran muchos. Ella, guapa, rubia, de ojos azules, sonreía con una doble fila de dientes blancos y perfectos como si le agradeciera a la vida haberla hecho tan bella y única. Él, guapo, moreno, la acompañaba en la sonrisa mirándola con aire seductor, tan seguro de sí mismo como de que el sol salía cada día. Eran tan perfectos que sintió rabia, la misma que sentía hacia los que, en Instagram, publicaban fotos en playas paradisíacas o en yates deslumbrantes, mientras un sinfín de desgraciados llamados «seguidores» les ponían corazones mostrando su adhesión.

Sí, ella acababa de volver del Caribe, pero no era lo mismo. Había ido sola. Y las fotos que había hecho eran para sí misma. Para nadie más.

—Perdone por haberla molestado. —Magda inició la retirada.

—Y yo me disculpo mi aturdimiento, señora —le confesó la mujer—. Trato de seguir y trabajar, pero le aseguro que ahora mismo es en lo que menos pienso y lo que menos deseo. Sabiendo que el señor Hare está mal y que posiblemente, si sobrevive, no despierte nunca más…

Magda no esperó a que se pusiese a llorar de nuevo.

Se levantó y le tendió la mano.

—Le agradezco su ayuda, Margarette. —Fue lo último que le dijo antes de emprender la retirada.

10

La gente ya llenaba los restaurantes desde el mediodía. No era como en España, donde se comía a las dos, a las dos y media o las tres. Allí se seguían las normas europeas más civilizadas y racionales. De todas formas ya era la una y media. Regresó a la calle República y se encontró con los principales restaurantes llenos a rebosar, sobre todo los céntricos, como los de las dos plazas más turísticas. El día se había vuelto agradable, con nubes blancas e intermitentes tapando a veces el sol. Imaginó que, como sucedía en Barcelona, los turistas que iban con manga corta y ligeros de ropa eran los nórdicos.

Tuvo un momento de desfallecimiento. Estaba en Malta. Había cogido un avión siguiendo su instinto. Pero, de pronto, no sabía qué hacer. La única pista, George Hare, estaba en coma. Su mujer y su hija no hablarían con ella. No hacía ni veinticuatro horas que su vida había vuelto a cambiar, de plano.

Encontró un pequeño restaurante en la calle Old Theatre, una *trattoria* llamada Romana Zero. Antes de entrar compró los periódicos en inglés que se publicaban en la isla, el *Times* y el *Malta Independent*. Los otros, *In-Nazzjon, L-orizzont* y el *I news Malta*, en maltés, eran Ilegibles para ella. Tenía que comer algo, recuperarse, buscar un poco de calma y serenidad y, luego, ver qué más podía hacer o hacia dónde encaminar sus pasos. Juan se lo había dicho: si perdía la objetividad, se daría contra el muro de su propia impotencia.

Si pudiera dejar de pensar que estaba investigando la muerte de Rafa… Pidió una lasaña y una *pizza* pequeña, de jamón, por probar, aun sabiendo que dejaría la mitad de cada cosa en el plato. La idea de pedir una cerveza bien fría era maravillosa, pero sin haber dormido, cansada y con la mente del revés, no era la mejor apuesta. La cama del hotel seguía llamándola a gritos. Se contentó con un refresco.

Mientras esperaba, ojeó los periódicos. Pasó de las noticias internacionales y se dedicó a leer las locales, por si encontraba algo del intento de asesinato de George Hare. En ninguno de los dos periódicos vio nada. Parecía agua pasada. Siguió buscando algo, sin saber qué, hasta que en el *Malta Independent* se encontró con un artículo de fondo diferente a los otros. Una pieza que bien podría haber firmado ella misma. El periodista escribía bien, de forma ágil y directa. También contundente, sin pelos en la lengua. Reconoció a un igual. Allí había un buen trabajo de investigación, minucioso, algo que no se conseguía estando sentado detrás de una mesa o mirando por Internet.

Se fijó en el nombre del periodista: Yorgen Vai. Un nombre curioso.

Se guardó el *Malta Independent* en el bolso y se dedicó a la lasaña que el camarero acababa de ponerle en la mesa. Nada más probar el primer bocado se dio cuenta de dos cosas: de que tenía hambre y de que estaba muy buena.

Pasó la comida silenciosa, envuelta en una turba de pensamientos medio extraños, medio inquietantes. Era imposible dejar la mente en blanco. Nadie disparaba a un hombre aparentemente tranquilo que dirigía una pequeña agencia de turismo sin más. Nadie utilizaba la misma arma para cometer dos crímenes con trece años de diferencia sin ser un delincuente y, casi seguro, haber cometido más delitos entre uno y otro.

Stefano Bonardi era maltés. Quizá debería seguir buscando sus huellas en la isla. Aunque ¿qué rastro podía quedar de él si se había ido a Turín a los diez años?

A media lasaña recordó algo. Había puesto el móvil en modo silencioso. Recuperó el sonido y examinó las llamadas perdidas. Dos: una de un número desconocido y otra de su madre. Pasó de ambas. Decidió no volver a aislarse y lo dejó con el sonido conectado.

La *pizza* estaba igualmente buena, pero no pudo con ella. Cuando dejó los cubiertos en la mesa y se rindió, el camarero, un chico joven y guapo de unos veinte años, se le acercó sonriendo.

—¿Ya no puede más?

—No, hijo —le contestó sin darse cuenta de su tono maternal.

—¿Se la va a llevar? —El chico señaló lo que quedaba de la

pizza.

—No, no. ¿Me traes la cuenta?

Pagó, se colgó el bolso con el *Malta Independent* del hombro y recogió el *Times* para tirarlo en una papelera al salir. La calle estaba soleada. La tarde invitaba al paseo. Quizá necesitase darse uno para aclararse las ideas. Nunca trabajaba bien estando cansada. No veía con claridad. Echó un vistazo al mapa y se dirigió al mirador desde el cual se divisaba la mejor vista maltesa, la de las tres ciudades con sus fuertes, frente al margen derecho de La Valeta.

Estaba a mitad de camino cuando del fondo de su bolso le llegó la música del móvil. Se detuvo y, al ver que se trataba de Néstor, respondió a la llamada. Mientras lo hacía se apoyó en una pared, a la sombra, porque, de pronto, el sol era algo más que cálido.

—Dime —respondió.

No eran de las que se andaban por las ramas.

—¿Te apetece ir mañana al teatro?

—Estoy en Malta.

La reacción de Néstor fue la esperada, aunque más moderada de lo que la sorpresa habría provocado en otros. Ya la conocía. Lo raro era que se estuviera quieta muchos días.

—Malta —repitió con un deje de sorna.

—Ha sido algo inesperado.

—Ya, ya —dijo con un tono de burla—. Te recuerdo que ayer amaneciste en mi casa y, recién llegada de un viaje, ni por asomo me insinuaste nada de otro para hoy.

—Es que todo fue muy rápido. He volado esta mañana.

—Pues es una pena.

—Invita a una de tus niñas.

—Mis niñas no van al teatro. Se aburren. Son más de discoteca.

No quería ser mala. No con Néstor. A fin de cuentas, se entendían bien. El *playboy* y la periodista. El rico abogado y la pringada. El mejor equipo si todo se reducía a follar cuando les apetecía.

La palabra le hizo daño.

—Néstor, ha pasado algo. —Magda se vino abajo inesperadamente.

—¿Tiene que ver con el viaje? —Se puso serio.

No habría querido contárselo, pero lo hizo, por la misma necesidad de vaciarse, de seguir repitiéndolo todo en voz alta en busca del siguiente paso.

—Hace unos días dispararon a un hombre aquí, en Malta, y utilizaron la misma arma con la que mataron a Rafa.

Imaginó el impacto. Pero, por suerte, Néstor no era dado a los gritos o los excesos. También en eso era pragmático. Nunca se alteraba por nada. O casi nunca.

—Joder, Magda —suspiró.

—Tenía que venir —le dijo a modo de excusa.

—¿Y no puede ser peligroso?

—Hace trece años abandoné una investigación por miedo. Y ya sabes lo que pasó. Ahora no tengo miedo. Ya no.

—Pero ¿qué esperas encontrar?

—No lo sé —se sinceró—. Lo único que hago es seguir un impulso, fiarme de mi instinto, ya me conoces. Si se resuelve lo de aquí, igual se resuelve lo de Rafa.

—¿Tantos años después?

—No hagas de abogado del diablo, por favor. Necesito creer en algo, mantener viva la esperanza. Si el asesino es maltés y sigue en la isla, cabe la posibilidad de que la policía le detenga. Si es un sicario…

—¿Has dado ya con algo?

—No. El hombre contra el que dispararon aquí no murió, está en coma. Pero de momento no he conseguido nada. Su mujer parece hundida, la hija vive en Londres, y en la agencia de turismo que regenta dicen que es una buena persona de vida intachable.

—Nadie es intachable —dijo como si estuviera ante un tribunal.

—Siento no poder ir contigo al teatro —inició la despedida.

—Me irás contando, ¿vale?

—Sí, claro.

—Magda…

—¡Que sí!

—No tendrías que hacer esto sola.

—¿Te preocupas por mí?

—Ya sabes que sí.

—Pareces un marido —trató de bromear.

—Me conformo con la categoría… no, con la etiqueta de

amante. Me va más. De todas formas, marido o amante, ¿dónde voy a encontrar a otra como tú?

—En Tinder.

Néstor soltó una carcajada.

—¡Cómo te pasas! —exclamó.

—Ya sé que no te hace falta, que tienes dónde escoger. Era broma.

—Si no me llamas, te telefonearé yo, ¿estamos?

—Lo haré.

—Mira que yo también puedo coger un avión y plantarme en Malta.

—Adiós, Néstor.

—¡Ten cuidado!

El último grito sí fue tenso.

Magda se mordió el labio inferior, con fuerza, hasta hacerse daño, y guardó el móvil en el bolso. Reemprendió el camino. Los jardines de Barrakka, con su espléndido mirador, aparecieron después de una gran plaza. Cuando llegó al mirador casi se olvidó de lo que estaba haciendo en Malta. Frente a ella quedaban las tres ciudades, tres penínsulas únicas, alargadas, dos de ellas con enormes fortalezas. El mirador, a casi sesenta metros sobre el nivel del mar, era un hormiguero de turistas, la mitad haciéndose fotos entre sí y la otra mitad utilizando el recurso de los *selfis*. Por debajo del mirador, a unos metros, en una pequeña explanada verde llena de cañones, se estaba celebrando algo parecido a un cambio de guardia. Todo muy inglés. Un cañón situado a la derecha rompió la calma con una ruidosa primera salva. Las palomas salieron volando.

Se quedó allí, apoyada en la barandilla, casi veinte minutos. Consiguió serenarse. Alcanzar un poco de paz. Abajo, en el embarcadero, barquitas particulares llevaban a los turistas a dar un paseo por la bahía, hasta la bocana del puerto, o los cruzaban al otro lado, a Senglea o al fuerte de San Ángel. En el muro de Senglea se leían las letras rojas de La Valletta, con elle y dos tes, como lo escribían los malteses. Después de los bombardeos alemanes de la Segunda Guerra Mundial, todo aquello, especialmente los fuertes, parecía reconstruido por completo, como si el conflicto nunca hubiera sucedido.

Dejó el mirador y se dirigió al ascensor, a su derecha. Era una

torre metálica exterior. El plano decía que bajaba 58 metros y que había sido construido en 2012. Lo tomó y llegó al nivel del mar. Esperó unos minutos y subió a una barca, igual que una autómata, junto con un matrimonio con una niña. Tenían un acento que parecía holandés. Los siguientes treinta minutos los pasó en aquella plácida bahía de aguas tranquilas, dando una vuelta desde Barrakka hasta la entrada del puerto, y pasando luego por los bajos de las llamadas tres ciudades, al pie de sus impresionantes muros. La visión del conjunto era idílica, mediterránea. Por un lado, piedras y fortalezas. Por el otro, las apretadas casas, sobre todo en Sanglea. Sí, eran tres ciudades. Y cada una parecía tener su propia vida e identidad.

Cuando volvió a poner un pie en tierra, regresó al ascensor y a los jardines de Barrakka. Había conseguido dejar de pensar un buen rato y lo agradecía. Ahora, sin embargo, reaparecía el cansancio. Y lo hacía entre las subidas de sueño y los inesperados desfallecimientos que la dominaban, como si estuviera en un tobogán emocional. Pensar en la mullida cama del hotel la atormentaba tanto como la sensación de traicionarse a sí misma si sucumbía a la tentación de abandonarse.

Probablemente ya lo había decidido antes, comiendo, en el mismo momento de leer aquel artículo. Ahora convirtió la decisión en realidad. Se sentó en uno de los bancos de los jardines y sacó del bolso el periódico y el móvil. Encontró el número del *Malta Independent* en una de las páginas con detalles del *staff* y lo marcó. Una cantarina voz la saludó casi de inmediato:

—¿Podría hablar con el señor Yorgen Vai, por favor? —respondió Magda.

El tono pasó de cantarín a pesaroso.

—¡Oh, lo siento! ¡El señor Vai no se encuentra ahora aquí, ni tampoco en Malta! Está en Sicilia.

—¿Sabe cuándo regresará?

—Mañana por la tarde. Al menos es lo previsto. Con él nunca pueden hacerse planes. ¿Le dejo algún recado?

—Volveré a llamar, gracias.

—¡Buenas tardes!

Un disparo al azar.

Pero ¿quién mejor que un periodista podría darle algún tipo de

información sobre el atentado de George Hare?

Ya no pudo más. Se rindió. Hacía más calor de lo esperado. La tarde languidecía con la temprana oscuridad asomando ya por el horizonte. La gente también debía de cenar temprano. Tenía el hotel a más o menos diez-quince minutos a su paso, así que dejó de luchar. Siempre podía comprarse un bañador y nadar un poco en la piscina cubierta. Eso la ayudaría. Caminó despacio, envuelta en la turbulencia de sus pensamientos, sin prestar demasiada atención al mapa porque ya había memorizado la ruta. Sin apenas darse cuenta llegó a las escalinatas del Excelsior y bajó por ellas contemplando el edificio. Una vez en el *hall* se dirigió a los ascensores.

—¡Señora!

Volvió la cabeza. El que la llamaba era el joven de la recepción. La forma de decir «*Lady*» había sido muy británica. Se acercó a él.

—Tiene un mensaje, señora —le anunció.

Magda no dijo nada. Esperó. La única persona a la que había dicho que estaba en el Excelsior era…

—¿Quién lo ha traído? —preguntó mientras lo recogía de la mano del recepcionista.

—Ha sido una llamada telefónica. íbamos a subírselo ahora mismo a la habitación. La hora está anotada ahí. —Señaló el papel doblado.

—Gracias.

No lo abrió de inmediato. Se apartó del mostrador y llegó hasta los ascensores. La hoja parecía fría entre sus dedos. Tampoco leyó el contenido en el cubículo, compartido con dos parejas vestidas ya como para ir a una cena de gala, aunque en lugar de bajar, subían, quizá procedentes del lujoso bar. Salió al pasillo de la planta tercera y no llegó a cruzar la puerta de la habitación. Lo leyó frente a ella.

La hora de la llamada era reciente. Apenas veinte minutos antes. Quien la hubiese hecho, no había dejado el nombre.

El texto, en inglés, cuatro palabras:

«*Research the Poseidon Spirit*».

«Investigue el Espíritu de Poseidón».

11

Entró en la habitación sin dejar de mirar aquella hoja de papel.

Le temblaba la mano.

¿Espíritu de Poseidón?

Se le acababa de pasar el sueño de golpe. Y el cansancio. Volvía a estar despierta, con todos los resortes de su cuerpo activados. La única persona que sabía que estaba en el Excelsior era Karola Hare. Su madre también, pero ella apenas le había prestado atención por la mañana en el hospital.

Karola Hare.

Cogió el portátil y se sentó a la mesa. Una vez en Internet tecleó las palabras y esperó. Aparecieron todos los enlaces con las informaciones sobre el dios mitológico, rey de los mares, pero ninguna que uniera al personaje con la palabra «espíritu» de manera concreta y específica. Examinó incluso la galería de imágenes. El resultado fue el mismo.

Se levantó, se sentó en la cama y cogió el auricular del teléfono de la habitación. Marcó el número de recepción y pidió que le conectaran con la centralita telefónica. Dijo que era para hacer una consulta. Una voz amable la hizo esperar un momento. Cuando oyó a la operadora cruzó los dedos.

—Disculpe —dijo revestida de amabilidad—. Me han pasado el mensaje de una llamada telefónica recibida hace un rato. Me llamo Magdalena Ventura, habitación 341. ¿Podría decirme si quien ha llamado era un hombre o una mujer? Es importante, por favor.

—Un instante, no cuelgue.

Esperó unos pocos segundos. Pensó que tendría que repetir la explicación y la pregunta. Pero por suerte no fue así. Otra voz de mujer sustituyó a la primera.

—¿Señora?

—Sí, buenas tardes…

—He sido la interlocutora de la llamada que le interesa —le informó la nueva telefonista—. Desde luego se trataba de una

mujer. Al comprobar que usted no se encontraba en la habitación me ha hecho escribir el mensaje y leérselo, para estar segura de que lo había entendido bien.

—Espíritu de Poseidón —se lo dijo en inglés.

—Sí, señora.

Magda se dio cuenta entonces.

No era lo mismo «Espíritu de Poseidón» en español que «*Poseidón Spirit*» en inglés.

—Gracias —se despidió de la telefonista.

Regresó al ordenador. Escribió el nombre en inglés y, entonces sí, todo cambió. Casi dejó de respirar. *Poseidon Spirit* era el nombre de un barco. Y no un barco cualquiera.

Le bastó con leer las primeras de las muchas noticias referidas al buque:

«El barco de carga *Poseidon Spirit*, de bandera maltesa, retenido en aguas del mar Egeo». «Encontradas armas y explosivos en una inspección rutinaria de las autoridades griegas en un navío de la República de Malta». «El estado de los marineros del barco retenido en Grecia, de nacionalidad mayoritariamente ucraniana, es por ahora satisfactorio aunque precario. La embajada ha confirmado que no queda combustible a bordo y que, por lo tanto, la tripulación carece ahora mismo de electricidad, por lo que no puede utilizar las instalaciones para cocinar, ducharse o conectar el aire acondicionado». «La crisis abierta por la detención del *Poseidon Spirit* no parece tener visos de solución en los próximos días, mientras se determina el destino final de las armas y explosivos encontrados en sus bodegas de carga». «Según informaciones de última hora, se especula con que el destino de los explosivos del *Poseidon Spirit* podría ser Sudán del Sur». «Crece el malestar entre las autoridades, el puerto de Souda y los habitantes de Creta, por la retención del barco de bandera maltesa cargado de explosivos que sigue bajo investigación aduanera en la isla griega.»…

Intentó serenarse, no caer en el atropello. No había encontrado nada referente al barco al leer los dos periódicos malteses. Eso significaba que el incidente ya no salía en los titulares y vivía el clásico compás de espera. Buscó la fecha en la que el *Poseidon Spirit* había sido interceptado y finalmente la encontró. Apenas dos semanas antes.

El atentado a George Hare era posterior.

¿Tráfico de armas? ¿De eso iba todo?

La mayoría de las páginas de Internet daban titulares, con poca información más. Si algo sabía del comercio marino, era su singularidad. La mafia de los mares y los océanos era inmensa. Un barco podía tener bandera de un país, ser manejado por una tripulación de otro o una mezcla de varias nacionalidades, y pertenecer a una naviera de cualquier parte del mundo. Había países y puertos francos ideales para la confusión, como Panamá en América Central o Malta en el Mediterráneo. Cuando sucedía algo no era fácil determinar las responsabilidades ni ponerle el cascabel al gato. En los periódicos se hablaba a menudo de barcos abandonados a su suerte en un puerto, sin que nadie diera la cara por ellos, con marineros olvidados como si ya no contaran para nada, sin dinero ni posibilidades de regresar a sus países. Viejos cascarones que se acababan pudriendo al sol sin que nadie supiera qué hacer con ellos.

Encontró algunos artículos más largos.

> El buque y la tripulación del *Poseidon Spirit* (IMO 911987525), bajo pabellón de la República de Malta, actualmente en el puerto naval de Souda, en Creta, están sujetos a un delito investigado por las autoridades judiciales competentes e independientes de la República Helénica. En este contexto, las medidas restrictivas relativas a la prohibición de que el barco se haga a la mar son totales. El capitán del *Poseidon Spirit*, de nacionalidad ucraniana, está detenido, permanece bajo custodia y se va a proceder a su interrogatorio. De acuerdo con la documentación incautada, el destino de las armas contenidas en los más de 50 contenedores era Yibuti, Indonesia y Australia. En un caso muy parecido, hace tres años, en Turquía, se decidió la detonación controlada de la carga, para evitar riesgos…
>
> La inspección del *Poseidon Spirit* se llevó a cabo de manera rutinaria y aleatoria, pero fuentes oficiales han destacado el hecho de que las autoridades podían conocer de antemano la carga del barco, dado el abordaje en el mar, en aguas jurisdiccionales griegas, la celeridad y diligencia con la que este fue registrado, y la inmediatez con la que se halló la sospechosa

carga…

El corazón de Magda empezó a latir con fuerza. Allí había algo.

«Abordaje en el mar», «Conocer de antemano», «La inmediatez con la que se halló…».

Un poco más abajo, en el mismo artículo, encontró un párrafo no menos significativo.

> La Guardia Costera griega ha asegurado que inspeccionó el barco por la sospecha fundada de su carga, que, en caso de ser ilegal, contravendría el embargo de armas de la Unión Europea y las Naciones Unidas sobre Sudán, probable destino de los explosivos. El *Poseidon Spirit*, con 19 personas a bordo, había zarpado del puerto de Valencia, en España, con una breve parada en el de Barcelona, para completar la carga, y otra en La Valeta, Malta…

Magda arqueó las cejas. ¿Barcelona? ¿El maldito barco retenido en Grecia y cargado de armas había salido de puertos españoles?

Dejó de interesarse por el suceso y buscó la información complementaria: la naviera del *Poseidon Spirit*. Todos los barcos tenían su ficha, su identificación. Cuando dos buques se cruzaban en alta mar, bastaba con ver sus características para dar con el nombre y bandera. Los datos también estaban en Internet. Tecleó la pregunta directamente.

Y allí estaba.

«Datos Maestros - Número IMO: 911987525. Tipo de barco: transporte de contenedores. Bandera: Malta. GT: 9517. DWT: 12590. Eslora: 160 metros. Manga: 23 metros. Año de Construcción: 1997». No tenía ni idea de lo que era el GT y el DWT, pero ni falta que hacía. Los datos de algunas casillas mostraban un candado cerrado al lado, entre ellas el puerto de origen o el calado. Era obvio que este último determinaba el peso de la carga. Y que no era lo mismo transportar conejitos de peluche que armas. Más abajo constaba el historial: los anteriores armadores registrados como dueños. El penúltimo era ucraniano. El último, maltés: Ankor Lines Ltd. También encontró dos noticias sueltas en las que se mencionaba al *Poseidon Spirit*. La

primera decía que el barco venía a reforzar una línea de escalas que incluía nuevos puertos además de Barcelona o Malta. Se citaban específicamente algunos de Túnez y Libia. La noticia aportaba más información: se mencionaba que el calado máximo era de 8,25 metros y la carga de 9500 toneladas con una capacidad de 1050 TEU, algo que tampoco sabía lo que era. Por lo visto la carga era lo que correspondía a las siglas GT. Lo que no encontró fueron datos del agente o la naviera de la compañía en Barcelona. Y ningún barco hacía una escala de carga o descarga sin que hubiera un agente o una naviera.

Se dejó caer hacia atrás. Ya era de noche, y ni siquiera se había dado cuenta. ¿Cuánto llevaba navegando por Internet?

Cerró los ojos porque la danza de nombres y datos le producía vértigo en el interior de su cabeza. Habían matado a Rafa por investigar el asesinato de un mafioso italiano nacido en Malta. George Hare, un simple agente de turismo, estaba en coma por un disparo realizado con la misma pistola. El lugarteniente de Bonardi, Matei, era ucraniano, como el capitán del *Poseidon Spirit* y la mayoría de los marineros, amén del penúltimo armador. El barco procedía de España y había hecho una escala en la isla…

—Dios… ¿qué es todo esto? —exhaló.

No tenía ni idea, pero su instinto se lo advertía. Mejor dicho: se lo gritaba.

«Algo gordo».

Algo por lo que, trece años antes, habían asesinado a Rafa.

Se quedó quieta un par de minutos con los ojos cerrados. Esperó a que la tormenta mental decreciera o, al menos, a que pudiera dominarla. Cuando lo consiguió se calmó. Ya no podía hacer nada a esas horas. Las opciones eran simples: meterse en cama y dormir el máximo número de horas, sabiendo que, pese al cansancio, igual no conseguía conciliar el sueño, o salir a cenar algo. La tentación de la cama, después de un baño en la bañera, era considerable. Le costó apartarla. Despreció también la idea de nadar en la piscina cubierta del hotel. Optó por levantarse, cambiarse de ropa, lavarse la cara y salir a cenar cualquier cosa, por poco que fuese. Salir y dejarse atrapar por la noche maltesa.

Lo necesitaba, sí. Un paseo, sentir el aire fresco de la noche. Aparentar ser una turista más.

Abrió la bolsa de viaje. No llevaba ningún vestido apropiado, por supuesto. Ni falta que le hacía. Se limitó a cambiarse de pantalones y siguió llevando las mismas zapatillas deportivas. Se puso una camiseta limpia y recogió su chaqueta y el bolso, todavía con el periódico dentro. Quería echarle otra ojeada, ahora más concienzuda, por si se le había pasado algo relativo al *Poseidon Spirit*.

Cuando estaba en el pasillo, dirigiéndose al ascensor, se dio cuenta de que no se había cepillado el pelo. Agitó la cabeza, se pasó una mano con los dedos abiertos y se lo desordenó todavía más.

Salió del Excelsior, subió las escalinatas y se dirigió de nuevo a la entrada de La Valeta.

MIÉRCOLES

12

Aquella noche durmió prácticamente doce horas, y lo agradeció.

Cuando abrió los ojos, con la habitación a oscuras, no estaba segura de si todavía era de noche o si ya se había hecho de día. Alargó la mano, cogió el móvil de la mesita y se sorprendió de que fueran casi las once de la mañana. Adiós a su maravilloso desayuno en el hotel. Se levantó, descorrió las gruesas cortinas y se asomó a un día gris, cargado de nubes rotas aunque no amenazantes de lluvia. Regresó al móvil para ver que la única llamada perdida era de su madre. También le había escrito un mensaje de WhatsApp. Decía: «¿Vendrás a comer el sábado o el domingo?».

No estaba de humor para enfrentarse a su progenitora. No quería empezar el día dando explicaciones y peleándose con ella. Si en el futuro llegaba a vieja, y su madre todavía no lo era tanto, estaba segura de que se retiraría sin molestar a nadie, y menos a Alba, su única sobrina y todo lo que le quedaría además de Blanca.

Bueno, su hermana también era del tipo sufridor.

Se dio una buena ducha. Dejó que el agua cayera sobre su cabeza y le empapara el cuerpo. Permaneció así dos o tres minutos, de pie, con la cabeza alta, inmóvil. Después se secó y, tras olería, por si acaso, se puso la misma ropa de la noche anterior. No era de las de sudar y apenas la había llevado un par de horas. De todas formas, si seguía muchos más días en Malta, sí tendría que comprar algo de ropa.

Antes de salir de la habitación buscó en el ordenador la dirección de la naviera Ankor Lines Ltd. Las señas no estaban en La Valeta, sino en Kordin, un barrio de la parte baja de las penínsulas de la derecha, por debajo de las llamadas tres ciudades. Imaginó que sería una oficina, un despacho, y que en el cercano puerto tendrían otras dependencias.

Un mundo desconocido.

Como era lógico, la hora del desayuno había pasado a mejor vida. Pero si se marchaba del hotel sin tomar algo, sería peor. Se

resignó a ir al bar. Todavía quedaba gente en algunas mesas. Ociosos de turismo tardío o, al contrario, madrugadores que ahora esperaban ya la hora de la comida. Pidió lo más sucinto para tener algo en el estómago y firmó una factura que en Barcelona casi habría equivalido a una cena en un buen restaurante.

Salió del hotel cerca de mediodía y subió las interminables escaleras hasta el nivel de la calle. Tuvo que caminar hasta el Mall, una avenida arbolada que iba desde la fuente de Tritón hasta las murallas del sur de La Valeta. Allí se subió a un taxi y le dio las señas de la naviera. El taxista no era de los habladores, así que se limitó a mirarla un par de veces por el retrovisor situado frente a sus ojos.

Néstor decía que era una «mujer potente». A veces le creía.

Las oficinas de Ankor Lines Ltd. estaban en la primera planta de un edificio relativamente nuevo de casi veinte pisos de altura. Se lo quedó mirando un momento antes de subir. Se daba cuenta de que lo único que iba a encontrarse era un muro. Y, muy posiblemente, impenetrable. La naviera tenía un barco cargado de armas y explosivos retenido en un puerto griego. No estaba segura al cien por cien de si esto representaba un descalabro económico o no, aunque para eso estaban las aseguradoras. Ningún viaje por mar se hacía sin asegurar la carga. La pregunta era: ¿sabía la aseguradora que aquella era la carga? Si la respuesta era no, el agravante se hacía mayor. Quizá Néstor pudiera aclararle si había diferencias entre «contrabando» y «tráfico». El comercio armamentístico, según había comprobado en Internet, estaba fuertemente vigilado por la ONU y la Unión Europea, aunque no por ello dejaban de llegar armas a todos los países en conflicto, en especial a bárbaros genocidas, señores de la guerra y grupos de ideología radical.

Se sintió un poco desanimada, pequeña y sola, pero subió aquella escalera.

Nunca había estado en una naviera, así que tampoco esperaba nada especial, pero en el fondo sintió cierta desilusión. Ankor Lines Ltd. tanto podía ser lo que era como una empresa dedicada a cualquier otra cosa. Lo único que demostraba que lo suyo eran los barcos y el mar eran las fotografías de algunos navíos que tenían colgadas por las paredes. Ningún detalle más. En la oficina había dos mesas, con un hombre en una y una mujer en la otra. Ambos se

aplicaban delante de sus respectivos ordenadores. Por detrás de ellos, tres puertas. Imaginó que una era el servicio, otra el despacho del gerente o quien fuera el responsable, y la tercera tal vez un almacén o archivo. Antes de que pudiera escoger a cuál de las dos personas se dirigía, se levantó el hombre, que rodeó la mesa y se acercó a ella.

Era delgado, de rostro enteco, cabello peinado hacia atrás, con gomina, y con un bigote recto pasado de moda que a Magda le recordó a los que se llevaban en los años cuarenta y cincuenta en la España franquista. Vestía un gastado traje de color marrón claro con una abominable cortaba amarilla. Era imposible que con semejante aspecto pudiera sonreír y, desde luego, no lo hizo.

Magda no le dejó preguntar siquiera.

—¿Podría hablar con el director, por favor?

—¿El director?

—Bueno, el gerente, el responsable…

El tono del hombre se hizo más distante. Obviamente la visitante no iba muy bien orientada.

—El señor Schill no se encuentra hoy aquí, señora. Lo siento.

Pero no lo sentía. La «visitante» se puso la piel de cordero. Y formuló la pregunta con fingida dulzura:

—¿Cuándo regresará?

—Perdone, ¿de qué asunto se trata? Si puedo ayudarla en algo…

—Acabo de llegar de España. Solo estaré aquí un par de días —divagó sin responder.

El hombre ya no dijo nada. Esperó.

—Necesito entrevistarle —aventuró Magda.

—El señor Schill está de viaje. Y desde luego no tengo constancia del día de su regreso.

—¿Ha ido a Grecia?

Fue como si le disparase en medio de los ojos. Un puñetazo silencioso. Lo acusó porque sus rasgos se hicieron más secos y la mirada se le endureció todavía más. Las cejas formaron un sesgo único y tan recto como el bigote.

—¿Qué clase de entrevista desea hacerle al señor Schill? —quiso saber.

Hora de poner las cartas sobre la mesa. Fracasado el intento, quedaba provocar, echar el anzuelo.

—Soy periodista, de Barcelona. El *Poseidon Spirit* salió de mi ciudad, hizo escala aquí y lo han detenido en Grecia. Quería que el señor Schill me contara la relación de estos hechos…

Las palabras le picotearon la razón. «Periodista», el nombre del barco, Grecia… El empleado de la naviera pareció agigantarse, convertido ahora en un muro infranqueable. Ya no ocultó su resentimiento.

—Señora, aunque el señor Schill estuviera aquí, le aseguro que no haría la menor declaración, y menos aún le concedería una entrevista. Ahora, si me lo permite…

La invitaba a marcharse. Su mano derecha, con la palma abierta, apuntaba a la puerta.

—¿Usted no podría decirme algo, cualquier cosa, lo que sea?

—Lo único que puedo contarle es que el barco hizo escala aquí, en efecto, pero la carga venía de España. Ahora váyase, por favor. —Se acercó un poco a ella para conminarla a marcharse.

—No entiendo… —Se resistió Magda sin moverse ni un centímetro—. La noticia está en todas partes, no es ni mucho menos un secreto. La bandera del barco es maltesa.

—Una cosa es la bandera y otra la carga o los puertos de salida y destino. Por favor… —Ahora la cogió del brazo.

Magda atinó a mirar por encima de su hombro. Un gesto reflejo.

La mujer de la otra mesa intentaba mantenerse firme, pero los ojos llenos de contenidas lágrimas decían lo contrario, que estaba hundida o a punto de derrumbarse. Al notar que Magda la miraba, bajó la cabeza y se llevó una mano a la frente para ocultar su semblante.

El cuerpo del hombre acabó interceptando la breve escena.

Magda, ahora sí, dio un paso atrás. La mano que le sujetaba el brazo no era fuerte, pero sí firme.

—No quería molestar —se excusó—. Lo siento. Comprendo que algo así ha de ser… terrible, ¿verdad?

El hombre ya no abrió la boca.

La puerta sí.

Luego se cerró tras ella.

Se encontró de nuevo en la calle, envuelta en sus pensamientos, sin ser consciente de cuándo ni cómo había bajado aquellas escaleras. La reacción del empleado de la naviera era la esperada.

La de la mujer llorosa y afectada, no. Miró la hora. No debía de quedar mucho para que la oficina cerrara y salieran para comer. Para tomar «el almuerzo», como decían en casi todas partes menos en España. Miró a su alrededor y encontró dos cosas útiles: un puesto de venta de periódicos y un bar con terraza exterior. Sin apartar la mirada mucho tiempo de la puerta del edificio, compró el *Malta Independent* y se sentó en el bar. Pidió un refresco y lo pagó ya, por si tenía que salir corriendo. Con el periódico abierto sobre la mesa, se contentó con buscar alguna noticia relativa al barco retenido en el puerto de Creta. No encontró nada. Pero sí dio con un nuevo artículo de Yorgen Vai, el periodista que le había llamado la atención el día anterior.

De nuevo era un texto comprometido, intenso. Hablaba de una conexión siciliano-maltesa en la compraventa de unos terrenos en litigio. Daba nombres y datos.

Le habían dicho en el periódico que estaba en Sicilia y regresaba hoy por la tarde. Si alguien podía saber algo de lo que se cocía en los bajos fondos malteses, era aquel hombre.

Magda se acabó el refresco, cerró el periódico y ya no apartó los ojos de la entrada del edificio en cuya primera planta estaban las oficinas de Ankor Lines Ltd.

13

La mujer de la naviera salió a la una y cuarto del mediodía. Llevaba un abrigo liviano y calzaba unas zapatillas deportivas. Se dirigió a buen paso hacia la izquierda y Magda tuvo que echar a correr para conseguir cruzar la calle antes de perderla de vista. La persecución, de todas formas, fue breve. Cabía la posibilidad de que comiera en su casa y de que viviera cerca, de que se subiera a un transporte público para llegar hasta ella o de que optara por uno de los pequeños restaurantes de la zona. Y salió esto último. Entró en un pequeño local para nada turístico y se sentó en una mesita ubicada entre el interior y el exterior.

Magda le concedió unos segundos. Luego se acercó y, sin decir nada, se sentó en la silla frontal.

La mujer apenas reaccionó al verla. Se envaró un poco y nada más. El semblante solo se le traicionó por un destello en los ojos. No hubo susto ni enfado. Como mucho, resignación.

—Si me pide que me vaya, me levantaré. —Fue lo primero que le dijo Magda—. Si la comprometo en algo, la dejaré sola y no volverá a verme. Pero permítame decirle dos cosas: la primera, que lo que me pueda contar quedará entre nosotras; la segunda, que no me interna para nada el caso de ese barco retenido en Grecia. Yo busco otra cosa.

La mujer lo asimiló. Con entereza no exenta del mismo quebranto de un rato antes, cuando había estado a punto de llorar.

—¿Qué es lo que busca entonces? —quiso saber.

La presencia de una camarera impidió la respuesta de Magda. Tuvieron que concentrarse en ella. La empleada de la naviera pidió el menú y Magda dijo que lo mismo. Esta vez, ya descansada, sin sueño acumulado en las neuronas, se apuntó a tomar una cerveza. Cuando volvieron a quedarse solas, la pregunta seguía flotando entre las dos.

—Mi nombre es Magda Ventura. —Le tendió la mano por encima de la mesa sin responder a su pregunta todavía.

—Henrietta —se presentó ella—. Henrietta Duncan.

Tenía un rostro agradable. Rondaría los treinta y muchos y su expresión rezumaba dulzura. Una mujer normal y corriente en un mundo normal y corriente. Un mundo en el que, de todas formas, sucedían cosas.

—Imagino que estará enterada de que hace unos días hubo un atentado aquí, en Malta. Un hombre llamado George Hare recibió un disparo y está en coma.

Si en su visita a la naviera casi había llorado, ahora se quedó pálida, acusando el golpe. Magda no se precipitó. Había demasiadas preguntas y el orden importaba.

Pero, desde luego, Henrietta Duncan no solo conocía la noticia: también conocía a George Hare.

Mantuvo la calma.

—La bala que casi mató al señor Hare se disparó desde la misma pistola con la que, hace trece años, fue asesinado un hombre en Barcelona.

La mujer frunció el ceño.

—¿Puedo preguntarle por qué ha venido a nuestra naviera?

—Porque anoche recibí un mensaje anónimo en mi hotel pidiéndome que investigara el *Poseidon Spirit*. No tuve más que entrar en Internet para encontrar toda la información publicada hasta este momento y relativa al barco.

Henrietta bajó la cabeza. Ella también trataba de hilvanar las cosas. La llegada de las bebidas volvió a cortar la conversación. A la mujer le vino bien beber un buen trago, como si de pronto tuviera la garganta seca.

—¿El señor Schill está en Grecia por lo del barco?

—Sí.

—¿Es maltés?

—Sí. Su nombre es Palmer.

—¿Sabe usted algo de cómo lleva allí el señor Schill este asunto?

—No, no —respondió terminante—. Yo solo soy una empleada. Manejo temas administrativos. El señor Pornoy, el que ha hablado con usted, no me dice nada que no deba saber. Él es quien está en contacto con el señor Schill. Lo único que sé es que regresa hoy o mañana.

—Escuche: no voy a preguntarle si trafican con armas. Le repito

que no es lo que me interesa de todo este asunto. Lo único que necesito saber es la relación que pueda haber entre el dueño de una simple agencia de turismo al que han querido matar, ese barco y ustedes.

—Yo no sé nada —respondió, cerrándose un poco en banda.

—Si no la hubiese visto llorar hace un rato, no estaría aquí sentada con usted. Así que puedo entenderla, pero no creerla. Cuando he mencionado el nombre de George Hare se ha puesto pálida.

Henrietta Duncan bebió otro largo trago de su cerveza. Magda todavía no había tocado la suya.

—¿Ha hablado con la señora Hare? —preguntó al dejar el vaso.

—Lo intenté, pero se cerró en banda.

La mujer negó con la cabeza.

—¿Cómo no va a tener miedo después de lo que le han hecho a su marido? —dijo con pesar.

—Sin embargo, creo que fue su hija, Karola, la que me dejó el mensaje en el hotel —le dijo Magda.

—¿Karola?

—Sí. Es la única persona que sabía que me hospedaba en el Excelsior.

—Entonces hable con ella.

—No creo que sea fácil. Si su padre está implicado en algo, lo sepa ella o no, tendrá miedo. Usted misma lo ha dicho. Mi única esperanza reside ahora en lo que usted pueda contarme.

—Ya le he dicho que no sé nada, ni de lo que llevaba ese barco ni de si la naviera está implicada en algo irregular. Y le aseguro que llevo años trabajando en ella. Todo ha sido siempre legal.

—¿De qué conocía a George Hare?

Hizo la pregunta demasiado a destiempo, porque la camarera les puso el primer plato en la mesa y cortó momentáneamente la tensión del diálogo. Henrietta Duncan se quedó mirando la ensalada como si fuera una liberación.

—¿De qué conocía a George Hare? —repitió la pregunta Magda.

No le gustaba acorralar a nadie, y menos a una mujer de apariencia inocente. Pero a veces no había más remedio.

Tenía fama de hacer hablar a las piedras.

—Era socio del señor Schill —dijo Henrietta.

—¿En la naviera?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Antes de que pusiera en marcha la agencia de turismo, por supuesto. Se pelearon y el señor Schill echó al señor Hare.

—¿Por qué se pelearon?

—No lo sé.

—¿Alguna idea?

—Yo llevaba poco tiempo, así que no los conocía bien. Había otra empleada entonces, y lo comentamos entre nosotras. ¿Diferencia de criterios? Tal vez. El señor Hare siempre hablaba de dignidad, honradez, ética… Cosas así. En cambio, para el señor Schill todo se resumía en el dinero y los negocios. Había buenos y malos negocios, nada más. Según él, el dinero no tiene cara ni religión, solo amo.

—¿La divergencia se originó por algo concreto?

—Tampoco lo sé.

—¿Alguna operación clandestina, como la de ese barco cargado de armas y explosivos?

—¿Cómo quiere que yo sepa algo así? No soy más que una empleada. Manejo cuentas, eso es todo.

—¿Notó algo fuera de lo común tras la marcha del señor Hare?

—No, salvo que se produjo la fusión.

Tenía que ir arrancándoselo con cuentagotas, pero estaba acostumbrada. Mantuvo la paciencia y se llevó un poco de ensalada a la boca con el tenedor, sin precipitarse. Henrietta Duncan también masticaba despacio.

—Entonces, ¿hubo una fusión?

—Bueno, entró capital procedente del extranjero, de una naviera ucraniana. Pasamos a formar parte de un conglomerado mayor que necesitaba puertos en el Mediterráneo. Malta está justo en medio. Es ideal.

—¿Cómo se llamaba esa naviera?

—Merezha Corp. Están radicados en Odesa y tienen un despacho en Ginebra, como muchas otras navieras.

—¿En Ginebra?

—Sí, ya le digo que es lo normal.

—¿Qué conexión hay con Barcelona?

—No sé nada de eso, salvo que es uno de los puertos en los que operamos por su importancia. Nuestro contacto allí es la naviera Seamar.

Iban comiendo mientras hablaban. El menú era justo. Acabaron la ensalada y no les dio tiempo a seguir con la conversación porque en ese momento llegaron los segundos platos. Pescado. Lo cierto es que la comida era buena. Mientras buscaba por los recovecos de su cabeza nuevas preguntas, le tocó el turno a Henrietta de hacer una:

—La persona que mataron en Barcelona hace años, ¿era alguien especial?

—Para mí sí. Era mi prometido. íbamos a casarnos en dos semanas.

Volvió a cambiarle la cara. Parecía una mujer empática, de las que sentía alegría o dolor de acuerdo con el estado de ánimo de los demás.

—Lo siento —dijo.

—Escuche. —Magda quiso atemperar la situación—. No quería incomodarla con nada de todo esto. ¿Comprende mi papel en esta historia?

—Sí —asintió Henrietta.

—Se lo he dicho al comienzo: me da igual ese barco, y lo que lleve, pero es posible que quien disparó al señor Hare también matara a mi novio hace trece años. Y si no fue él, podrá seguirse el rastro de esa pistola. No estoy aquí como periodista, sino como mujer a la que se lo arrebataron todo.

—¿Por qué mataron a su novio?

—No lo sé. Esa es la razón de que todo este asunto aquí en Malta se me escape de las manos. George Hare es la clave y, mientras esté en coma, no hay respuestas posibles.

Henrietta Duncan soltó una bocanada de aire. Se había terminado la cerveza. Levantó una mano para llamar la atención de la camarera y pedir otra. Magda seguía todavía con la suya.

—Yo apreciaba al señor Hare —continuó la conversación la mujer—. Este es un sitio pequeño, así que le veía de vez en cuando. Siempre era amable, me preguntaba si estaba bien. Del trabajo, nada. Se interesaba por mí. Cuando supe que habían intentado matarle… Fue un *shock*. Aún no lo entiendo.

—¿No le hace sospechar que sucediese a los pocos días de la

detención de ese barco en Creta?

—¿Por qué habría tenido que relacionarlo? —Su rostro reflejó todas sus dudas—. El señor Hare llevaba siete años fuera de la naviera. A pesar de lo que usted me está diciendo, me sigue pareciendo rara la idea de un complot, un contubernio, como quiera llamarlo. Supongo que para usted, siendo periodista, este mundo de hoy le parecerá… no sé, peligroso, absurdo, loco… Pero yo soy una mujer normal y corriente, tengo mi vida. Ni siquiera pido mucho.

—¿Está casada?

—Sí.

—¿Hijos?

—Dos niñas.

—Felicidades.

Henrietta le sonrió. Por un momento pareció dispuesta a coger el bolso y enseñarle las habituales fotografías que toda madre orgullosa llevaba consigo. Contuvo el gesto.

Ya no quedaba nada en los platos de pescado.

—¿Postre? —les preguntó la camarera surgiendo de la nada a su lado.

Magda no pidió nada. La empleada de la naviera, fruta. Todo estaba ya dicho. El día seguía siendo gris, pero sin que las nubes se cerraran del todo. Había claros por entre los que se veía el azul del cielo. Por la calle, la vida seguía igual.

Las islas, pequeñas o grandes, tenían algo único.

Los ojos de la mujer se volvieron súbitamente suplicantes.

—Por favor, no escriba nada de mí.

—Se lo prometo.

—Si alguien me ha visto hablando con usted… Bastante me habrá comprometido ya eso, ¿entiende?

—No se preocupe. ¿Puedo invitarla a comer?

—No. —Hizo un gesto ambiguo—. Y le agradecería que se fuera antes que yo.

Magda la vio cansada. Respetó lo que le pedía. Sacó el bolso, puso el dinero de su parte de la comida sobre la mesa y se levantó dispuesta a dejarla sola. Esta vez no hubo ningún apretón de manos. Únicamente Una despedida formal.

—Gracias, Henrietta.

—Que tenga suerte en su búsqueda —le deseó ella forzando una

sonrisa.

Magda asintió. Echó a andar sabiendo que los ojos de la mujer estaban hundidos en su espalda.

14

El taxi volvió a dejarla en La Valeta. Todavía era temprano para llamar al periódico y preguntar de nuevo por Yorgen Vai. También era posible que, si acababa de llegar de un viaje, no le pasaran la llamada o se la quitaran de encima. Decidió que iría en persona un poco más tarde, así que cogió el móvil y entró en Internet. La redacción del *Malta Independent* estaba en el barrio de San Julián, al otro lado de La Valeta, en la margen izquierda de la ciudad.

Se lo tomó con calma. Un paseo le iría bien para bajar la comida y procesar toda la información facilitada por Henrietta Duncan. Echó a andar por la calle República, hasta el final, y después subió por Old Bakery. Por los lados, a derecha e izquierda, La Valeta descendía hasta el mar. República y las calles paralelas más próximas formaban una elevación. Le bastaba con mirar en cada cruce para ver cómo las calles perpendiculares ofrecían unos considerables desniveles. Ideales para bajar. Pesadas para subir. Había rincones preciosos y casas muy viejas, de porte noble y gruesos muros. En parte le recordaba a la vecina Sicilia y en parte muchas de las construcciones le retrotraían al estilo británico imperante después de tantos aftos de dominio y control administrativo, político y social. Como una turista más, pagó por entrar en la cocatedral de San Juan. Pese a perder deliberadamente el tiempo, el reloj se movía despacio. Finalmente se cansó de dar vueltas y buscó un taxi que tardó en encontrar, porque el tráfico en La Valeta era inexistente salvo en las calles laterales.

No tuvo que decirle al taxista la dirección porque el hombre ya la sabía. El trayecto, pese a que parecía que allí no había distancias, fue largo, con muchas vueltas, subidas y bajadas. Entrar y salir de La Valeta ya costaba lo suyo. El *Malta Independent* estaba en un edificio blanco y feo, en la confluencia de dos calles, Birkirkara y Lapsi. De hecho, todas las casas del barrio, o al menos las de esa zona, eran blancas y desprovistas del menor encanto. Pagó la carrera y entró en el edificio.

Como la mayoría de los periódicos del mundo se parecían entre sí, se encontró con lo habitual: una recepción y el logotipo del medio informativo. En España casi todas las recepciones estaban atendidas por mujeres. En la del *Independent* había un hombre, un treintañero que la saludó con una sonrisa.

No preguntó si había llegado su objetivo.

—Quería ver a Yorgen Vai —pidió con aplomo.

El hombre no le preguntó ni su nombre ni el motivo de la visita. Se limitó a descolgar un teléfono y marcar un número. Debía de comunicar porque lo colgó casi de inmediato y le dijo:

—Voy a avisarle. A veces tiene descolgado el auricular.

La dejó sola. Magda dio unos pasos por la recepción. Había una docena de portadas del periódico enmarcadas. Todas tenían que ver con hechos destacados sucedidos en Malta a lo largo de la historia del rotativo. Una de ellas mostraba el destrozado coche de Daphne Caruana tras el atentado, con letras negras a cuatro columnas dando cuenta del incidente. Solo dos palabras ilustraban la imagen: «*Caruana Death*».

No tuvo que esperar demasiado. Vio aparecer a dos hombres, el recepcionista, que se integró de nuevo en su puesto, y el que sin duda era Yorgen Vai.

Magda tuvo apenas dos segundos para hacerse una idea de él. Calibrarlo.

Alto, cabello largo y alborotado, moreno, piel tostada, barba de tres a cinco días como mucho, ojos penetrantes, mandíbula cuadrada y recia, ropa informal, más que delgado, fibroso, manos hermosas.

Ni siquiera supo cómo le dio tiempo a verle las manos. Quizá fuera fetichismo.

—¿Quería verme? —le preguntó en un preciso y correcto inglés, como si supiera de buenas a primeras que no era maltesa.

Magda reaccionó.

—Sí, perdone.

También él la taladraba a ella con la mirada.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Sé que ha regresado de un viaje, y que posiblemente estará ocupado, así que puedo esperar o volver mañana. Pero necesitaría hablar con usted un rato.

—¿Un rato?

No quiso mentirle con lo de los «cinco minutos».

—Sí —admitió.

—¿Puede avanzarme de qué se trata?

—Del atentado de George Hare.

Logró interesarle. Su colega maltés levantó la ceja izquierda. También un poco, muy levemente, la comisura del labio por el mismo lado. Se cruzó de brazos y la escrutó todavía más con la mirada.

No era un tipo inocente. Magda sabía reconocer a un hombre de mundo.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Me llamo Magda Ventura. Soy periodista, de Barcelona.

Lo esperaba todo menos aquello.

A Yorgen Vai le cambió la cara. Ahora arqueó las dos cejas y abrió los ojos arrebatado por la sorpresa. Su expresión de asombro fue sincera y limpia, carente de artificios. Ya no la miró solo como a una mujer atractiva, sino también con respeto.

Casi podría decirse que impresionado. Su voz también sonó distinta al repetir:

—¿Magda Ventura?

—Sí.

—¿La que descubrió el año pasado el complot para derrocar al Gobierno de Burkina Faso por el tema de las minas de coltán?

Magda no supo si sacar pecho.

—La misma —asintió.

—¡Vaya! —El hombre pareció menguar en su estatura, convertido ahora en un servicial devoto del talento periodístico de su visitante—. Yo me hice eco de esa noticia, citándola, por supuesto. Mi más sincera enhorabuena.

—Gracias —aceptó la felicitación Magda.

—De todas formas, ya la conocía —siguió halagándola—. *Zona Interior* es uno de los medios extranjeros a los que estamos suscritos. Siempre toca temas de interés, y no solo locales. También descubrió una red de tráfico de drogas entre Afganistán y España hace poco.

—Está muy al día.

—Esto es una isla. —Abrió los brazos y las manos—.

Necesitamos conectarnos siempre con el entorno, y, en mi caso, suelo escribir de todo, no únicamente de temas locales. No hay muchos periodistas de investigación en Malta.

—Leí su artículo de ayer. Y el de hoy. Magníficos, por cierto.

—Es un honor viniendo de su parte.

Magda no quiso seguir por ese lado.

—Llamé ayer y me dijeron que estaba en Sicilia.

—Nadie me ha comentado nada.

—No dejé ningún recado. —Se cansó del mutuo reconocimiento profesional—. Ahora que nos conocemos, ¿cree que sería posible que charláramos ese rato que le he pedido?

—Por supuesto. —Movió la cabeza para dar más énfasis a sus palabras—. Créame que será un placer. Lo malo es que ahora…

—Podemos quedar después. O mañana, como quiera.

—No, no, mañana no. —Hizo un gesto vago, como si eso perteneciera a otra dimensión temporal—. Necesito entre media hora y una hora para terminar lo que estoy haciendo, aunque a partir de este momento le aseguro que aceleraré. He llegado a Malta hace apenas veinte minutos y he venido del aeropuerto aquí directamente. Después necesitaría ir a casa, cambiarme de ropa… —Miró su reloj—. ¿Dónde se hospeda?

—En el Excelsior.

—Buena elección. —Frunció los labios en señal de aprobación antes de reflexionar—: Sí, mejor me espera allí tranquilamente. ¿La recojo a las siete?

No dijo «paso a verla», sino «la recojo». Eso implicaba una cita. Dada la hora, posiblemente para cenar.

Magda no dijo nada. Tampoco a ella le importaba.

—A las siete pues. —Le tendió la mano.

—Estoy impresionado. —Se la estrechó él.

—Entonces deja de tratarme de usted, ¿de acuerdo?

—Sí, Magda.

—Bien, Yorgen. —Le devolvió ella la sonrisa.

Todavía sonreía cuando llegó a la calle dispuesta a encontrar un taxi en una zona en la que no parecía haber ninguno. Ahora sí que sentía no haber cogido algo más de ropa para el viaje.

15

No había taxis por ninguna parte. Intentó orientarse utilizando el GPS del móvil. Estaba lejos de La Valeta. Cuando encontró la dirección adecuada, hacia el sur, para ir a pie o hasta donde pudiera abordar un taxi, empezó a llover.

—¡Mierda! —exclamó frustrada.

Buscó un bar en el que guarecerse y nada, tampoco parecía una zona de bares o restaurantes. No tuvo más remedio que meterse en un portal y sentarse en el escalón inferior, a resguardo de la lluvia. Lo hizo justo a tiempo porque a los dos minutos la cortina de agua era impresionante. La temperatura también bajó de golpe dos o tres grados. Faltaba mucho para su cita, pero empezó a temer por llegar a tiempo a ella. Tenía que haberle pedido el teléfono a Yorgen.

Volvió a sacar el móvil y se quedó mirando la pantallita. Su madre seguía insistiendo, ahora con *whatsapps*. Nunca llamaba a Blanca. Su otra hija estaba casada y tenía a Alba, así que la llamaba a ella, la soltera, la rara, la díscola. Una madre sufridora era lo peor que podía haberle tocado.

Por un momento estuvo a punto de telefonear a Juan y contarle dónde estaba y lo que hacía. Por un momento. Pero luego decidió que no. Sabía lo que le diría. Primero, la sorpresa. Después, la preocupación. Finalmente, la bronca. Una cosa era deberle la información y otra enfrentarse a él. Tener un amigo inspector de los Mossos d'Esquadra era estupendo, pero siempre que se metía en líos él se preocupaba por ella.

La muerte de Rafa les había unido. Trece años después, Rafa volvía a estar allí.

—Mañana, te llamaré mañana —le mintió al móvil.

Juan había confiado en ella contándole lo de la bala y el casquillo del atentado de Malta. Si encima alguien le pegaba un tiro en la isla por meterse donde no debía…

No había pensado en eso.

Una simple bala unía dos historias en apariencia desconectadas

en el tiempo. En una estaba la mafia. En otra, un barco cargado de explosivos.

No quiso caer en la trampa de darle vueltas a la cabeza. No sentada en un portal con una cortina de agua cayendo por delante y con la urgencia de llegar cuanto antes al hotel para arreglarse un poco.

Había quedado con un desconocido. ¿O podía solucionar eso? Entró en Internet y buscó los perfiles de Yorgen Vai en las redes sociales. Con semejante nombre, los encontró enseguida. Podía haber muchos nombres iguales en medio mundo, sobre todo latinos. Pero Yorgen Vai solo había uno. La imagen de tipo legal y buen periodista se reforzó en ella a medida que navegaba por Facebook, Twitter e Instagram. No es que fuera especialmente activo, pero lo poco que había conformaba la personalidad de un profesional comprometido y liberal. En la última foto, tomada el día anterior, se le veía con el Etna al fondo, en Sicilia. Si le acababa de parecer atractivo en persona, en las fotografías estaba para mojar pan. No es que se luciese con poses o instantáneas en lugares maravillosos. No lo necesitaba. Era de los que enamoraba a la cámara.

Bueno, pero también lo decían de ella, y no les hacía caso.

A los cinco minutos, bajo el fragor de la lluvia que caía a sus pies, lo sabía todo o casi todo del periodista. Había nacido en Malta pero había vivido en media docena de lugares de todo el mundo. Tenía cuarenta años, dos menos que ella. Por ninguna parte encontró datos personales relativos a si estaba casado o tenía hijos. La vida privada era eso mismo: privada.

Cuando se cansó de cotillear como una quinceañera encontró el enlace a un blog y entró en él. Lo había bautizado como *Yorgen Today*. Estaba lleno de artículos, la mayoría publicados en el *Malta Independent*, pero también comentarios propios y exclusivos, en inglés y maltés. Si a Daphne Caruana la habían asesinado por lo que decía en su blog, Yorgen no se quedaba corto. Escribía bien, con pasión y, al mismo tiempo, documentación. Buscó los artículos de unos meses atrás y encontró el que había escrito a raíz del intento de golpe de Estado de Burkina Faso descubierto por ella. Yorgen le había dicho la verdad: la mencionaba. Leyó un párrafo que decía: «La extraordinaria periodista de investigación Magda Ventura…».

«Extraordinaria». Le gustó la palabra que había usado.

El final de su artículo decía: «Es una pena que en España no exista algo parecido al Premio Pulitzer. Magda Ventura lo merecería, y no solo por su investigación sobre Burkina Faso y el coltán».

Después de todo, Malta no era diferente a otros lugares del mundo. También había prensa libre, periodistas comprometidos y personas capaces de matarlos para acallar sus voces.

Bajó la cabeza y soltó una bocanada de aire. Llovía menos, pero no estaba dispuesta a calarse lanzándose de nuevo a la caza de un taxi. Pensó fugazmente en regresar al periódico, pero apartó la idea de la cabeza. Así que siguió sentada con el móvil en la mano, debatiendo consigo misma sobre si valía la pena llamar a su madre o no. Sabía que acabaría discutiendo, como siempre.

De manera que le mandó un *whatsapp*.

«Estoy en la isla de Malta, trabajando. No llames que es conferencia. Ya te diré algo».

Lo envió.

Iba a guardarse el móvil cuando sonó la musiquita de los mensajes. Cerró los ojos. Luego pensó que era imposible que su madre le hubiera contestado tan rápido y lo miró.

Era Alba, su única sobrina.

«¿Te veré el domingo? He de contarte cosas».

Le respondió:

«Estoy en Malta. No sé si habré regresado para entonces».

Alba sí era rápida. Como todas las chicas de su edad. Capaz de teclear a una velocidad de vértigo.

«¿Qué?». Y lo acompañaba con un emoticono de pasmo.

Contestó con otro mensaje:

«Estoy trabajando».

Respuesta:

«¡Pero si acababas de llegar! ¡Jo! ¡Qué vida te pegas!». Y una carita sacándole la lengua.

Podían pasarse así cinco minutos, de forma que optó por acabar.

«Te quiero. Chao». Y le añadió un corazón.

Se guardó el móvil y se levantó al oír movimiento a su espalda. La tromba de agua había cesado, pero seguía lloviendo. Una mujer salía por la puerta de la escalera. Magda se apartó para dejarla pasar. La recién aparecida se la quedó mirando.

—He tenido que esconderme aquí —le dijo Magda.

—¿Turista? —le preguntó la mujer.

—Sí, y no hay taxis.

—¿Quiere que le llame a uno? —se ofreció ella.

—¿De verdad?

—¡Claro, no se preocupe! Esta es una mala zona para los taxis.

La oyó hablar en maltés por el móvil. Apenas quince segundos. Cuando acabó le sonrió llena de afabilidad.

—El taxi llegará en cinco minutos.

—¡Gracias!

—No hay de qué. —La saludó con la cabeza—. ¡Hay que cuidar al turismo!

Abrió su paraguas y echó a andar calle abajo.

El taxi no tardó cinco minutos, sino diez. Pero al menos llegó. Para cuando lo hizo ya llovía mucho menos. Sin embargo, agradeció sentirse a cubierto y a salvo. Al llegar al Excelsior sí que había dejado de llover. Incluso se abrían las nubes y se veían las estrellas del cielo. Subió a la habitación, llenó la bañera de agua y se sumergió en ella cerrando los ojos.

Pensó en su cita. Porque, trabajo o no, era una cita. Quizá Yorgen pudiera contarle mucho más de lo que pudiera averiguar ella por su cuenta.

Salió de la bañera a las siete menos cuarto y se puso lo mejor que llevaba en la bolsa. No era gran cosa, pura comodidad. Cuando se dio cuenta de que se estaba pintando un poco los labios, casi de manera maquinal, se quedó mirando en el espejo.

Ella no se pintaba ni para salir con Néstor. ¿Qué estaba haciendo?

—Serás…

Luego se encogió de hombros y siguió maquillándose ligeramente. No iba a llevar ropa adecuada para ir a cenar a donde fuera, pero al menos realzaría lo justo su imagen.

Hacía demasiado tiempo que no salía con alguien. Y Néstor no contaba.

A las siete en punto sonó el teléfono de la habitación y la voz del recepcionista le dijo que el señor Yorgen Vai la estaba esperando en el *hall*.

16

Yorgen Vai estaba en el bar. Quizá no confiase en que ella fuera a bajar tan puntualmente. Quizá no quería esperar plantado como un palo en mitad del *hall*. Quizá tuviera sed. Acababan de servirle una cerveza de color oscuro, muy oscuro, casi negra.

Se levantó de la silla que ocupaba al verla aparecer subiendo la escalera como si volara por encima de la alfombra roja que cubría los peldaños.

Magda no supo si darle la mano. Pero el periodista tomó la iniciativa y le plantó un beso en cada mejilla.

—A veces envidio a los italianos. —Fue lo primero que le dijo—. Ellos se dan tres besos.

Magda no pudo evitar reír.

—Pues no vayas a Latinoamérica. Allí solo se dan uno.

—¿Quieres tomar algo?

Tenía el estómago vacío, pero se arriesgó.

—Una cerveza, sí.

Ocupó la silla frontal a la de él. Yorgen le hizo una seña al barman pidiendo otra cerveza como la suya. Magda se relajó un poco. Su compañero vestía con la misma informalidad que ella, aunque, por supuesto, con elegancia. Camisa azul claro, abierta, vaqueros y chaqueta deportiva, zapatos caros.

Iba alborotadamente peinado y se le notaba el tipo de mundología de los que han viajado mucho. Lo suficiente como para sentirse cómodos en todas partes. En la leve barba de pocos días se intuían ya los primeros cabellos blancos que, lejos de disimular, lucía con orgullo.

—Bueno —dijo volviéndose hacia ella—. Hay días que merecen ser vividos. —Y, sin esperar respuesta, preguntó—: ¿Te ha pillado la lluvia antes?

—Un poco. Nada importante.

Yorgen se echó hacia atrás de manera relajada. Magda pensó que seguirían manteniendo aquella charla informal, preparatoria,

mientras esperaban la cerveza.

Se equivocó. Los periodistas de raza raramente perdían el tiempo, bien lo sabía.

—Bueno —abrió la veda él—. ¿Qué hace en Malta una periodista española interesada en el intento de asesinato de un hombre aparentemente sin importancia llamado George Hare? Me has dejado intrigado desde que te has ido del periódico hace un rato.

Le sorprendió que fuese tan directo, que no charlaran antes un poco más de trivialidades, pero en el fondo lo agradeció. Igual estaba allí para hablar, no para llevarla a cenar, aunque era casi la hora y la propuesta siguiera teniendo mucho de cita. Sin embargo, tampoco era tan extraño que un periodista viviese al cien por cien su trabajo, las veinticuatro horas de cada día y siete días a la semana. Conocía bien esa sensación, no poder desconectar, llevar siempre la cabeza iluminada como un árbol de Navidad perpetuo. Ella era su trabajo y su trabajo era ella.

Magda recuperó su ánimo profesional.

—¿Qué sabes de ese hombre y de lo sucedido? —preguntó tanteando el terreno.

—Dime primero tú por qué te interesa el tema.

—El asesino empleó la misma arma con la que hace trece años mataron a mi prometido en Barcelona.

No pretendía conmocionarlo, pero lo hizo. Las palabras parecieron taladrarlo. Yorgen se quedó un par de segundos sin saber qué decir.

—¿En serio? —exclamó.

—Sí.

—Entonces… esto es algo personal.

—Absolutamente personal —asintió ella con gravedad.

—¿Cómo se ha relacionado un caso con el otro?

—La persona que disparó a Hare no pudo recoger el casquillo. Era de noche y una mujer estaba gritando. Gracias a ese casquillo y a la bala extraída de la cabeza de ese hombre, iARMS ha podido cotejarlo con el casquillo y la bala del primer caso. La Interpol llamó a la policía de Barcelona para advertirles.

—¿Y tú cómo te enteraste?

—Tengo mis contactos.

Yorgen seguía acusando el impacto. La miraba incluso de otra forma.

Magda se convertía en la periodista que admiraba, más allá del hecho de que fuera una mujer atractiva.

La cerveza pedida llegó a la mesa. Eso prolongó el silencio unos pocos segundos más.

—Anótelo en mi habitación —dijo ella—. Es la 341.

Yorgen trató de protestar, pero ya era tarde. El camarero ya se alejaba en dirección a la barra.

—¿Y bien? —continuó Magda.

—Pues… —Abrió y cerró las manos, recuperando su entereza—. No hay mucho que contar. Lo de Hare me pilló haciendo otro trabajo y luego me he ido a Sicilia una semana.

Probablemente sepas tú más que yo de todo esto. George Hare es una persona normal y corriente que regenta una pequeña agencia de turismo local. Casado, una hija… Que yo sepa no ha trascendido gran cosa del caso. La policía no ha dicho nada.

—¿Sabías que hace siete años Hare era socio de una naviera llamada Ankor Lines Ltd.?

—No.

—¿Ni que esa naviera es la misma que ahora tiene un barco cargado de armas y explosivos en el puerto de Creta, después de que la Guardia Costera griega lo interceptara en aguas territoriales?

A Yorgen empezó a cambiarle la cara.

—Dios, eres buena… —convino con admiración.

—Gracias, pero esta vez no he hecho gran cosa —admitió.

—¿Cuándo llegaste a Malta?

—Ayer por la mañana.

El periodista esbozó una sonrisa irónica.

—¿Y ya sabes todo eso?

—Tuve suerte —insistió ella—. Fui al hospital y la mujer de Hare no quiso ni siquiera hablar conmigo. Pero también estaba la hija por allí y les dije que me hospedaba en el Excelsior, por si cambiaban de idea. Ayer por la noche me encontré con un mensaje misterioso pidiéndome que investigara al *Poseidon Spirit*, el barco de las armas y los explosivos.

—¿Así que crees que la hija de Hare…?

—Solo se lo dije a ellas, cuando ya me iba. Y la mujer ni me

escuchaba. Tuvo que ser esa chica.

—¿Por qué lo haría?

—No lo sé —respondió vacilante Magda.

—Lo lógico es que ella sepa o imagine quién ha podido atentar contra su padre y calle, por miedo. Puede que ni se lo haya contado a la policía. Pero si alguien la ayuda a sacar los trapos sucios, como por ejemplo un periodista…

—Trapos sucios que, de todas formas, implicarían a su padre, ¿no?

Su nuevo amigo lo meditó un momento. No pareció encontrar una respuesta coherente, de manera que optó por cambiar de tema.

—Supongo que te meterías en Internet.

—Por supuesto.

—¿Y?

—El interés por el *Poseidon Spirit* ha decrecido, porque sigue allí retenido y esas cosas van para largo. Pero los primeros días hubo muchos artículos. El barco venía de Barcelona e hizo escala aquí, en Malta. Navega bajo bandera maltesa y la tripulación es ucraniana, algo que tampoco parece casual si pensamos que el anterior armador tenía su base en Odesa y Ankor está asociada o algo parecido con una naviera ucraniana de nombre Merezha Corp.

El rostro de Yorgen Vai parecía tallado en piedra.

—Esto se está poniendo interesante —concedió.

—Hay algo más: el responsable de Ankor, Palmer Schill, está ahora en Grecia.

La nueva información ya no le causó sorpresa.

—De acuerdo. Todo lo que dices da para arrugar la nariz. Pero ¿qué relación puede haber entre esto y lo de tu prometido?

—No lo sé. Pero, por un lado, está la concordancia en el arma utilizada en los dos hechos, y, por el otro, que el *Poseidon Spirit* venía de Barcelona. Si te parecen pocas conexiones de entrada…

—¿Tienes ya alguna teoría?

A veces no pensaba en ello. A veces se limitaba a investigar e investigar sin detenerse a hacer consideración alguna, almacenando información, hasta que, de pronto, algunas piezas encajaban en su cabeza y surgía una primera lógica.

Su instinto hacía lo demás.

—No me gustan las teorías, pero… sí, la verdad es que sí.

—¿Puedes compartirlas o son secreto de sumario?

—No hay secretos ni exclusivas —dijo Magda—. Los dos somos periodistas.

—Me alegra oír eso.

—Estoy empezando a pensar que la misma persona que mató a mi novio hace años ha venido hasta Malta para acabar con Hare.

—¿Un asesino a sueldo?

—Un sicario, sí.

—¿Y el motivo de atentar contra Hare?

—Creo que lo estás intuyendo tan bien como yo.

—Venga, dilo. —Sonrió complaciente él.

—Schill y Hare eran socios, o al menos trabajaban juntos. Schill echó a Hare, ignoro la razón. O puede que Hare viera algo que no le gustaba en la naviera y se marchara él por ética. Da lo mismo. Hare montó una empresa alternativa, sin nada que ver con el transporte de mercancías por mar. El paso de los años no menguó su resentimiento, o quizá reafirmara su honradez, tampoco lo sé. Sin embargo, se enteró de que el *Poseidon Spirit* hacía ese viaje cargado de armas y lo delató.

—Torpedeó la operación.

—Yorgen, creo que la Guardia Costera no paró el barco al azar ni lo examinó de manera mecánica. Tengo la impresión de que sabían muy bien lo que hacían y qué iban a encontrar en ese buque.

—¿Te lo dice tu instinto?

—Ni más ni menos. Eso y un poco de la lógica que resulta de atar cabos.

—Sí, sé lo que es el maldito instinto —le dio la razón—. Lo que dices tampoco deja de tener sentido.

—A falta de pruebas u otras explicaciones…

—Lo malo para ti es que si ese sicario vino de Barcelona para matar a Hare, seguramente ya se habrá ido de Malta. Entonces la resolución del caso volvería a estar en Barcelona.

—Lo sé —suspiró ella—. Pero también es posible que siga aquí, dado que Hare no murió, aunque lo que vi en el hospital ayer no me dio muchas esperanzas. ¿Sobrevivir con una bala en la cabeza?

—¿Tenía vigilancia policial?

—Sí.

—Sea como sea, aquí o allí, esto es peligroso. —Arrugó la cara el

periodista.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —bromeó Magda.

Yorgen esbozó una de sus sonrisas. Dientes perfectos.

—Eres tal y como me imaginaba —dijo—. Solo que mejor.

—Me lo tomaré como un cumplido. Y te diré que, después de leer algunos de tus artículos, también tú encajas en la imagen que una pueda tener de ti.

—¿Así que te has dedicado a husmear?

—Tú me llevabas ventaja. He visto incluso tu blog.

—El día menos pensado también a mí me harán volar por los aires —bromeó sin ganas—. Daphne Caruana abrió la veda.

—Creía que Malta era un paraíso mediterráneo.

—En apariencia, sí. Pero su situación geoestratégica es demasiado golosa. Que sea una isla pequeña con apenas medio millón de habitantes no significa que no pasen cosas, que no haya intereses, corruptelas, líos políticos y de faldas.

Imagínate lo que es escribir sobre esto y luego salir a la calle sin mirar a su espalda.

—¿Por qué sigues aquí entonces?

—Porque es mi casa, porque me gusta y porque en el periódico me dejan hacer lo que me dé la gana. ¿Te parece poco?

Sin darse cuenta apuraron sus cervezas casi al unísono, aprovechando la pausa en la conversación. Cuando Yorgen dejó su vaso miró la hora.

—¿Vamos a cenar ya? —preguntó distendidamente.

Magda estuvo a punto de atragantase con el último sorbo. Había olvidado todo lo que no fuera lo que estaban hablando.

—Es que me muero de hambre, apenas he comido —siguió él—. Así seguimos hablando. ¿O tienes otros planes?

—No, no, está bien. —Trató de mostrarse calmada.

¿Estaba nerviosa por salir a cenar con un periodista maltés? ¿Una cita de verdad después de tanto tiempo?

—Entonces vamos. —Yorgen se puso en pie—. No sé si saliste anoche, pero La Valeta es preciosa a estas horas. Te llevaré a un lugar encantador.

Magda firmó la cuenta que rápidamente le trajo el camarero, con cargo a su habitación, y los dos enfilaron la salida del hotel en silencio.

Después del diluvio, la noche había quedado preciosa.

17

El restaurante se llamaba Guzé Bistro y estaba en Old Bakery, no muy lejos de la entrada a la ciudadela. Se comía en el subsuelo, donde había dos pequeños comedores separados. Era acogedor, con recovecos y escalentas que le conferían un halo de intimidad. Se sentaron en una mesa casi arrinconada, pero separada del resto. Conocían a Yorgen, porque le saludaron efusivamente. La camarera, además, escrutó largo y tendido a Magda. Sus ojillos eran vivaces y picaros.

—¿Una exnovia? —bromeó ella mientras admiraba el lugar nada más sentarse.

—Demasiado joven para mí. —Le guiñó un ojo.

Magda no acabó de leer la carta. Prefirió dejarle la iniciativa.

—¿Qué me recomiendas?

—El rissotto es muy bueno, el pastel vegetariano delicioso si te va eso, pero los platos típicos son el pulpo y el *carpaccio* de atún. Tampoco le haría ascos al pescado. Lo preparan muy bien.

—¿Qué tomarás tú?

—Rissotto y pescado.

—Entonces yo me apuntaré a lo primero y de segundo me decantaré por el *carpaccio* de atún.

El paseo hasta el restaurante había sido una tregua en la que no hablar del caso ni de nada que se le pareciera. Yorgen adoptó el papel de guía turístico, señalándole una casa, un monumento o cualquier cosa con historia, para ampliarle luego los detalles con minuciosidad. Lo mismo que ella amaba Barcelona, apreció que su compañero amase Malta. Quizá por eso algunas personas podían criticar sus orígenes sin cegarse por nada. Criticar lo que se quiere para mejorarlo, para no caer en la autocomplacencia.

No todo el mundo entendía eso.

La camarera les tomó nota. Lo último que hizo el periodista antes de quedarse a solas fue pedir un vino de Malta. Un Grand Maître.

—Tiene mitad de cabernet sauvignon y mitad de cabernet franc —la ilustró.

—Pareces saber de muchas cosas.

—Me gusta estar enterado un poco de todo. También tengo buena memoria y eso, para ser periodista, ayuda mucho. ¿Tú te fías siempre de Internet?

—No.

—¿Y de la Wikipedia?

—¡Por Dios, no! —Se estremeció ella.

—Bien —la aplaudió.

—De todas formas, no te hacía experto en comida ni vinos.

—¿No doy el pego?

—Sibarita sí pareces.

—¡Oh, gracias! Desde luego soy refinado.

—Te voy a poner a prueba.

—Adelante.

—¿Cuál es el plato más representativo de Malta?

—Para mí, y para la mayoría, creo, el *stuff at talfenek*, un estofado de conejo que se acompaña de patatas cocidas. Hay diversas recetas para prepararlo, pero por lo general se trocea y adoba la carne para cocinarla después a fuego lento. Como te digo, cada casa o cada restaurante le da su toque particular. Se come con vino tinto. ¿Qué tal?

Magda asintió con la cabeza.

—Impresionante.

—Puedes preguntar lo que quieras.

—Descuida que tomo nota.

—Yo también tengo una pregunta para ti. ¿Dónde aprendiste a hablar tan bien inglés?

—En primer lugar, tengo facilidad para los idiomas. En segundo lugar, estoy bastante viajada. Y me alegro de que creas que lo hablo bien.

La camarera les trajo la botella de vino. La abrió, escanció un poco en la copa de Yorgen, esperó a que él oliera el caldo y luego bebiera un leve sorbo, y tras decirle que estaba bien les llenó un tercio de ambas copas. Ya no miraba a Magda, solo al periodista. Los dejó solos para que brindaran.

Las copas entrechocaron en el aire.

—Por nosotros —dijo él.

—Por los buenos periodistas —replicó ella.

Bebieron y dejaron que el silencio los acompañara unos segundos. Magda volvió a levantar la mirada para recorrer aquel espacio íntimo y plácido, la decoración rústica del restaurante, sus muros ancestrales. El mundo parecía estar lejos. Lo malo y perverso no cabía allí. Salvo con Néstor, ¿cuánto hacía que no cenaba con un hombre en un sitio mágico?

Un hombre.

Miró a Yorgen.

—Pensaba que este viaje sería muy distinto —suspiró.

—¿Tienes una vida tan agitada como parece?

—Un poco.

—Imagino que para ti cada artículo, cada reportaje, es el más importante, el mejor, el más crucial.

—El nuestro es un oficio duro, de veinticuatro horas al día. A veces conseguir un dato, un indicio o una pista, te lleva una enormidad de tiempo. Todo ha de contrastarse, no puedes publicar nada que no sea cierto o te expones a una demanda o, peor aún, al ridículo.

—¿Te han demandado muchas veces?

—Algunas —resopló—. Pero siempre hemos ganado.

—¿Hemos?

—La directora de *Zona Interior*, y también la dueña, es amiga mía.

—¿Cómo descubriste lo de Burkina Faso, las minas de coltán…?

—Es una larga historia —respondió fingiendo indiferencia.

—Tenemos toda la noche, ¿no?

Magda soltó una carcajada espontánea.

Prefirió no contestar nada.

—Cinco tipos se montaron una orgía con prostitutas de lujo para celebrar el plan de cambiar el Gobierno del país y meter mano al coltán. Dos de las chicas descubrieron el pastel, el novio de una chantajeó a uno de los empresarios… —Se encogió de hombros—. Yo simplemente seguí el rastro de una de ellas, a la que conocía previamente.

—Dicho así, parece fácil.

—No lo fue. —Se recordó a sí misma, desnuda y atada mediante

la técnica del shibari—. Casi me costó la vida.

—Como se la costó a tu novio.

—Sí —asintió.

—Imagino que fue muy duro.

—Íbamos a casarnos dos semanas después.

Yorgen acusó el golpe. Optó por no decir ninguna palabra amable. No era necesaria.

—No detuvieron al asesino. Nadie sabe qué pasó, qué descubrió a última hora…

—Y de eso ¿hace trece años?

—Sí.

Esta vez masculló:

—Dios…

—Yo era muy distinta. Joven, romántica, superenamorada…

—¿Cómo te recuperaste?

—No lo hice.

Su compañero asintió con la cabeza. Inclinado sobre la mesa, su mano derecha jugueteaba con el borde de la copa de vino.

—Yo también te he buscado en Internet —confesó—. No hay nada relativo a eso que me cuentas, pero sí que te hirieron en Afganistán.

—Esa es otra historia.

—Pero, a partir de ella, emerge la Magda Ventura cuyos reportajes se han hecho famosos.

—Supongo que quería morir —manifestó con toda naturalidad —. Y justo cuando estuve a punto de hacerlo, comprendí que ese no era el camino. A partir de ahí me tomé la vida de otra forma, dejé de beber y de actuar como una suicida.

Era el momento adecuado, y Yorgen hizo la pregunta:

—¿Vas a contarme qué sucedió?

La pausa amable tocaba a su fin. Quedaban la cena, el marco, la compañía. Pero volvían a ser lo que eran: dos periodistas unidos por el azar de una noticia.

Magda bebió un poco de vino.

—Perdona si soy brusco —dijo Yorgen.

—No, no. Es lo lógico. Solo hemos hablado de Hare y lo que ha sucedido aquí estos días. Además, soy yo la que te ha buscado para pedirte información. Tienes derecho a conocer toda la historia.

—¿Qué investigaba tu novio?

—En realidad, lo investigábamos los dos. Primero fui yo, hasta que tuve miedo y lo dejé. Con veintinueve años todavía era muy inexperta. Una es romántica hasta que le ve las orejas al lobo. Ni siquiera supe que aquel día él siguió husmeando y, probablemente, encontró algo… Bueno, eso imagino, ni siquiera sé eso con exactitud. Por eso le asesinaron. —La pregunta de Yorgen seguía flotando por encima de la mesa—. ¿Te suena el nombre de Stefano Bonardi?

—Vagamente. —Hizo memoria—. ¿No era un mafioso?

—Dirigía la mafia turinesa hasta que le salió un rival, hubo una guerra, la perdió, acabó en la cárcel y, tras evadirse, se escondió en Barcelona. Todo indica que estaba planeando regresar a Turín, para lo cual necesitaba dinero y rearmarse. Tuvo la mala suerte de que le detuviera la policía catalana. Acabó en la cárcel Modelo de Barcelona y, mientras planeaba fugarse, un sicario le voló la cabeza desde el otro lado de la calle, fuera de la prisión. Días después, su lugarteniente sí protagonizó una fuga de película. Le hirieron gravemente y ahí acabó todo. Fin de la historia. Ah, un detalle: Bonardi nació aquí, en Malta, aunque a los diez años su familia regresó a Turín.

—¿Bonardi era maltés?

—Si.

—Leí algo de lo de ese tipo, pero no sabía o no recordaba el dato. En los días en que sucedió lo que me cuentas acababa de terminar la carrera de Periodismo hacía muy poco, porque empecé tarde con ella. Y antes de dedicarme a la investigación, hice de todo, viajé… Bueno, puedes imaginártelo.

—Cuando me di cuenta de que investigar a la mafia era muy arriesgado, paré. Si metía más y más las narices, ¿quién me decía que el mismo asesino de Bonardi no acabaría conmigo? Hablé con Rafa y se lo dije. Estuvo de acuerdo. Eso fue la noche anterior a su asesinato. Aquella mañana fui a la redacción de la revista y él…

—¿No pudiste reconstruir sus pasos?

—No. Es más, a veces le daba por disfrazarse, fingir otras identidades para hacer preguntas y meterse en todas partes. Pudo hacer cualquier cosa.

Llegó el primer plato, el rissotto. La camarera les deseó buen

provecho. La primera cucharada le bastó a Magda para apreciar aquel sabor intenso. Cerró los ojos y experimentó el renovado placer de estar en el paraíso.

A pesar de que hablaba de Rafa.

Algo extraño.

—¿Qué tal?

—Intenso —asintió ella.

Yorgen no siguió hablando de la comida. El tema central ya era insoslayable.

—Yo veo dos opciones —dijo—. Que quien disparó a George Hare sea un sicario, un asesino a sueldo capaz de cumplir con cualquier trabajo mientras se le pague, o que, ciertamente, haya una relación entre los dos crímenes, el de tu novio y el de Hare. Eso enlazaría, trece años después, lo sucedido en Barcelona con Bonardi y lo sucedido aquí con el *Poseidon Spirit*.

—Trece años es mucho tiempo —convino Magda.

—Depende —manifestó Yorgen—. El crimen organizado no es algo puntual. Extiende sus tentáculos por años, décadas.

—Pero una cosa es traficar con drogas o rentabilizar la prostitución, y otra muy distinta el contrabando de armas.

—¿Por qué? Todo cambia. Esa gente va a donde haya dinero. ¿Quién no te dice que ahora, con la de conflictos armados que hay, lo rentable sea eso?

Comían a buen ritmo sin dejar de hablar. A Magda le sorprendió la familiaridad con la que lo hacían. Se acababan de conocer apenas unas horas atrás y sin embargo…

Volvió a pensar en Rafa. De haber seguido viviendo, sería como el hombre que ahora tenía delante. Un profesional íntegro, entregado, honesto.

Rafa también era muy guapo. Le dolió pensarlo, así que se concentró en la voz de Yorgen.

—Escucha —decía él en ese momento—. ¿Haces algo mañana?

—En concreto, no. Me dejo llevar. En toda investigación un paso conduce a otro.

—Te recogeré por el hotel a las… diez. ¿Te parece bien?

—¿Adónde iremos?

—Digamos que seré un buen anfitrión y te llevaré a dar una vuelta por Malta. De paso trataremos de averiguar algo más.

—¿Dónde?

—¡Ah! —Se puso en plan misterioso—. Confía en mí. Antes de decirte nada he de hacer algunas indagaciones más esta noche al llegar a casa. Eso sí, después de cenar voy a enseñarte un poco más de La Valeta. Seguro que ni te imaginas lo que hay en el subsuelo, bajo tus pies.

—¿El qué? —se interesó ella.

Yorgen lanzó una risa fingidamente siniestra y puso cara de malo.

—¡Las catacumbas, querida mía! ¡El mundo secreto que los turistas vulgares no ven ni saben que existe!

18

La Valeta rebosaba animación. Paseantes, los bares de las plazas llenos, una fanfarria musical amenizando el centro como si celebraran alguna festividad, luces mortecinas y sombras vivas. Los pisos de la mayoría de las casas, sin embargo, estaban a oscuras. Recordó haber experimentado la misma sensación las muchas veces que había visitado Venecia. La gente vivía fuera de ella.

—Bueno, es difícil residir aquí —le contó Yorgen—. Casi todas las casas son monumentos, no pueden tocarse ni tampoco hacer reformas que afecten a la fachada o a la estructura. La gente prefiere residir en otras partes, incluso por comodidad. ¿No es el centro de Barcelona también una especie de coto turístico privado?

—¡Vaya por Dios! —resopló ella.

—No lo digo de oídas. Estuve en tu ciudad una vez, hace cuatro o cinco años. Nadie hablaba catalán o español en las Ramblas.

—Antes has mencionado las catacumbas —le recordó Magda.

—A eso vamos, no lo he olvidado. Es aquí mismo.

Caminaron apenas veinte metros más. La casa estaba en la calle Old Mind. Se vislumbraba la cúpula de la catedral anglicana de San Pablo a la izquierda. Era un edificio bajo y se veía luz en la primera planta. Yorgen llamó al timbre y, mientras esperaban, le dijo:

—¿Preparada?

Les abrió la puerta una mujer de unos sesenta años. Primero se mostró seria, con cara de pocos amigos. La cambió al reconocer al periodista y le abrió los brazos de par en par.

—¡Yorgen!

—Hola, señora Narina —le correspondió él hablando en inglés.

La mujer le abrazó y besó llena de efusividad. Después miró a Magda. Pareció alegrarse todavía más al verlo acompañado. Le preguntó algo, ahora en maltés, y el reportero le respondió con una carcajada.

Tocaba esperar.

—Ella es española —insistió hablándole en inglés—. En maltés

no nos entiende.

—¡Oh, perdona, querida!

Magda no tuvo más remedio que dejarse besar.

—¿No me digas que quieres enseñarle…? —La dueña de la casa dejó la pregunta a medias.

—Es una periodista famosa. Quiero que conozca algo más que lo tópico y típico de Malta —repuso él.

—Entonces, tú mismo. —Los invitó a entrar—. Ya sabes el camino.

Yorgen cogió a Magda de la mano. El interior era pequeño y angosto, además de mal iluminado. La condujo por un pasillo hasta un patio interior lleno de macetas y plantas. Allí había una reja a ras de suelo. Una reja no muy pesada, de aspecto liviano. El periodista se agachó para levantarla. Por debajo de ella se veían unos escalones. Antes de que Magda pudiera decir nada reapareció la mujer llevando dos linternas.

—Gracias —dijo él.

—Tened cuidado. Ha llovido y siempre hay filtraciones. Puede que algún tramo esté resbaladizo.

Yorgen fue el primero en bajar. Solo los tres primeros peldaños. Luego le volvió a tender la mano a Magda. Ella se sujetó con fuerza, porque los escalones eran de piedra y estaban gastados. También eran altos e irregulares. Mientras Yorgen iluminaba los siguientes escalones, Magda se concentró en los que iba a pisar.

Se tragó la curiosidad.

El descenso fue pronunciado. Calculó que debían de estar entre tres y cinco metros por debajo del nivel del patio y de la misma calle. Cuando llegaron abajo se dio cuenta de que allí había un tendido eléctrico y bombillas. También de algo más: se encontraban en la entrada de un túnel, del que no se veía el final.

—No sabía que aquí había catacumbas —dijo al fin.

—La verdad es que no son exactamente catacumbas —la informó Yorgen—. Toda La Valeta tiene así el subsuelo, lleno de túneles que van de un extremo a otro y de lado a lado. ¿Ves esto?

Iluminó una especie de rectángulo cuadrado que se abría a un lado del túnel, y que no era el único que había allí. Tendría apenas dos metros de profundidad por uno y medio de ancho. El techo, como el del túnel, era muy bajo. De hecho, Yorgen tenía que

caminar un poco encorvado.

—¿Es una cámara?

El periodista no siguió caminando.

—Malta fue el lugar más bombardeado de la Segunda Guerra Mundial. Ni Londres, ni Berlín ni ninguna ciudad alemana, por mucho que arrasaran la mayoría, resistieron tantos y tantos ataques diarios. Estratégicamente, la isla era un baluarte británico de gran valor. Los fuertes de La Valeta y de las tres ciudades fueron machacados inmisericordemente y, a pesar de eso, resistieron como jabatos. Las bases de barcos y submarinos llevaban locos a los alemanes y estos trataron por todos los medios de destruirlas. Hubo días en que la población no salió de aquí. —Abarcó con un gesto no solo el túnel en el que se encontraban, sino todos los de La Valeta —. Hay decenas de «habitaciones» como esta. —Señaló la cámara—. La mayoría de familias tenía la suya propia, así no había problemas ni disputas. Bajaban y se metían ahí dentro.

—¿Y por qué esto no es una atracción turística? —preguntó Magda.

—Trató de serlo. —La voz resonaba de manera suave y hermosa por aquellas paredes de piedra—. En 2015 se abrieron algunos túneles, pero eran peligrosos y las autoridades determinaron que las hordas turísticas podían acabar contaminando su esencia. La OTAN convirtió esto en un centro estratégico de operaciones después de la guerra. Había de todo, incluidos mapas y dibujos hechos en las paredes. Todavía hoy, según donde se excave, siguen apareciendo otras ramificaciones.

—Pero no fueron construidos en la guerra.

—No, claro. Todo esto data de los siglos XVI y XVII. Fueron los Caballeros de Malta, también llamados Caballeros Hospitalarios, los que edificaron esta ciudad subterránea. Por un lado, servía de refugio. Por el otro, se usaba para recoger las aguas pluviales en grandes depósitos. En este sentido, La Valeta fue una ciudad adelantada a su tiempo. Lo malo fue que las condiciones higiénicas acabaron provocando enfermedades a los habitantes. En 1813 la peste causó ocho mil muertos. Por eso los ingleses instalaron tuberías de plomo para eliminar residuos y…, bueno, no voy a marearte más con datos.

—No, no. Es fascinante.

—¿De verdad?

—Te lo juro —reconoció con sinceridad—. Ya te dije que cogí un vuelo a Malta por instinto. No es que me diera tiempo a ilustrarme turísticamente antes. Para mí esto es impresionante.

—Entonces me alegro de habértelo enseñado. Tengo la suerte de que la señora Narina es una buena amiga. Esto no está al alcance de cualquiera. ¿Nos vamos?

Retrocedieron hasta llegar de nuevo a las escaleras. Una vez en el patio apagaron las linternas. La mujer apareció para recogérselas y volvió a preguntarle algo a él en maltés. Yorgen negó sonriendo. Magda dedujo que hablaban de ella. Tras las despedidas y los besos, ya en la calle, no pudo resistir la tentación.

—¿Qué te ha dicho?

—Que eres muy guapa.

—Vaya.

—Salí con su hija un tiempo y me cogió cariño. Luego ella, juiciosamente, se casó con otro. Narina es una mujer estupenda.

—¿A cuántas has traído aquí para enseñarles las catacumbas? —bromeó.

—Eres la primera.

Magda soltó una carcajada.

Llegaron a la calle principal, República, de camino al hotel. Sus pasos eran controladamente cadenciosos.

—He creído entender que después de lo de tu prometido, no te casaste, ¿verdad? —preguntó él.

—No, no lo hice.

—Yo tampoco me he casado. La nuestra es una ocupación demasiado esclava. Aunque peor lo deben de pasar los corresponsales de guerra. Bueno, tú lo fuiste, así que lo sabrás.

—Y tuve suficiente.

—Pocas parejas de un periodista entienden que esto no es un trabajo, sino una vocación. No se puede luchar contra ese veneno.

—¿Y no tienes novia? —Se sintió ridícula nada más acabar de hacer la pregunta.

Yorgen no respondió de viva voz: se limitó a subir y bajar los hombros. No hubo contrapregunta. Sobraba. Magda pensó en Néstor. Un amante perfecto para todo.

—¿Yorgen es un nombre habitual en Malta?

—Sé por qué lo dices —repuso cansinamente—. A nuestro millonario Yorgen Fenech lo detuvieron por su implicación en el asesinato de Daphne Caruana.

—Por eso lo preguntaba.

—Es un nombre más. Deriva de Jorgen, que equivale a vuestro Jorge.

—Tiene fuerza —dijo Magda.

—Tu apellido significa «suerte». Lo he visto. Tener ventura, buenaventura…

De pronto se dieron cuenta de que hablaban de trivialidades desde que habían salido del restaurante. Pero a ninguno de los dos le apeteció volver a lo que los había llevado a conocerse. La noche seguía siendo hermosamente apacible. No era tarde, pero algunas calles empezaban ya a vaciarse. Dejaron atrás la Casa de la Ópera y llegaron al puentecito que conducía hasta la plaza presidida por la fuente de Tritón.

Les quedaban apenas diez minutos.

—¿Cómo irás a tu casa?

—He dejado el coche en el Excelsior.

—¿Vives lejos?

—En el barrio de Msida, frente al embarcadero de yates.

No tenía ni idea de dónde estaba eso, pero no preguntó más. Iban de vuelta «a casa» después de una cena maravillosa, una noche interesante y un intercambio de información que los unía en lo profesional.

Dejaron de hablar, como si ya se lo hubiesen dicho todo.

—¿Mañana a las diez? —le recordó Yorgen en la despedida.

—Seré puntual —le aseguró ella.

—Ponte ropa cómoda.

—Siempre voy así. —Abrió las manos para que viera su indumentaria, por si todavía no se había fijado.

—Será interesante. —Fue lo último que le dijo él.

Se dieron dos besos en las mejillas otra vez.

Luego Magda entró en el hotel.

JUEVES

19

No la despertó el primer golpe en la puerta.

Ni el segundo.

Creía que estaba soñando, claro.

Fue el tercero, el más estruendoso, el que pareció casi derribarla, acompañado por los gritos de los que estaban al otro lado.

Gritos imperiosos.

—¡Abra!

—¡Policía!

—¡Abra la puerta!

Les bastaba con introducir una llave maestra, pero se evitó problemas y sorpresas. Saltó de la cama con los ojos muy abiertos y el corazón desbocado. Afortunadamente no estaba con Néstor, así que no dormía desnuda. Llevaba unos pantaloncitos muy cortos y una camiseta holgada. Se precipitó hacia la puerta y la abrió.

Entraron en tropel. Casi la derribaron.

—Pero ¿qué…?

Los gritos se sucedieron. Porque todos gritaban. No era una redada pero lo parecía. El primer hombre la apartó con violencia. El segundo la empujó contra la pared. Los dos siguientes irrumpieron en la habitación como elefantes en una cacharrería. La quinta ya era una mujer, pero de aspecto tan o más feroz que sus compañeros masculinos. Otros dos agentes quedaron en el pasillo.

Y más gritos.

—¡Quieta!

—¡No intente nada!

—Pero ¿qué quieren que intente? —protestó presionada contra la pared.

—¡Cállese!

Era mejor hacer lo que le pedían. Conocía la experiencia de que la interrogara la policía o un militar en un país extranjero, ya fuera en un paso fronterizo o en plena calle. La única diferencia era que se encontraba en Europa, no en un país árabe o bajo un régimen

dictatorial.

Los hombres empezaron a revolver sus escasas pertenencias de cualquier forma.

—¡Eh, eh!

El brazo que la aplastaba contra la pared se convirtió en una mano que le presionó el cuello.

Esta vez no hubo gritos.

El registro fue rápido. No había mucho que mirar. Luego se centraron en el ordenador. Uno lo abrió. Otro se dirigió a ella.

—¡Contraseña!

—¡Y una mierda te voy a dar la contraseña! —le contestó en español.

—¡Contraseña! —lo repitió con peor talante.

—¡No! —dijo ella. Y agregó ya en inglés—: ¿Qué está pasando aquí? ¿Quiénes son ustedes? ¿Se puede saber de qué…?

No acabó la frase. La mano le cortó la respiración inmovilizándola un poco más. Con el estómago encogido temió que los pantaloncitos con los que dormía se le escurrieran hacia abajo y se quedara desnuda. Como pudo, bajó una de las suyas y se los sujetó. Uno de los hombres cerró el ordenador y se lo guardó bajo el brazo. Otro recogió el móvil de la mesita de noche. En el reloj luminoso de la habitación vio que eran las ocho y diez de la mañana.

La mujer policía fue la que se paró ahora delante de ella.

—Vístase —le pidió.

—¿Se puede saber por qué han irrumpido así en mi habitación?

Tenía el rostro seco, enjuto. Y era desagradable.

—Vístase —volvió a pedirle—. Hablará en comisaría.

Sabía que era inútil discutir. No con un grupo de agentes enloquecidos que «cumplían con su deber». Los dos primeros ya salían con su ordenador y su móvil. Por lo menos había una mujer para vigilarla. Los otros dos seguían inspeccionando la habitación, la cama, el armario, el cuarto de baño. Quedaba su ropa, que seguiría el mismo camino una vez ella se vistiese.

—¿Puedo llamar por teléfono?

Era una pregunta absurda que ni mereció respuesta. Se quedaron solas la policía y ella. La agente dio un paso atrás, con las piernas abiertas, bloqueándole el paso. Llevaba un arma en el cinto. El

uniforme le confería un lamentable aspecto de ama sado, con el pelo recogido hacia atrás y el rostro tenso.

Pasó de ella. Pero se desnudó y se vistió dándole la espalda.

—¿Puedo ir al baño?

La mujer le hizo un gesto. Sí.

—No cierre la puerta.

Le costó orinar con la puerta abierta, pero lo hizo. Le hubiera gustado lavarse los dientes. Pero seguro que era demasiado. Ya vestida con lo primero que encontró a mano, salió de la habitación seguida por la agente. Los dos que hacían guardia afuera la escoltaron. Lo único que le pareció raro fue que no la esposaran. Quizá en Malta las cosas eran diferentes, quizá no fuera una detención grave o quizá comprendieran que poco podía hacer contra ellos. Bajaron en el ascensor sin nadie más, pero atravesar el *hall* fue otra cosa. Medio hotel parecía estar allí, mirándola, pendientes de la comitiva. Bajó la cabeza no por miedo o vergüenza, sino para evitar que algún idiota la filmara con la cámara de vídeo del teléfono. No había acontecimiento o incidente que no tuviera a una docena de bobos captándolo. Tal vez por curiosidad. Tal vez por si se hacían famosos. Desde que un tipo llamado Abraham Zapruder había filmado el asesinato de Kennedy en 1962 con una película de 8 milímetros, la plaga se había extendido.

La última mirada que Magda vio fue la del recepcionista del hotel, boquiabierto.

Había tres coches de policía y la metieron en el central. La agente se sentó detrás, con ella. Arrancaron y, por suerte, no se les ocurrió poner las sirenas.

—¿Va a contarme qué está pasando? —insistió.

La policía ni la miró.

No fue un trayecto largo. Duró cinco minutos escasos. La comisaría central de policía de La Valeta estaba casi en la entrada, en la parte izquierda. Vio el nombre de la calle: San Kalcidonju. Era un edificio de dos plantas, no muy grande. La de abajo era blanca; la de arriba, de color crema claro. Pero esa era únicamente la entrada. Por detrás y los lados se extendía mucho más hasta parecer casi un cuartel. El coche rodeó el edificio y se adentraron en un patio. Luego la bajaron. La mujer, esta vez, la sujetó por el brazo

con mano férrea y la acompañó hasta una especie de habitación con una mesa y dos sillas. No era una celda. Más bien parecía un cuarto para interrogatorios pero sin el consabido espejo para ver la sala desde el otro lado.

Estaba furiosa. Así que, o se ponía a gritar y sería peor, o se callaba y esperaba. Esperó.

Permaneció sentada unos cinco minutos. Se le hicieron eternos. Luego se abrió la puerta y apareció un oficial. Lo era porque llevaba galones. Se aproximó a la mesa, la miró y se sentó con toda parsimonia. Si querían ponerla nerviosa, lo estaban consiguiendo. Apretó las mandíbulas mientras miraba al hombre con ojos asesinos, desafiándolo.

—¿Tiene algo que decir? —le preguntó él sin más.

—¿Decir de qué? —Trató de mantener la calma—. No sé qué hago aquí ni por qué me han detenido. ¿Va a contármelo usted?

—Hay una denuncia por tenencia de drogas.

Podía esperar cualquier cosa menos aquella.

—¿Qué?

—Drogas —repitió el policía—. Aquí es un delito grave.

—¡Como en todas partes! ¿Están locos? ¿Han encontrado algo acaso?

—Tendrá que esperar mientras investigamos.

—¿Esperar? ¿Cuánto? —se alarmó.

—¿Cuándo llegó a Malta?

—El martes por la mañana.

—¿Motivo de su visita?

—¡Turismo!

—¿Qué ha hecho?

—¡Coño! —estalló—. ¡Pasear! ¿Qué quiere que haga?

El policía ni parpadeó. Se puso de nuevo en pie.

—Hemos de investigar. Compréndalo. —Pareció suavizarse un poco.

—Mientras investigan, quiero hacer una llamada.

—No…

—¡Tengo derecho a hacer una llamada! —se desesperó—. ¡Soy periodista, trabajo en un importante medio español! ¡Le aseguro que como escriba algo de esto cuando vuelva a casa, se van a acordar de mí!

—No está en disposición de amenazamos, señora.

—¿Va a dejarme hacer esa llamada?

Se lo tomó con calma.

Ya debían de saber quién era ella. Y que decía la verdad. *Zona Interior* no era un boletín parroquial.

—Venga. —La invitó a seguirle.

Salieron de la habitación y no dieron más de diez pasos. Entraron en un despacho, probablemente el del hombre que la acompañaba, y mientras le señalaba una silla le puso el teléfono delante. Un teléfono antiguo, grande y negro, de disco.

—Tres minutos —le advirtió el policía.

La dejó sola, pero con la puerta entreabierta.

No tenía el teléfono de Yorgen Vai. Y quizá llamar al *Malta Independent* era malgastar su oportunidad. Se mordió el labio inferior e hizo lo más razonable: telefonear a Juan. Cruzó los dedos, porque como no le encontrase…

—¿Sí? —Oyó su voz.

—Juan. —Fue rápida—. Escucha. Solo tengo tres minutos. Y, antes de que empieces a gritarme, déjame acabar, ¿vale? Estoy en Malta, llegué el martes. No he hecho nada malo ni me he metido en ningún lío, pero a alguien no le ha gustado que esté aquí y acaban de sacarme de la cama por una falsa denuncia de tenencia de drogas. ¿Puedes ayudarme?

Al otro lado, el silencio.

—¿Juan?

—Te he oído, te he oído. —La voz sonaba apagada y lejana—. Malta. —Una pausa—. No sé por qué no me extraña. Iba a llamarte ayer… ¿Dónde estás ahora?

—En una comisaría de La Valeta.

—Pásame con quien tengas más cerca.

—No van a encontrar nada, pero pueden retenerme aquí varias horas.

—Hazlo, va.

—De acuerdo, y gracias.

Dejó el teléfono en la mesa y se asomó a la puerta. El oficial esperaba al otro lado.

—Es la policía de Barcelona —dijo con cierto orgullo—. El inspector Juan Molins. Quiere hablar con usted.

El hombre no pareció muy impresionado, pero se puso al aparato sin dejar de escrutarla fijamente.

Ella solo se cruzó de brazos.

La conversación fue breve. Primero habló Juan, después el agente maltés. De nuevo Juan. La parte final de la charla ya no pudo oírla porque el policía le dio la espalda y lo hizo en voz baja. Al colgar volvió a mirarla.

—Vamos —le ordenó.

Creía que iban a soltarla, pero no fue así de sencillo. Regresaron a la habitación de los interrogatorios y el hombre la dejó allí sentada. Al ver que los minutos empezaban a pasar, Magda inició la escalada final de su desesperación. ¿Cuánto se tardaba en registrar sus pertenencias? ¿Y el móvil? ¿Y el ordenador? Miró la hora. Entre unas cosas y otras ya debían de ser más de las diez. Yorgen Vai se habría encontrado con un buen chasco al ir a buscarla.

¿Qué harían, la conducirían al aeropuerto y la expulsarían de la isla?

Eran las diez y media cuando se abrió la puerta y el mismo oficial de antes apareció en la habitación. Llevaba sus cosas bajo el brazo, la bolsa y el ordenador, así como el móvil en la mano. Lo dejó todo encima de la mesa.

—Puede irse —le dijo.

Magda se quedó atónita.

—¿Y ya está?

—Sí, señora.

—¿Ninguna explicación, ningún «lo siento»?

—Cuando hay una denuncia, hemos de comprobarla.

—¿Comprueban todas las denuncias anónimas que les llegan?

—¿Quiere poner una reclamación?

Se imaginó perdiendo dos horas más. Y total, para nada. Examinó sus cosas, comprobó que el móvil y el ordenador no hubieran sufrido daños. Abrió su herramienta de trabajo con la contraseña y lo encontró igual. No habían forzado nada, salvo que un *hacker* manitas fuese el encargado de curiosear en sus archivos.

Lo metió todo en la bolsa y pasó junto al policía sin decir ya nada más.

Yorgen estaba en la puerta.

—¿Tú?, ¿qué haces aquí? —Se lo quedó mirando sorprendida.

—Ven, salgamos fuera. —La tomó del brazo.

Tenía el coche en la misma puerta, con una credencial que decía prensa bien visible detrás del cristal delantero. No hablaron hasta estar dentro del vehículo.

—He ido al hotel a buscarte, me han contado lo sucedido y he venido de inmediato. Los conozco, y ellos a mí. No diré que haya una relación de cariño, pero… Simplemente he respondido por ti. Estaba claro que esa denuncia no tenía el menor fundamento.

—No, alguien ha empezado a molestarse de que esté aquí.

—Eso parece.

—Lo cual indica que estoy en el buen camino.

—Magda…

—Sí, lo sé. —Intentó calmarse—. Gracias por acudir a mi rescate. Te lo agradezco. Una nunca sabe cómo van a acabar estas cosas. ¿Puedes llevarme al hotel para que me duche?

—Sí, claro. Después retomaremos nuestros planes, aunque sea con una hora de retraso, ¿te parece?

No solo le parecía bien, sino que lo necesitaba.

Mientras Yorgen conducía despacio, Magda telefoneó a Juan. Lo imaginó moviendo hilos para sacarla de aquel lío. Otra vez. Se sintió muy mal, muy culpable.

—¿Magda?

—Estoy fuera. —Fue lo primero que le dijo.

—¿Te han soltado sin más?

—Entre lo que les habrás dicho tú y un amigo que tengo aquí, en Malta, ha sido más fácil.

—¿Tienes un amigo en Malta?

—Es periodista, como yo.

—Entonces me alegro. —Se le notaba más calmado—. Estábamos pendientes de hablar con la embajada de España.

—Ya no es necesario.

—¿Seguro?

—Sí, y sé lo que vas a decirme. Sea falsa la denuncia o no, alguien me quiere ya fuera de la isla.

—¿Quién sabía dónde te hospedabas?

—Solo un par de personas, y dudo que hayan sido ellas. De todas formas tampoco es difícil llamar a los hoteles preguntando si se hospeda un determinado huésped. Basta con preguntar por él. Si

contestan que no hay nadie con ese nombre, llaman al siguiente.

—¿Vas a volver?

—No —respondió sincera—. Y, por favor, no tengamos siempre la misma disputa. Tú eres policía y llevas una pistola al cinto. Yo soy periodista y hago preguntas. Estos son nuestros respectivos mundos. Siento haberte llamado, de verdad.

—No seas tonta. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, por supuesto.

—¿Has averiguado algo?

—No, pero el atentado a Hare tiene que ver con una trama oscura relacionada con el tráfico de armas. Ignoro de qué forma está conectada con el asesinato de Rafa ni si realmente lo está o todo es circunstancial.

Pensaba que le aconsejaría que tuviera cuidado, pero se lo había dicho ya tantas veces…

Su ángel de la guarda.

—¿Me mantendrás informado?

—Te lo prometo.

—De acuerdo. —Había un deje de tristeza e impotencia en su voz—. Cuídate.

—Gracias.

Cortó la comunicación. Yorgen no se había enterado de nada porque toda la conversación había sido en español, así que se encontró con su mirada medio inquisidora.

—Hace trece años un inspector de los Mossos d'Esquadra, la policía autonómica catalana, fue el encargado de investigar el asesinato de mi prometido. Se dio de bruces contra un muro de silencio y no lo encontró. Pero seguimos en contacto. Me juró que un día caería. De ese contacto surgió una gran amistad que hemos mantenido hasta hoy. Siempre acudo a él cuando tengo problemas y él me ha ayudado muchas veces en mis investigaciones. Se llama Juan Molins. Le había llamado para que me sacara del embrollo antes de que aparecieras tú.

—¿Hay algo más entre vosotros?

—No. —Sonrió abiertamente—. Está casado, tiene una hija y es feliz. También soy amiga de su mujer.

Habían llegado ya al hotel. Yorgen enfiló la entrada de los coches, a la izquierda, la curva que bajaba desde la calle hasta la

puerta del edificio. Cuando detuvo el vehículo Magda casi saltó de él.

—Dame diez minutos —le pidió.

—Pueden ser quince. —La iluminó la sonrisa del periodista—. ¿Has desayunado? Imagino que no, así que te espero en el bar. Mejor que tomes algo antes de salir.

20

El recepcionista la miró impresionado al verla reaparecer.

—Espero seguir teniendo mi habitación —le disparó ella.

—¡Oh, sí, desde luego! —El hombre se estiró lo que pudo.

Magda no supo si estaba tenso porque, de pronto, se acababa de convertir en una delincuente o si era por respeto a una clienta maltratada.

—¿Suele suceder muy a menudo que la policía irrumpa en una habitación con una denuncia falsa?

—No, no… señora —balbuceó—. Y me alegro de que todo haya sido un… malentendido y esté de vuelta. Le deseo que… que pase un buen día.

—Gracias.

—Señora. —La detuvo justo al separarse del mostrador—. ¿Sigue sin saber cuántos días estará con nosotros?

—Sigo sin saberlo, sí.

Le dio la espalda y llegó a los ascensores. Ninguno de los que la habían visto detenida un par de horas antes debía de estar aún por allí, porque nadie reparó en ella. Llegó a la habitación y no perdió ni un minuto. Se desnudó y se metió bajo la ducha. Una vez más, el agua la vivificó. Se hubiera quedado un poco más, pero no quería hacer esperar a Yorgen. Se secó el pelo con rapidez y se vistió.

Ya no le quedaba nada que no se hubiera puesto antes en el viaje, así que, o bien lavaba algo o bien se compraba un par de camisetas. Otra cosa eran las bragas. Si encima se le adelantaba el período…

Iba a salir de la habitación, ya lista, cuando sonó el teléfono. Miró la hora. Quince minutos exactos. ¿Es que Yorgen se impacientaba?

Estuvo a punto de no cogerlo, pero cambió de idea. Descolgó el auricular y dijo:

—Impaciente. Ya salgo.

La voz del recepcionista pareció flotar insegura a través de la

línea.

—¿Señora Ventura?

—Sí, perdone.

—Una señorita la está esperando aquí abajo.

—¿Una…? —Reordenó las ideas—. ¿Ha dicho quién es?

—Un momento, por favor. —Debió de tapar el auricular. Cuando la voz reapareció, dijo—: La señorita Karola Hare.

Apenas pudo susurrar un lacónico «gracias».

¿Karola Hare… allí?

Salió de la habitación y bajó en el ascensor. Era imposible llegar al bar y avisar a Yorgen sin que la hija de George Hare se diera cuenta.

Lo único que podía hacer era fiarse del buen criterio del periodista si la veía hablando con ella. Acertó a medias, porque al salir del ascensor comprobó que Yorgen estaba pendiente de su aparición. Le hizo un gesto con los ojos y otro con la mano, pidiéndole que esperase, y se dirigió al *hall*. Yorgen lo captó.

Karola Hare estaba en mitad del *hall*, de pie, con los ojos fijos en el suelo. Se la notaba tensa, porque se movía de un lado a otro con pasos cortos y rápidos. Levantó la vista cuando Magda se encontraba a unos tres metros de ella. Al verla le cambió la cara. No expresó alegría o temor, solo una emoción nueva, diferente.

La joven fue la primera en reaccionar.

—¿Podemos hablar un momento? —le dijo de buenas a primeras.

—Sí —afirmó Magda—. ¿Quiere tomar algo?

—No, no. —Miró a su alrededor—. Aquí mismo está bien. Solo serán unos minutos.

Se apartaron del centro del *hall* y se aproximaron a la pared del fondo: no tenían a nadie cerca. Magda vio como Yorgen estaba pendiente de ellas desde el bar elevado por encima de las dos escaleras semicirculares.

—No sé ni cómo empezar esto —musitó la aparecida con los nudillos blanqueados de tanto apretar las manos—. Ni siquiera sé qué hago aquí. Usted dijo que era periodista, que venía de Barcelona, que mataron a su novio con la misma pistola que usaron para atentar contra mi padre y que… que podía ayudarnos.

—Es cierto.

—Pero ¿ayudarnos cómo?

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Sí.

—¿Me dejó usted el mensaje pidiéndome que investigara el *Poseidon Spirit*?

Karola Hare sostuvo apenas dos segundos su mirada.

—Sí —confesó.

—¿Por qué lo hizo?

—Por la misma razón por la que estoy aquí: no lo sé. Tuve un… una… llámelo intuición, desespero, ¿cómo explicarlo? Aquí nadie nos cuenta nada. Mi padre está en coma y no hay ninguna esperanza de…

Magda la abrazó justo cuando arrancaba a llorar.

Karola Hare se deshizo como un azucarillo.

—¿Qué dice su madre? —le susurró al oído pasados unos segundos.

La joven se encogió de hombros.

—Mi madre está rota. No habla.

—Usted vive en Londres.

—Sí.

—¿Sabe a lo que se dedicaba aquí su padre?

—¿Va a escribir sobre esto?

—Sí.

—Pues diga la verdad. Mi padre es un hombre honrado.

—¿Qué sabía usted del *Poseidon Spirit*?

No respondió a la pregunta. Estaban muy cerca, separadas por apenas unos centímetros después del abrazo de una y las lágrimas de la otra. Los ojos de Karola eran crepusculares, como los de cualquier niña perdida.

Solo que ya no era ninguna niña.

—¿Lo ha investigado? —preguntó la hija de George Hare.

—Sí, y sé que está retenido en Creta con una carga de explosivos y armas.

—Entonces ya sabe de qué va esto.

—No, no tengo ni idea, la verdad —afirmó categórica—. Ni sé de qué va aquí ni tampoco qué relación puede tener con el asesinato de mi novio. Lo de su padre también está envuelto en conjeturas. Necesito algo más, y si usted no puede dármelo, esta

conversación no tiene demasiado sentido.

Karola pareció reflexionar sobre aquello. Se tomó su tiempo. Magda puso su mejor cara de buena persona, la que siempre solía facilitar que la gente le confiara sus secretos. Era tan eficaz eso como su vehemencia o su manera hipnótica de preguntar.

Sin embargo, su visitante se resistió un poco más de lo habitual.

—Será mejor que se vaya. —Magda hizo el gesto de alejarse de ella.

—¡No, espere! —La retuvo Karola.

—¿Por qué no empieza por contarme la razón de que su padre y Palmer Schill rompieran su relación comercial en Ankor?

Aquello la hizo parpadear. Y también derribó su última resistencia.

—Papá y Palmer trabajaron juntos muchos años —comenzó a decir—. Se llevaban bien, la naviera funcionaba perfectamente, todo fluía. Pero Palmer era ambicioso, demasiado ambicioso. Le gustaban las mujeres, gastar, tanto lo que tenía como lo que no tenía. En este sentido los dos eran muy distintos. Yo era una adolescente cuando sucedió todo. Una noche oí que mi padre le contaba a mi madre que Palmer había vuelto a traficar con armas, introduciendo una carga en uno de los barcos. Estaba destrozado, no sabía qué hacer. Mi madre le dijo que lo dejara, que si aquello se descubría, acabaría en la cárcel. Imagino que papá habló con Palmer, discutieron: uno defendiendo su honradez y el otro, las ganas de ganar dinero fácil. Lo cierto es que papá dejó la empresa. Fue entonces cuando montó la agencia de turismo. No era lo que más le gustaba del mundo, pero sí lo que mejor podía hacer. Desde entonces, mi padre cambió, perdió su buen humor, se volvió serio y amargado. Solía mirar el mar, los barcos, con una nostalgia evidente. Por eso me fui a estudiar a Londres y me quedé allí. El ambiente aquí ya no era el que había conocido. —Tomó un poco de aire—. Por si faltara poco, más que quedarse a la defensiva, lo que hizo Palmer Schill fue pasar al ataque. Empezó a hablar mal de mi padre. Dio a entender que habían roto por irregularidades suyas, no de él. Todo mentiras. De ahí surgió el resquemor entre ambos, hasta el punto de que creo que papá llegó a odiarle. Además, cada vez que veía por televisión un conflicto armado o se hablaba de los señores de la guerra, pensaba que, a lo peor, esas armas habían

pasado por Malta en un barco de Ankor. Era como… como tener un tumor que se hacía cada vez más y más grande, ¿entiende?

—Y, de alguna forma, su padre se enteró de que el *Poseidon Spirit* llevaba un cargamento de armas y explosivos y lo denunció. ¿Es eso lo que trata de decirme?

—¡Es que no lo sé! —Se debatió Karola—. Cuando apresaron el barco en Grecia, mi padre le dijo a mi madre que ya era hora, que quizá eso acabase de una vez con Palmer. Mi madre me lo contó al llegar. Me dio a entender que papá sabía lo de esas armas. Y si era así…

—Pudo denunciar de manera anónima a las autoridades griegas la clase de carga que llevaba el *Poseidon Spirit*.

—Es simplemente posible, pero no podría jurarlo.

—Sin embargo, le dispararon por eso, es evidente. Alguien debió de sospechar de él.

Magda se encontró con la mirada perdida de Karola.

—¿Le ha contado esto a la policía? —quiso saber.

La joven negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo regresaré a Londres, pero mi madre seguirá aquí, señora. ¿Quiere que arriesgue su vida? Además, con simples conjeturas la policía aún me complicaría más la vida.

—Me parece que son más que meras conjeturas.

—Esto es una isla. Después de lo de Daphne Caruana, hay miedo. Nadie se atreve a decir según qué cosas, todo el mundo va con pies de plomo. Si Ankor Lines Ltd. trafica con armas, no creo que sea solo un negocio sucio y oscuro de Palmer Schill. Estas cosas son mucho más grandes, implican corporaciones, otras navieras, personajes siniestros de medio mundo. El barco venía de su país, España, hizo escala aquí y, según se ha dicho en los periódicos, su destino final podía ser África, concretamente algún punto de la costa desde el cual se llevaría todo a Sudán del Sur. Yo… me siento impotente, señora. Tengo las manos atadas y la boca cerrada. Supongo que por eso estoy aquí con usted. Es una forma de gritar. Si escribe sobre esto, lo hará en España, lejos. Solo le pido que no nos mencione. Ni siquiera a mi padre. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Yo únicamente buscaba al asesino de mi novio —repuso

Magda despacio—. Pero sí, si escribo sobre esto, le juro que ustedes quedarán al margen.

—Gracias.

—No, gracias a usted por el valor de estar aquí. Entiendo que no es más que un acto desesperado, pero sé lo que es sentir impotencia y actuar como lo está haciendo.

—El hombre que disparó a mi padre…

—Siga.

—Ya no estará en Malta, ¿verdad?

—Por la forma de actuar, y el antecedente de hace trece años, es probable que se trate de un sicario. Y en este caso no, ya no estará aquí. Como usted ha dicho: esto es una isla. Mejor traer a alguien de fuera para los trabajos sucios. Así es como actúan las que acaba de definir como grandes corporaciones.

—Me cuesta incluso creer que mi padre se arriesgara tanto. Pienso en algún confidente de la policía, alguien del puerto… —Se debatió entre sus dudas—. Pero debieron de creer que era él, o quizá realmente lo fuera…

Magda volvió a mirar en dirección a Yorgen: estaba pendiente de ellas.

Tampoco quedaba ya mucho por decir.

—Siento por lo que está pasando —dijo marcando el punto de inflexión de la despedida.

La joven llevó su mirada al exterior a través de las puertas de cristal de la entrada del hotel. Brillaba el sol. Un cálido sol de invierno que invitaba a disfrutarlo. Pareció un poco perdida mientras empezaba a entender que la charla tocaba a su fin.

—Mi novio llega hoy desde Londres —divagó de manera incierta, dando el primer paso para marcharse de allí.

21

Yorgen tardó en hacerle la pregunta. Y la formuló porque ella estaba súbitamente callada.

—¿Vas a decirme quién era?

Magda dejó de mirar por la ventanilla. Tenía un mal sabor de boca. Las lágrimas de su visitante habían sido sinceras, como las de cualquier chica joven con un padre a las puertas de la muerte. Lágrimas de impotencia y desesperación ante una extraña a la que se había agarrado, inesperadamente, como a un clavo ardiendo.

Acababa de ducharse pero se sentía rara, incómoda. Lo peor era no haber desayunado; habían decidido salir porque ya se estaba haciendo tarde. Estaba claro que no aprovechaba al cien por cien lo que pagaba por la habitación, desayuno incluido.

Se enfrentó a las dudas de su compañero.

—Karola Hare.

—¿La hija?

—Sí.

—¿Y qué quería?

—Desahogarse. —Lo resumió en una palabra—. Tal y como imaginaba, fue ella la que me pasó el nombre del *Poseidon Spirit*.

—¿Te ha dicho por qué lo hizo?

—Ha sido un poco atropellada. Ha venido a mí casi como último recurso a pesar de que no me conoce ni sabe quién soy. Pero le dije que era periodista y…, bueno, esas cosas a veces funcionan. Tiene miedo de hablar con la policía.

—Lo entiendo.

—Ella se irá a Londres, pero su madre seguirá aquí. Ese es el problema. Tampoco tiene pruebas de nada, solo una conjetura, aunque bastante lógica por otra parte. —No esperó a que Yorgen insistiera—. Su padre era socio de Palmer Schill en Ankor Lines. Cuando a Palmer empezó a interesarle el dinero fácil y se metió más que presumiblemente en el tráfico de armas, al señor Hare no le gustó. Demasiado honrado. Y, al ver el cariz que tomaban las cosas,

se fue de Ankor. Palmer la tomó con él. No sé qué puede haber pasado en estos siete años, pero el encono entre los dos fue en aumento. No sé si George Hare sabía lo que llevaba el *Poseidon Spirit* y fue quien lo denunció a la Guardia Costera griega, pero para el caso ha sido lo mismo. Palmer, o la gente que esté por encima de él, dedujeron que el soplo procedía de Hare. Yo me inclino a creer esto último, porque las mafias son así. Matar es un aviso para navegantes. Por eso mandaron a Malta a un asesino a sueldo. Esos tipos no se andan con rodeos. Tenían que dar un aviso.

—¿Y Karola te lo ha contado tal cual?

—Sí. Creo que quiere que lo escriba, sin citar sus nombres, claro. Sería una forma de hacer justicia.

Yorgen chasqueó la lengua.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Eres de las que, aunque no quieras meterte en líos, los líos acaban viniendo a ti.

—Hombre, gracias.

—Siendo periodista, diría que acabo de hacerte un halago.

Magda no tuvo ganas de discutírselo. Hablaba ajena al tráfico o a dónde estaban y volvió a mirar primero por la ventanilla y luego al frente. No se había dado cuenta de que ya salían de la ciudad. Las casas eran más bajas y distantes. Después del incidente con la policía, el día empezaba por fin.

—¿Adónde vamos?

Su compañero apuntó con la mano a unas señales situadas a un lado de la carretera.

—Mdina —dijo—. O Medina, como quieras llamarlo.

—¿Es un pueblo?

—Es el centro de Malta, la vieja capital hasta 1570. Te encantará. Es una ciudad pequeña, amurallada. Apenas tiene trescientos habitantes. Venir a Malta y no visitar Medina es como ir a Venecia y no pasear por la plaza de San Marcos. No has desayunado, así que comeremos allí.

Lo bueno de las islas pequeñas era que las distancias desaparecían. Yorgen apenas la ilustró un poco más acerca de Mdina. Para desconectar del todo, Magda incluso silenció el móvil. La ciudadela apareció a lo lejos en pocos minutos. La muralla se levantaba sobre una ínfima elevación del terreno en medio de un

paisaje llano y escasamente arbolado. Yorgen aparcó el coche fuera de la muralla, bajaron y cruzaron la puerta principal por entre un enjambre de multicolores carricoches turísticos tirados por caballos. Casi al momento, fue como si se adentraran en otro mundo y abandonaran el siglo XXI para meterse de cabeza en el pasado. Calles estrechas, piedras ancestrales pero cuidadas, diminutas tiendas turísticas y restaurantes con encanto. Fuera aquel lugar pequeño o no, las iglesias y capillas dominaban todo el entorno. El periodista siguió haciendo de guía turístico, como la noche anterior: Sin entrar en ellos, mientras caminaban, le enseñó la capilla de Santa Ágata, la catedral de San Pablo y los palacios de otro tiempo. Subieron a la muralla y en poco menos de quince minutos la visita quedó vista para sentencia. Era temprano para comer, pero, muerta de hambre como estaba, agradeció que él tomara la iniciativa y la llevara al lugar donde iban a almorzar. Por supuesto no se trataba de un sitio cien por cien turístico y barato. Tenía clase.

—Se llama De Mondion. —Se lo enseñó desde la calle—. Espero que te guste.

Lo primero que pensó, de pronto, era que podía acostumbrarse a la buena vida maltesa. Casi tanto como a la de Barcelona cuando Néstor pedía la mejor comida y cenaban en casa.

Le hizo la pregunta mirando la carta:

—¿Puede un periodista maltés pagar estos precios o estás haciendo una excepción para impresionarme?

—Cuando vaya a Barcelona espero que hagas lo mismo y me lleves también a los mejores sitios. ¿Te parece?

—En serio, ¿eres rico?

—¿La verdad?

—Sí, va.

—He publicado tres libros. Se han vendido bien en Estados Unidos e Inglaterra. ¿Tú no has escrito ninguno?

—No.

—Pues deberías. A la gente le gusta ver en forma de novela o de documento real una buena investigación como las que tú haces. Ficción o no ficción, hay temas que necesitan quedarse en el ánimo de la gente más allá de haber sido noticias de primera plana en los periódicos.

—Mi amiga Victoria me dice lo mismo, pero no sé si tendría

paciencia para escribir un libro. Deben de ser muchas horas.

—Entonces conténtate con comer hamburguesas. —Le guiñó un ojo, malévolo.

Pidieron *foie gras* y gambas rojas de entrante y pescado del día de segundo. Magda renunció al vino. Yorgen tuvo la delicadeza de no insistir ni preguntarle por qué. Después comieron sin hablar del caso. Como la noche pasada, la vida volvía a quedar fuera del restaurante y de su calma. Solo al final, mientras ella tomaba un suflé y una tabla de cinco tipos de queso, reapareció la realidad y Magda preguntó:

—¿Y ahora, al salir?

—Otra sorpresa.

—¿Turística?

—No.

Magda arqueó las cejas, pero no consiguió arrancarle ni una sola palabra más. Tomaron café, Yorgen la invitó, y se levantaron para dirigirse a pie hasta la puerta de la ciudadela. No subieron al coche. La ciudad nueva se extendía frente a la vieja, con casas blancas y poco atractivas. El periodista cogió el móvil para orientarse. Magda ya no insistió. Caminaron apenas cinco minutos porque, de nuevo, las distancias eran mínimas. Se detuvieron delante de una casa de una sola planta, humilde, de techo plano y ventanas sin cortinas. Desde luego, el destino fue una sorpresa.

—Aquí nació Stefano Bonardi —dijo él.

Magda recuperó la conciencia de inmediato. Casi fue un golpe. Mdina, la comida, el paseo con Yorgen, concluía de pronto de manera abrupta.

—Anoche hice algunas averiguaciones —la informó—. Ya no queda nadie de su familia directa, por supuesto. Como mucho viven un par de primas lejanas que no quieren ni oír hablar de él. Sin embargo…

Dejó la frase sin terminar, para captar la atención de ella.

—¿Sin embargo qué? —Lo consiguió.

—He averiguado algo.

Magda se cruzó de brazos.

—¿El señor disfruta haciéndose el importante? —protestó.

—Bonardi hizo varios viajes a Malta antes de ser detenido en Barcelona. No es algo que sea *vox populi*, pero, tras su muerte,

hubo algunas indagaciones.

—¿Se sabe a qué vino?

—No.

—Si ya no tenía familia, tuvo que ser por interés, dinero… Su empeño era reconstruir el imperio que había tenido en Turín.

—Es lo que creo yo. Pero no conseguí nada más. Y te diré otra cosa: montar una operación aquí me resulta algo difícil de imaginar. Se habría sabido, salvo que fuera un negocio muy secreto. Más bien pienso que vino para establecer algún tipo de contacto.

—¿Con la naviera? —preguntó Magda, ahora tensa.

Yorgen hizo un gesto que podía significar cualquier cosa.

—¿Por qué no? Y en ese caso…

—¿Qué? Sigue —lo apremió ella al ver que se detenía con misterio.

—¿Y si a Bonardi no lo mató nadie relacionado con la mafia como crees?

Magda acusó el golpe. Trece años con una idea. Trece años con un fantasma. Trece años cargando un misterio a cuestas. Y de pronto…

«¿Y si a Bonardi no lo mató nadie relacionado con la mafia?».

Yorgen no la dejó pensar mucho.

—Si has de tomar fotos, hazlo ya. Debemos irnos.

—¿Adónde?

—A buscar una posible respuesta a tus dudas. —De nuevo, el periodista fue tan lacónico como misterioso—: ¡A Marsaxlokk!

22

Marsaxlokk resultó ser el pueblo pesquero más bonito que hubiera visto en años.

Quizá fuera la placidez de la tarde. Quizá el cielo azul. Quizá las aguas quietas como las de un lago. Quizá los colores de las barcas o el paseo bordeando el contorno marino. Lo cierto es que nada más bajarse del coche quedó primero arrebatada por su encanto y después atrapada por su pacífica calma. Posiblemente en verano fuera pasto de las hordas turísticas. No así en enero, aunque tampoco faltaba gente. Yorgen le había dicho que el nombre del lugar, en la lengua local, derivaba de *marsa*, «puerto», y *xlokk*, «siroco».

—De aquí provienen las góndolas que se usan para la pesca en todo Malta. Se llaman *luzzu*. Con ellas se pesca el *lampuki* entre agosto y diciembre. Es uno de nuestros platos tradicionales. Tendrías que ver esto los días de mercado.

Los restaurantes estaban pegados uno al lado del otro en la larga playa que había frente al mar aprisionado por la bahía. Por el paso vivo de Yorgen, sin embargo, se dio cuenta de que no estaban de paseo.

Pero el periodista le daba la información despacio. Disfrutaba de su papel.

Se detuvo de pronto y señaló uno de los últimos restaurantes, frente a una pequeña escollera desde la cual una docena de turistas sacaban fotos.

—Es aquí —dijo.

—¿No querrás volver a comer? —Se asustó ella.

—No. —La tranquilizó—. Vas a conocer a una especie de archivo histórico local y uno de los personajes más peculiares de Malta. Una enciclopedia con patas de amplio pasado. Te he traído hasta aquí para que podamos hablar con él.

No pudo preguntarle nada más, porque entonces alguien gritó:

—¡Yorgen!

Se volvieron. El hombre tendría ochenta, noventa, cien años. Una edad indefinible. Llevaba un gorrito y una curiosa chilaba, o al menos algo parecido. Iba descalzo. La piel, más que oscura, estaba requemada por el sol y ya no le cabían más arrugas. Se cruzaban y entrecruzaban en su cara siguiendo caminos imposibles, en todas direcciones. Pese a la edad, los ojos eran vivos, limpios.

Esperó la llegada de Yorgen con los brazos abiertos y lo sepultó en ellos en cuanto lo atrapó. Luego le machacó la espalda con juvenil entusiasmo.

Hablaron en maltés, con palabras vivas, encendidas, hasta que el anciano descubrió a Magda a un par de metros. Entonces, sin cortarse un pelo, golpeó al periodista en el pecho y se echó a reír.

Dijo algo. Yorgen le contestó. Más risas.

Finalmente se acercó a ella, pero no le tendió la mano. La sujetó por los brazos y la fusiló con dos besos en las mejillas. Dos besos de impacto.

—¡Es un placer! —dijo en un inglés cerrado—. Ven, ven, querida. ¡Esta es tu casa!

Les hizo sentar en una de las mesas y los dejó solos un minuto. Tiempo suficiente para que el periodista pudiera ampliarle brevemente la información sobre él.

—Tiene una barca y sale a pescar cada mañana antes de que salga el sol. Luego atiende el restaurante hasta que cierra por la noche. No creo que haya dormido más de cuatro horas seguidas en toda su vida. Te lo repito, es toda una institución, una leyenda, y no solo aquí, sino en toda Malta. Ah, se llama Aiden, un derivado de Aidan. Es uno de los nombres más comunes aquí.

—¿Y por qué hemos venido a hablar con él?

—Aiden conoció a tu Bonardi.

Era lo que menos esperaba.

—¿En serio?

—Sé sincera con él. Es desconfiado, pero al haber venido conmigo te contará lo que quieras si eres directa y no te vas por las ramas. Respeta sus silencios si los guarda. Aquí no se sobrevive precisamente hablando de más. Y no te fíes de que ahora sea tan solo un pescador que lleva un restaurante. Eso no es más que su apariencia actual, de los últimos años, desde que se retiró. Lo sabe todo y de todos.

—Por lo que me cuentas, lo imagino. Entonces, ¿no siempre ha sido pescador? Dices que «se retiró».

—Se rumorea que fue agente secreto, espía… Una especie de James Bond maltés. Y no me extrañaría que fuese así. Su cabeza es privilegiada, conoce datos e informaciones de cualquier tema. A veces imagino que en el sótano tiene decenas de pantallas y está conectado con todo el mundo, como en las películas. Cuando lo llamé y me dijo que había conocido a Bonardi… Bueno, ya veremos. Tú tranquila, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré. —No pudo reprimirse—: ¿Qué te ha preguntado de mí?

—Nada.

—Yorgen…

—Solo si eras mi novia.

—¿Y qué le has dicho que le ha hecho tanta gracia?

—Que ya me gustaría, pero que eras inaccesible.

No pudo decir nada más. Yorgen se quedó con la sonrisa y ella con el sarcasmo contenido. Aiden regresaba para quedarse. Llevaba tres botellas de cerveza en las manos. Sin vasos. Las puso en la mesa y se sentó frente a ellos.

No era un tipo convencional.

—Yorgen me dijo que eres periodista y buscas información.

—Bueno…, sí, así es. —Observó a su compañero de reojo.

—Nada menos que de Stefano Bonardi.

—Si es posible…

—Todo es posible, querida. Otra cosa es que sea conveniente. ¿Qué sabes tú de él?

—Lo mataron hace trece años en Barcelona.

—Eso también lo sé yo.

—Magda y su novio investigaban la muerte de Bonardi. A su prometido lo asesinaron por eso —intervino Yorgen.

—Lo siento —repuso serio el pescador.

—Ella siempre ha creído que fue la mafia —continuó el periodista.

—¿Por qué piensas eso?

—Por lo que sé, Bonardi iba a fugarse de la cárcel y estaba intentando reunir dinero para reorganizar su clan y poder volver a Turín para pelear por el control de la ciudad con Gaetano Cortese.

De hecho, después de su asesinato, su lugarteniente Corrado Matei acabó escapándose, aunque lo hirieron y capturaron de nuevo.

Aiden movió la cabeza muy levemente, en señal de asentimiento. Sin embargo, su respuesta no le dio la razón a Magda.

—A Bonardi no le mató la mafia, querida. Murió a causa del *Yakir*.

El pescador dejó que sus palabras flotaran entre ellos.

—¿Qué es el *Yakir*? —preguntó Magda.

Aiden se lo tomó con calma. Miraba fijamente a Magda, como si estuviera acabando de decidir, de una vez por todas, si merecía su confianza, aun a pesar de estar acompañada por Yorgen. Finalmente pareció que sí. Plegó los labios en señal de rendición.

—Ten cuidado con lo que escribas sobre este tema —la advirtió con su voz ronca y grave—. Y lo mismo va por ti si metes las narices en esto —se dirigió a su amigo.

—Yo solo la acompaño. El interés en este caso es de ella. —Levantó las manos el periodista.

Volvió el silencio hasta que Aiden empezó a hablar en voz baja:

—*Yakir* era el nombre de un barco que hace trece años secuestraron los piratas somalíes en el golfo de Adén. Era uno de los muchos secuestros que, en aquellos días, tenían lugar en la zona. Secuestro, pago del rescate y adiós. Pero resultó que el *Yakir* que iba cargado de armas, tanques, bombas… Un completo arsenal. Cuando los americanos lo supieron, amenazaron con hundirlo, sin miramientos, tripulación incluida. Supuestamente, las armas iban destinadas, como en el caso del *Poseidon Spirit* ahora, a los rebeldes de Sudán del Sur. Hubo mucho ruido secreto entre los países, los armadores y las aseguradoras británicas a cuenta del pago del rescate. Los secuestradores, al ver la carga, pidieron mucho más de lo normal. Mientras, los estadounidenses temían que desembarcaran parte de ese arsenal allí mismo, en Somalia. —Soltó un bufido—. Bueno, eso ya da igual. Toda la información está en Internet, no tenéis más que buscarla. Lo que no se dijo entonces es que detrás de la operación estaba Stefano Bonardi.

—¿Organizó una operación de tráfico de armas para financiar su vuelta a Turín con ese dinero? —exclamó Magda.

—Mucho dinero —quiso puntualizar Aiden—. Y todo habría ido bien si no hubiera intervenido el azar, la mala suerte, esos malditos

piratas somalíes. El nombre de Bonardi no salió a la luz, pero los que movían toda la operación, al fracasar esta, no tuvieron más remedio que eliminarle: primero, para que no se le ocurriera hablar, y, segundo, porque había sido su última oportunidad para salir a flote y volver por todo lo alto. Así que, simplemente, le silenciaron.

—Y no fue la mafia —dejó ir ella.

—No. Tuvieron que ser sus socios. Y los tenía en muchas partes, incluido aquí, en Malta. Había una naviera de Barcelona, otra en Ucrania…

—Seamar es la de Barcelona, Merezha la ucraniana —asintió Magda.

—Que quiere decir «marina» en ucraniano, lo mismo que *Yakir* significa «ancla».

—No dejas de sorprenderme —le dijo Yorgen—. ¿También hablas ucraniano?

—¡Vamos, chico! —se burló de él—. ¡Sabes que me interesa todo lo que suceda en la isla y que trato de enterarme de lo que pasa! ¿Vosotros sois periodistas? Assange, el de WikiLeaks, publicó millones de documentos secretos en su día, y entre ellos estaban todos los relacionados con el secuestro del *Yakir*. Un montón de cables y comunicados entre todas las partes.

—¿Y salía el nombre de Bonardi? —Siguió ella.

—No. Todo se reducía a las navieras y a saber de dónde salían los tanques y las bombas y a dónde se dirigían. La cantidad era tal que bastaba para dar un vuelco político a un país o hacer que un señor de la guerra dominara miles de kilómetros cuadrados de terreno y asentara su dominio de terror durante años.

—El destino parece claro, pero el origen…

—Ucrania —dijo Aiden sin dejar acabar la frase a Yorgen.

—¿Esto se comprobó?

—Por supuesto, aunque tampoco hacía falta. Todo salió a la luz cuando se conoció el incidente. —Ahora parecía hablar desde la seguridad—. ¿Por qué aparece esa naviera ucraniana y por qué Odesa se ha convertido en un puerto tan esencial para el tráfico de armas? ¿Recordáis lo que sucedió cuando cayó el muro de Berlín y la vieja Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se desmembró?

—Aparecieron una docena de nuevos países —convino Yorgen.

—Pensadlo. —Abrió las manos expectante—. Nuevos países con

viejos arsenales de pronto obsoletos. Adiós a la guerra fría. Generales desilusionados y desconectados del poder central de Moscú. El desorden más absoluto. El caos más generalizado. Había incluso armas nucleares que podían caer fácilmente en manos de locos o terroristas. Ucrania era un paraíso. También Hungría o Bielorrusia, pero sobre todo Ucrania. Un tercio de los arsenales rusos estaba allí. Encima, con salida al mar Negro y el Mediterráneo a través del Bósforo o al resto de océanos pasando por Suez. El país se convirtió en uno de los exportadores más importantes de armas de contrabando. Ni siquiera se vendían por unidades: se vendían al peso. Podías comprar diez mil kilos de fusiles o pistolas. ¿Que algunos no funcionaban? Se reparaban con piezas de los otros y continuaba saliendo a cuenta. En los años que siguieron a la caída de la URSS salieron de Ucrania treinta y dos millones de armas. ¿Os lo imagináis? Durante años fue la ley de la selva, y de ello se beneficiaron muchos, desde los militares sobornados que hacían la vista gorda hasta los rebeldes de cualquier parte del mundo que pagaban a buen precio ese arsenal, pasando por los intermediarios y los que organizaban los movimientos de armas, embarcando aquí y descargando allí. La mitad del dinero del tráfico de armas se va en sobornos. Y, aun así, queda mucho. Es uno de los negocios más rentables del mundo. Incluso tiene sus trucos.

—¿Como cuáles? —preguntó Magda.

—Si envías un fusil de asalto completo, es contrabando. Tráfico. Si lo mandas a trozos, son piezas de recambio. Ningún problema.

—Joder… —rezongó.

—Es divertido. —Se encogió de hombros Aiden—. Vivimos en un mundo de idiotas, ciegos, sordos, mudos. Al final solo queda esto y la paz que consigas. —Abarcó el mar delante de su pequeño restaurante—. Los seres humanos hemos puesto todas las trampas y nos hemos olvidado de dónde estaban, así que caemos una y otra vez en ellas. Hay quinientos millones de armas en el mundo, una por cada doce personas. ¿Y nos extrañamos de que haya violencia, asesinatos y guerras? Te diré algo más ya que hablamos de tráfico y barcos: en cualquier puerto del planeta solo tienen capacidad para investigar un dos por ciento de los contenedores que pasan por él. Registrar bien un contenedor cuesta unos veinte minutos. ¿Un ejemplo? El puerto de Rotterdam, el que más mercancías mueve del

mundo, registra veinticuatro mil contenedores al día. En todo el mundo son quinientos millones al año. Nueve de cada diez bienes comercializados viajan en ellos y cada barco toca varios puertos en cada viaje de ida o vuelta. ¿Y nos sorprendemos de que haya contrabando y tráfico de lo que sea?

Dejó de hablar y se encontró con dos máscaras. Sonrió como lo que era: un viejo sabelotodo de aspecto seráfico.

—Tranquilos —dijo—. El mundo no se va a acabar mañana. Pasado ya no sé, pero mañana… ¿Sabes algo, Yorgen?

—No, ¿qué es?

—Me alegra ser pescador o servir comidas aquí a turistas inocentes que disfrutan un poco de la vida. De otra forma creo que me volvería loco. Ya viví lo mío y, sinceramente, prefiero lo que tengo ahora. —Se dirigió a Magda y le preguntó—: ¿Vas a escribir sobre Bonardi ahora que sabes todo esto?

—No era mi intención —repuso ella—. No en este caso. Solo busco a quién le mató, porque también asesinó a mi novio, cada vez lo tengo más claro.

—¿Te das cuenta de que es como buscar una aguja en un pajar?

—Le dispararon con la misma pistola con la que hace unos días atentaron contra ese hombre, George Hare. ¿Lo leíste?

—Sí, lo leí.

—¿Qué opinas? —continuó Yorgen.

Aiden se había puesto serio ahora. Trataba de encajar las piezas.

—Creo que os estáis metiendo en algo muy gordo —manifestó —. Ella ya lo está. Tú vas en camino.

—Solo la ayudo.

—Me ha dicho Yorgen que conoció a Bonardi —intervino Magda.

—Fue hace años. —Le quitó importancia—. Eran conocidos míos, todos, la familia entera. Él era un niño. Después, convertido ya en el amo de la mafia turinesa, volví a verle un par de veces. Era ya un personaje. Como todos los capos, tenía admiradores. Dejé de verle o saber de él hasta que antes de lo del *Yakir* me contaron que se le había visto por Malta. —Se inclinó sobre la mesa para acercarse más a ella y le habló con la vehemencia de un viejo cargado de razones y energía—. Escucha, querida: tu novio fue asesinado hace trece años, cuando lo del *Yakir*. A ese tal Hare lo

han intentado matar ahora, con lo del *Poseidon Spirit*. Es como si se repitiera la historia. Y si es así, ¿no ves que esto implica mucho poder, navieras, traficantes…? —Se dirigió a Yorgen—. Ya viste lo que le pasó a Daphne Caruana, hijo mío. No me hagas ir a tu entierro porque soy capaz de matarte.

Se hizo el silencio. Se habían terminado las cervezas sin darse cuenta. La calma del plácido mar era contagiosa. No había nubes. Todo era hermoso salvo la turbulencia de sus pensamientos.

Aiden pareció cansado. De todas formas, antes de levantarse, quizá para ir en busca de más cervezas, le dijo a Magda:

—Me gustas, querida. Aunque estás tan loca como este.

23

La casa de Yorgen, en el barrio de Msida, era pequeña, cómoda y agradable. También estaba inusitadamente limpia y ordenada. Magda no preguntó, pero intuyó la mano de una asistenta de manera regular. La terraza daba al embarcadero de yates, una estrecha lengua de agua repleta de pequeñas embarcaciones cuya salida se hallaba frente a la margen izquierda de La Valeta. De hecho, desde allí, puesto que era un piso alto, se veía el Excelsior. Las luces de la noche se reflejaban en el mar como en un espejo.

La pantalla del ordenador acabó de iluminarse.

—¿Quieres manejarlo tú? —le ofreció él.

Iba a decir que no, pero optó por asentir. Era su investigación, su caso. Estaba acostumbrada a llevar las riendas. Tener el ratón era como manejar el mando del televisor en una casa. El poder. Aiden tenía razón. Bastaba con teclear la palabra «*Yakir*» para que aparecieran enlaces a decenas de páginas que hablaban del incidente sucedido trece años antes. Magda escogió la primera. Luego, los dos leyeron en silencio, a veces saltando de párrafo en párrafo.

> Cuando los piratas somalíes subieron al *Yakir* pensando que era un carguero más por el que podían pedir un rescate, poco podían imaginar lo que iban a encontrar en sus bodegas. Nada menos que 35 carros de combate T-2,45 armas antiaéreas ZPU-4, 36 lanzagranadas […] Inmediatamente los piratas multiplicaron por diez sus exigencias monetarias habituales […] En apenas 48 horas, en el mayor de los secretos, Estados Unidos se apresuró en dar la voz de alarma y llamó a consultas a los embajadores de los países involucrados. La secretaria de Estado Condoleezza Rice no ocultó su preocupación ante la crisis. Dejando aparte el destino de tan singular cargamento, el puerto de Mombasa, en Kenia, como primer paso para la llegada de las armas a Sudán, el peligro inicial residía en la posibilidad de que los piratas

descargaran dicha carga, o parte de ella, en la convulsa Somalia, desestabilizando todavía más una región ya de por sí explosiva […] El *Yakir* navegaba con bandera de conveniencia de Belice y la tripulación estaba formada por diecisiete ucranianos, cuatro rusos y un lituano […] Ante la envergadura de la carga, el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó en pocos días la resolución 1838 que daba cobertura al despliegue de una fuerza marítima para luchar contra la piratería somalí […] Estados Unidos, por vía de urgencia, temeroso de que los tanques y las armas cayeran en manos de la milicia islamista Al Shabab, avisó de que el barco sería hundido, con su tripulación incluida, si no se resolvía en un reducido margen de tiempo el incidente […] El destructor estadounidense *USS Howard* vigilaba al *Yakir* mientras sus helicópteros lo sobrevolaban de manera intimidatoria […]

—No recordaba nada de esto —suspiró Magda.

—Porque en su día fue secreto, ya lo ves —repuso Yorgen—. Mira. —Señaló unos enlaces a pie de página—. Aquí pueden leerse los cables intercambiados por todos.

La relación de enlaces incluía cinco puntos:

«Cable sobre la atribución a Kenia de la compra de carros de combate […] Cable sobre la recepción en Sudán de los carros de combate ucranianos […] Cable en el que EE. UU. muestra a Ucrania las pruebas del tráfico con Sudán […] Cable en el que EE. UU. advierte a Kenia de las sanciones por tráfico de armas […] Cable sobre el secuestro del barco cargado con tanques obra de piratas somalíes […]».

Magda pasó a otra página y obvió los cables. En ella se hablaba de las relaciones internacionales derivadas del suceso y el pago del rescate como final de la historia.

El Gobierno de Kenia facilitaba desde hace tiempo el envío de armas a través de su territorio al Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán, el SPLA por sus siglas en inglés, opuesto al Gobierno de Sudán del Sur, GOSS en sus siglas inglesas […] Los viejos T-72 soviéticos, remozados en Ucrania, han sido los predilectos en otros envíos de armas con destino al sur de Sudán

[…] El escándalo del *Yakir* salpicó a las sedes diplomáticas de Kiev, Moscú, Nairobi, Adís Abeba, Yibuti […]

—Esto es un batiburrillo de información. —Magda fue la primera en cansarse—. Y por ningún lado aparece el nombre de Stefano Bonardi. Tampoco veo cómo pudo orquestar una operación así estando evadido y exiliado, escondido en Barcelona, antes de ser detenido. Debía de tener muchos contactos en Malta, con Odesa… El único nexo que veo con Ucrania era el hecho de que su lugarteniente fuese del país y quizá él constituyese la clave de todo. —Deslizó una mirada de soslayo a Yorgen—. ¿Estás seguro de que tu amigo Aiden no nos ha tomado el pelo alardeando de conocer bien los entresijos de lo que se cuece aquí?

—Que no te engañe su aspecto ni su edad, ni tampoco lo de ser pescador o regentar un pequeño restaurante —insistió él—. Te lo dije: Aiden lo sabe todo. Me fiaría mil veces más de él que de cualquier información del mejor periódico serio del mundo.

—¿Y no te parece insólito que un mafioso italiano orquestara una operación de tráfico de armas para resarcirse y ganar el dinero suficiente para reorganizar su imperio?

—No. Todo encaja. Bonardi nació en Malta, su segundo dices que era ucraniano… Esa gente tiene contactos. ¿Cómo se llamaba el lugarteniente?

—Konrad Mateigóvich, pero se italianizó el nombre a Corrado Matei. Imagino que para pasar desapercibido o no dejar rastros en Ucrania.

—Yo veo muchos puntos de similitud entre lo del *Yakir* hace trece años y lo del *Poseidon Spirit* ahora —resaltó Yorgen.

—Yo también —estuvo de acuerdo ella—. El nombre de la ucraniana Merezha Corp. aparece en el incidente del *Yakir*. Pasa un tiempo y la misma naviera compra o se asocia con Ankor Lines Ltd. aquí en Malta. Ahora, con el *Poseidon Spirit* se ha repetido casi igual la historia de hace trece años, con el pequeño detalle añadido de que en este caso el barco venía de Valencia primero y de Barcelona después, donde está Seamar. Eso significa que esa gente se ha dedicado al tráfico de armas todo este tiempo, al margen de lo que Stefano Bonardi hiciera en su momento.

—Exacto —asintió su compañero.

Magda hizo un esfuerzo. Abrió otras páginas relativas al *Yakir*. Recordó las palabras del pescador hablando de «buscar una aguja en un pajar». Lo único que encontró fueron los coletazos del escándalo, relativos al pago del rescate, abonado por Ucrania por más que el barco navegara con bandera de Belice.

> El Gobierno de Ucrania negó ostentar la propiedad del barco pese a la relación de este con la naviera Merezha, radicada en Odesa, punto de partida del navío. Sin embargo, dado que la mayoría de los marineros, así como el capitán, eran ucranianos, se pusieron en contacto con el despacho londinense de abogados Ince & Company para que se ocuparan de las negociaciones […] El pago del rescate del *Yakir* por parte de la naviera ucraniana, tras una complicada negociación a contra reloj, fue, según fuentes oficiales de la agencia digital UNIAN, de dos millones y medio de euros, unos tres millones doscientos mil dólares al cambio. El doble de lo que los piratas pedían inicialmente. El presidente ucraniano Víktor Yúshenko ponderó la resistencia de los marineros en tan adversas circunstancias. El barco, escoltado por navíos de guerra estadounidenses, reemprendió el viaje hacia Mombasa, en Kenia, donde su cargamento sería retenido…

—De acuerdo —se rindió Magda—. Stefano Bonardi movió los hilos para negociar la venta de ese cargamento de armas. Se embarcaron en Odesa en el *Yakir* y se dirigían a Sudán vía Kenia. El barco fue asaltado por los piratas, se descubrió el pastel y, en lugar de ganar mucho dinero, se perdió. Hubo que pagar el rescate y quien fuera, para silenciar el fondo de la operación, eliminó al propio Bonardi. La gran pregunta sigue siendo: ¿cómo descubrió esta historia Rafa, mi novio, si es que llegó a dar con ella?

Yorgen apagó el ordenador.

—¿Nos tomamos un descanso?

Magda tenía la mirada perdida. Miraba la terraza, la noche, pero no veía ni apreciaba nada. Sus ojos parecían dirigirse hacia sí misma.

Estaba consternada. Todo lo que había imaginado a lo largo de aquellos años se le caía a pedazos. Pasaba de la mafia turinesa al tráfico de armas a nivel internacional. De lo malo a lo peor.

Y seguía habiendo una pistola utilizada en dos asesinatos separados por trece años.

—Espero que no se te ocurra ir a Odesa para hablar con la gente de Merezha Corp. —bromeó Yorgen.

No lo había pensado. Siguió callada. Merezha Corp. no, pero Seamar en Barcelona…

Estuvo a punto de volver a encender el ordenador para entrar en Internet.

—Magda —reclamó su atención él.

—¿Sí? Perdona, estoy un poco…

—¿Quieres salir a cenar o, ya que estamos aquí, te preparo una auténtica cena maltesa y alardeo de mis dotes culinarias?

Magda sonrió. Casi parecía el hombre perfecto, a pesar de saber que ese espécimen no existía.

—De acuerdo —se rindió.

—Pues sal a la terraza y relájate. Yo me encargo de todo, ¿de acuerdo?

24

Examinó el móvil al recordar que lo había tenido silenciado todo el día, desde la salida del hotel para ir a Mdina. Los mensajes y las llamadas perdidas se le amontonaban. Néstor, su madre, Juan, Victoria… Por un momento tuvo la tentación de empezar a devolver las llamadas, pero se contuvo. Hablar con su madre en el piso de Yorgen podía ser equivalente a saltar desde la terraza. Y lo mismo en el caso de Néstor, aunque por otra razón. Con Juan también prefería la intimidad, ya que necesariamente saldría a colación todo el maldito caso. Victoria ya la conocía. Era la que menos le preocupaba.

Volvió a dejarlo en silencio y se lo guardó.

Se estaba bien en la terraza, pero no era como para tumbarse en ella porque la temperatura bajaba rápidamente. Así que se levantó y regresó a la sala, que era a su vez el despacho de Yorgen. Le oía silbar y canturrear, muy animado, preparando la cena en la cocina. Esbozó una sonrisa y curioseó en los estantes. Había algunas fotos del dueño de la casa, sobre todo antiguas. Imaginó que había sido deportista porque en dos sostenía orgulloso sendos trofeos. Daba la impresión de haber practicado atletismo. En otras tres o cuatro se le veía treintañero, con el cabello largo, una en un barco, otra entrevistando nada menos que al Dalái Lama.

También había discos. De vinilo. Calculó unos cientos, quizá mil o más. No le extrañó encontrarse con clásicos rockeros, desde los Beatles a Led Zeppelin o los excelsos Crosby, Stills & Nash, hasta pequeñas joyas jazzísticas o clásicas. El gusto del periodista parecía amplio. Cuando fue al baño descubrió algo más.

La habitación principal. Espaciosa, con un ventanal y otra terraza, algunas portadas del *Malta Independent* enmarcadas en una de las paredes, un enorme retrato de una pareja que dedujo eran los padres del periodista, un armario, más estanterías con libros…

Pero, sobre todo, fue la visión de la cama la que le encogió el

estómago.

Fue como si, por primera vez, fuera consciente de que estaba allí. Con él.

Cuando salió del cuarto de baño, Yorgen estaba poniendo la mesa.

—Esto está listo —anunció—. Imagino que preferirás cenar aquí dentro.

—Afuera hace un poco de frío, sí.

—He hecho lo que he podido con lo que tenía en casa, pero creo que te gustará.

—Este delantal te sienta muy bien —bromeó ella.

Puso cara de chico malo y la dejó sola otra vez.

Magda no fue consciente de lo cansada que estaba hasta ese momento.

En apenas unas horas, todo había cambiado. Le dolió pensar en Rafa. Le dolió pensar en Néstor. Era absurdo. Y sin embargo…

—¡Ya puedes sentarte! —la avisó Yorgen.

—¿Te ayudo a traer las cosas?

—¡No, tú ponte cómoda!

Hizo tres viajes con dos bandejas. Magda quedó impresionada. Su anfitrión no le ocultó lo orgulloso que estaba de sí mismo.

—De primero he hecho un cuscús con habas. Es ligero, no vayas a pensar mal. De segundo unos raviolis de ricotta con salsa de tomate. Eso de ahí, por si te quedas con hambre, es un *pastizzi*, hojaldre con pasta de guisantes. Y, por supuesto, una fuente de quesos.

—Te odio —suspiró Magda.

Se sentaron a la mesa en silencio. Ella cogió la jarra de agua para llenarse el vaso. Yorgen no insistió en que tomara vino, pero se dio cuenta del detalle. Apenas intercambiaron media docena de palabras, todas relativas a lo buena que estaba la cena mientras él le daba más detalles de lo que comían. Fue ya a la hora de los postres, en el momento en que Magda renunció a tomar nada más, cuando él hizo la pregunta:

—¿En qué piensas?

—En nada —mintió.

—Ha sido un día intenso —insistió Yorgen.

—Yo más bien diría que… sorprendente. Todo lo que creía saber

ha cambiado en unas horas. Y no por ello veo más luz que antes, al contrario.

—Puede que cuando vuelvas a Barcelona veas las cosas más claras. Date un tiempo.

—Lo que sí es cierto es que, sea la mafia o unos traficantes de armas, la respuesta sigue siendo igual de peligrosa. El hecho de que enviaran a un sicario para matar a Hare lo demuestra. Ni siquiera sé en qué estaría pensando ese hombre si es que fue él quien dio el aviso del *Poseidon Spirit*. Mataron a Bonardi para silenciarlo, a George Hare por sospechar de él y a Rafa por…

—¡Eh, eh! —Alargó una mano para cogerle una de las de ella y presionármela—. No te estropees la cena, ¿de acuerdo?

—Sí, perdona.

—Aiden nos ha dicho cosas muy interesantes, ¿no crees? —Buscó la forma de distraerla—. Lo que nos ha contado de Ucrania, los arsenales soviéticos, la venta de armamento por kilos… La gente normal no tiene ni idea de esas cosas. ¿Sabes que hace un par de años escribí un artículo sobre el Kalashnikov?

—Bueno, es el arma más popular, ¿no?

—Es mucho más que eso —dijo Yorgen—. Hablamos del arma más rentable del mundo. Una fusión elegante y simple de acero forjado y contrachapado. Nunca deja de disparar, ni siquiera cubierto de barro ni lleno de arena. No se rompe, no se encasquilla, no se recalienta. Es fácil de manejar incluso para un niño, por eso lo usan todos los niños de las guerrillas. Los soviéticos están tan orgullosos de él que lo tienen en una moneda y los mozambiqueños en la bandera nacional. ¿Sabes que es el producto más exportado de Rusia, por delante del vodka y el caviar?

Magda se lo quedó mirando. Casi se echó a reír. Si trataba de seducirla era con el diálogo más absurdo del mundo.

¿Y por qué pensaba ella en la seducción?

Estaba en casa de él, con la cama a unos metros, después de un día de paz y verdades que había comenzado con ella en comisaría rescatada por el hombre que ahora tenía delante hablándole de armas.

¿Acaso no había sido ya un intento de seducción la cena de la noche pasada?

Dos adultos, dos periodistas, dos personas de mundo.

Después de la muerte de Rafa, en su bajada a los infiernos, ni siquiera habrían cenado.

Ahora era distinto. Lo fue más cuando, de pronto, al levantarse, él la retuvo y la besó.

Se quedó quieta. No participó, solo se dejó besar.

Yorgen se separó unos centímetros para preguntarle:

—¿Te quedarás esta noche?

No se lo pensó.

—No —suspiró con dulzura.

—¿Por qué?

—No es el momento.

—¿Te apetecería?

Eso sí lo meditó.

—No lo sé —dijo—. Tal vez.

Y mientras se oía a sí misma respondiendo aquello, pensó en Néstor. Nunca lo había hecho.

Claro que hacía muchos años que un hombre como Yorgen no la besaba ni trataba de seducirla.

—Está bien —lo aceptó Yorgen con un deje de elegancia no exenta de tristeza—. Pero tenía que intentarlo.

—Ha estado bien. —Magda le acarició la mejilla—. Supongo que he de agradecértelo.

—¿Agradecérmelo? Por Dios, Magda, eres guapa, interesante, estamos solos, hay una atracción…

—¿De verdad crees que hay una atracción?

—Desde el momento en que nos vimos por primera vez. —Yo creo que es soledad.

Seguían muy juntos. Los respectivos alientos formaban parte de la química que los envolvía.

—Creo que te costó demasiado volver a vivir.

—Es posible.

—Solo espero que lo hayas conseguido.

—Estoy en ello.

Yorgen sonrió un poco más.

—Habría sido interesante —asintió.

—¿Una aventura romántica en Malta seguida por una relación epistolar a distancia?

—Si.

Magda se acercó a él. Le dio un beso suave en la comisura de los labios.

—¿Me pedirás un taxi? —susurró.

—No, ya te llevo.

—Volverías a preguntarme en el hotel y entonces ya no sé lo que te diría. Así que es mejor dejarlo ahora, cuando todo es perfecto.

—¿De veras crees que es perfecto?

—Sí, lo es —afirmó ella con rotundidad.

25

Empezó a llamar nada más bajar del taxi, sin entrar en el hotel. Paseó por la rotonda arbolada abierta entre el edificio y las escalinatas y telefoneó, primero, a su madre, antes de que se hiciera muy tarde. Una charla breve porque, afortunadamente, ella misma le dijo que estaba viendo la tele y que si hablaba mucho perdería el hilo del programa. Lo de ir a comer el fin de semana, de momento, era más que dudoso. Tampoco quiso desanimarla. La dejó refunfuñando y cortó.

La segunda llamada fue para Néstor. Móvil apagado o fuera de cobertura.

Sonrió. Con él no había engaño. Tampoco sorpresas. Disfrutaba de la vida.

A Victoria Soldevilla se contentó con enviarle un *whatsapp* escueto: «Estoy bien. Dando tumbos. Ya te llamaré cuando tenga algo».

Por último, le tocó el turno a Juan. Lo imaginó en casa, pero sabía que si no hablaba con él, se preocuparía. Después de lo de la mañana…

—¡Magda! —Notó su voz expectante—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien, tranquilo. ¿Te molesto?

—No, mujer.

—Es que se me ha hecho tarde.

—Va, cuenta, ¿qué ha pasado?

—Bueno, lo típico: que alguien no me quiere en Malta. Es lo que pasa cuando una hace preguntas y mete las narices donde no debe. Tú mismo lo has dicho esta mañana.

—O sea que es peligroso.

—Siempre lo es, por la razón que sea. Por algo hago periodismo de investigación. Deberías saberlo.

—¿Y ese colega que dices que te ha sacado del lío?

—Es un fan.

—¿Cómo que un fan?

—Se dedica a lo mismo que yo. Contacté con él para hacerle unas consultas y resultó que me conocía de nombre y me ha leído. Había quedado con él esta mañana y al enterarse de mi detención se ha presentado en comisaría.

—Es bueno tener amigos allá donde vayas —dijo el inspector de los Mossos.

Magda se mordió el labio inferior. No todos los «amigos» querían acostarse con una.

—Juan.

—Sí, dime.

—A Rafa no lo mató la mafia como creíamos.

Fue como si la noticia tardara en llegar de Malta a Barcelona.

—¿Quién lo hizo entonces?

—Estuvimos equivocados desde el primer momento. —Intentó centrar sus ideas—. No sé qué averiguó a última hora, ni cómo, pero hay tres navieras involucradas y un tinglado basado en el tráfico de armas.

Imaginó que Juan estaba tratando de asimilarlo todo.

—¿De qué estás hablando?

—Stefano Bonardi trataba de ganar dinero para volver a reorganizar su imperio en Turín. Su lugarteniente y fiel perro de presa era ucraniano. De alguna forma, con contactos aquí en Malta, en Ucrania y posiblemente en Barcelona, antes de que los detuvieran, orquestaron un plan que implicaba conseguir armas en Ucrania y llevarlas hasta Sudán del Sur. El barco fue interceptado por piratas somalíes y se descubrió el pastel. Se organizó un lío de mil demonios, con los americanos queriendo hundir el buque y… bueno, esa parte es larga de contar. Hubo que pagar el rescate, así que, lejos de ganar dinero, hubo pérdidas, y sabes que en ciertos círculos estas cosas no se perdonan, aunque no sea tu culpa. Las navieras son como monolitos, nadie habla, los barcos llevan banderas de conveniencia, nadie parece saber al final cuál es la carga real que llevan, o se falsifican los papeles, se soborna a los funcionarios de los puertos… Hay de todo. Cuando Bonardi acabó en la cárcel, hubo miedo de que se fuera de la lengua pactando algo, denunciando el tema del tráfico. Por eso lo mataron.

—¿Y lo de George Hare?

—La historia se ha repetido en parte. Hay un barco de las

mismas navieras retenido en Grecia, cargado de explosivos. Parece que Hare delató a su antiguo socio, tanto por venganza personal como por ética. Está claro que mandaron a un sicario de fuera de Malta para acabar con él.

—¿Y las navieras…?

—Una es de Ucrania, Merezha Corp. Otra de aquí, Ankor Lines Ltd. La tercera está en Barcelona, Seamar.

—Nunca he oído hablar de ella.

—¿Puedes hacer indagaciones mañana?

—Por supuesto.

—Puede ser una tapadera, una empresa fantasma, o formar parte directa del tinglado. El barco retenido en Grecia había salido de Valencia y luego hizo escalas en Barcelona y aquí, en Malta. De nuevo, al parecer, el destino de los explosivos era Sudán, como la primera vez.

—Ese tipo de investigaciones involucran a muchos departamentos —la advirtió—. Nosotros, Vigilancia Aduanera, incluso Hacienda, por lo del blanqueo de capitales. Trataré de hablar con todos, a ver si hay algo por algún lado. ¿Cómo se llaman los barcos?

—El de hace trece años, *Yakir*. El de ahora, *Poseidon Spirit*.

—Supongo que este tipo de gente tendrá las espaldas cubiertas, pero indagaré lo que pueda. El problema ya sabes cuál es.

—Claro. Hablamos de tres países distintos. Pero para algo está la Interpol y todo lo demás, ¿no?

—Las cosas de palacio van despacio.

—Nunca habíamos estado tan cerca, Juan.

—Lo sé.

—Es la primera pista que tenemos acerca de la muerte de Rafa.

El inspector de los Mossos d'Esquadra no respondió de inmediato. Se tomó su tiempo. Probablemente, al igual que ella, estaba regresando al paso, sin correr, despacio, a los días en que se habían conocido, con la muerte de Rafa en primer plano.

—¿Cuándo vuelves? —le preguntó de pronto.

—Supongo que mañana. Lo decidiré cuando me levante y analice detenidamente las cosas. De hecho, reconozco que ya no tengo mucho más que hacer aquí, salvo dar palos de ciego.

Pensó en Yorgen. Lo apartó de su cabeza.

—Hay algo más, Juan —habló de nuevo ante el silencio de su amigo.

—Dime.

—Si el sicario vino de fuera para matar a Hare, es posible que llegara en un vuelo desde Barcelona. Y no me digas quesería raro porque a Rafa lo mataron en casa. ¿Podrías mirar los listados de pasajeros de los dos días anteriores al atentado, por si te suena alguno o está fichado? La única compañía nacional que llega hasta aquí desde Barcelona es Vueling. También podrías mirar los vuelos de los dos días siguientes.

—¿Y ese sicario vino con su pistola? —Le desmontó un poco la teoría—. ¿Cómo?

—Pudo pasarla por partes en el equipaje, o venir con otra persona de apoyo y repartírselas. Si la pistola sigue perteneciendo al mismo tipo y mata con ella, es porque le tiene cariño. Es su herramienta de trabajo. Sabes que eso es posible.

—De acuerdo, miraré esos vuelos —convino Juan—. Pero pudo llegar vía París, Londres, Roma… O, mejor aún, por barco, sin problemas para llevar el arma.

Magda se sintió desalentada. Pero no arrojó la toalla.

—No creo que tomara tantas precauciones, por muy asesino que sea. Ese hombre ha de estar a sueldo de Seamar o de Merezha.

—O de Ankor y vive ahí, en Malta.

—Juan…

—Perdona, es que no quiero que creas que esto va a ser fácil.

—¡Ya sé que no lo es, como no lo fue entonces, pero ahora tenemos algo! ¡Por primera vez hay nombres, una causa! Hiciera lo que hiciese Rafa aquel día, tuvo que ver con esto.

—Está bien —concedió Juan—. Mañana me pongo a ello. Tú solo ve con cuidado.

—Esto es una isla tranquila y turística —mintió pensando en el caso Caruana—. Te la recomiendo si un día quieres tomarte unas vacaciones con Ángela y con Anna. La Valeta es preciosa.

—Tomo nota.

—Gracias, Juan. Buenas noches.

—Que descanses —le deseó él.

Apagó el móvil y se quedó contemplando el hotel. Estaba en la rotonda arbolada, a cinco minutos de lavarse los dientes, ponerse el

pijama y acostarse rendida. Entonces se dio cuenta, por un lado, de que lo que más necesitaba era eso: meterse en la cama. Pero, por el otro, habría querido que alguien la abrazara.

Solo eso. Dormirse arropada. Algo difícil cuando un hombre y una mujer sentían el vértigo del deseo.

¿Había huido de Yorgen? ¿Qué le pasaba? Años atrás se habría ido a la cama con él sin pensárselo dos veces.

Años atrás estaba loca, quería morir. Ahora era distinto. La edad quizá no la había hecho más inteligente, pero sí más cerebral.

Cruzó la plaza, entró en el *hall*, tomó el ascensor y llegó a su planta. Cuando abrió la puerta de la habitación vio el sobre cerrado que alguien había introducido por debajo. Un sobre con el número 341 escrito en el anverso.

El mensaje, impreso con ordenador y en inglés, era escueto pero directo:

«Váyase, o se quedará aquí para siempre».

VIERNES

26

Iba a desayunar, por fin, en el hotel. Pero antes se pasó por la recepción. La persona que había recogido el sobre, el día anterior en torno a la hora de comer, le dijo que lo había traído un chico. Probablemente un mandado.

La hora de comer, cuando ella estaba en Mdina después de haber salido de la comisaría.

Pensó en Ankor Lines, en el hombre que no había querido hablar con ella. ¿Seguiría Palmer Schill en Grecia por el lío del *Poseidon Spirit* o nunca había ido allí y solo se la habían quitado de encima con esa excusa? Bien, solo le quedaba averiguarlo.

Disfrutó del desayuno. Todavía le supo peor no haberlo aprovechado antes. Era más que abundante: era principesco. Los ventanales del comedor daban a la piscina y las tranquilas aguas del mar. Si desde la terraza de Yorgen había visto el Excelsior, era lógico ver la terraza de Yorgen desde él.

Siguió desayunando. Llevaba ya demasiadas comidas y cenas fuera de control.

Después se quedó sentada en la mesa cinco minutos, con una taza de café entre las manos.

Le había dicho a Juan que decidiría si se iba o no al levantarse. La amenaza seguía allí, latente: «Váyase, o se quedará aquí para siempre». Pero la decisión no estaba basada en ese anónimo, sino en la realidad: ya no tenía nada que hacer en Malta.

Cogió el móvil y entró en Vueling. El avión de regreso a Barcelona salía por la tarde.

Cerró los ojos, respiró con fuerza y volvió a pensar en Yorgen. Almas gemelas. Periodistas de pura cepa en un mundo de locos.

Subió a la habitación y fue entonces cuando llamó a Néstor. No hablaba con él desde el día de su llegada a Malta. Y de eso parecía haber pasado una eternidad.

—Alégrame los oídos. —Fue lo primero que le dijo al responder a la llamada.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Que vuelves.

—Hoy, sí —se lo confirmó.

—Bien.

—Pero antes…

—¿Antes qué?

—Vas a hacerme un favor. O varios, depende.

—A tus órdenes. —Se le ofreció con su habitual deje de camaradería y despreocupado buen humor—. ¿Qué se te ofrece?

—Tendrás que echar mano de tus contactos como abogado o tus buenas relaciones con otros bufetes —le advirtió.

—¿Quieres soltarlo de una vez? Ya tengo un boli en la mano.

—Hay tres navieras en el punto de mira. Una es ucraniana, Merezha Corp. —Deletreó el nombre—. Otra es maltesa, Ankor Lines Ltd. Con k. La tercera es de Barcelona, Seamar.

—Navieras —repitió despacio Néstor.

—Mira también quiénes son unos ingleses, abogados, Ince & Company.

—Vale. —Suspiró de manera audible Néstor a través del teléfono —. Ahora cuéntame de qué va esto, por qué quieres saber cosas de tres navieras de tres países tan distintos y qué pintan esos abogados en el lío. Porque se suponía que estabas siguiendo una nueva pista sobre la muerte de Rafa.

—Es largo de contar, Néstor. ¿Podría…?

—No. Ahora. Si hago preguntas necesito saber el motivo, para estar preparado en el supuesto de que me digan algo o para que no vaya a quedarme cortado si no sé de qué demonios se trata.

No tuvo más remedio que rendirse.

—Esas navieras están metidas en un asunto de tráfico de armas.

No hubo respuesta.

—¿Néstor? —Temió que se hubiera cortado la comunicación.

—Deja que me recupere, ¿quieres? ¿Has dicho «tráfico de armas»?

—Bonardi puso en marcha una operación hace trece años que salió mal. El barco que transportaba las armas fue secuestrado por unos piratas en el golfo de Adén y todo se fue al traste. Los de Ince & Company fueron los encargados de pagar el rescate por cuenta de la naviera Merezha. El resultado de todo aquello fue que a Bonardi

lo mataron para que no diera detalles de la operación a cambio de salir de la cárcel. Rafa tuvo que averiguar algo de todo esto. Ahora hay un segundo barco retenido en Grecia, cargado de explosivos, con las mismas empresas involucradas y que ha salido de Valencia y pasado por Barcelona. Por eso intentaron matar al hombre de Malta, a George Hare.

—Querida. —El suspiro ahora fue mucho más largo—. No se te puede dejar sola.

—Lo sé.

—¿Y para cuándo quieres todo esto que me pides?

—Vamos, Néstor, que solo son un par de llamadas.

—¿Entre abogados? —Soltó un bufido—. Tú estás loca. ¿Acaso no sabes que todos vamos con un cuchillo entre los dientes? Si encima saben siquiera algo de lo que me has contado… Magda. —Cambió el tono de la voz—. ¿No te estarás metiendo en algo demasiado gordo?

—No —mintió.

—¿Tráfico de armas, Rafa muerto, ahora otro hombre al que disparan…? Y encima estás en Malta, hala, de turismo. —Le puso mucho retintín a esta última palabra.

—De acuerdo, Néstor —se rindió—. ¿Y qué? ¿Cuándo no me he metido yo en líos? ¿No dices que eso es lo que me hace interesante?

—Llámalo morbo. De todas formas no te hace falta nada de esto para ser interesante. ¿Te recuerdo lo que me gusta verte desnuda, para disfrute de mis sentidos?

—Eres todo un poeta —se burló.

—Aprecio la belleza. Encima con esta charla… ¿Quieres hacer el favor de volver ya? Te espero esta noche.

—No seas malo, va —protestó cansada—. He de irme.

—Espera. —La detuvo—. Dime al menos qué tal por Malta.

—Es bonito.

—¿Has ligado mucho?

—¡Uf! —exclamó—. Un periodista muy guapo salido de un anuncio de Dolce & Gabbana se ha derretido por mí. Encima un poco más joven que yo.

—Creía que te gustaban maduros.

—Néstor, pasados los cuarenta, mejor que tengan menos años que yo. Lo mismo que tú con tus ninfas y veinteañeras neumáticas.

—Es diferente.

—¡Oh, sí, claro!

—Me vacilas, ¿no? —bromeó él.

—Pues no. Se llama Yorgen y anoche bien que lo intentó.

Acababa de decirlo y se preguntó por qué lo había hecho. Bueno, Néstor nunca ocultaba sus salidas con chicas jóvenes y modelos. Pero que ella hablara de eso…

Al otro lado del teléfono oyó la risa del abogado.

—¡Qué mentirosa eres!

—¿Por qué no puedo haber iluminado la vida de un periodista maltés cuarentón y, encima, haberme resistido a sus encantos y haberle dicho que no? —Se mosqueó.

—Me quieres poner celoso.

—¡Lo que faltaba! ¡Ese no es nuestro acuerdo!

—¿Tenemos un acuerdo?

—Néstor…

—Mira, sé muy bien que cuando trabajas te ciegas y no ves nada porque estás tan metida… Vas a piñón fijo, Magda. Es tu mayor virtud laboral, aunque quizá también sea tu peor defecto personal. Y que conste que no critico nada.

—¡Pues para no decir nada!

—Dios, parecemos un matrimonio —se estremeció él—. Moderno, hablando de ligues, pero matrimonio al fin y al cabo. Me rindo. ¿Nos vemos esta noche? Vendrás con los pies molidos y sabes que masajeártelos es mi especialidad. ¿Cenamos en casa? ¿Pido algo especial?

Inquebrantable al desaliento. Una vida fácil, despreocupada, cínica e irreverente, aunque fuese bueno en lo suyo y su bufete, uno de los mejores de Barcelona.

—Te veré si me has conseguido ya algo de lo que te he pedido.

—Eso es chantaje.

—Exacto, cielo. Te llamaré en cuanto llegue a casa.

—Vaaale. —Alargó un poco la primera vocal.

Magda cortó la comunicación.

Una vez, Néstor le había dicho: «Puede que tocaras fondo tras la muerte de Rafa, que bebieras y te despertaras más de una mañana en una cama desconocida. Pero ahora es diferente. Ya no te gusta ligar, no eres la que fuiste. Follas conmigo porque soy cómodo, no

hay compromiso. Y a mí me gusta tocar de pies en el suelo siempre que puedo, estar con una mujer real, de verdad. Somos la pareja perfecta porque vivimos al día, sin esperar nada, disfrutando de cada momento porque sabemos que, en el fondo, es un regalo».

Tocaba reunir sus escasas pertenencias y hacer el equipaje. Pero entonces recordó que ni siquiera tenía billete de avión.

27

Suerte o no, verdad o mentira, la página web de Vueling le dijo que quedaba un único pasaje disponible para el vuelo de la tarde rumbo a Barcelona sin escalas. Lo reservó y eso fue todo.

Después, metió sus cosas en la bolsa. Ya no era necesario comprar nada ni lavar la ropa interior. La idea de llegar a casa de nuevo le gustó. La idea de dormir acompañada esa noche, también. Recordó la necesidad de un abrazo al acostarse la noche pasada.

No tiró a la papelera el anónimo. Se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Un maldito recuerdo.

«Váyase, o se quedará aquí para siempre».

¿Huía? No, sabía que no, aunque si se quedaba, debería andar con mucho más cuidado.

Cuando tuvo el equipaje hecho se preparó para lo último que iba a hacer antes de marcharse de Malta unas horas después. La visita final, aunque solo fuera para gritarles que no tenía miedo.

Iba a salir de la habitación, dispuesta a pagar la cuenta y dejar la bolsa en recepción, cuando sonó el teléfono. Regresó a la cama, lo descolgó y se sentó en ella.

Un gesto maquinal.

Reaccionó al oír la voz de Yorgen.

—¿Magda?

—Sí, dime.

—Buenos días. ¿Qué tal? ¿Has dormido bien?

—Claro. ¿Qué pasa?

No habían quedado en nada. Solo se habían despedido.

—George Hare ha muerto.

Cerró los ojos.

Era lo normal, lo previsible. Un disparo en la cabeza no auguraba un buen pronóstico. Pero, pese a todo, lo lamentó. Pensó en la viuda del hombre y en su hija Karola.

—¿No habrán rematado la faena? —Se le ocurrió preguntar.

—No. Ha sido esta noche. Me acaban de pasar la noticia. Estoy

en el periódico.

—Yorgen… —Meditó lo que iba a decir—. Ayer no te pregunté si ibas a escribir algo de todo esto, de lo que averiguamos…

—Es tu reportaje. Yo solo te ayudé.

—Pero es algo importante, y goloso. Eres un profesional.

—Algo escribiré, sí —afirmó—. Y más ahora, con la muerte de Hare. Pero no hay pruebas de que lo mataran por lo del *Poseidon Spirit* ni tampoco de que él denunciara la carga del barco. Aquí en el *Malta Independent* no estamos para que nos caigan demandas. Me tocará ir despacio, investigar, ver qué publicas tú…

—¿Piensas que yo lo haré?

—Primero está tu Rafa, lo sé. Pero después… Eres la gran Magda Ventura, la de *Zona Interior*.

—No te burles, va.

—Sabes que lo digo en serio. Aquí habrá que esperar a ver qué pasa con el *Poseidon*, si hay movimientos en Ankor… Lo de Daphne Caruana afectaba a la vida maltesa. Esto en cambio afecta a muchos países, relaciones internacionales, intereses económicos, personas poderosas. Escucha. —Dejó de hablar del tema—. ¿Lo comentamos luego?

Luego. La bolsa seguía donde la había dejado. El billete de avión y la tarjeta de embarque en su móvil.

—Podríamos comer —aventuró él—. Pero si tienes ya algo metido en la cabeza para esta mañana o la tarde, desde luego cenar sí, ¿verdad? Dime lo que prefieras.

Magda apretó la mano libre.

—Te llamaré luego —dijo.

—Ni siquiera te di mi teléfono ni yo tengo el tuyo.

—De acuerdo, pásamelo.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo guardó en la memoria. Luego le dio el de ella. Consumada la operación, quedaba la despedida.

Y no era sencilla.

—Adiós —suspiró.

—Hasta luego —convino Yorgen.

Colgó el auricular del teléfono y se levantó de la cama. Salió de la habitación y bajó en el ascensor con una pareja que, si no eran recién casados, poco les faltaba. Bastaba con verles los ojos y la

forma en que se miraban. A veces le dolía presenciar cosas así, porque recordaba su propia cara de boba cuando estaba con Rafa. Otras lo agradecía. Era una forma de entender que la vida seguía. Aunque no fuera igual para todos.

Pagó su estancia en el hotel y dejó el equipaje en la consigna para recogerlo después a la hora de dirigirse al aeropuerto. Esta vez no salió al exterior para subir las escalinatas y caminar hasta dar con un taxi. Le dijo al recepcionista que le llamara a uno. Salió al exterior y esperó. El vehículo tardó apenas cinco minutos en llegar. Una vez en él le dio las señas de Ankor Lines Ltd. en Kordin.

Volvía a la posible boca del lobo. Y lo hacía a conciencia. Un último desafío antes de marcharse.

Quizá eso era lo que la diferenciaba de los demás: la terquedad, el riesgo asumido, el valor de defender los ideales y los principios.

Eso y estar sola, no tener a nadie. Madre, hermana, sobrina… sí, pero al decir «nadie» se refería a otra cosa.

Nada había cambiado en la naviera. La sensación de pequeñez y discreción contrastaba con el hecho de que allí, en alguna parte, pudieran moverse millones de euros, legal o ilegalmente, tanto en fletes normales como en tráfico de mercancías ilegales. Abrió la puerta y se encontró con las dos mesas. Henrietta Duncan en una, el hombre delgado de rostro enteco, bigotito recto y el pelo engominado y peinado hacia atrás en la otra. La mujer se quedó paralizada al verla. El hombre, en cambio, mostró dos reacciones opuestas: primero sorpresa, luego rabia.

Se levantó de un salto.

Magda no esperó a que hablara el primero. Le apuntó con un dedo inflexible.

—Quiero ver a Palmer Schill —le conminó—. Y no me diga que está de viaje, ¿de acuerdo?

—Señora…

—O me recibe o verá su nombre en primera plana de un medio internacional hablando no solo del *Poseidon Spirit* o el *Yakir* de hace años, sino mencionando también a Merezha Corp. y a Seamar. ¿Me he expresado bien?

El bombardeo de nombres causó el efecto esperado. Cada uno estalló como una pequeña granada entre los dos. El hombre incluso se tambaleó, sacudido por los impactos. Por un momento, Magda

pensó que iba a echarla de allí de todos modos.

No lo hizo. Se contuvo y los ojos se convirtieron en dos rendijas.

No dijo nada. Dio media vuelta y, con paso firme, entró en una de las puertas de su espalda. Magda miró brevemente a Henrietta Duncan. La mujer estaba paralizada. No hubo ningún gesto entre ellas. Tampoco transcurrieron más de cinco segundos de silencio. El hombre reapareció desde la puerta.

—Pase —dijo con sequedad.

Magda caminó hasta la entrada del despacho. Notó la aceleración del corazón. Ya era tarde para dar marcha atrás. El último momento de debilidad lo superó con la imagen de Rafa en su mente. Eso no solo le dio fuerzas, sino que le reafirmó la profunda combatividad que sentía emergiendo ahora con toda su rabia como respuesta al anónimo de la noche anterior.

Palmer Schill tendría unos sesenta años y un aspecto muy británico: traje cruzado cuya americana se estaba abotonando en ese instante tras ponerse en pie. Era calvo, tenía papada y mejillas mofletudas. El despacho olía a tabaco y él tenía los dedos de la mano derecha amarillentos. De todas formas Magda no hizo el menor gesto de ir a estrechársela. No estaba allí para hacer amigos.

Ni siquiera se dio cuenta de que el empleado los dejaba solos.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted? —masculló entre dientes el naviero.

Por toda respuesta, ella sacó del bolsillo el anónimo y lo sujetó delante de los ojos de él, con el brazo extendido, sin soltarlo de la mano.

—¿La escribió usted o el mono de ahí afuera? —le increpó.

—¿Qué es esto? —Fingió ignorar la nota mirándola con fijeza.

—Solo pudo salir de aquí —se mantuvo firme Magda.

—No sé de qué me está hablando. ¿Se ha vuelto loca, señora? ¡Váyase o llamo a la policía!

—Ya lo hizo, y aquí estoy. —Se guardó el anónimo de nuevo—. Escúcheme bien. —Subió el tono amenazante de su voz—. Me dan igual sus chanchullos, lo que se monten entre Odesa, Barcelona y ustedes aquí en Malta. No voy a escribir sobre sus líos. Pero necesito saber una cosa: ¿quién mató a Rafael Govern hace trece años? Dígamelo y me iré.

Era una jugada arriesgada y lo sabía.

Demasiado arriesgada.

Palmer Schill debía de estar bregado en mil batallas.

—¿Se ha vuelto loca? —Masticó cada palabra al pronunciarla.

—Usted hizo venir a Malta al sicario que mató a George Hare, o lo mandaron sus socios, da lo mismo. ¡Dígame quién era!

Comprendió que se trataba de una batalla perdida mientras le gritaba, a punto de perder los nervios y el poco equilibrio que le quedaba. La rabia se volvió desesperación.

Pero Palmer Schill también perdió los restos de aplomo que le quedaban.

—¡Váyase de aquí! —chilló de pronto, poniéndose rojo de ira.

Magda avanzó un paso hacia él. Palmer Schill lo dio hacia atrás. Hizo un intento de alargar la mano para abrir uno de los cajones de su mesa. Por detrás se abrió la puerta del despacho.

—¡Sáquela de aquí, Monty! —aulló el naviero—. ¡Quíteme a esa perra hija de puta de mi vista!

Antes de que el hombre del pelo engominado y el bigotito recto la tocara, Magda levantó las manos y se hizo a un lado. La escena se congeló apenas un segundo. Palmer Schill estaba lívido. El llamado Monty, expectante. Magda lo aprovechó para recular hacia la puerta.

No era el momento de correr, pero quiso hacerlo. Cruzó la antesala sin ver a Henrietta Duncan y salió de Ankor Lines con la mirada perdida, los ojos vidriosos y los puños cerrados. Cuando llegó a la calle la furia la aproximó casi al colapso. Vio lucecitas, tenía el corazón a mil, sintió que le faltaba el aliento. Se puso a temblar.

—Mierda… ¡Mierda! —gimió.

¿Se había vuelto loca? ¿Cómo había podido coger un taxi, fríamente, y presentarse de aquella forma en la naviera? ¡Era periodista! ¡Tener la cabeza fría era una de sus cualidades más esenciales!

Solo que nunca había investigado algo tan personal. Rafa estaba muerto y ella naufragaba en mitad de un caso incluso demasiado grande para sus habilidades.

Cuando se metió en el taxi y le dio las señas del hotel, supo que jamás, jamás se había sentido tan mal como en ese momento.

28

Cuando se anunció el embarque de su vuelo, reaccionó. ¿Cuántas horas llevaba en el aeropuerto? ¿Había comido?

No estaba segura de nada, salvo de que llevaba allí sentada desde hacía un siglo, envuelta, aplastada por el fragor de sus pensamientos.

Entonces reaccionó. No podía irse sin más. Se lo debía.

Se dirigió a la puerta de embarque sin prisas. No pensaba hacer cola. De todas formas, tenía acceso preferente porque iba en primera. Se detuvo a unos metros, aprovechando que estaba sola, y tras sacar el móvil del bolsillo marcó el número.

Cerró los ojos. Las escenas pasaron por la película de los últimos días. La primera cena, las catacumbas de La Valeta, Mdina, la charla con Aiden, la segunda cena en casa de él, su beso…

—Hola, ¿dónde estás?

Yorgen.

—En el aeropuerto.

Si la desilusión pudiera medirse a través de un silencio, la del periodista habría alcanzado cotas inimaginables. Fue tristemente lacónico.

—¡Oh!

—Lo siento.

—¿Estás huyendo de mí?

—No seas tonto.

—Era una broma. —Oyó su suspiro.

—Escucha, Yorgen. —Se pasó la mano libre por los ojos—. Conocerte ha sido lo mejor de este viaje. Es más, sin ti no habría averiguado nada y habría perdido el tiempo. Has sido más que un compañero y un amigo. Gracias por… —Se quedó sin palabras, sacudida por la emoción de la despedida.

—Pero ¿qué ha pasado? Pensaba…

—No tiene que ver contigo. —Se recuperó—. Anoche me amenazaron. Me mandaron un anónimo al hotel. Y esta mañana he

cometido la soberana estupidez de presentarme en Ankor y enfrentarme a ese hombre, Palmer Schill, acusándole directamente.

—¿Has hecho eso? —preguntó Yorgen tenso.

—No me riñas —le pidió—. Sé que no es profesional ni… No sé qué me ha pasado. Supongo que no estoy acostumbrada a perder, a que me amenacen. Y en este caso…

—Demasiado personal.

—Sí, demasiado personal —asintió—. Llevo a Rafa pegado al cerebro, ¿comprendes? He perdido toda objetividad e incluso me he puesto en peligro.

—No van a tocarte. —Quiso tranquilizarla—. Es demasiado arriesgado.

—Supongo que sí.

—¿Cómo ha reaccionado Schill?

—Me ha echado.

Sobrevino otra pequeña pausa. Magda trató de imaginárselo, bien en la redacción del *Malta Independent*, bien en su casa aguardando el momento del reencuentro. Odiaba hacerles daño a los demás, aunque a veces era inevitable.

Se pasó la mano por los labios, como si todavía llevara aquel beso pegado en ellos.

—He de reconocer que tienes agallas —dijo su compañero periodista.

—No han sido agallas. Agallas son cuando escribes algo comprometido. Lo mío ha sido una locura. No sé qué esperaba. Le he gritado que no iba a escribir nada, que lo único que quería era saber quién mató a Rafa.

—Todo ha vuelto a ti, ¿verdad? —susurró él—. Como si no hubieran pasado estos años.

—Sí —asintió.

—¿Tienes miedo?

Lo meditó.

—Yo no lo llamaría miedo. Desesperación, quizá.

—Todavía estás a tiempo de quedarte.

No era una súplica, solo una opción. Casi maravillosa.

—¿Me llevarías a navegar con un barquito por la costa maltesa?

—Por ejemplo.

—Es lo más tentador que me han ofrecido en mucho tiempo.

—Magda…

—No lo digas —le pidió.

—¿Volverás?

Tierra quemada. Raramente regresaba a los lugares donde había trabajado.

—No lo creo —se sinceró.

—¿Y si voy yo algún día a Barcelona?

—Entonces te invitaré a comer, y te llevaré a ver las obras de Gaudí y todo eso que suele hacerse.

—¿Turismo?

—Sí.

—¿Nada más?

Había respuestas que daban miedo.

—Nada más —dijo.

—Bueno. —Dio la impresión de estar sonriendo al otro lado del teléfono—. Ya te comenté que había estado en tu ciudad hace unos años. Me pareció estupenda.

—La mejor.

Estaban hablando ya por hablar, prolongando el inevitable final. El embarque había empezado. La cola avanzaba parsimoniosamente. Magda se sintió muy cansada.

—Tienes mi teléfono y mis señas. —Oyó que decía Yorgen—. ¿Me dirás al menos cómo acaba todo?

—Te lo prometo.

—No escribiré nada hasta saber de ti ni lo haré sin que me des tu permiso —le aseguró—. Sigue siendo tu caso y tu reportaje.

—Pero lo del *Poseidon Spirit* afecta a Malta.

—No busco exclusivas, Magda. —La tranquilizó—. Busco la verdad.

—Gracias.

—Un día podré decir que he trabajado con la gran Magda Ventura *de Zona Interior*.

—No seas tonto.

—Te juro que es verdad. Escucha. —El tono se hizo grave de repente—. Sé que seguirás investigando, así que… por favor, ten cuidado.

—Tú también, Yorgen.

Ya no quedaba nadie en la cola. Por la megafonía de la puerta

de embarque se anunció que era «el último aviso para los pasajeros del vuelo…».

Yorgen también lo oyó.

—Cuídate. Y gracias —se despidió ella.

—No cambies —lo hizo él.

Magda corto la llamada y, mientras buscaba la tarjeta de embarque en la memoria del teléfono, recogió su bolsa y echó a andar.

29

Odiaba sentirse vulnerable.

Odiaba sentirse tan vulnerable.

No podía pensar ni razonar. El bloqueo amenazaba incluso sus articulaciones. Le dolía el cuerpo. Cuando se encontraba en un callejón sin salida, la impotencia la desarbolaba. Volvía de Malta con muchas respuestas, pero no la más esencial: quién había matado a Rafa. Quién había dado la orden y quién había sido la mano ejecutora.

De pronto le importaba muy poco el tráfico de armas. ¡Que se aniquilase entre sí el mundo entero, como había hecho siempre! Pero el asesinato de Rafa seguía ahí. Muy dentro de sí misma.

Aquella culpa que no menguaba…

Y esperar, en momentos así, se convertía en el peor de los cánceres.

Viernes noche. Difícilmente podría continuar investigando antes del lunes. ¿Investigar el qué? Si Juan o Néstor no encontraban algo…

Una semana antes seguía en el Caribe. Se había dado el último baño por la mañana antes de coger el avión de Providencia hasta San Andrés, después el de San Andrés a Bogotá, y finalmente tomar el vuelo transatlántico por la noche con destino a Barcelona. Una semana antes era una mujer feliz, ajena a lo que se le iba a venir encima.

El taxi enfilaba ya la autovía de Castelldefels. Miró el móvil. Solo un mensaje: de Néstor.

«Avísame cuando llegues».

Le había dado al taxista la dirección de ella, casi de manera ritual, sin pensar. Había quedado con Néstor. Lo necesitaba. Pero antes pensaba ir a casa, dejar la bolsa, cambiarse…

Pero ¿era necesario? ¿Y si, al cerrar la puerta de su piso, se venía abajo y rompía a llorar?

Un viernes por la noche no encontraría a Beatriz Puigdomènech.

Un viernes por la noche un ataque de ansiedad, o peor aún, de pánico, podía ser demoledor.

Todos creían que era fuerte. Capaz de superar cualquier adversidad.

No tenían ni idea.

¿Qué diría su madre, o su hermana, si supieran que iba a ver a una psiquiatra para evitar caer en la depresión y volverse loca?

Se acercó al taxista.

—He cambiado de idea —le dijo—. Mejor me lleva a otro sitio.

El hombre se encogió de hombros. Oyó la nueva dirección y la programó en el GPS sin preguntarle nada. Era más lejos, así que el viaje le resultaba más rentable. La miró por el retrovisor, como había hecho al subirse al coche, y eso fue todo.

Magda se relajó un poco. Tanto daba que la ropa de la bolsa estuviera sucia. En casa de Néstor había de todo. Incluso podía quedarse el fin de semana. A él no le importaría. Ella era la única persona del mundo por la que cambiaba sus planes. Aunque hubiera quedado con *Miss* Mundo, ella era ella.

Una extraña combinación. Una curiosa alianza.

Y si se pasaban el día en la cama haciéndolo, mejor. No quería pensar en nada.

El taxi ya no entró en Barcelona. Se desvió mucho antes. Magda cerró los ojos y logró contener el acceso. Necesitaba calma. Solo eso. Calma y distancia, para poder volver a verlo todo en perspectiva. El taxista tenía puesta la radio, pero muy baja. Oyó que decían algo de China, pero no prestó atención.

Todavía tenía en la retina los colores de Malta.

SÁBADO

30

La cama de Néstor era demasiado grande y cómoda para desperdiciarla. Cada minuto valía la pena.

Siguió con los ojos cerrados a pesar de oír que él se movía por la habitación al levantarse.

Tampoco los abrió cuando, un rato después, subió la persiana y descorrió las cortinas. Un torrente de sol le golpeó la cara.

—Nooo… —gimió.

—Despierta —le pidió él.

—Antes te quedabas haciéndote el perezoso —protestó—. Te gustaba que nos despertáramos juntos.

—Abre los ojos, va.

—¿Por qué?

—¿Quieres mirar?

Los entreabrió. Le costó porque la luz era intensa. Poco a poco vislumbró las formas y reaccionó ante la sorpresa.

Néstor de pie, con una bandeja en la que no faltaba nada. Incluida una rosa y el periódico del día.

—No fastidies… —Ella esbozó una sonrisa.

—La última vez te quejaste.

—Yo no me quejé.

—Bueno, pero lo insinuaste. —Se inclinó hacia delante para que lo viera bien todo—. Desayuno completo con rosa y periódico. ¿Bien?

Bien era poco.

Néstor acomodó la bandeja en medio de la cama. Luego la rodeó y se aposentó en su lado. Magda ya se estaba incorporando para poder comer sentada. Todo tenía un aspecto impresionante. Excesivo, como siempre, pero impresionante.

—¿Esto es por lo de anoche? —suspiró ella.

—¿Y qué si lo es?

—Estoy mejor, en serio.

—No me gusta verte de bajón. No eres tú.

—Claro. Prefieres a la niña cascabel.

—Lo de niña, pase, pero lo de cascabel…

—Tú ya me entiendes.

—Apenas me contaste nada, pero desde luego parecías muy afectada —dejó ir él.

—Por primera vez me siento un poco superada.

—¿Tú?

—Sí, yo. Ni que fuera de piedra.

—Sabes que admiro tu valor y tu entereza.

—Pero esto es distinto, Néstor. Es la primera vez en trece años que estoy cerca de averiguar qué pasó.

—¿Y si consigues saber la verdad pero no por ello te sientes mejor?

No le contestó. No tenía ni idea de lo que pasaría «después de», en el supuesto de que llegara al final y cerrase la pesadilla que la había perseguido desde aquel día, trece años atrás.

Lo único que tenía era un cambio de paradigma. Adiós a la mafia. Bienvenidos, traficantes de armas. Un salto abismal.

Empezaron a desayunar. Magda se bebió la mitad del zumo de naranja primero. Después untó una tostada con mermelada y acabó con un cruasán de chocolate recién hecho. Imaginó que Néstor lo habría encargado todo la tarde anterior. Los ricos vivían bien. Pero los detallistas lo hacían mejor.

Tenía que llamar a su madre y fingir que seguía en Malta. No soportaría comer con ella en aquellas circunstancias.

—Has dormido bien —dijo él.

—Sí, de maravilla.

—No era una pregunta. Era una afirmación.

—Gracias.

—¿Tan cansada estabas?

—Mentalmente agotada, diría yo.

—Todo lo que averiguaste…

—Es aterrador, ¿verdad? —Dejó caer la mano como si el cruasán le pesara de golpe—. Ya lo era antes, cuando pensaba en la mafia y sus engranajes. Pero ahora, con ucranianos, malteses, barcos cargados de explosivos… Me parece que aún no lo he asimilado del todo.

—Hiciste bien en marcharte de Malta. Podría haber sido

peligroso.

Y eso que no le había contado nada del anónimo. Tampoco de la falsa acusación de tenencia de drogas. Ni de Yorgen.

Néstor tampoco preguntaba. Parecía preocupado, aunque disimulaba.

—¿Has hablado con Juan Molins?

—Sí.

—Mejor.

—Espero que consiga algo. ¿Qué tal tú por tu parte? Ni siquiera te lo pregunté anoche.

—Te dije que no era fácil conseguir información de este tipo. Pero al menos los nombres de los responsables, sí. Espero tenerlos el lunes por la mañana.

—¿Me dejarás ir contigo a tu despacho?

—Si no te importa que te escudriñen de arriba abajo…

—¿Y a ti, te importa que te vean con una cuarentona?

—No seas tonta.

—Has de cuidar tu reputación.

—Últimamente ejerzo menos.

—¿Ah, sí?

—Será la edad.

—O que ya no te divierten las ninfas.

—Tal vez. En el fondo, probada una, probadas todas.

—Machista.

Néstor sonrió con toda la intención.

Seguían desayunando mientras hablaban. De pronto Magda se sintió llena. No estaba segura de si se lo había comido todo ella o si Néstor la había ayudado. Tenía que ir al baño pero casi le daba miedo saltar de la cama, pisar el suelo, volver a la realidad.

La cama era una burbuja, se sentía a salvo en ella.

—Néstor.

—¿Qué?

—¿Te importa que me quede aquí hasta mañana?

—No.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Tendrías planes…

—Nada importante.

—Puedes hacer lo que sea igualmente —insistió—. Es que no quiero ir a casa esta noche. Si el lunes vamos a tu despacho…

—Quedamos en que nos veríamos, así que pensé que hoy sábado estaríamos juntos. Para mañana no tenía gran cosa: leer un poco, estudiar unos asuntos, ir al fútbol por la tarde… —La tranquilizó de inmediato—: Puedo verlo por la tele, no pasa nada. No es un Barça-Madrid. Jugamos contra el Granada y además es a las nueve de la noche.

—Bueno, a esa hora sí estaré ya en casa.

—Como quieras.

—Gracias.

—No seas tonta.

—Algún día escribiré una novela sobre nosotros. Lástima que el título de *La extraña pareja* ya ha sido utilizado.

—No es la primera vez que lo dices. Ni que fuéramos tan raros.

—Amigos con derecho a roce —dejó ir Magda.

Su compañero la observó. No dijo nada. Las lágrimas de la noche anterior le habían dejado ojeras. Todavía tenía los ojos ligeramente enrojecidos.

—Deberías evitar pensar en todo esto —le sugirió él.

—Sabes que no puedo. Supongo que no soy la mejor de las compañías.

—Estás demasiado metida. Si no tomas distancia, no verás las cosas en su justa perspectiva. Ahora sabes que Rafa descubrió algo acerca de Bonardi y ese barco secuestrado por los piratas. Espérate a ver qué averiguamos de las dichosas navieras.

—Siempre se ha dicho que son mundos opacos con banderas de conveniencia, armadores fantasmas, fletes misteriosos… Me temo que vaya a darme de nuevo contra un muro, y en este caso no de silencio. Un muro de piedra.

—Huele la rosa —le pidió él.

—¿Por qué?

—Huélela.

Le obedeció. Olía de maravilla.

—Hay un adagio inglés que dice «*Stop and smell the roses*».

Ringo Starr, el de los Beatles, tituló así uno de sus álbumes. Sabes lo que quiere decir, ¿no?

—Párate y huele las rosas —asintió Magda—. Significa que,

cuando estés de los nervios o a punto de estallar, has de detenerte y acudir a algo tan sencillo como oler una flor; en plan simbólico, claro.

—Pues ya está. —Néstor le cogió la mano—. En este caso, de simbólico, nada. La rosa está ahí. Huélela todo lo que quieras. Después piensa que tenemos un fin de semana para nosotros solos. Vamos a fingir que somos un aburrido matrimonio, ¿qué te parece? O eso o seguimos siendo amantes y no salimos de la cama. Lo que prefieras. ¿Qué dices?

LUNES

31

Hacía ya más de dos semanas que no cogía la moto. Tenía incluso mono, necesitaba un poco de velocidad. Pero Néstor la recogió en su coche a primera hora, tal como habían quedado, después de que ella pasara la segunda noche en casa para enfrentarse a su propia soledad.

No hubo fantasmas. Pudo dormir bien, madrugar, levantarse, desayunar. Estaba más calmada. El sábado de cama y el domingo de relax le habían sentado de maravilla. Podía mirar el futuro más inmediato con esperanza.

Siempre ella.

—¿Qué tal?

Magda le dio un beso en la mejilla antes de abrocharse el cinturón de seguridad.

—Bien.

—Anoche no sabía si dejarte ir.

—Fuiste un ángel, de verdad.

—Eres la única mujer que me llamaría eso —bromeó.

—No creo que ninguna tenga la menor queja.

—Bueeeno. —Alargó la «e» lo suficiente como para sonar sarcástico.

No fue un trayecto largo. El bufete de Néstor estaba en la plaza de Urquinaona. Metió el coche en el garaje del edificio y tomaron el ascensor hasta la planta. No era usual ver al jefe allí tan temprano, ni tampoco todos los días, y por eso, aunque mantuvo las formas y la calma, la recepcionista arqueó un poco las cejas al verle.

Magda hizo como que no se daba cuenta de que, después, la mirada recaía sobre ella. Y no solo la de la recepcionista.

Se sintió a salvo en el despacho de Néstor, con la puerta cerrada. Lo último que le dijo él a su secretaria fue un lacónico:

—No estoy para nadie. No he venido. Ninguna llamada hasta que yo te lo diga.

La secretaria casi le saludó militarmente.

Los informes pedidos el viernes estaban sobre la mesa, debidamente seleccionados, impresos y preparados. Parecían incluso «calientes», como si alguien acabase de ponerlos allí. Néstor los recogió y los dos se sentaron en el sofá del otro lado, bajo el ventanal. Los mantuvo sobre sus rodillas y miró a Magda.

—¿Lista?

—Sí.

Néstor examinó el primer expediente.

—Veamos… Seamar, aquí están las señas… —Sus ojos se movían rápido por la primera página—. El dueño se llama Víktor Smolensko. Casado con Sonia Grigóvich. Los dos son ucranianos. Hijos… Víktor Smolensko, Miroslav Smolensko y Ekatherina Smolensko. El patriarca, vamos a llamarle Víktor i, sufrió un infarto hace algunos años y ahora es Víktor 2 el que dirige la naviera, con su hermana Ekatherina de directora comercial. El otro hijo… —Hizo una pausa buscando información sin encontrarla—. Nada. Desaparecido. No parece vivir en España. La naviera opera desde hace veinticinco años, con otra sede en Ginebra…

—Son ucranianos —dijo Magda—. Seamar ha de ser por fuerza una empresa pantalla de Merezha.

—¿Y por qué no al revés? Si las armas salen de Ucrania puede que allí no les interese aparecer en primera línea.

—Las armas y los explosivos del *Poseidon* venían de aquí, de Barcelona. Quizá incluso de Valencia.

—Esos tinglados internacionales son impenetrables a veces.

Magda no pareció muy convencida.

—¿No hay más? —Le instó a seguir leyendo.

—Víktor 2 está casado con una española y tienen dos hijos adolescentes. La hija, Ekatherina, también está casada, en este caso con un serbio… Sopla. —Se detuvo.

—¿Qué?

—Vlado Ilic. Fue juzgado por crímenes de guerra después de lo de los Balcanes. Se le absolvió por falta de pruebas. Por lo visto todos los posibles testigos murieron convenientemente. Llegó a España y se casó con Ekatherina. —Néstor dejó de hablar unos segundos mientras sus ojos se deslizaban rápidos por las páginas del informe—. Todo lo demás son datos y números, rutas por donde operan los barcos de la compañía…

—Mira lo que hay de Merezha.

El abogado lo buscó, unas páginas más allá.

—¡Vaya, vaya! —Fue lo primero que exclamó—. ¡Sorpresa! Merezha Corp. es propiedad del hermano de Víktor Smolensko padre, Alekséi Smolensko.

—Todo queda en familia —bufó Magda.

—Entre Odesa y Barcelona hay un enorme mar, así que debieron comprar o fusionarse con Ankor en Malta para tener un punto intermedio de conexión. Mira aquí. —Señaló un párrafo de una página—. Ankor recibió una inyección de capital hace ocho años y se convirtió en socia de Merezha. Eso es un año antes de que ese hombre, George Hare, se marchara para no verse involucrado en los nuevos tejemanejes de la naviera.

La cabeza de Magda trabajaba de nuevo a toda velocidad, olvidada ya la calma del fin de semana.

—¿Te das cuenta de que el nexo entre Bonardi y esa gente es su lugarteniente, Konrad Mateigóvich, alias Corrado Matei?

Néstor siguió pasando las últimas páginas sin dejar de leer a toda velocidad.

—Ese nombre no aparece por ningún lado —aseguró.

—¿Y si también es de la familia? —aventuró ella.

—Los abogados de Londres son gente respetable. —Néstor estaba en la última página del largo informe—. Es una de las empresas más grandes de la City. Son especialistas en litigios internacionales.

—Como hacer de intermediarios en el pago de un rescate a unos piratas.

—Sí.

—¿Dicen algo esos informes del *Yakir* o el *Poseidon Spirit*?

—No, nada. Todo esto —dijo sacudiendo los papeles— son datos al alcance de cualquiera, como ha sido nuestro caso. Pero si alguna de esas navieras, o las tres, tienen investigaciones policiales encima, te lo dirá Juan Molins. Seamar es española y las otras dos quizá tengan expedientes abiertos en la Interpol. El problema de la ley siempre es que hay que demostrar las cosas. Ayer hablamos sobre la forma en que los traficantes de armas eluden los controles, falsifican fletes, sobornan a funcionarios, envían las armas por partes de manera legal… Dios, es un mundo siniestro. ¿Te das cuenta de la de

guerras que hay en el mundo y la de misiles que se disparan a diario? Alguien tiene que suministrarles las armas. A veces veo por televisión a esos de las milicias, subidos en la parte de atrás de los coches, con sus ametralladoras y llenos de cananas con cartucheras cruzándoles el pecho. Y los veo disparar al aire para celebrar cualquier cosa, y pienso: «Tendrán muchas balas si las desperdician así». Todo lo que me contaste de Ucrania al caer la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es alucinante. ¡Armas al peso, por kilos! Magda, cuando escribas eso…

—En lo que menos pienso es en escribirlo. —Se llevó una mano a la frente.

—Lo harás —aseguró él—. Cuando llegues al final de todo, lo harás.

El final de todo era encontrar al asesino de Rafa. Seguía pareciéndole algo muy lejano. Complejamente lejano.

—Estamos en medio del huracán, ¿verdad? —reflexionó Magda —. El muro de Berlín cayó en 1989 y la URSS se desmembró al poco. De eso hace treinta años. Los arsenales soviéticos ucranianos han de estar ya más que expoliados y secos. Los traficantes han de encontrar armas en otras partes, conchabados con militares, comprando restos aparentemente obsoletos o fabricándolas y reparándolas ellos. —A medida que hablaba iba asintiendo más con la cabeza—. Me da que en el caso del *Poseidon Spirit*, y aunque el barco saliera de Valencia, las armas y los explosivos se cargaron en Barcelona. En este caso ya no se trataría de Odesa en Ucrania, sino de que aquí hay una organización perfectamente estructurada para ello.

—Hace poco leí que habían sido desarticulados talleres en Murcia y no sé dónde más. Lo recuerdo porque la noticia me hizo gracia. Pensé: «¿Un taller clandestino de reparación de armas en Murcia? Lo que faltaba».

—Néstor, sabes perfectamente que España está de moda para todo tipo de delincuencia. Las mafias se han instalado aquí hace ya años. Petrodólares en la Costa del Sol, un puerto ideal en Barcelona… ¿No queríamos ser europeos y estar en el mapa? Pues ya lo estamos. No todo son bandas de peruanos robando a turistas en la autopista ni de rumanos asaltando segundas residencias o masías con ancianos.

—¿Te das cuenta de que si no hubiera sido por ese hombre, George Hare, y lo del *Poseidon Spirit* retenido en Grecia, no habrías dado nunca con la maldita clave para volver a lo de Rafa?

Magda miraba sus manos. Ningún anillo. Nada. Solo lo bonitas que eran.

—Si los piratas somalíes no hubieran interceptado el *Yakir*, la operación de Bonardi habría salido bien, tal vez no le habrían detenido, quizá no le habrían matado, y, en consecuencia, Rafa seguiría vivo, estaríamos casados y yo tendría…

Néstor le pasó una mano por encima de los hombros. No la dejó terminar la frase.

—Gracias —susurró ella después de unos segundos.

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora, volver a casa.

—¿Otra vez?

—Voy a revisar de nuevo las notas de Rafa.

—¿Cuántas veces lo has hecho a lo largo de estos años?

—Cientos de veces, pero antes pensaba en la mafia y solo en ella. No se me ocurrían otros caminos. Esto lo cambia todo. —Señaló los papeles de Néstor—. Esto y todo lo que averigüé en Malta.

—¿Te das cuenta de que es la investigación menos objetiva que has llevado a cabo nunca?

—Sí, soy consciente.

—Estás obcecada y quizá no veas…

—Néstor.

—¿Qué?

—Cállate.

No lo hizo, aunque cambió el sesgo de sus palabras.

—Quédate conmigo estos días.

—¿Por qué? —Se separó de él para mirarlo bien.

—Porque no es bueno que estés sola.

—¡No seas absurdo!

—Te volverás loca.

—¿Y contigo no? —Intentó bromear—. ¿Es tu forma de pedirme que vivamos juntos?

—Ni loco. No duraríamos, aunque nos reiríamos mucho mientras tanto.

—Eres un cielo. —Le acarició la mejilla y luego se puso en pie—. Y sí, tienes razón: estoy embotada y no puedo pensar con claridad. Pero presiento que estoy cerca, ¿entiendes? Esto me da alas. No soportaría fallar de nuevo.

—Tú no fallaste, ni tampoco Juan. Lo de Rafa fue demasiado gordo, eso es todo. Con todo lo que has conseguido hasta ahora, Juan tiene medios para reabrir el caso y lanzarse a fondo. Déjaselo a él.

Magda miró la puerta del despacho. Las despedidas siempre eran extrañas.

—¿Te veré esta noche? —preguntó Néstor.

—No lo sé.

—¿Me vas a tener todo el día preocupado?

Ella sonrió.

Néstor había sido un soplo de aire fresco en su vida. La había ayudado a salir del pozo.

—Acuérdate de lo que te dije la primera mañana —se despidió de él dirigiéndose a la puerta.

32

El taxi la dejó en la puerta de su casa. El señor Andrés, el conserje, con el que no se había tropezado por la mañana, la saludó efusivamente. Siempre lo hacía cuando pasaba unos días sin verla. Le preguntaba dónde había estado. Luego leía los artículos en la revista y se sentía privilegiado por haber sido el primero en saber algo. Magda pasó por su lado hablándole pero sin detenerse. Cuando se quedó sola volvió a oír las voces.

Los gritos de su mente.

Pasó casi una hora leyendo y releyendo las notas que ella y Rafa habían tomado trece años antes. Se las sabía de memoria. Nada en ellas hacía referencia a barcos o navieras, tráfico de armas o traficantes. Solo Bonardi y Matei, solo Turín y Barcelona. Los dos mafiosos habían llevado muy en secreto la operación del *Yakir*. Y, sin embargo, aquella mañana Rafa había tenido que ir a alguna parte, poner el dedo en la llaga, descubrirse y provocar su muerte.

¿Seamar?

Pero ¿qué podía haberle llevado hasta la naviera?

Después leyó y releyó otra vez los recortes de periódico que hablaban del asesinato de Bonardi, la fuga de Matei, la refriega posterior. Todas las sospechas llevaban a pensar que al mafioso lo habían asesinado sus rivales turineses. Pero¿qué necesidad tenían ellos de hacer eso si Bonardi se había quedado sin el dinero del tráfico de armas, eso suponiendo que conocieran la operación? ¿El asesinato tenía algo que ver con los planes de fuga de la Modelo?

No, era absurdo.

Una fuga carcelaria era como una moneda lanzada al aire pidiendo que caiga de canto.

> Si extraordinario fue el asesinato de Stefano Bonardi, en plena Barcelona y a la luz del día, más lo ha sido la fuga de la Modelo que ha terminado con una carnicería […] Corrado Matei, el hombre fuerte del mafioso turinés, mató a un hombre antes de

recibir cuatro balazos […] Matei, en coma debido a la gravedad de sus heridas, quedará sensiblemente mermado de facultades en el caso de que recupere la consciencia. Fuentes policiales opinan que difícilmente podrán conseguir información de él dado su estado. La omertá, la ley del silencio siciliana, es también un código de honor entre los mafiosos de todas las latitudes […]

Magda estudió las fechas. El día de la muerte de Bonardi. El día de la fuga de Matei. El día de la muerte de Rafa.

Frunció el ceño. ¿Cuándo había salido Matei del coma? ¿Y en qué situación se encontraba al hacerlo? ¿Tenía, como se decía en una primera instancia, completamente mermadas sus facultades físicas y mentales?

Magda sintió un ramalazo que conocía bien. Era el grito de su instinto cuando se encontraba a las puertas de algo.

Dejó de leer y pasó casi un minuto mirando por la ventana. Recordó el viejo dicho de que un árbol delante de los ojos impedía ver el bosque que había tras él. Necesitaba ver el maldito bosque.

Guardó los papeles del caso y encendió el ordenador. Recordaba las señas de Seamar de los expedientes vistos en el despacho de Néstor. Miró en Google Maps y encontró la exacta ubicación de las oficinas de la naviera, cerca del puerto. El edificio, gris e impersonal, le recordó la sede de Ankor en Malta. En la web de la empresa había un listado de barcos. El *Poseidon Spirit* había desaparecido de ella. Tampoco había ninguna imagen del clan Smolensko.

Después tecleó las palabras «tráfico de armas en España» y apareció un extenso listado de noticias relacionadas con el tema. De hecho, la cantidad era asombrosa. Leyó algunos titulares: «La Policía Nacional ha detenido en Bizkaia, Girona y Cantabria a cinco personas como integrantes de una organización criminal dedicada al tráfico de armas y se ha incautado de más de 8000 armas de guerra listas para su venta en el mercado negro a grupos terroristas de delincuencia organizada». «Desarticulado en Murcia un sofisticado taller para la manipulación y reactivación de armas». «Detenido un grupo formado por cuatro hombres y una mujer, que compraba legalmente armas de guerra inutilizadas que más tarde reactivaban en un taller». «El seguimiento policial de las armas

empleadas en el atentado contra el Museo Judío de Bruselas del 24 de mayo de 2014, en el que murieron cuatro personas, ha llevado a la detención de los responsables del tráfico…». «Las armas de fuego utilizadas en el atentado del 7 de enero de 2015 contra el semanario de humor *Charlie Hebdo* fueron compradas en una armería eslovaca ilegal, según investigaciones de la Europol…». «En el taller, de 300 metros cuadrados, esperaban para ser enviados miles de fusiles de asalto Cetme y también miles de piezas de repuesto para sustituir las piezas de las armas inutilizadas». «Cae una red europea de tráfico de armas con base en Murcia. Hay 245arrestados. Las detenciones se han practicado en Murcia, Sevilla, Barcelona, Albacete, Vizcaya, Madrid, Granada, Córdoba, Huelva, Jaén, Málaga, Almería, Huesca, Alicante, Tarragona, Zaragoza, Badajoz y A Coruña.»…

Dejó de leer.

De pronto, todo aquello ya no era un tema menor, un pequeño número de noticias aisladas y perdidas que formaban parte de la delincuencia global. Talleres clandestinos por un lado, arsenales por el otro. Un negocio millonario. Y siempre siempre los sistemas de traslado a las zonas de conflicto. Los barcos.

Sí, tenía un reportaje, y era explosivo. Pero antes… Salió de casa sin dejar de pensar en ello. Bajó al garaje y se reencontró con su roja Honda NC750S. Se sintió mejor cuando la cabalgó, le dio al encendido y oyó el sordo rugido del motor. Pura música. Demasiados días en el Caribe y en Malta apartada de su juguete. La moto formaba parte de sí misma cuando se movía con ella. Incluso la ayudaba a pensar.

Pensar, pensar, pensar…

El trayecto hasta la redacción de *Zona Interior* fue corto. Por suerte había hecho aquel reportaje turístico en Providencia, porque con lo de Malta llevaba días parada. De todas formas, Victoria Soldevilla nunca le reprocharía nada. Le daba toda la cuerda del mundo porque sabía que siempre regresaba con algo potente. ¿Cuántas veces había pasado incluso dos semanas investigando algo y sin escribir nada?

Tardó diez minutos en resumírselo todo a Victoria. Por un lado, contar algo en voz alta la ayudaba. Lo interiorizaba y lo exteriorizaba a la vez: eran dos visiones diferentes. Por el otro,

necesitaba vaciarse. Victoria era más pragmática. Dirigía una revista, huía de los apasionamientos, se regía por la razón. La escuchó atentamente, sin interrumpirla, y solo habló después de que Magda terminara y le preguntase:

—Y bien, ¿qué opinas?

—¿La verdad?

—Sí, claro.

—El tema es muy bueno. Buenísimo. Con las piezas que has reunido ya te da para un reportaje sensacional. Pero, salvo eso, en lo que te concierne a ti, no tienes nada.

—Sí que tengo algo.

—Has cambiado la perspectiva, nada más. Ya no piensas en la mafia como responsable de la muerte de Rafa. Ahora se trata de otra clase de mafia, igual de peligrosa, como lo demuestra el asesinato de ese maltés por presunto delator. Pero sigues tan a oscuras como antes.

Le dolió oír aquello. Aunque sabía que era verdad.

—No seas aguafiestas, por favor —lamentó.

—¿Por qué no escribes el artículo comenzando por lo del *Yakir*, la implicación de Bonardi en esa operación, y después citas al barco de Grecia, el…?

—*Poseidon Spirit*.

—Ese. Son datos ciertos. Incluso sin acusarlas directamente, puedes mencionar a las navieras implicadas, para evitar una demanda. Hay material de sobra, todo lo de Ucrania tras la caída de la Unión Soviética y toda esa información sobre el tráfico de armas de la que me has hablado. Súmalo a lo de los talleres clandestinos que se han desarticulado recientemente en España. También puedes entrevistar a algún responsable del puerto de Barcelona. Te dirá que es un lugar seguro, claro. Pero eso de que en cualquier puerto del mundo solo un pequeño tanto por ciento de los contenedores pueda investigarse a fondo…

Magda bajó la cabeza y apretó las mandíbulas.

—Conozco esa actitud —le recriminó Victoria.

—¿Qué actitud?

—La de la niña mala a la que quitan un caramelo.

—Vaaale.

—También sé que no me harás caso.

Ahora levantó la cabeza y sonrió, pero sin alegría. Fue más bien una mueca.

—No te ciegues con esto, Magda.

—Yo no…

—Sí lo estás. —No la dejó seguir—. Si no actúas como la profesional que eres, te lanzarás contra todo a tumba abierta y conseguirás que te maten.

Lo único que no le había contado a Victoria era lo de la amenaza, el anónimo de la última noche en Malta.

—No seas melodramática.

—¿Melodramática? —repitió la palabra abriendo los ojos—. Rafa hizo algo que le costó la vida. Tú vas por el mismo camino.

Cada vez que alguien mencionaba el nombre de Rafa, sentía una punzada. Cada vez que lo veía en su mente, se venía abajo. Los últimos días estaban siendo demoledores.

Beatriz Puigdomènech lo llamaba «efecto diapasón». Un golpecito y aquella vibración parecía no terminar nunca.

—Ya te lo he contado. —Se puso en pie dispuesta a marcharse.

—¿Adónde vas?

—A casa, para empezar a ponerlo todo en solfa y ver de qué forma enfoco el reportaje sin agitar mucho las aguas.

Victoria le escrutó el rostro. Estaba claro que no la creía. Pero no le dijo nada. Sabía que, de todas formas, no le haría caso.

—¿Me traerás mañana un primer borrador? —preguntó siguiéndole el juego.

—Es posible, sí.

—Si lo escribes en dos días aún podríamos meterlo en el próximo número. —Quiso alentarla.

Magda llegó a la puerta del despacho. Por un momento pensó que quizá fuese la última vez que estaba allí.

33

Había visto las oficinas de Seamar en Google Maps, así que no le resultaron extrañas al encontrarse delante de ellas. Ya conocía su exterior. Detuvo la moto en la esquina, metió el casco en el maletero y contó hasta veinte antes de entrar en el edificio. Hasta veinte. Diez era poco.

O todas las navieras eran iguales, o el trío formado por Merezha, Ankor y Seamar tenía el mismo perfil, aunque no había visto la de Odesa, por supuesto. Fotografías de barcos, un mapa enorme en una pared con puntos rojos en los principales puertos en los que operaban, y una entrada presidida por una mujer que tecleaba algo en un ordenador. Volvió a imaginarse que, en el puerto, habría más actividad. Allí, en cambio…

La mujer levantó la cabeza.

Magda le sonrió con relajado encanto.

—¿Víktor Smolensko, por favor?

—¿De parte de quién?

—Magda Ventura, de la revista *Zona Interior*. —Llevaba una tarjeta a punto en la mano.

—Un momento, veré si…

No acabó la frase. Se levantó y desapareció por un pasillito situado a su izquierda. Magda respiró con la perentoria necesidad de llenar sus pulmones de aire. Según Néstor, Víktor Smolensko padre había tenido un infarto y estaba retirado desde hacía años. Víktor Smolensko hijo era el responsable actual de Seamar.

La mujer regresó sin la tarjeta en la mano.

—Por aquí, si es tan amable.

Fue tras ella una decena de metros. A mitad de camino pasó por delante de un despacho con la puerta entreabierta. Por el hueco vio a una mujer morena, inclinada sobre su mesa, hablando por teléfono en una lengua desconocida parecida al ruso, probablemente ucraniano. Magda le calculó unos cincuenta años bien llevados.

Por un instante, sus ojos se encontraron. Un instante fugaz.

Siguió caminando detrás de la empleada hasta su destino final. La mujer llamó con los nudillos y luego abrió la puerta. El despacho de Víktor Smolensko tenía todo el lujo del que carecía el resto de la oficina: paredes de madera, muebles caros, detalles marinos como un timón situado en una esquina o una enorme bola del mundo de apariencia antigua, fotografías… El hombre la esperaba de pie. Le calculó unos cincuenta y cinco años bien llevados: era grandote, llevaba el cabello largo por detrás y la barba bien recortada. Vestía un traje caro.

Y se parecía mucho a la mujer del pelo negro que acababa de entrever hablando en ucraniano en el despacho.

Cuando Magda le estrechó la mano se encontró con dos anillos aparatosos y un Rolex de oro asomando por la muñeca.

—¿Periodista? —Fue lo primero que le dijo, sonriendo como si no pudiera creerlo.

—¿Conoce *Zona Interior*?

—Claro —aseguró.

—Siento no haber concertado una cita antes. —Empleó su mejor piel de cordero, aunque sabía que iba a durarle poco puesta—. Llegué ayer de Malta y hoy… —Se lo soltó a bocajarro—: Me gustaría hablar con usted sobre ese barco que está retenido en el puerto de Creta, en Grecia. El *Poseidon Spirit*.

A Víktor Smolensko se le congeló la sonrisa en la cara. Logró dominarse a duras penas.

—No entiendo…

—Estuve en Ankor, viendo al señor Palmer Schill. —Siguió poniendo la directa, sintiendo que le subía la adrenalina de manera imparable—. El *Poseidon* venía de Barcelona, hizo escala en Malta… Por allí se habla mucho del tema de los explosivos y las armas.

Smolensko ya no mantuvo la sonrisa y su cara se transmutó. A duras penas consiguió matizar la pátina de ira con un rictus de indiferente seriedad. Los dos seguían de pie. Se agigantó un poco elevando la barbilla para mirarla por encima de ella.

—Me temo que no puedo ayudarla mientras dure la investigación. En todo caso es un asunto… —No encontró la palabra adecuada—. Nosotros también estamos haciendo lo que

podemos para determinar lo sucedido.

—Voy a escribir sobre ello, señor Smolensko.

Lo que no le gustó ahora fue el tono.

—Pues sería lamentable que lo hiciera sin estar debidamente informada. —Pareció advertirla por primera vez.

—Creo que lo estoy —dijo ella.

—Un barco retenido en un puerto mientras se investiga su carga y la legalidad del flete, la documentación… No creo que sea mucho, la verdad. Casos así se producen todo el tiempo. Sin olvidar que a muchos barcos se suben cosas ilegalmente, lo mismo que sucede con los camiones en los que se ocultan los emigrantes para burlar las fronteras.

—¿Llama «subir cosas ilegalmente» a llevar la sentina cargada con armas y explosivos?

—Vamos, señora Ventura. No sea ingenua.

—Estamos hablando de tráfico de armas, señor Smolensko.

—¿Se ha vuelto loca?

Magda oyó una voz interior que le gritaba: «No lo digas. Cállate. Mantón tu ventaja». No le hizo caso.

De nuevo estaba cuesta abajo, sin frenos.

—¿Le dice algo el nombre de George Hare?

—¿Quién? —Pero le traicionó el destello de sus pupilas, imposible de ocultar.

—El hombre al que han asesinado en Malta por ser el presunto delator a la Guardia Costera griega de lo que llevaba el *Poseidon Spirit*.

—¿De qué está hablando? —preguntó ya definitivamente crispado.

—Hablo de ofrecerle la oportunidad para que me dé su versión de los hechos, nada más.

—Ya ve que no, y si me perdona… —Levantó la palma de la mano en dirección a la puerta.

Magda ni la miró. Seguía pendiente de él.

—Señor Smolensko, sé que Seamar, Ankor y Merezha son prácticamente el mismo tinglado. Tanto da cuáles sean las empresas pantalla y cuál la principal. Esto se va a escapar de su control, se lo aseguro.

La sucesión de nombres hizo que Víktor Smolensko parpadeara.

Pareció mirarla como el gato que está a punto de saltar sobre la rata. La diferencia era que esta, de pronto, daba la impresión de ser mayor que el gato.

—No tiene ni idea —dijo con desprecio.

—Creo que sí la tengo.

El armador dio un paso hacia ella.

—Váyase de aquí, por favor.

Iba a echarla.

Se sintió rabiosa. Perdió el último control.

—Rafael Govern.

Esta vez, el rostro del hombre permaneció impasible.

—¿Quién?

—Hace trece años, Stefano Bonardi, el *Yakir*…

Víktor Smolensko frunció el ceño. Por un momento, solo por un momento, pareció sincero. Pero ya con la paciencia superada.

—O está loca o está disparando al azar —rezongó—. Sea como sea, esto se acaba aquí. —Pasó por su lado y abrió la puerta del despacho—. Váyase de una vez, y tenga cuidado con lo que escribe sin pruebas porque le juro que podemos cerrar su maldita revista, ¿lo ha entendido?

Magda ya no dijo nada. Demasiado había hablado.

No quiso que su oponente la viera temblar. Sostuvo la mirada sin perder la combatividad y pasó por su lado con determinación. Nada más salir al pasillo, la puerta se cerró de manera violenta tras ella.

Echó a andar. Esta vez, la puerta del siguiente despacho, el de la mujer, también estaba cerrada. Al otro lado no se oía nada.

Llegó a la antesala, pero no se encaminó a la salida. Como si acabase de tener una feliz charla con el dueño de Seamar, se dirigió a la mujer de la entrada:

—¿Cómo se encuentra el señor Smolensko? Me refiero al padre, naturalmente.

—¡Oh, bien, sigue en forma! —le respondió ella—. De vez en cuando todavía se pasa por aquí, para saludar o ver cómo va todo. Siempre le ha costado dejarlo. Lo lleva en la sangre, aunque la salud no le acompañe a veces.

—¿Cuánto hace ya del infarto? —continuó Magda.

—Trece años. —La mujer se puso seria—. ¡Parece mentira cómo

pasa el tiempo! La verdad es que le faltó un pelo. Estuvo muchos meses fuera de circulación. Por suerte, con la señora Ekatherina y el señor Víktor aquí, todo siguió adelante.

—Sí, fue una suerte —asintió Magda—. Buenos días.

—¡Un placer!

Salió de la naviera caminando despacio. Dejar la moto en la esquina había sido un acierto. No podían verla desde las ventanas.

Fue justo al llegar a ella cuando se echó a temblar irremediablemente.

Y no dejó de hacerlo en los siguientes minutos.

34

Mientras esperaba a cierta distancia de la entrada del edificio ocupado por las oficinas de Seamar, no dejó de darle vueltas en la cabeza a lo que acababa de vivir.

¿Se había arriesgado? La respuesta era que sí.

¿Había perdido el control? También.

Entonces, ¿por qué lo había hecho?

Víktor Smolensko era el dueño. Dos de sus hijos, Víktor y Ekatherina, debían de llevar la naviera desde hacía trece años. La cifra tampoco resultaba gratuita. Trece años. ¿Había tenido el infarto antes o después de la crisis del *Yakir*? Si era antes, quizá el asesino de Rafa fuera Víktor Smolensko hijo. Si había sido después, el responsable tenía que ser el padre del clan.

Solo que si uno de ellos había ordenado matar a Rafa, la pregunta seguía siendo la misma: ¿cómo había llegado él hasta ellos?

Llevaba trece años odiando a una persona sin rostro. Ahora casi podía ponérselo. Casi.

Tanto dolor, tanta frustración, tanto odio…

Miró el móvil dos veces en la siguiente media hora. ¿Bastaría con una llamada a Beatriz Puigdomènech? ¿Para decirle qué? «Creo que sé quién mató a Rafa».

Pero ¿lo creía de verdad?

Era periodista. Se basaba en certezas, no en especulaciones. Para una profesional como ella, cualquier teoría no confirmada no era más que una de tantas teorías de la conspiración tan habituales en la vida desde la aparición de las redes sociales. En un caso como aquel ni siquiera podía fiarse de su intuición.

Aunque, sin ella, ¿qué le quedaba?

Pensaba seguir a Víktor Smolensko. Todas las veces que hiciera falta en los días siguientes. Pero la primera que salió del edificio fue la mujer morena. Ekatherina Smolensko.

Ni siquiera vaciló. Arrancó la moto y dejó que ella ganara

distancia al volante de su Audi.

La ucraniana pronto desafió al tráfico. No parecía una mujer calmada. O al menos no lo estaba en este momento. En cuanto podía, pisaba el acelerador al máximo. En los semáforos, si estaba la primera, salía disparada, y si se encontraba en una segunda o tercera fila hacía sonar el claxon cuando aparecía el verde. Magda no quiso pegarse a ella, pero tampoco dejarla alejarse mucho. Había miles de motos, pero una tan roja como la suya y con una conductora tan de negro como ella…

Acabaron entrando en la Ronda del Litoral, dirección Llobregat. La velocidad del Audi se volvió más que temeraria los siguientes quince minutos, circulando a ciento veinte o ciento treinta por el carril izquierdo. O tenía prisa o no le importaban las multas. También podía ser que estuviera nerviosa o furiosa. Magda casi apostó por estas dos últimas opciones si, como creía, ella y su hermano habían estado hablando tras marcharse del despacho de Víktor la periodista. Después de cambiar y enlazar con los correspondientes desvíos, el coche abandonó la autovía en Sant Just Desvern.

Magda todavía se mantuvo cerca hasta que su perseguida enfiló la parte norte del pueblo, la montaña. Para el tramo final tuvo que dejarla marchar, confiando en no perderla de vista del todo, porque por allí rodaban en solitario.

Ekatherina llegó a su destino. Magda redujo la marcha y cubrió la distancia final casi en silencio, aprovechando la inercia de la moto. El Audi acababa de entrar en una finca señorial: dos plantas, techo de pizarra, jardín arbolado y seto alto. La cancela metálica se estaba cerrando en ese instante.

No se detuvo hasta unos veinte metros más allá. Bajó de la moto, se quitó el casco, y, con él en la mano, retrocedió hasta la entrada.

Era una zona de casas señoriales, ajardinadas, seguramente con piscinas y pistas de tenis en las partes de atrás. Una zona hermética, con cámaras de seguridad, en la que, en aquel momento, solo se veía a una mujer de uniforme barriendo la acera de delante.

Se acercó a ella.

—¡Hola! —La saludó con una sonrisa abierta.

—Muy buenas, señora —le contestó la criada con educación.

—¿La mujer que acaba de entrar vive en esa casa? —Señaló la

villa con la mano.

La respuesta no fue inmediata. La mujer la miró con reservas.

—No, esa es la hija. Aquí viven sus padres.

—¡Caray! —Hizo un gesto de admiración—. No viven mal esos rusos, no.

Ya no hubo respuesta. Tampoco insistió. La criada siguió barriendo unos segundos. Luego arrió velas y se metió en el jardín de la casa en la que servía.

Seguridad.

Magda regresó a la moto. Pensó que si se quedaba en la calle y la mujer la seguía observando, quizá llamasen a la policía, considerándola sospechosa de espiar las casas. Pero tampoco quería irse. Si Ekatherina Smolensko no vivía allí, tendría su propia vivienda. Así que arrancó la moto y se detuvo en la primera esquina, un poco a lo lejos de su objetivo, pero lo suficientemente cerca para ver la puerta.

No tuvo que esperar demasiado.

La hija del dueño de Seamar salió a los veinte minutos conduciendo su coche. Esta vez, la persecución fue mucho más larga. Ekatherina Smolensko no condujo a tanta velocidad, pero tampoco respetó en exceso los límites. El problema fue la distancia: acercarse demasiado con riesgo de que sospechara al ver siempre a la misma moto cerca, o separarse en exceso con miedo a perderla. El Audi abandonó Sant Just Desvern y, a la entrada de la Diagonal, se desvió hacia la Ronda de Dalt. Rodeó toda Barcelona por ella hasta que en el Nudo de la Trinitat enfiló en dirección a Santa Coloma y Badalona.

Finalmente llegó a su destino: una nave industrial en Badalona.

Detuvo el coche en la entrada. Bajó de él con paso vivo y firme y accedió a la nave por una puerta lateral. Magda miró el edificio, viejo, sin ventanas en la fachada principal y con una puerta metálica bastante grande en ella. En otras circunstancias le habría parecido una nave abandonada. No se veía nadie cerca. Miró en el móvil dónde se encontraba porque no tenía ni idea.

Ekatherina tampoco se quedó allí mucho rato. Diez minutos.

El tercer seguimiento fue el más sereno. De Badalona a Barcelona y, acto seguido, otra vez rodeándola por la Ronda de Dalt. El coche retornó a la ciudad y a su tráfico más lento por la Vía

Augusta. Después, el tramo final, La Bonanova, más casas ajardinadas, más lujo.

La casa en la que vivía la hija de Víktor Smolensko no tenía mucho que envidiar a la de su padre. Desde luego era más pequeña, pero salvo eso incluso tenía un aspecto más señorial, como todas las de la zona. Supo que era la residencia de la mujer porque lo ponía en el buzón contiguo a la cancela del jardín: Vlado Ilic y Ekatherina Smolensko.

Era la hora de comer, así que imaginó que ya no saldría de allí hasta la tarde. Y, entonces, como mucho regresaría a Seamar. Tampoco podía llamar a la puerta para intentar hablar con ella, pues la había visto en la naviera. Adiós al factor sorpresa. Sin olvidar la presumible charla con su hermano.

¿Por qué la que había salido de la naviera a toda prisa era Ekatherina? ¿Por qué había ido primero a ver a su padre y después a visitar aquella nave de Badalona?

Magda calibró sus escasas opciones de seguir moviéndose. No quería irse a casa, ni tampoco meterse en un restaurante y comer sola.

Sola con sus pensamientos.

Arrancó la moto, volvió a la Vía Augusta y, desde ella, dando un rodeo porque no había acceso hacia el Llobregat, tomó la ronda para salir por segunda vez en dirección a Sant Just Desvern. Cuando llegó a la calle en la que vivía Víktor Smolensko ya no vio a la criada. Tampoco a ninguna otra persona. Las mansiones vivían de puertas adentro. Llamó al timbre de la cancela y oyó una voz por el interfono.

—¿Dígame?

—El señor Víktor Smolensko, por favor.

—¿De parte de quién?

—Soy periodista.

Pensó que seguiría el interrogatorio, pero se equivocó. Quizá la palabra «periodista» aún pesara algo. La cancela se abrió con un chasquido y entró en el jardín. Caminó por el suelo de grava en dirección a la puerta de la casa. Otra senda iba directa al garaje. Al llegar a la entrada se encontró con una criada, «una asistenta», como las llamaban desde que todo tenía que ser «políticamente correcto». La mujer tenía un rictus serio. No la dejó entrar.

—Espere aquí, por favor.

La segunda mujer apareció casi al instante. Sesenta y muchos años, con su pretérita belleza ya extinta pero todavía dejando huella de lo que había sido. Tenía rasgos eslavos y vestía con la dignidad y la señorialidad de las grandes damas. Los ojos, de un gris casi transparente, destilaban tanta frialdad como los labios, cortados en línea recta sobre la mitad inferior del rostro.

Magda recordó el nombre de la esposa de Víktor Smolensko: Sonia Grigóvich.

—Buenas tardes. —Magda le tendió la mano sonriendo.

La mujer se la estrechó, con flacidez, sin energía, por mera cortesía.

—¿Me han dicho que es usted periodista?

—Sí, señora. Me gustaría entrevistar a su marido.

—¿Y por qué motivo quiere hacerle una entrevista? —Mostró un muro de extrañeza la mujer.

—Estoy haciendo un reportaje sobre navieras, puertos… —No supo si era convincente o si la mujer ya sabía quién era ella, alertada por su hija. Pero se mantuvo en su papel—. Su marido es el dueño de la empresa Seamar.

Llegó el envaramiento final.

—Lo siento, pero me temo que no podrá ser, señora.

—¿Por qué? —Magda puso cara de pena.

—En primer lugar, mi marido no concede entrevistas. En segundo lugar, la naviera la dirige nuestro hijo Víktor. Si quiere una entrevista, debería hablar con él, aunque también dudo que se la conceda. Sinceramente no le veo el interés.

—Tengo entendido que su esposo tuvo un infarto hace años, pero creía que ya había vuelto a tomar las riendas del negocio.

—Entienda que estos son temas personales. —Se puso más tensa, levantando la barbilla como había hecho su hijo Víktor en Seamar.

Magda aparentó dejarse intimidar.

—Lo siento —dijo—. No quería molestarla.

—Tranquila, está haciendo su trabajo. Solo espero que entienda que eso no siempre es posible.

—Claro, gracias.

Dio un paso atrás y cruzó el umbral, de cara a Sonia Grigóvich.

Entonces hizo la última pregunta:

—¿Ha oído hablar de un tal Stefano Bonardi o de un barco llamado *Yakir*?

La esposa de Víktor Smolensko mantuvo el tipo. La sequedad en el rostro, la mirada, el tono de voz.

—No —dijo de manera escueta.

La puerta se cerró despacio. Un chasquido.

Magda salió de la casa todavía envuelta en su turbulencia.

35

No podía pensar con claridad, y eso la confundía. Llevaba trece años atrapada en los siniestros márgenes de aquella pesadilla, el sentimiento de la culpa, la ansiedad. Trece años yendo y viniendo de sí misma, saliendo y entrando de su mente, como un auto de choque en una atracción de feria. Golpeaba y rebotaba contra todo. Temía incluso haberse mentido a sí misma. La consideraban una gran periodista, una reportera excepcional, una persona capaz de todo. Y a veces, como ahora, lo único que veía al mirarse en el espejo era una mujer frágil que disimulaba llevando un caparazón de hierro. Un caparazón impenetrable para casi todos los demás. Trece años con el frío espectro de la muerte rodeándola. Ya no era una suicida kamikaze que retaba a la muerte, como al comienzo. Después de Afganistán, todo había cambiado. Pero ahora, de pronto, cuando aquella historia volvía al primer plano, se daba cuenta del salto hacia atrás. Trece años desaparecidos, borrados de un plumazo. Estaba de nuevo junto al cadáver de Rafa, casi tan muerta como él.

Si Víktor Smolensko había firmado la sentencia de muerte de Rafa, la pregunta seguía siendo la misma, una y otra vez: ¿cómo había llegado Rafa hasta él? ¿Por qué? ¿De qué manera…?

—Tienes que pensar con claridad…

Era fácil decirlo.

No había comido, pero no tenía hambre. Era consciente de ir en moto, pero no de a dónde se dirigía. Por esta razón casi se sorprendió de verse en su calle.

Su casa.

Tuvo que vencer el miedo a la soledad. Subir a su piso.

Por un momento, una vez más, pensó en telefonear a Beatriz Puigdomènech. Entonces vio la llamada perdida de Juan. No hablaba con él desde el jueves. Le había pedido que investigara a las navieras, que mirara las listas de pasajeros en vuelos de Barcelona anteriores y posteriores al atentado de George Hare. Le

había pedido la única ayuda que solo él podía darle.

Se llenó de renovadas esperanzas por el simple hecho de ver aquella llamada. Se dejó caer en una butaca.

Al otro lado de la línea, el zumbido se quebró con la segunda señal.

—¿Sigues en Malta? —Fue el saludo del mosso d'Esquadra.

—No.

—Bien. —Su voz sonó más tranquila.

—Perdona que no te haya llamado.

—Tampoco tenía nada. Acaban de pasarme los primeros resultados de lo que me pediste. ¿Has conseguido algo más?

—No, nada.

—Entonces escucha, Magda. Y escúchame bien. Esto va muy en serio. No te acerques a la naviera Seamar.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué? —preguntó a duras penas.

—Lo del *Poseidon Spirit* les ha puesto en la diana. Y no de un solo departamento, ya te lo dije. Van tras ellos la Policía Nacional, la Agencia Tributaria y la Vigilancia Aduanera.

Unos por delitos comunes, tráfico de armas. Otros por el más que presumible blanqueo de capitales. Y los últimos de nuevo por el tema del tráfico, sea cual sea la mercancía.

—Pues ya era hora. —Sintió un atisbo de alivio.

—Ya, pero hay dos cuestiones. —La voz de Juan sonaba seca—. Hablamos de una investigación a escala internacional, que implica a España, Malta, Grecia y Ucrania en el último extremo. Esta gente suele montar un complejo sistema de pagos: ocultación de dinero, cuentas en paraísos fiscales, cortapisas de todo tipo formando entramados a veces imposibles de desmontar. De entrada, y eso parece sencillo, averiguar dónde se embarcaron esas armas y explosivos no será fácil. El barco salió de Valencia, pasó por Barcelona, hizo escala en Malta y luego… se le interceptó cerca de Creta. Esto no va a resolverse de un día para otro y, de momento, nadie habla del *Yakir*. Eso es agua pasada. Aquel barco llevaba bandera de conveniencia de Belice.

—¡Pero sí están implicadas las mismas compañías, Merezha y Seamar!

—Magda. —Fue como si le dijera «cálmate»—. Te he dicho que

hay dos cuestiones. ¿Quieres saber cuál es la segunda?

—Sí, claro.

—Cuando he tratado de meter las narices en esto, y al preguntar es evidente que lo he hecho, me han dado un toque de atención, me han dicho que tenga cuidado y me han puesto sobre aviso. Es decir, en pocas palabras: que no haga nada para no interferir en las investigaciones del caso. He tratado de forzar y lo que está claro es que Seamar se encuentra ahora mismo bajo la lupa. Ya lo estaba, pero todo se ha acelerado con lo del barco retenido en Grecia.

—Víktor Smolensko padre, Víktor Smolensko hijo y Ekatherina Smolensko —convino ella.

Juan se tomó su tiempo.

—Veo que sigues haciendo los deberes —suspiró.

—También sabrás que el hermano de Smolensko padre, Alekséi, es el dueño de Merezha, la naviera ucraniana.

—Sí. —Pareció rendirse Juan.

—¿Y no tienen bastantes indicios para detenerlos a todos? —lamentó con acritud—. ¿Qué más hace falta? ¡Hay un barco cargado de armas y explosivos, por Dios!

—Hay que ver si la carga era legal, si contaban con los permisos, si se ajusta a lo declarado o hay más… Esto no es sencillo, Magda.

—¡Son traficantes! ¡Por Dios, el *Yakir* cargaba tanques! —Lo repitió gritando aún más—: ¡Tanques! ¡Y los llevaban a un lugar donde había una guerra, igual que ahora! ¿De qué legalidad me hablas?

—Magda, ¿quieres calmarte?

—¡Estoy calmada!

—Las cosas no son tan fáciles, y tú, como periodista, deberías saberlo la primera. ¿Cuántos reportajes has tenido que parar por falta de pruebas? ¿Cuántos ni siquiera has podido publicar?

—Juan, de alguna forma Rafa encontró el nexo entre Bonardi y lo del *Yakir*. ¡Lo mató Víktor Smolensko, lo tengo claro!

—Según mis informes, Víktor Smolensko tuvo un infarto dos meses antes del secuestro del *Yakir* por parte de los piratas somalíes. Estuvo hospitalizado varias semanas y después tardó en recuperarse.

La noticia la impactó. Así pues, ¿el infarto había sido antes de la crisis del *Yakir*?

—Entonces… —balbuceó.

—Fue su hijo, Víktor Smolensko, el que se hizo cargo de Seamar, aunque por entonces ya era el brazo derecho de su padre.

Magda se frotó los ojos. Acababa de estar con él. Apenas unas horas antes…

—¿Y Ekatherina? —consiguió preguntar.

—Ahora ella es la segunda de a bordo. Consta como directora comercial de la empresa. Hay un tercer hermano que se desmarcó de la familia, se casó con una estadounidense y vive en San Francisco.

—¿Sabes también que el marido de Ekatherina es un serbio juzgado como criminal de guerra?

—Sí —afirmó Juan—. Quedó libre de todos los cargos.

Magda cerró los ojos. Por un momento, vio las lujosas casas de los Smolensko, padre e hija. No dudaba de que Víktor Smolensko hijo tendría otra igual. Recordó el Rolex de oro, los anillos. Su despacho.

Entre el *Yakir* y el *Poseidon Spirit* tenía que haber mucho más. Tanques, cañones, misiles, lanzagranadas, fusiles, pistolas, balas… Años. Muertos.

—¿Tanto cuesta saber de dónde salen las armas? —lamentó.

—Antes podían proceder de muchas partes. Ucrania, por ejemplo. Ahora es más rentable hacerse con partidas obsoletas y arreglarlas en talleres clandestinos.

—He leído algo acerca de eso.

—Las guerrillas africanas, por ejemplo, quieren armas que disparen. Nada más. Saben que, a veces, el mercado es limitado. Así que se conforman con lo que sea. En los talleres clandestinos incluso se reutilizan las vainas y los casquillos. Es una nueva economía de mercado.

—Me estás diciendo que si las armas y los explosivos del *Poseidon* salieron de Barcelona…

—Quiere decir que aquí tienen un taller clandestino.

Magda contuvo la respiración. La cabeza comenzó a darle vueltas.

—¿Comprendes a lo que nos enfrentamos? —Le hizo ver Juan—. No se trata solo de desmantelar una rama del tinglado, sino de operar conjuntamente y acabar con todas. Imagino que la Policía

Nacional está colaborando con la maltesa. Lo de Ucrania es más difícil, todo depende de muchas cosas. Solo si no hay más remedio, se actuaría en España unilateralmente. Y no digo que no acabe siendo así. Únicamente te expongo las circunstancias. ¿Me sigues?

—Claro que te sigo —respondió desgranando las palabras como si masticara arena.

Juan interpretó su estado emocional.

—Déjanos trabajar, ¿de acuerdo? —le pidió como si se lo suplicara.

El tono de Magda fue categórico.

—Víktor Smolensko ordenó matar a Rafa.

—No lo sabes con seguridad.

—Lo sé.

—Quieres saberlo, crees saberlo, pero tú, mejor que nadie, sabes también que necesitas pruebas.

—Entonces hemos de dar con esa pistola. Sigue en poder del asesino, como lo demuestra el asesinato de George Hare.

—Magda, a veces me agotas —musitó Juan.

—Lo siento.

—¡Quiero detener al asesino de Rafa casi tanto como tú! ¡Lo llevo colgado del alma desde hace trece años! ¡Y lo veo en ti cada vez que estamos juntos o hablamos por teléfono! ¡Rafa siempre está ahí! ¡Solo te pido calma, que no te precipites, que nos dejes trabajar! ¡Por primera vez estamos cerca, pero ahora esto va mucho más allá de Rafa!

—¿Y si se libran?

—No va a pasar.

Volvió a recordar las casas, el lujo. Prefirió callar. El dinero siempre abría puertas. Dinero y contactos. ¿No tenían los Smolensko una oficina en Ginebra? Eso significaba dinero en Suiza.

Se sintió desalentada. Aunque lograran detener a los Smolensko, se les acusaría de muchos delitos, pero no de asesinato.

—Estoy cansada, Juan —gimió.

—Lo sé, Magda. Lo sé de sobra —dijo como si la secundara el inspector de los Mossos.

—No puede ser tan complicado… —rectificó—. Al menos no debería serlo.

—¿Crees que aquí no nos damos muchas veces contra infinidad

de muros?

Recordó algo.

—¿Y lo de los pasajeros de los vuelos?

—Estamos en ello, contrastando nombres en viajes de ida y vuelta, consultando antecedentes. De momento nada, y ya te dije que era lo más probable que fuese así. —Se oyó una respiración prolongada antes de que la voz reapareciera—: ¿Dónde estás?

—En casa.

—Te juro que si encuentro algo, te llamo.

—No, no lo harás.

—No seas tonta.

—Querrás protegerme, evitarme que me meta en problemas o haga lo que no debo.

—Ten paciencia, solo eso.

¿Le decía que ya había ido a ver a los Smolensko?

No, mejor no.

Juan la ayudaba, la apoyaba siempre, tenía una deuda moral con ella, pero seguía siendo un buen inspector. La ley estaba por encima de todo.

—Gracias.

—Ni se te ocurra escribir nada de esto —la advirtió.

—No lo haré, tranquilo.

—Ponte una película, sal a cenar, llama a Néstor… Lo que sea menos quedarte sola con tus pensamientos.

Siempre estaba sola con sus pensamientos.

Cortó la comunicación, volvió a cerrar los ojos y, sin saber muy bien cómo, se quedó dormida.

36

Despertó cuando ya había anochecido, aunque no eran más que las ocho de la tarde. Al incorporarse notó una leve sensación de mareo. Llevaba horas sin probar bocado. Fue a la cocina y se preparó un bocadillo. Después de comerlo, siguió con hambre, regresó a la cocina y se tomó unos cereales con leche. Lo remató con una buena porción de chocolate negro. Era lo que más vitalidad le daba.

A las ocho y veinte telefoneó a Néstor. Le tranquilizó oír su voz al aparato.

—¿Qué haces?

—Nada, estoy bien.

—No te he preguntado si estabas bien, solo qué hacías. Por lo tanto deduzco que has estado mal.

—No me hagas también tú de psiquiatra.

—¿Quién más te hace de psiquiatra aparte de tu doctora? —Néstor, no estoy de humor, va.

—De acuerdo, ¿vienes?

—No.

—¿Voy yo?

—Tampoco.

—Vaya.

—No estoy en condiciones, en serio.

—Nos quedaremos tranquilos viendo una peli, te lo prometo. Si no quieres, ni siquiera hablaremos.

—Prefiero quedarme en casa. Estoy agotada.

—¿Sola?

—Como siempre —le recordó.

—No, como siempre no. —Néstor hablaba con un punto de tierna dulzura desde su lado más cariñoso, el que siempre ocultaba, o intentaba esconder, debajo de su capa más cínica, aunque no lo consiguiera todas las veces—. Sabes que hay gente a tu alrededor. Lo único que pasa es que esto te está agobiando demasiado. Las obsesiones matan.

—A veces no sé si haces de padre o de marido.

—Soy un amante muy concienciado —quiso puntualizar.

Aquella frase la hizo sonreír.

«Amante concienciado» era un binomio curioso. No quiso discutírselo. Ni hablar mucho más. Necesitaba… Ni siquiera sabía qué necesitaba.

—Siento haberte avisado tan tarde. Igual te da tiempo a llamar a otra.

No quería herirle. Y no lo hizo. Si algo tenía Néstor era la piel curtida.

Oyó una falsa risa de sarcasmo:

—¡Ja, ja!

—Vale, perdona —se arrepintió al momento—. No sé ni lo que me digo.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó él para que no colgara.

A Juan podía mentirle. Más aún: necesitaba mentirle. Con Néstor no valía la pena. La protegía y cuidaba, pero nunca le cortaba las alas.

Misión imposible.

—He ido a Seamar.

—Lo imaginaba. —Oyó la profunda respiración del abogado.

—Víktor Smolensko, el hijo, me ha echado. Luego he seguido a su hermana, Ekatherina, hasta la casa de sus padres, después hasta una nave industrial en Badalona, finalmente a su casa…

—Jesús…

—Juan me ha dicho que me esté quieta, porque los están investigando.

—¿A los Smolensko?

—Sí, por lo del *Poseidon Spirit*.

—Entonces bien, ¿no?

—Néstor… —Tragó saliva—. He estado cara a cara con él, con Víktor hijo, y de alguna forma… Bueno, sé que fue él. No pudo ser otro. Rafa descubrió la conexión de Bonardi con el *Yakir* y con Seamar. Lo de Malta es reciente, Ucrania está lejos. Al único lugar al que pudo acudir es a la naviera de Barcelona. Tuvieron que matarle. Se descuidó y…

—Magda, ¿quieres calmarte?

—Llevo trece años esperando esto. ¿Cómo quieres que me

calme?

—Si estás en lo cierto en todo, y tú raramente te equivocas, esos ucranianos son más que peligrosos. Y no digas que Ucrania está lejos. Desde el primer día, desde el primer momento con el lugarteniente de Bonardi, su sombra ha sido alargada. —No quiso insistir y agregó—: ¿Qué te ha dicho Juan?

—Lo que acabo de contarte, que no haga nada, que les deje actuar. Incluso a él le han dicho que no meta las narices porque detrás de los Smolensko ya van los de Vigilancia Aduanera, la Agencia Tributaria y la Policía Nacional.

—¿Lo ves?

—Sí, lo veo. —Se desesperó sin llegar a agitarse—. Pero ¿cuándo me he quedado quieta yo ante algo?

—No se trata de una noticia. Se trata de tu vida.

Su vida. Y la de Rafa.

—Estoy cansada, Néstor —le mintió—. Voy a acostarme.

—Mejor, sí.

—Gracias por estar ahí.

—Bueno, han sido cinco años que tampoco han estado mal, ¿verdad?

—Buenas noches.

Acabó la conversación.

Cinco años, sí. Cinco años desde aquella primera vez que había consolidado una extraña relación de amistad y sexo.

Continuó con el móvil en la mano y buscó el número de Yorgen. Se lo quedó mirando. Su dedo rozó la pantalla pero no llegó a ejercer la presión suficiente para establecer la llamada. ¿De qué serviría telefonearle? ¿Un poco de dolor y sentimientos frustrados? No había pasado nada y punto. ¿Se arrepentía? Tal vez sí. Ya no podía saberlo a ciencia cierta. Habría sido como en los años locos y absurdos, cuando despertaba con cualquiera sin recordar nada de la noche anterior. Hombres sin rostro. Ninguno capaz de hacerle olvidar el dolor.

De no haber sobrevivido al atentado de Afganistán…

En los últimos cinco años solo se había acostado con Néstor.

Necesidad.

Placer.

A veces le parecía que era perfecto, lo ideal. Otras que resultaba

patético. Pero la vida era eso: seguir y caminar entre los abismos.

¿Quién dijo: «La vida es un ruido entre dos silencios»? Alguien sabio, seguro.

Todavía sostenía el móvil en las manos. Acababa de renunciar a Yorgen. Le quedaba Beatriz Puigdomènech.

No, ella no. Estaba bien. Había vencido al pánico, superado el ataque de ansiedad.

Recordó una pregunta, en una de las primeras sesiones, cuando se abrió de par en par ante ella:

—¿Qué haría si estuviera cara a cara con el asesino de Rafa?

Lo meditó.

—No lo sé —dijo.

—Piénselo.

—Matarle, quizá.

—¿A riesgo de destrozar su propia vida?

—Tal vez.

—¿Cree que merecería la pena?

Nunca había matado a nadie. No sabía qué era eso, ni qué demonios podía sentirse.

Aunque el asesino de Rafa fuera una bestia y lo mereciera.

—¿Y el día que le cojan? ¿Se quitará un peso de encima?

—Supongo que sí.

—Aunque en España no haya pena de muerte.

—Si le cogen, pagará por ello.

Entonces la psiquiatra le dijo aquello:

—¿No ha pensado que esta espera es lo que la mantiene viva y cien por cien activa?

«Viva y activa».

Era su trabajo, pero desde la muerte de Rafa también su forma de correr, y correr, y correr.

Se sentó delante del ordenador y abrió Internet. Luego tecleó el nombre de Stefano Bonardi. Un par de veces, en los últimos días, su instinto la había advertido de algo. ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Con quién hablaba en ese momento? Pensó en Yorgen, en Aiden, recordó cada paso dado en Malta. Bonardi era un maltés afincado en Turín, capo de la mafia de la ciudad, perdedor de la guerra de clanes contra su rival Gaetano Cortese, evadido, asesinado…

Un minuto antes, hablando con Néstor, de nuevo la campanita

de su instinto había sonado sin que apenas se diese cuenta.

Mientras intentaba recordar, notando que volvía a acelerarse, abrió algunas páginas al azar. Hablaban del crimen de Barcelona, de la osadía del sicario. También de la fuga de la Modelo.

Konrad Mateigóvich, alias Corrado Matei, abatido a tiros, en coma… El único superviviente. El único que conocía los planes de Bonardi… porque seguramente los había orquestado él con sus contactos en Ucrania.

Corrado Matei. Herido. Coma. Herido. Coma.

Las palabras que acababa de pronunciar Néstor le golpearon la razón: «No digas que Ucrania está lejos. Desde el primer día, desde el primer momento con el lugarteniente de Bonardi, su sombra ha sido alargada».

El lugarteniente de Bonardi, con el nombre italianizado, pero tan ucraniano como los Smolensko.

Magda casi dejó de respirar.

Se olvidó de Stefano Bonardi y tecleó el nombre de Matei. Todas las referencias venían asociadas a su jefe, salvo unas pocas, siempre destacando la huida y la gravedad de su estado.

¿Cuándo había salido del coma? Y, sobre todo, ¿en qué estado?

Magda se echó hacia atrás en la silla y se quedó en suspenso. Su instinto ya no le hablaba con una vocecita apagada. Ahora le gritaba.

—Dios…

Estaba fría, como si en lugar de encontrarse en casa estuviera en plena calle.

¿Rafa y Corrado Matei? ¿Aquella mañana…?

Habían dado por sentado que el lugarteniente de Bonardi estaba casi muerto, postrado en la cama de un hospital, sin poder hablar ni moverse.

Coma. Coma. Coma.

La palabra empezó a martillearla.

Miró más páginas con los nombres de Matei y de Mateigóvich. Leyó una decena de ellas. En ninguna se mencionaba cuándo había salido del coma el ucraniano, ni en qué estado había quedado, ni si había vuelto a la cárcel ni a cuál había ido a parar, aunque lo más lógico era pensar de nuevo en la Modelo.

Todo aquel tiempo, el dato había estado ahí, ante sus ojos.

Tantos años…

—Rafa… —gimió dándose cuenta de que, finalmente, había encontrado el posible nexo.

MARTES

37

No era la primera vez que estaba en el Hospital Clínico por razones de trabajo. Dos investigaciones previas la habían llevado hasta allí en el pasado. Por esta razón, cuando preguntó por el director, solo tuvo que dar su nombre y esperar. Cinco minutos después estaba en su despacho, estrechándole la mano con una sonrisa.

—¡Magda Ventura! —La saludó efusivamente.

—¿Cómo está?

—¡Como siempre! —Abrió las manos en un gesto de normalidad —. ¡Por desgracia un hospital nunca está de temporada baja! ¡Me alegro de verla!

—Gracias.

Se encontró con la mirada cálida de aquel hombre. No siempre se recibía a los periodistas con cariño. Había quien los consideraba unos metomentodos, unos escarbadores de miserias o levantadores de alfombras en busca de las porquerías ocultas. El viejo estigma de la honradez y el valor de la prensa había quedado muy mermado después del alud de *paparazzis* en busca de exclusivas sensacionalistas a cargo de famosos de medio pelo o tras la malévola presidencia de Donald Trump, dedicado a colocar a la prensa en el lado oscuro del mal y a acusarla de mentirosa.

—Hacía mucho que no se pasaba por aquí, lo cual no sé si es bueno o malo. —El hombre mantuvo la sonrisa—. Pero la leo cada semana, bien lo sabe. A veces me pregunto de dónde saca el tiempo para meterse en tantos líos.

—Creo que los líos vienen a mí —contemporizó.

—Imagino que no ha venido a verme solo para desearme buenos días.

—No, desde luego.

—¿En qué anda metida ahora? Venga, dispare. Ya le dije una vez que su profesión me parecía apasionante.

—¿Más que salvar vidas o investigar soluciones médicas, como se hace aquí?

—Es diferente. Nosotros solo salimos en los periódicos o la televisión cuando descubrimos algo o anunciamos un avance significativo en la cura de una enfermedad. Usted, en cambio, escribe cada semana sobre un tema de interés y alcance. ¿No se sienta?

—No quiero molestarle. Serán dos minutos como mucho. Sé que presentarme así no ha sido lo más adecuado.

El hombre la estudió ahora con mayor detenimiento.

—¿Se encuentra bien? —preguntó de pronto.

—Sí. Bueno… ¿Lo dice por las ojeras? Esta noche no he pegado ojo. Y llevo unos días… llamémosles agitados. Gajes del oficio.

—Entonces dígame en qué puedo ayudarla —se ofreció.

—¿Recuerda la fuga de la Modelo de hace trece años?

—Claro que sí. Fue espectacular. Además, *todos los* heridos acabaron aquí y esto se llenó de policías, medios informativos… Son situaciones que no se olvidan.

—Me interesa uno de aquellos evadidos: Corrado Matei.

—Sí —asintió el director del Clínico—. Llegó medio muerto, con cuatro balazos. Por suerte para él tenemos a los mejores médicos y le salvamos la vida, aunque me consta que quedó muy mal después.

—¿Sigue por aquí alguno de los que le operaron?

—Déjeme recordar… —Hizo memoria. Después rodeó su mesa, comprobó algo en el ordenador y sonrió—. Sí, el doctor Suñol. Elías Suñol. Todo un veterano.

—¿Podría hablar con él?

Su interlocutor miró la hora.

—Está en el quirófano en este momento. Si vuelve mañana…

—Es urgente.

El hombre pareció echarse a reír.

—¿Cuándo no lo es? ¡Ustedes, los periodistas…!

—¿Y si espero a que termine?

—¿Sabe que hay operaciones que duran ocho horas?

Magda no se desanimó.

—¿Puede comprobar si es de esas?

—Vamos a ver… —El siguiente examen fue más paciente—. Sí, si no hay complicaciones, la intervención que está llevando a cabo su equipo debería terminar en cuestión de cuarenta y cinco minutos, una hora a lo sumo.

—Entonces, ¿puedo esperar?

—¡Por supuesto! —se rindió él—. ¿Me va a contar de qué se trata por lo menos o tendré que esperar a leerlo en *Zona Interior*?

—Tendrá que esperar, lo siento —lamentó ella—. Es secreto.

—¿Una bomba informativa?

—Tal vez.

—La acompaño.

Salieron del despacho y caminaron unos metros hasta una sala de espera de lo más aséptica, alicatada con rasillas blancas hasta el techo, como si la hubieran construido en el siglo XIX. El director del Clínico se despidió de ella con la misma efusividad.

—Diré que avisen a Suñol, descuide.

Magda se quedó sola. No llevaba el portátil. Había temido que el día fuera agitado y prefería ir liviana, sin cargas ni pesos, para moverse rápido. Pero odiaba leer cosas en el móvil. Demasiado pequeño. Pasó la primera media hora aburrida hasta que se rindió y le echó un vistazo a la prensa digital.

Empezó a impacientarse al cumplirse la hora de espera. Se asomó por la puerta de la sala un par de veces sin ver a nadie a quien preguntar.

Pasaban cinco minutos de la hora cuando apareció él. Elías Suñol debía de estar por los cincuenta y algunos años, tenía escaso cabello y el rostro afable. Llevaba una bata blanca limpia. Probablemente se había cambiado después de la intervención de primera hora. Se la quedó mirando un par de segundos con respeto.

—Es un placer —le dijo.

—Siento molestarle —se excusó ella—. Si no se tratara de algo urgente…

—No se preocupe. Suelo leerla. ¿Y sabe algo? Siempre me la había imaginado así.

—¿Así, cómo?

—Lanzada.

Estuvo a punto de echarse a reír.

—Pues le aseguro que cuando investigo algo suelo ser de lo más paciente.

—¿En qué puedo ayudarla? —Fue al grano el doctor sin perder su amabilidad—. Tengo otra operación en veinte minutos. El director me ha dicho que es algo relativo a la fuga de la Modelo de

hace unos años.

—Usted le salvó la vida a uno de los fugados. Corrado Matei, aunque en realidad se llamaba Konrad Mateigóvich.

—Sí, lo recuerdo bien. De todos los heridos fue el caso más extremo. Estuvimos un montón de horas en el quirófano. Dos de las cuatro balas eran casi mortales, una a un milímetro del corazón, otra en la cabeza afectando al lóbulo… No diré que fue un milagro, pero casi. Y eso que el hombre había matado a un funcionario a sangre fría. Algo que no nos afecta, pero pesa. Se comentó durante la intervención.

—¿Cuántos días estuvo en coma?

—No lo recuerdo, pero fueron bastantes. Cuando salió de él apenas podía hablar o razonar, tenía lagunas de memoria… Parecía un zombi. Por lo que sé, estuvo convaleciente muchas semanas antes de volver a la cárcel. Para entonces no era más que una sombra de sí mismo. Imagino que lo metieron de nuevo entre rejas en lugar de llevarlo a cualquier otra parte por su historial delictivo y por la muerte de aquel funcionario. Debido a ese delito tampoco lo extraditaron a Italia.

—¿Tuvo visitas?

—Mientras estuvo en el hospital no, que yo sepa. No tenía a nadie aquí.

—¿Una novia, una amante…?

Elías Suñol negó con la cabeza un par de veces.

—¿Habló con él?

—No. Me limité a la visita diaria para ver su estado.

—¿Y la policía?

—Trataron de interrogarlo tras el coma, pero al comienzo no hubo forma. Después ya no lo sé. Balbuceaba incoherencias. Ya le digo que era como un muñeco roto. Dudo que pudiera contar algo con un poco de sentido. Y si fingía para salvar la vida después de que mataran a su jefe, lo hacía muy bien.

—¿Con quién pudo hablar más tiempo estando aquí?

—Con Mireia Camps, la jefa de enfermeras de planta. Era una mujer muy animosa. Si los pacientes no hablaban, lo hacía ella. Les hablaba hasta a las plantas, para darles cariño. Una persona excepcional.

—¿Ha dicho «era»?

—Se jubiló al año pasado.

—¿Sabe dónde vive?

—Se lo dirán en administración. Venga, la acompaño.

—Gracias.

Salieron de la sala y caminaron por uno de los pasillos. Magda intentaba no mirar a nadie. Odiaba los hospitales. Odiaba el dolor. Le dolía el estómago solo por el hecho de recordar Afganistán y su convalecencia en casa después, con médicos y más médicos, pruebas y más pruebas. Allí, en el Clínico, se cruzaba con enfermos en sus camillas, con familiares envueltos en lágrimas, con silencios cargados de presagios. Y, entre unos y otros, los médicos y el personal que trataba de devolverlos a la normalidad y a la vida. La gente que caminaba por la calle no miraba nunca las ventanas de los hospitales. Pero quienes esperaban al otro lado de esas ventanas, enfermos o familiares, sí miraban a la calle, envidiando a los que iban de un lado a otro sanos e indiferentes.

Lo malo era que todos, un día u otro, acababan convirtiéndose en espectadores de la vida al otro lado de una de esas ventanas.

Magda dejó de pensar en todo eso cuando se sentó de nuevo en la moto, se puso el casco y se dirigió a las señas de Mireia Camps que acababan de darle en el hospital.

38

Había jubilaciones inapropiadas, y la de Mireia Camps debía de ser una de ellas. La mujer que le abrió la puerta era mayor, sí, pero se la veía en forma, llena de energía y firmeza. Tenía un rostro de mirada limpia, labios sonrientes, cuerpo de matrona capaz de resistir todavía horas y más horas en una guardia. Cuando Magda le dijo que venía del Clínico y que el doctor Suñol le había dado sus señas, le abrió la puerta de par en par.

No leía *Zona Interior*, pero eso le dio igual. Quizá lo de pasar de tener un puesto de responsabilidad en un hospital a resignarse a vivir en casa sin hablar con nadie o casi nadie fuera lo peor.

—¡Periodista! —repitió por tercera vez mientras se sentaban en una galería soleada del Ensanche—. ¡Esta sí que es buena, a mis años! ¿Y qué está investigando? ¿En qué puedo ayudarla yo? ¿Quiere tomar algo? ¿Ha dicho que se llamaba…?

—Magda Ventura. No, gracias. Ya he desayunado.

—¿Así que ha hablado con el bueno del doctor Suñol? —Sí.

—¡Gran persona! ¿Verdad? ¡Y gran médico!

—Eso me ha parecido. También él tiene una fantástica opinión de usted.

—¡Qué caray, es que fueron muchos años! —Se inclinó hacia delante, como si le contara un secreto—. Allí las he visto de todos los colores, ¿sabe? Vamos, que entré con veinte años y hasta la jubilación…

—Para escribir un libro.

—¡Ya puede decirlo, ya! ¡Si supiera escribir como usted…!

—Quiero hablar con usted sobre un paciente que tuvo hace trece años.

—¿Trece años? —Pareció asombrada—. Vaya, debe de ser algo importante. ¿De quién se trata?

—Corrado Matei, aunque su nombre real era Konrad Mateigóvich.

—¿El mafioso?

—Sí.

—¡Vaya si me acuerdo de él! —se animó radiante—. ¡He tenido heridos de bala, personas a las que he visto morir, curarse…! ¡De todo! Pero lo que es este caso…

—¿Lo dice por haberse fugado de la Modelo?

—¡Lo digo porque fue un milagro! —Levantó las cejas con asombro—. Los médicos le salvaron la vida, de acuerdo, pero luego, salir del coma, recuperarse… Zombi perdido, eso sí. No daba pie con bola. Pero con una bala en la cabeza y otra rozándole el corazón… Me acuerdo bien, sí. Lo tuve muchos días a mi cuidado, Asesino o no, era un paciente. Le hablaba cuando estaba en coma. Y cuando abrió los ojos creo que reconoció mi voz. Yo lo miraba y pensaba: «¿Tú eres un mafioso?». Lo digo porque tenía en la cabeza imágenes de películas, Marlon Brando haciendo *El padrino*, cosas así. Y él, en cambio, era muy poca cosa. Encima, tan deteriorado… Yo creo que mejor se hubiese muerto, mire lo que le digo.

Había sido una larga perorata. Magda intentó reconducirla.

—¿Recuerda si le interrogó la policía cuando salió del coma?

—Lo intentaron.

—¿Cómo que lo intentaron?

—Vinieron un par de veces al hospital, pero él estaba muy ido. Por un lado, apenas podía hablar. La bala de la cabeza le había afectado algunas funciones motrices. Por el otro, tenía pérdidas constantes de concentración, era imposible mantener una conversación con él más allá de lo más simple.

—¿Pudo fingir?

—¿Qué quiere decir?

—A su jefe, Stefano Bonardi, le mataron en la Modelo para que no abriera la boca acerca de un asunto en el que estaba metido. Eliminándolo no comprometía ya a nadie. Corrado mantuvo igualmente el plan de huida que habían trazado, en parte temiendo por su vida y en parte porque ya que estaba organizado, solo quedaba dar el paso. Al entrar de nuevo preso, quizá se supiese un objetivo nuevamente viable. Fingiendo que estaba ido, como usted acaba de decir, pudo dejar claro que no pensaba hablar.

Mireia Camps reflexionó sobre las palabras de Magda.

—Todo es posible —dijo más calmada—. Pero yo recuerdo muy mal a ese hombre. Pasaba los días en la cama, con la mirada

perdida en el techo, o sentado en una silla con los ojos fijos en el suelo. Le hablaba y tardaba en contestar. Era como si lo procesara todo muy despacio.

—Usted sabía que iban a devolverlo a la cárcel.

—Sí, claro.

—¿Le pusieron vigilancia policial?

—Estando en coma, sí. Después, cuando trataron de interrogarle y vieron que no daba pie con bola, dejaron de vigilarlo. Más que evitar que lo mataran, creo que lo que pretendían era que no volviera a escaparse. Y, desde luego, para eso no estaba. Aparte del habla y la concentración, no podía ni andar. Ya le digo que era una sombra humana.

—¿Y usted? ¿Habló con él?

—Lo justo. Siempre he sido habladora y extrovertida. Le daba los buenos días, le preguntaba cómo estaba… Cosas así.

—¿Le respondió alguna vez?

—No, nada. Lo único que a veces deliraba, eso es todo. Murmuraba cosas entre dientes. Decía mucho algunas palabras: *vuk, fakir, simar*… Tampoco sé si sonaba así o era el acento. Si lo recuerdo es por la repetición, porque después de tantos años…

—¿Se lo comentó a la policía?

—No. Ni me preguntaron. Ya le digo que después de intentar interrogarle un par de veces, no volvieron.

—*Vuk, fakir, simar*… ¿Está segura?

—Sí, más o menos.

—¿Recibió alguna visita?

—No.

Era el momento adecuado. Magda sacó una fotografía de Rafa. Contuvo la respiración.

—¿Vio a este hombre en el hospital alguna vez?

Esperaba cualquier reacción por parte de la exenfermera menos aquella: se echó a reír.

—¿Que si le vi? ¡Menudo caradura!

—¿Le recuerda? —Consiguió mantener la calma.

—Vino un día, con el paciente ya fuera del coma. Le pillé merodeando, porque la Unidad de Cuidados Intensivos está muy controlada, y le pregunté qué quería. Me dijo que hablar con Matei. Le comenté que no era posible, le expliqué las razones y se marchó.

O eso creí yo. Debió de coger una bata de un cuarto de material, como en las películas, y regresó para colarse en la habitación. No creo que estuviera dentro más de cinco minutos, puede que incluso menos. Cuando me di cuenta de su presencia, lo eché. Está claro que era periodista, como usted.

—Así que cree que habló con él.

—No sé si lo consiguió al cien por cien, y en caso de que lo lograra, no tengo ni idea de lo que pudo decirle Matei, porque divagaba mucho. Pero sí, creo que algo hablaron. Cuando entré en la habitación estaba inclinado sobre la cabeza del enfermo, con el oído junto a sus labios. Luego ya le he dicho que le eché. Y no se detuvo a discutir, no. Se fue corriendo.

Parecía orgullosa. De hecho, lo estaba.

—¿Sabe que le mataron ese mismo día, unas horas después?

Se quedó seria.

—¿Ese día?

—Sí.

—¿Está segura?

—Sí, lo estoy —repuso Magda.

—Pues la verdad es que no me enteré de su muerte cuando sucedió. Tampoco es extraño, porque el trabajo en un hospital es muy absorbente y yo nunca he sido de leer periódicos o ver la televisión. Son muchas horas, muchas guardias, mucha responsabilidad si encima eres la jefa. Además, a los pocos días, después de que se llevaran a Corrado Matei, me fui de vacaciones. Creo que hasta pasados unos meses no vi su foto por casualidad y lo recordé. Caradura o no, parecía simpático. —Se le ensombreció un poco el semblante—. Que lo mataran el mismo día que estuvo en el Clínico… Eso no lo sabía. Es la primera noticia. Vamos, ni se me ocurrió que pudiera haber sido entonces.

Magda tragó saliva. Finalmente, el nexo. Rafa, Corrado Matei, lo que pudo balbucearle el herido o lo que oyó en aquellos cinco minutos. No tenía ni idea de qué significaba «vuk». Pero, desde luego, lo que gemía no era «fakir» ni «simar», sino «Yakir» y «Seamar», pronunciando en inglés la primera sílaba.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Mireia Camps.

—Sí, sí.

—Se ha quedado pálida, oiga.

—A veces me dan bajones de azúcar, ya sabe —mintió.

—Voy a prepararle un té. —Se levantó la mujer.

—No es necesario, gracias…

No le hizo caso. Ya caminaba en dirección a la cocina, dispuesta a prepararle un té y a continuar charlando con ella.

Un alto en la monotonía de su vida.

39

Llamó por teléfono a Juan nada más pisar la calle.

Se mantenía en pie. Ahora más que nunca.

Cruzó los dedos deseando encontrarle, porque si estaba en mitad de alguna investigación se la comerían las horas y la ansiedad. La ventaja era que le llamaba al móvil. Cuando Juan veía su nombre en la pantallita, respondía siempre.

La voz del inspector de los Mossos d'Esquadra la ayudó a calmarse un poco.

—¿Sí, Magda?

No hubo saludos ni cortesías. No eran necesarios.

—¿Sabes si Corrado Matei sigue preso?

Una pausa. Casi oyó el rumor de los pensamientos de su amigo.

—Sí, creo que sí. Mató a aquel funcionario el día de la evasión. En este caso no hay extradición posible aunque la justicia italiana lo reclamara, que no lo sé. El objetivo de los italianos era Bonardi. Una vez muerto…

—¿Adónde llevaron a los presos de la Modelo cuando cerraron la cárcel?

—Pues… —Otra pausa—. Los repartieron, claro. Lledoners, Brians… ¿Por qué?

—Necesito saber en qué prisión está Matei.

Ya no hubo reconvenciones por su parte. Eran inútiles. Juan se limitó a contestarle.

—Lo averiguaré.

—Por favor.

—¿Me llamas en un rato?

—No, Juan. Ahora.

—Coño, Magda.

—Solo has de entrar en el ordenador.

—¿Y qué harás, ir a verle y hablar con él?

—Sí.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees?

—¡No te dirá nada!

—Puede que no sea necesario. Me bastará con mirarle a los ojos mientras se lo cuento yo.

—¿Contarle qué?

—Todo lo que sé.

—Entonces voy contigo.

—No sé cómo estará este hombre, si ya coordina o no, si finge o no, si seguirá con miedo o no, pero a pesar de los años transcurridos, sabes muy bien que si huele a un poli no abrirá la boca.

—¿Y si vas sola lo hará?

—Te repito que no lo sé, pero voy a intentarlo. Es lo único que me queda. La gente suele hablar con los periodistas. Y más si ha pasado el tiempo. Algunos se liberan, otros recuperan protagonismo…

—Magda, ¿vas a decirme qué has averiguado? ¿A qué viene esto ahora? No habrás ido a ver a los Smolensko, ¿verdad?

Se mordió el labio inferior. Odiaba mentirle a Juan. Era la mejor persona que se mantenía a su lado desde aquellos días. Posiblemente la única aparte de su familia.

—Lo teníamos delante de los ojos, Juan —susurró como si fuera una confesión y obviando la última pregunta—. Matei era ucraniano, igual que los del *Yakir*, la naviera Merezha o los de Seamar. Solo que entonces no sabíamos nada de todo esto, ni del tráfico de armas orquestado por él y por Bonardi. Por eso no atamos cabos. Era imposible. Lo del *Yakir* duró semanas y se diluyó con el tiempo. Nada lo relacionaba con Bonardi, y menos aún con Matei. Después de la fuga de la Modelo, Matei estaba en coma, pero salió de él. Mal, pero salió. La policía trató de interrogarle inútilmente. Sin embargo, fue siempre la clave para llegar hasta los Smolensko. Por eso necesito verle, y hacerlo a solas, cara a cara. Ese hombre es todo lo que nos queda.

Hubo un largo silencio. Media docena de segundos que parecieron eternos. Juan debía de estar mirando el ordenador mientras hablaba con ella.

—Está en Brians 2 —dijo.

—¿Puedes llamarles y avisar de que voy a verle?

—Sí, puedo.

—Gracias. —Pareció que iba a despedirse.

—No, espera. Cuéntame más. ¿Cómo has unido las piezas?

Magda resopló.

De todas formas, era justo que lo preguntara, y lo sabía.

Juan Molins la había metido en todo aquello al llamarla para contarle la concordancia del arma que había disparado a Rafa y a George Hare. El resto lo había hecho por sí sola, pero el detonante había sido él.

Ordenó sus pensamientos.

—Todos creímos que la mafia era la responsable de la muerte de Stefano Bonardi. Encajaba. No había más. Todos, incluso Rafa y yo, lo tuvimos claro. Sin embargo, aquella mañana, él debió de ver la luz. O al menos un pequeño resquicio. Corrado Matei estaba en el hospital, primero en coma y después, según los médicos, medio ido, en un estado lamentable, con dificultades para hablar y moverse. O sigue vivo gracias a eso, o cerró la boca para siempre y los asesinos de Bonardi ya no tuvieron que molestarse en acabar con su vida. También es posible que, con el paso de las semanas y los meses, la cosa se enfriara. Sea como sea, o no hizo falta matarle o le dejaron en paz, eso ya no lo sé. Pero aquel día Matei ya no estaba en coma. No sé si Rafa lo sabía o no. Lo cierto es que fue a verle.

—¿Estás segura de eso?

—Acabo de hablar con la enfermera que cuidaba de Matei. Ha reconocido la fotografía de Rafa. Se vistió de médico para entrar en la habitación. Según ella, solo fueron cinco minutos o menos. Pero bastó para que Rafa oyera algo.

—¿Qué pudo oír?

—La enfermera me ha dicho que Matei deliraba y hablaba en sueños o cuando lo pasaba mal a causa del dolor. Entre las palabras que susurraba hay tres que son significativas. Una no sé que significa: «vuk». Las otras dos eran «Yakir» y «Seamar». No dichas exactamente así, porque gemía y ella las interpretó como «fakir» y «simar». Pero es evidente que se refería al barco secuestrado por los piratas somalíes y a la naviera de Barcelona.

—¿Me estás diciendo que, después de ver a Matei, Rafa se dirigió a Seamar?

—Sí, Juan, te estoy diciendo esto. Ellos lo mataron. Víktor

Smolensko hijo lo asesinó u ordenó su muerte a alguien de confianza.

—¿Y si te digo que eso no pudo ser así?

—¡Ha de ser así! —se desesperó—. ¡Ya sé que no tengo pruebas, pero ha de ser así!

—Magda, ¿por qué no te pasas por aquí?

—¿Para qué?

—Para charlar de esto tranquilamente.

—Ahora no, Juan. Por favor. —Recuperó el hilo de la conversación—. ¿Qué quieres decir con eso de que no pudo ser así?

—Llevo todo el día con esto. Y también he hablado con los mismos que me dijeron que no hiciera nada, para contrastar algunas cosas —continuó paciente—. Hemos reconstruido los pasos de los Smolensko el día de la muerte de Rafa. No ha sido difícil a pesar del tiempo. Después del infarto del padre, su hijo se ocupó de Seamar. No sabemos si Víktor Smolensko júnior siguió los pasos de su padre con el tema del tráfico de amas, o si fue al tomar las riendas cuando cambió la orientación de la empresa. En cualquier caso, da lo mismo. Los días previos a la muerte de Rafa y los posteriores, cuando aún coleaba lo del *Yakir*, Víktor Smolensko estaba en Odesa.

—¿Y qué? Pudo dar la orden por teléfono.

—¿Rafa fue a Seamar, se asustaron, llamaron urgentemente a Víktor, dio la orden y, nada más salir a la calle, le mataron?

—Sí.

—Piénsalo, Magda. Si Rafa visitó Seamar como dices y la reacción al sentirse descubiertos fue acabar con su vida, la decisión tuvo que tomarse en caliente, allí mismo. Y hay algo más por cuyo motivo Víktor no pudo dar esa orden. ¿Por qué crees que sabemos que estaba en Odesa?

—¿Qué hacía allí?

—Enfrentarse a un juicio junto con su tío. Víktor Smolensko estaba detenido esos días. Regresó a España al ser exonerado.

Magda volvió a sentir aquella punzada en las sienes. La misma que notaba siempre cuando algo daba un giro inesperado. De ciento ochenta grados.

—Dios… —exhaló—. Entonces fue ella… Fue Ekatherina.

40

Brians 2 estaba en Sant Esteve Sesrovires, en la carretera de Martorell a Capellades. Según el GPS del móvil, a cuarenta minutos de Barcelona. El problema no era la distancia, sino su estado. El tsunami de sus emociones. Manejar la moto con la ansiedad que sentía no era lo adecuado. Aunque tampoco tenía otra opción. Saber quién había ordenado matar a Rafa era una cosa, despejaba la principal incógnita. Pero la otra, la esencial, seguía siendo demostrarlo. Sin pruebas, no tenía nada.

Pensó en Ekatherina Smolensko.

Rafa había ido a verla estando sola, con su hermano Víktor en Odesa, y lo único que se le ocurrió a la hija de puta fue… matarlo. Quizá incluso ella misma.

No, eso no. Habían visto correr a un hombre.

—Cálmate, ¿quieres?

Necesitaba controlarse.

Puso en marcha la Honda y enfiló la Diagonal y la autopista B-23 al final de ella. Después enlazó con la AP-7. Llegó a Brians 2 en los mismos cuarenta minutos anunciados por el GPS porque en ningún momento dio más gas de lo permitido ni cometió locuras de motero. Después de trece años las prisas ya no servían de nada.

Cuando estacionó en el aparcamiento de la cárcel se tomó su tiempo antes de bajar de la moto. Beatriz Puigdomènech siempre le recomendaba algunos ejercicios de relajación en casos de ansiedad o subidas extremas de tensión.

Respiró. Si no se concentraba, aquello no serviría de nada.

Luego se quitó el casco, lo guardó y se acercó a la entrada.

Solo tuvo que dar su nombre. Juan había cumplido con su parte. Le franquearon el paso y accedió al recinto en forma de media luna, característico por el color verde claro de los techos de los pabellones. Una vez en el interior, pasó los sucesivos controles y dejó sus pertenencias en una taquilla. Lo único que no sabía era si Corrado Matei querría recibirla. Tampoco tenía ni idea de su

estado.

Trece años, después de haber sido herido y quedar tocado, era mucho tiempo.

Quizá por la llamada de Juan, quizá porque así era el protocolo habitual en Brians, la hicieron pasar a un cuartito individual, no a una sala colectiva. Allí había una mesa y dos sillas, frente a frente. Se sentó y transcurrieron casi diez minutos antes de que volviera a abrirse la puerta. Por ella apareció Corrado Matei y el guardia que lo acompañaba. No iba esposado ni nada parecido.

El lugarteniente de Stefano Bonardi era un anciano. Tal vez prematuro, pero anciano a fin de cuentas. Estaba tan delgado que parecía un sarmiento. Estatura media, ligeramente encorvado, cabello largo y revuelto, ropa de lo más vulgar y viejas zapatillas deportivas. Llevaba una chaqueta de chándal por encima de un gastado jersey. Los ojos eran dos rendijas apretadas que no permitían ver las pupilas. La boca, un sesgo horizontal desprovisto de carne. Iba mal afeitado. El largo cabello no le tapaba del todo la sien izquierda, la cicatriz dejada por la bala que casi le había costado la vida junto a la que había ido a parar a un milímetro de su corazón.

Cuando se sentó delante de ella, Magda reparó en sus manos. Diez dedos artríticos, engarfiados, nudosos.

El preso esperó. La miró fijamente, sin mover un solo músculo.

Quizá era la primera mujer que veía en mucho tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó con una voz densa, cavernosa y poco fluida.

Una voz a la que le costaba articular debidamente las palabras.

Magda se sintió perdida antes de empezar.

Aquel hombre llevaba trece años con la boca cerrada. Lo primero que tenía que calibrar era su estado mental.

—Me llamo Magda Ventura. Soy periodista. Trabajo en la revista *Zona Interior*.

No hubo respuesta.

Corrado Matei era una estatua presidida por la máscara de su rostro.

—¿Puedo hablar con usted? —continuó ella.

—Ya lo está haciendo. ¿Qué quiere?

«Olvídate de Rafa —le gritó su propia voz interior—. Eres

periodista. Actúa como tal. Siempre has sido buena en las distancias cortas. Ese hombre no es más que un viejo medio ido».

—En primer lugar, quiero darle las gracias por recibirme.

El exmafioso arqueó una ceja.

—Una visita es una visita. Rompe la monotonía.

—¿Nadie viene a verle nunca?

De nuevo, no hubo respuesta directa. Pero sí una afirmación sorprendente.

—Leo su revista.

—¿Ah, sí?

—Tiene una pluma afilada.

—Gracias.

—¿Va a escribir sobre mí?

—Tal vez.

—Entonces váyase y olvídeme. —Hizo el ademán de levantarse.

—No, espere —lo detuvo Magda.

Corrado Matei volvió a sentarse.

—¿Sabe por qué estoy vivo? —Arrastró cada palabra—. Porque ya nadie se acuerda de que estoy aquí.

—Y porque nunca ha dicho nada.

—También.

—Yo no voy a escribir sobre usted, señor Matei. ¿O prefiere que le llama Mateigóvich?

Se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Si le hago unas preguntas, ¿me las contestará?

—Depende.

—Si le prometo no mencionar su nombre…

—¿Me está proponiendo un trato?

—Llámelo así.

La escrutó a través de las rendijas de los ojos.

—¿Va a preguntarme sobre Bonardi, su asesinato, la fuga de la Modelo…?

—No.

—Entonces no entiendo qué quiere de mí.

—¿Sabe que han detenido un barco cargado de explosivos en Creta y que han asesinado a un hombre llamado George Hare en Malta?

—No. ¿Debería estar enterado?

—Supongo que no, pero ese barco llevaba explosivos desde Barcelona a través de la naviera Seamar, pantalla de otra compañía ucraniana llamada Merezha. ¿Le suena?

No contestó. Ni siquiera respiró de más o alteró un solo músculo. No podía verle las pupilas, así que tampoco le traicionaron sus ojos, si es que hubo alguna reacción a través de ellos.

—El hombre de Malta fue asesinado con la misma pistola con la que mataron a un periodista llamado Rafael Govern hace trece años, poco después de su intento de fuga de la Modelo —acabó su explicación ella.

La respuesta, lacónica, tardó otros cinco segundos en llegar.

—Entiendo —dijo Corrado Matei.

—¿De verdad?

—No razono con rapidez, pero no soy idiota —manifestó.

—Usted habló con Rafa Govern el día que le mataron.

El silencio fue atronador.

—Fue al Clínico, se disfrazó de médico —siguió Magda—. Entró en su habitación y no estuvo más de cinco minutos, pero habló con él, porque al marcharse se dirigió a Seamar y, al salir de allí, le asesinaron.

—¿Cómo sabe que estuvo en el Clínico?

—Lo sé, y es suficiente. También sé que usted solía delirar y decir tres palabras: «vuk», «*Yakir*» y «Seamar». A Stefano Bonardi le asesinaron cuando lo del *Yakir* salió mal por culpa de los piratas somalíes. Una operación probablemente orquestada por usted, ya que siendo ucraniano tendría contactos con los Smolensko y la naviera Merezha.

Tras cada andanada verbal de Magda, el silencio era más grande. Esta vez, Matei se inclinó hacia delante, clavó los codos en la mesa, unió las manos en lo alto y apoyó la cabeza en ellas. Su rostro se endureció por momentos y las arrugas se le hundieron en la carne como si algo las succionara por dentro.

—Está usted loca —dijo el hombre.

—No, no lo estoy. Sé de qué hablo.

—Le digo que está loca por eso último, no porque no sea verdad lo que me dice. ¿Por qué tiene interés en esto tantos años después?

¿Y qué tiene que ver ese barco retenido en Creta con el *Yakir*?

—Rafa Govern era mi novio.

Otro proceso mental. Uno más.

—Señor Matei…

—¿Quiere un consejo? Olvídese de todo esto.

—No voy a hacerlo. ¿Qué le dijo a Rafa Govern? ¿Se le escapó lo de Seamar sin darse cuenta? Oiga. —Hizo un intento desesperado —. Soy una mujer de palabra. Si salgo de aquí sin que me diga la verdad, escribiré la historia y su nombre aparecerá en letras de molde. Puede que se le acabe la tranquilidad. Si habla conmigo, le juro que usted quedará al margen. Lo único que quiero es coger a Ekatherina Smolensko.

—¿Por qué a ella?

—Porque fue ella quien ordenó matar a Rafa Govern. Su hermano Víktor estaba en Odesa y su padre, convaleciente todavía de su infarto. Rafa la pilló sola, se descubrió, iba a contar lo del *Yakir*, Bonardi… y Ekatherina reaccionó a la desesperada.

—Vaya —suspiró—. Es usted buena.

—¿No dice que lee *Zona Interior*? Debería saberlo.

—Mire. —Hizo un esfuerzo por parecer convincente—. No sé de qué va lo de ese barco que dice que está retenido en Creta, pero si trece años después han matado a una persona utilizando la misma arma con la que asesinaron a su novio es porque ahí afuera las cosas continúan igual, ¿no lo entiende? Si sigue haciendo preguntas acabará tan muerta como él. ¿Es eso lo que quiere?

—Quiero la verdad.

—¿Y a qué precio? —Subió un poco el tono de su voz—. ¿Vale la pena pagarlo? ¡Ustedes los periodistas se creen al margen de todo, invencibles, inmortales, y no lo son! ¿No dicen que es una de las profesiones de mayor riesgo en la actualidad? ¡Por algo será! — Abrió las manos para dar más énfasis a sus palabras, atropelladas por la dificultad de pronunciarlas en su estado pero más y más coherentes a medida que se excitaba—. ¡Hay cosas demasiado grandes, con demasiados intereses, y no solo locales! ¡Esto no es como tirar de un hilo para desenredar un ovillo! ¡Es un ovillo hermético y cerrado!

—¿Cree que voy a dejar impune el asesinato del hombre con el que me iba a casar dos semanas después de su muerte?

Corrado Matei pareció sonreír. Quizá fuera solo un espasmo.

—Así que todo es por amor —dijo desgranando las palabras.

—¿Hay algo más importante?

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y dos años.

—No es ninguna niña.

—No, no lo soy. ¿Y qué?

El hombre perdió la rigidez y volvió a echarse para atrás. Magda empezó a preocuparse por si de un momento a otro aparecía un guardia y ponía fin a la visita.

—Dígame si habló con Rafa Govern o si él solo le oyó delirar —volvió a la carga—. Cuéntemelo y le juro que puedo hacer que su vida aquí sea mucho mejor de lo que creo que es.

Ahora sí, el exmafioso sonrió. De verdad. Una sonrisa en la que solo asomaron la mitad de los dientes.

—¿De qué forma me haría mejor la vida aquí?

—Usted pida. Tengo amigos en la policía. Trece años, y teniendo en cuenta su estado después de las heridas que recibió, son muchos años.

—¿Me haría un vis a vis? —Acentuó la sonrisa.

—Yo no. Pero puedo mandarle a alguien.

Las rendijas se abrieron. Los ojos le brillaron.

—Es usted valiente.

—Sí, me consta.

—Loca, pero valiente.

—Cuando mataron a mi prometido, también me mataron a mí. No tengo nada que perder —mintió en la parte final.

—No diga eso. Es joven, y guapa.

—¿De qué hablaron Rafa y usted? —repitió una vez más la pregunta.

Ya le tenía donde quería. Finalmente.

—Lo recuerdo, sí. —Reapareció la calma en el preso—. Dadas las circunstancias, fingía encontrarme peor de lo que estaba. La policía había intentado interrogarme, pero con la gravedad de mis heridas y recién salido del coma… me hice el tonto. No me fiaba de ellos. Tenía miedo. Y, de todas formas, ¿qué iba a contarles? Todo el mundo estaba seguro de que a Stefano le había matado la mafia turinesa. ¿Iba a meterme en más problemas? Era mejor la cárcel y

cubrirme las espaldas que largar de más. Era absurdo contar lo del *Yakir*. —Se pasó la lengua por los resecos labios—. Entonces, aquel día, apareció ese hombre con bata de médico. Me dijo que era periodista, que me protegería. Que si al final me mataban de todas formas, tenía que darle algo para que los responsables pagaran. Esa fue su jugada, sí. —Apretó los labios en una mueca de admiración —. «Darle algo». Ni Stefano ni yo tuvimos la culpa de que esos piratas asaltaran el *Yakir*, pero al irse al garete la operación, los Smolensko no quisieron dejar cabos sueltos. Lo único que buscaron fue protegerse. Mataron a Bonardi y yo quise escaparme de la Modelo igualmente por seguridad, siguiendo los planes que ya teníamos. Los periódicos dijeron luego que yo estaba en coma, después grave, que no recordaba nada, que no hablaba… Pasé miedo un tiempo, hasta que poco a poco o bien se olvidaron de mí o comprendieron que no iba a hablar. ¿De qué? Ni me convenía ni era necesario. Pero a su novio le dije aquel día la palabra clave: Seamar. Imagino que él hizo el resto. Le «di algo» —remarcó las dos palabras— para que alguien me vengara en caso de morir.

—Y a quien mataron fue a él.

—Lo siento.

Tenía la confirmación. Ya no había dudas. Seamar, Ekatherina Smolensko.

Quedaba la última incertidumbre.

—¿Qué significa «vuk»?

—¿No lo ha mirado en Internet?

—No he tenido tiempo.

—No seguirá mi consejo si le digo que se aparte de él, ¿verdad?

—¿Es una persona?

Corrado Matei chasqueó la lengua.

—Vuk significa «lobo» en serbio.

Magda notó el aldabonazo en su cabeza.

—¿Y? ˆ—¿Está segura de que quiere saberlo?

Necesitaba oírlo.

—Sí —dijo.

—Es casi seguro que Vuk fue quien mató a Stefano y, probablemente, también a su novio.

—¿Quién es? —preguntó tan tensa que temió romperse.

—«Vuk» era el apodo de Vlado Ilic, el marido de Ekatherina

Smolensko, en la guerra de los Balcanes.

41

No supo ni cómo llegó a la moto. Pero cuando se sentó en ella, se echó a temblar. Círculo cerrado.

Trece años persiguiendo a un fantasma y finalmente…

Ekatherina Smolensko había dado la orden. Vlado Ilic la había ejecutado. Era lo más lógico dada la urgencia del tema después de la visita de Rafa a la naviera. Un Rafa que había firmado su sentencia de muerte sin saberlo.

No podía subirse a la Honda y regresar a Barcelona. No en su estado. Buscó la forma de serenarse y lo consiguió a duras penas. No solo era el temblor, también la falta de aire, el peso en el pecho, el vértigo en la cabeza. Trece años obsesionada. Trece años de culpa irrefrenable. Estuvo a punto de llamar a Beatriz Puigdomènech para contárselo.

—He resuelto el caso.

No lo hizo. Más tarde quizá. Si hablaba con la psiquiatra igual se venía más y más abajo, rompía a llorar… Y no tenía lágrimas.

La segunda opción, telefonear a Juan, también la apartó de su mente.

Todavía no. ¿Qué podía hacer Juan?

Pruebas, pruebas, pruebas…

Si no se detenía a Vlado Ilic llevando encima aquella pistola, o se la encontraba con sus huellas en un registro, tampoco serviría de nada.

Vlado Ilic. ¿Trabajaba en Seamar?

El silencio en torno a la prisión de Brians 2 era, por un lado, apacible, pero por el otro, lúgubre. Allí se hacinaban hombres cargados de años sin vida, o con vida pero sin libertad. Toda cárcel tenía la gris pátina de sus secretos ondeando en forma de bandera invisible más allá de sus muros.

Subió a la moto y, muy despacio, la llevó hasta el primer bar que encontró. Era un restaurante llamado Aqqua. Lo único que quería era tomar un café, algo que la vivificara, pero ya era la hora

de comer y optó por serenarse a través de la lógica. No creía tener hambre, pero los canelones que pidió, recomendados por el camarero, estaban muy buenos. Lo remató con unas almejas y un arroz con leche. Para cuando terminó, sus manos ya habían dejado de temblar.

También sabía cuál iba a ser su siguiente paso.

¿Qué había hecho Ekatherina Smolensko después de que ella hablara con su hermano Víktor? Salir de Seamar, ir a ver a su padre y después pasarse por aquella nave en Badalona.

¿Por qué?

Pagó la cuenta, regresó a la moto y deshizo el camino rumbo a Barcelona hasta entrar en la Ronda de Dalt y enfilar por ella en dirección Besos. Llegó a Badalona en cincuenta minutos con el cielo cubierto y amenazando lluvia. Recordaba perfectamente la ubicación de aquella pequeña nave industrial. De pronto tenía frío. Y no era solo por ir de un lado a otro en moto en pleno mes de enero.

La nave industrial seguía tan solitaria como el día anterior. Estudió la fachada, construida con ladrillos de obra vista en no muy buen estado. Ninguna ventana, una puerta central grande y otra lateral pequeña, las dos metálicas y perfectamente cerradas. Era imposible pasar desapercibida allí, porque era la única persona viva de los alrededores, así que no trató de ocultarse. La nave estaba unida a otra por el lado izquierdo, pero por el derecho daba a una calle. Caminó hasta ella y levantó la cabeza. Vio tres ventanas pequeñas a una altura de unos cinco metros y otras tres por encima de los siete u ocho. Las primeras protegidas con barrotes. Las de arriba, no. La pared seguía siendo de ladrillo. Incluso había tramos rotos y con agujeros.

No era una escaladora, pero con el calzado adecuado…

Siguió mirando las ventanas, calculando sus opciones, valorando si valía la pena o no, si estaba loca o no.

Una nave industrial, ¿y qué?

¿Otra vez su instinto?

¿Para qué quería una naviera una nave industrial en un polígono de Badalona?

Acabó de estudiar el terreno. Por la parte de atrás la nave se comunicaba con otra que daba a una calle paralela. Por lo tanto, los

únicos accesos se encontraban delante, en las puertas de la fachada, y en las ventanas del lateral derecho. Volvió a la entrada principal y paseó la mirada por los alrededores. Había dos empresas delante, una con las puertas cerradas y otra con la central abierta de par en par. Se dirigió a ella y metió la cabeza. Vio cajas y más cajas. No se oía nada.

—¿Hola?

Tuvo que repetirlo una segunda vez, más alto. Al fondo oyó una voz masculina.

—¡Voy!

Esperó. Por si acaso cinceló en su rostro una sonrisa franca y llena de encanto. El hombre que caminó hacia ella lo agradeció. Era grandote y llevaba un mono más negro que azul debido a la suciedad y la grasa. El empleado no le tendió la mano, pero se sacó un trapo del bolsillo trasero y se limpió ambas un poco.

—¡Buenas tardes! —se animó al detenerse ante su visitante con los ojos muy abiertos.

—Buenas tardes. Disculpe que le moleste.

—No, qué va, diga, diga. ¿En qué puedo ayudarla?

—Había quedado en esa nave de aquí delante. Bueno, digo yo, porque veo que no tiene ningún rótulo y a lo peor es que he tomado mal las señas. Voy un poco perdida.

—Sí, esto está apartado —reconoció el hombre—. ¿Por quién preguntaba?

—No, por nadie en particular. Ya le digo que había quedado con una mujer. Llevo un rato esperando y no sé qué hacer. Era por un trabajo, sabe usted.

—Pues aquí no es que estén todos los días ni tampoco a todas horas. —Se guardó el trapo de nuevo sin haberse limpiado demasiado—. Vamos, no es que yo esté pendiente, pero entran y salen poco. Hay un par de hombres que algunas épocas suelen trabajar todos los días, pero no siempre, y de vez en cuando veo que llega un camión y luego se va. Ni siquiera sé a qué se dedican. El camión entra, cierran la puerta, y al cabo de un rato o unas horas, sale de nuevo. No puedo decirle mucho más.

—¿Y a la mujer, la ha visto? Es morena, atractiva.

—Sí, ahora que lo dice sí, pero aún es más raro verla aparecer por aquí. Aparca el coche, un Audi, y luego es vista y no vista, eso

es todo. El que más suele venir es uno trajeado, con el pelo largo por detrás y barbita, con una pinta…

—Así que no sabe a qué clase de negocios se dedican.

—Pues no, no.

—Me parece que me han hecho perder el tiempo —lamentó Magda—. Siento haberle molestado.

—¡Para nada, mujer! ¡A mandar! ¡Y que tenga suerte!

Salió a la calle y no perdió más tiempo. Tenía que ir a casa para cambiarse de ropa. Ni siquiera quería pensar demasiado. No deseaba oír a sus malditas voces interiores. Estaba dispuesta a actuar, y a hacerlo ya.

Ya.

Tardó poco en llegar, conduciendo sin cometer estupideces. Subió a su piso y se metió en el baño. Allí estuvo sentada en el inodoro un buen rato. Era un sitio magnífico para relajarse. Una isla. La tarde se movía rápida y el cielo empezaba a oscurecerse. No tendría que esperar a la noche para volver a Badalona. De todas formas, tanto daba que lo hiciera a las siete como a las doce de la noche. Si la pillaban la encerrarían por allanamiento de morada, asalto…

Fue a la habitación, se desnudó y escogió unos vaqueros gastados y ajustados, un jersey y una cazadora negra que se ceñía a ella como un guante. Lo último fueron unas zapatillas deportivas con buenas marcas en las suelas, para afianzarse bien, y con la punta lo más fina posible, para incrustarse entre los ladrillos de una pared de obra vista. También recogió una linterna y se aseguró de que funcionara. Cuando acabó se miró en el espejo.

Llevaba todo el día intentando no pensar en Ekatherina Smolensko y su marido. No era fácil mantener el equilibrio. Pero se rindió cuando iba a salir de casa.

Miró la hora. Beatriz Puigdomènech estaba entre dos visitas.

La psiquiatra se puso al aparato antes de que muriera el primer tono. Los móviles tenían la ventaja de permitir saber quién llamaba sin tener que contestar «¿Sí?», «¿Dígame?» o «¿Quién es?».

—Magda.

—Llamo solo para decirle una cosa. Necesitaba…

—Adelante.

Tomó aire. Llevaba años deseando expresar aquello en voz alta.

—Sé quién mató a Rafa.

Beatriz Puigdomènech no le preguntó el nombre ni cómo lo había sabido. Lo único que le importaba fue lo que preguntó de inmediato.

—¿Y qué va a hacer?

—No estoy segura —dijo Magda.

—Yo creo que sí, o no llamaría.

No iba a pedirle permiso de manera explícita para actuar, pero se dio cuenta de que era como si lo hiciese.

—Solo necesitaba decírselo.

—¿Para sentirse en paz consigo misma?

—Supongo. —Empezó a pensar que aquella llamada había sido un error.

—Magda. —La voz de la psiquiatra era neutra, como casi siempre—. Llame a su amigo, el policía.

—Lo haré.

—Ahora.

—Ahora tengo algo que hacer, confirmar una cosa.

Era raro que Beatriz Puigdomènech levantara el tono de voz. Pero esta vez lo hizo.

—¡No está en condiciones y lo sabe! ¡No puede tomar ninguna decisión bajo esa presión!

—La telefonearé mañana, se lo prometo.

—¡Magda!

Cortó la comunicación y dejó el móvil en silencio.

42

De noche, la zona de las naves industriales estaba mal iluminada. La bombilla más cercana, colgada de un poste de madera, proporcionaba un halo de luz mortecina a unos diez metros de la entrada del edificio de los Smolensko. Tampoco era excesivamente tarde: las ocho. Pero para el caso parecía que fueran las tres de la madrugada. No se veía un alma y el silencio era absoluto.

Para estar segura, pasó con la moto un par de veces por delante de las dos puertas, la grande y la pequeña, de la fachada principal.

Tampoco vio luces en las ventanas laterales. Ocultó la Honda entre las sombras del edificio que daba a las ventanas, por si de todas formas tenía que salir corriendo, y se preparó para su aventura.

La palabra tenía connotaciones curiosas. Aventura.

Comenzó a trepar por la pared de ladrillos con sumo cuidado. Una caída de un metro era un salto. Una de dos metros, otro un poco más largo. Una desde tres metros ya se convertía en un riesgo. Desde más arriba…

Hacía frío, pero empezó a sudar. Las zapatillas se incrustaban entre las hendiduras de los ladrillos. Lo malo eran las manos. Con el frío y sujetándose a veces solo con las yemas de los dedos, pronto dejó de sentirlos y pasó a notar el dolor. Y, con él, la angustia.

Llegó a las ventanas del primer nivel, las que estaban protegidas con rejas de hierro. Pudo sujetarse a ellas. No quería mirar abajo pero lo hizo. Sin embargo, no sintió vértigo. A pesar de ello se le retorció el estómago y el sudor, más la tensión, estuvo a punto de marearla.

Continuó hacia arriba. Las tres ventanas con barrotes estaban a una altura de unos cinco metros, pero, desde ellas, la distancia hasta el suelo parecía ser mucho mayor. Afianzó los pies en los barrotes y ganó con mayor soltura el último tramo, hasta la primera de las tres ventanas del segundo nivel. No eran muy grandes, más bien se trataba de ventanucos. Tendrían medio metro de alto por

unos sesenta centímetros de largo. Los cristales eran opacos y estaban cerradas.

Con extremo cuidado, pegada a la pared como una lapa y sujetándose con una mano, sacó la linterna del bolsillo y con ella golpeó el cristal de la ventana. Le bastó con un golpe seco y duro. En el silencio de la noche sonó como si se tratara de una pequeña explosión. Barrió los cristales de los lados con la misma linterna y por fin pudo afianzarse mejor, introduciendo las manos en el hueco para sujetarse en el alféizar.

Se alegró de estar en forma.

Colarse dentro de la nave ya fue mucho más sencillo. Mientras caía del otro lado, sobre una especie de repisa metálica, pensó en lo que no había reflexionado hasta ese momento, probablemente por negarse a dejar la menor rendija abierta en su locura. Pensó que estaba dentro, sí. Pero ¿cómo iba a salir de allí? ¿Por la puerta, cerrada con llave?

Igual tenía que pasar la noche escondida en la nave, o llamar a Juan. Si no encontraba nada estaría perdida. Bueno, quizá lo estuviese igualmente.

Intentó olvidarse de sus miedos y encendió la linterna. Estaba en una repisa metálica de un metro de ancho, protegida con una barandilla, que venía a ser una especie de pasadizo, un altillo habilitado en la parte alta de la nave y que daba la vuelta por completo a su perímetro. Se comunicaba con la pasarela inferior mediante algunas escaleras, también de hierro, situadas en las esquinas. Iluminó la nave desde arriba y se encontró con un espacio vacío en el centro. Del techo colgaban cadenas de hierro y argollas bien sujetas a unas vigas no menos grandes, como si allí se movieran cargas pesadas.

Caminó por la pasarela hasta la primera escalerita metálica y bajó al siguiente nivel. Desde allí llegó a la planta. A un par de metros de donde se encontraba vio unas oficinas, o al menos eso parecían. Las paredes eran de cristal y la puerta de madera. No estaba cerrada con llave. Se coló dentro y empezó a registrar, primero, los papeles de la mesa. La mayoría estaban escritos en una lengua que no entendía. Tampoco sabía si era ucraniano o… serbio, porque el alfabeto era distinto pero había palabras que le recordaban más a una lengua balcánica, eslava, que no a una de

influencia rusa o eslava oriental.

Se sentó en la silla del despacho, sujetó la linterna con la mano izquierda y examinó los cajones. En apariencia todo era normal, vulgar. Se dio cuenta de que en la mesa no había ningún ordenador. Eso significaba que quien se sentaba allí traía y se llevaba su portátil cada vez. Una precaución fuera de lo común. Tampoco vio ningún teléfono fijo.

Se levantó para escudriñar los archivadores. Dos. Eran metálicos, con cuatro cajones cada uno. Abrió el primero y vio, alineadas, un sinfín de carpetas sujetas a dos barritas laterales. Miró media docena. Había algunos papeles en español, pero la mayoría seguían siendo en un idioma desconocido. En el segundo archivador, en cambio, encontró algo interesante. Parecía un listado de barcos y, detrás de cada uno, la ruta que había seguido a través de diversos puertos.

Sin embargo, no parecía haber nada delictivo allí. Tampoco vio palabras relacionadas con armas, del tipo que fueran.

Salió del despacho y barrió con la linterna los lados de la nave. No había nada en el centro, un espacio destinado a la carga y descarga, pero sí en los laterales: herramientas, maquinaria. No era pesada, más bien parecía idónea para trabajos manuales. No entendía muy bien para qué servían, pero en una mesa encontró algo que, finalmente, le paralizó el corazón.

Un polvillo extraño, oscuro. Lo olió, se lo llevó a los labios. ¿Pólvora?

Siguió caminando hasta dar con el siguiente indicio. A los pies de uno de los mostradores encontró una caja. La abrió: estaba llena de vainas vacías. Casquillos de bala de un calibre alto, porque medían unos siete u ocho centímetros de largo sin carga.

Magda apretó los puños. Allí fabricaban o arreglaban armas para reconvertirlas de nuevo en elementos útiles. Un taller clandestino. La prueba.

No supo si echarse a reír o a llorar. Pero de momento no hizo ni lo uno ni lo otro. Se metió dos vainas vacías en los bolsillos y continuó su registro un poco más nerviosa. Al llegar a una de las esquinas se detuvo, se dio la vuelta e iluminó el interior de la nave.

¿Se trataba solo de una impresión o era más pequeña por dentro que por fuera? No, no era solo una mera impresión. La nave estaba

dividida en dos, y ella se encontraba en la parte grande.

La puerta de la segunda sección, metálica, en la pared frontal a la de entrada, estaba cerrada con llave y la protegía un candado. La nave tenía un doble fondo, u otra extensión en la parte de atrás. No había cerraduras en la oficina, pero sí allí. Por lo tanto, al otro lado…

Buscó algo con lo que romper el candado o abrir aquella puerta. Encontró un par de barras de hierro para hacer palanca. Las llevó hasta el candado y probó con la primera hasta que la rompió. La segunda aguantó más, pero el resultado final fue el mismo. Esta vez no la rompió del todo, pero la dobló como si fuera de mantequilla. El candado resistía. La única solución era romperlo.

Y no con un simple martillo.

Lo que necesitaba apareció al pie de otra de las mesas de trabajo, junto a varias herramientas pesadas. Un buen mazo. Casi parecía el martillo de Thor. Tuvo que cogerlo con las dos manos y meterse la linterna en la boca para poder levantarlo. Fue hasta la puerta con él y el candado solo resistió tres golpes. La cerradura saltó con estrépito.

Magda se quedó en suspenso. Había hecho un ruido de mil demonios. Pero seguía el silencio.

Abrió la puerta de la trastienda de la nave y vio las cajas. Eran muchas, perfectamente alineadas, y todavía no estaban cerradas. Cajas de madera con una base de serrín o paja. En la primera, pistolas de todos los tipos. En la segunda, fusiles de asalto, también variados. En la tercera, miles de balas, amontonadas, como si fueran a venderse a granel. En la cuarta, granadas de mano. En la quinta…

Las examinó todas.

No entendía de armas, pero sabía diferenciar un lanzagranadas de un bazuca, un lanzamisiles tierra-aire de una ametralladora como las que las tropas de los señores de la guerra africanos instalaban en las partes de atrás de sus camionetas. También encontró una caja que contenía en exclusiva los famosos Kalashnikov de los que le había hablado Yorgen.

Armas y más armas. Viejas y reparadas. Listas para ser llevadas a donde fuera.

Había dado con un maldito taller clandestino.

Se quedó unos segundos en suspenso.

—Ya está —se dijo en voz alta, casi como si rezara—. Ya está, lo tienes.

Así era: lo tenía.

Ahora lo esencial era salir de allí. Se acercó a la puerta que separaba el almacén de la parte principal de la nave y fue en ese instante cuando oyó el ruido. El chasquido de una llave en una cerradura.

Instintivamente apagó la linterna. Todo quedó a oscuras. Hasta que se abrió un hueco al frente. La puertecita lateral que daba acceso al lugar desde la calle.

Magda dejó de respirar.

La persona que acababa de entrar hizo algo más: conectó las luces de la nave principal. El almacén siguió a oscuras.

Magda solo tuvo tiempo de ocultarse detrás de aquellas cajas.

¿Era mala suerte que apareciera alguien justo en el momento en que ella estaba allí?

Cerró los ojos al comprenderlo.

Una alarma.

Silenciosa.

Y la persona que había entrado abriendo con su llave desde luego no era un policía. Era el dueño de todo aquello. La alarma no estaba conectada con una empresa de seguridad, sino con su propia casa.

Oyó la voz.

—¡Vamos, sal, sé que estás ahí!

Pensó en llamar por teléfono. Pero si lo hacía, aunque hablase en voz baja, el hombre acabaría oyéndola. Otra opción era mandarle a Juan un *whatsapp*. Decirle dónde estaba.

Al día siguiente, cuando encontrasen su cadáver en el Besos, si es que no acababa en una caja rumbo a África, meterían a todos los Smolensko en la cárcel.

Sintió un ramalazo de amargura. No era justo.

—¡No lo compliques! —gritó la voz—. ¡Podemos arreglarlo! ¡Si has entrado a robar te dejaré marchar, te lo juro! ¡Un error lo comete cualquiera! ¡Y sé que estás solo, porque la cámara ha captado un único cuerpo!

Magda se maldijo a sí misma. ¿Cómo no había pensado en una alarma silenciosa conectada con la casa de… de quién? ¿Víktor,

Ekatherina? ¿Quién era el hombre que acababa de entrar? Había hablado con Víktor Smolensko y no tenía aquel acento.

Un acento cerrado.

—¡Si me haces perder el tiempo, te juro que te mato! ¡Y si vas armado, olvídate de perder la cabeza! ¡Yo también lo estoy!, ¿ves?

No podía verlo, pero lo imaginaba.

Aquel maldito acento…

Los pasos se acercaban al almacén. Pero, por lo menos, ella seguía a oscuras.

—¿Estás ahí adentro? Bueno, eso es malo, muy malo para ti. Incluso me da que pensar. Quizá después de todo no seas un vulgar ladrón. Quizá después de todo seas la periodista metomentodo que apareció ayer, ¿verdad?

Magda casi se orinó encima. Asesinada y mojada.

El hombre ya estaba casi en la puerta del almacén. Cuando entrase en él encendería la luz.

Se atrevió a levantar un poco la cabeza aprovechando la oscuridad. La luz de la nave le permitió ver al intruso. Cabello negro, ropa informal. Llevaba una pistola en la mano.

No tenía miedo.

¿Vlado Ilic? Vuk, el lobo.

Magda sintió algo parecido al terror. Aquella pistola…

—¡Escucha, podemos llegar a un acuerdo! ¿No te gustaría tener un buen dinero que gastar? ¡Venga, no seas estúpida! ¡Hagamos las cosas bien! ¡No tenemos por qué llegar a esto! ¡Sal de una vez! ¡No tienes dónde esconderte!

Vlado Ilic llegó a la puerta del almacén. Encendería la luz en dos segundos.

Magda estaba escondida entre dos cajas, casi frente a la puerta, a unos cuatro o cinco metros de distancia. En una había fusiles. En la otra, granadas. No tenía ni idea de si estaban operativas. Cogió una. Tenía un pasador. En las películas se quitaba ese pasador o una argolla, y a los cinco segundos… ¡bum! La pregunta era si tendrían allí las granadas tan a punto, con el riesgo de que se produjera un accidente.

Ni idea. Pero, de todas formas, lanzó la granada al otro lado del almacén.

Lo siguiente sucedió muy rápido. Primero, Vlado Ilic encendió la

luz. Segundo, se lanzó hacia el lugar donde había caído la granada rebotando por el suelo. Tercero, Magda salió de su escondite y echó a correr en dirección a la puerta.

No hizo el menor ruido, aprovechando el acolchado de sus zapatillas. Pero los latidos de su corazón y el jadeo de su respiración no podían disimularse. Salía por el hueco cuando el disparo del hombre levantó astillas en el quicio.

Siguió corriendo. Su cabeza iba a mil. Nunca llegaría a la puerta de la nave industrial antes de que Vlado Ilic la alcanzase. Ni podría abrirla si, como era lógico, él la había cerrado con llave después de entrar. Y si no era así, si a pesar de todo estaba abierta, nunca llegaría a la moto sin antes caer en sus manos o recibir una bala.

Ya no tenía donde esconderse.

Intentó que su último pensamiento fuese para Rafa.

—¡Quieta!

Esperó el disparo, pero este no llegó. Ya no era necesario. El marido de Ekatherina Smolensko corría tras ella.

Magda volvió la cabeza. ¿Se detenía y le hacía frente?

Cuatro metros, tres. Le vio la cara.

Vuk, el lobo.

Y entonces…

Fue extraño. En un momento, el hombre corría. De pronto, al siguiente, sus pies se levantaron en el aire, por delante de él, y con el cuerpo haciendo una extraña y grotesca pirueta se puso a volar.

Un vuelo solitario.

Cuando cayó de cabeza, limpiamente, con el cráneo impactando sobre el cemento del suelo, lo que se oyó con claridad fue un crujido.

Un crujido de huesos astillados.

Un crujido de muerte.

Vlado Ilic sufrió dos, tres convulsiones, como si fuera un robot cortocircuitado. Después se quedó quieto.

Magda contempló la escena, alucinada.

Miró la mancha de grasa, dejada por algún camión, sobre la que él había resbalado.

Miró la pistola, todavía sujeta en su mano derecha.

Y miró el cadáver, inesperado, pero real, del hombre que trece años antes había matado a Rafa.

43

No era la primera vez que le sucedía.

Ni siquiera se reconocía a sí misma.

No sentía nada.

¿Había llegado hasta allí en moto? ¿Era posible? ¿Había conducido de noche, como una autómata, sin darse cuenta de lo que hacía?

La cancela del jardín estaba abierta. Vlado Ilic había salido corriendo, sin pararse a cerrarla. No tuvo más que cruzarla para llegar a la puerta de la casa. Llamó al timbre con la mano izquierda mientras sujetaba la pistola con la derecha.

Primero, le había quemado la mano. Después ya no.

Unos pasos al otro lado. La cara de Ekatherina Smolensko cambió al verla. Luego se encontró con el cañón del arma entre los ojos.

Levantó las manos. Un gesto instintivo. Bizqueó ante la pistola y dio un paso atrás. Otro. Con el siguiente, Magda, ya dentro de la casa, cerró la puerta a su espalda.

Estaban solas, no se oía nada.

—¿Qué está haciendo?

Magda no le contestó. Siguió caminando paso a paso, despacio, mientras la mujer retrocedía al mismo ritmo. Estaban ya en un lujoso salón, cargado y abarrotado de adornos. El cerebro de Ekatherina parecía trabajar a toda prisa. Sus ojos se movieron nerviosos.

—¿Se ha vuelto loca? —masculló rabiosa.

—Cállese —le pidió Magda.

La dueña de la casa miró más atentamente la pistola. La reconoció. No era un arma usual. Parecía antigua. Una pieza de museo.

—¿Dónde está Vlado? —quiso saber.

La palabra sonó deliberadamente cruel. Quería hacer daño.

—Muerto.

—¿Qué? —balbuceó la viuda.

—Muerto —se lo repitió.

La reacción no fue de dolor, sino propia de una gata salvaje.

—¡Maldita hija de puta! ¿Qué está diciendo?

Magda tensó todavía más la mano armada, el dedo en el gatillo. A Ekatherina Smolensko le bastó con verle los ojos para saber que iba a disparar. Eso cortó su primera reacción, pues estaba dispuesta a saltarle encima.

Tenía las uñas largas, cuidadas. Cuchillas de mujer.

—¿Lo ha… matado? —Tuvo un leve estremecimiento.

—Me gustaría decirle que sí, pero lo ha hecho él solo. Llámelo justicia poética.

La mujer expresó todo el odio que sentía.

—Morirá por esto —dijo.

—¿Yo? —Sonrió Magda.

—¿Qué va a hacer?

No hubo respuesta.

Era como si se lo pensara. Por primera vez.

—Escuche… —habló Ekatherina con voz quebrada—. Si es por lo de su novio…

—¿Así que sabe quién soy? —suspiró con tristeza.

—¿No comprende que aquello fue… inesperado? ¡No tenía…!

—Vino a verles. Su hermano estaba en Ucrania, su padre enfermo. Quedaba usted. Se asustó y avisó a su marido. Un tiro en la nuca y problema resuelto, ¿verdad? Total, ¿qué es una vida en su mundo?

—¿Quiere dinero? ¿Es eso?

—¿Piensa que puede comprarme?

—¡No sea estúpida!

La mano armada describió un pequeño semicírculo en el aire. Apenas noventa grados. Fue una reacción inesperada. El cañón golpeó a Ekatherina en la mejilla y dejó en ella un sesgo rojizo. El impacto hizo que diera un paso atrás, tropezara con la alfombra y cayera de espaldas sobre una butaca. Magda se detuvo a menos de un metro, por si a la mujer se le ocurría revolverse.

Empezaba a faltarle el aire.

Quería apretar el gatillo.

Recordaba a Rafa, en la morgue.

—¡Usted no es ninguna asesina! —chilló Ekatherina Smolensko —. ¡Es periodista! ¡No puede matarme!

—Todo el mundo puede matar. —Fue lo último que dijo ella.

Apretó el gatillo. Creía que el estruendo la ensordecería, pero no fue así. Más bien sonó como un simple petardo de la verbena de San Juan. Ekatherina se tapó la cara con las manos y gritó, despavorida. Tardó un par de segundos en darse cuenta de que seguía viva y otros dos en comprender que no sentía dolor.

Miró a Magda.

Segundo disparo.

La primera bala se había incrustado en la butaca, por encima de la cabeza de la mujer. La segunda lo hizo en el lado izquierdo. La tercera en el derecho.

Magda ni siquiera sabía cuántas balas tenía aquella condenada pistola. Pero siguió disparando. Disparando. Como en una atracción de feria, silueteando a la mujer que había ordenado matar a Rafa.

Cuando la pistola se quedó sin balas, sonó un chasquido.

Sus ojos se encontraron.

—¿Y ahora qué? —gimió una alucinada Ekatherina Smolensko.

El primer golpe había sido con el cañón, sobre la mejilla de su rival. Esta vez la golpeó con la culata, en la cabeza, una, dos, tres veces, hasta que comprendió que ella estaba inconsciente y que, si seguía machacándola, acabaría cometiendo el asesinato que estaba tratando de evitar con el último vestigio de control que le quedaba.

Magda se quedó de pie, jadeante, viendo como la sangre caía por la cara de Ekatherina.

Una vez más, la devoró el tiempo.

Acompasó la respiración. Finalmente sacó el móvil del bolsillo y llamó a Juan.

Le dijo «Ven», o algo parecido. Quizá algo más.

Se sentó frente a la desvanecida mujer y esperó la llegada de los Mossos.

TRES DÍAS DESPUÉS

44

Victoria Soldevilla se levantó al verla aparecer. Rodeó la mesa, abrió los brazos y la sepultó en su pecho estrechándole la espalda con ambas manos.

—Cariño…

—Eres peor que mi madre —logró gemir Magda.

La dueña y directora de la revista se separó lo justo sin dejar de sujetarla, ahora por los brazos.

—¿Cómo estás?

—Bien —asintió ella.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—¡No sé! —Hizo un gesto como si la desbordaran las emociones —. ¡Por Dios, Magda!

—Ya está, de verdad. Estoy bien. No es que me haya quitado un peso de encima, pero estoy bien. Supongo que lo iré procesando poco a poco y lograré asimilarlo.

—¿Por qué no te tomas unos días?

—¿Para hacer qué?

—Vacaciones.

—Ya me tomé unas vacaciones, ¿lo has olvidado? Y, encima, luego me fui a Malta.

—¡Te fuiste a Malta metida en un lío de mil demonios! — Victoria se cruzó de brazos—. ¿Ya has acabado con la policía?

—Sí.

—¿Todo bien?

—Claro.

—¿Y ella?

—¿Ekatherina? En el hospital, pero sin problemas. Tranquila, que no voy a terminar en la cárcel. Lo de Ilic también se ha demostrado que fue un accidente. A Víktor Smolensko lo detuvieron anteayer. Ahora les queda investigar los barcos y… Bueno, ya no es cosa mía. ¿Leíste lo que te mandé ayer?

—Lo devoré.

—¿Y qué tal?

—¿Lo preguntas en serio? —Puso cara de expectación—. Vamos a doblar la tirada. Dejando al margen que atraparas a los asesinos de Rafa, todo el reportaje en sí es una bomba. ¡Santo Dios! ¡Lo de Stefano Bonardi, el *Yakir* hace trece años, el tráfico de armas, lo del *Poseidon Spirit* ahora, las navieras de Malta y Ucrania, el taller clandestino…! —Bajó un poco la excitación—. ¡Casi te matan, pero este va a ser uno de los reportajes de tu vida!

—Creo que es «el» reportaje de mi vida. —Bajó los ojos.

—Estás loca, pero reconozco que cuando te metes en algo…

—Mi psiquiatra también cree que estoy loca. —Sonrió un poco.

—¿La has visto?

—Sí, antes de venir aquí.

—¿Y qué tal?

—Nada. Hemos hablado y ya.

—Puede que ahora dejes de necesitarla —consideró Victoria.

Magda no dijo nada.

Trece años sin Rafa. Trece años sintiéndose culpable. ¿Podía terminarse todo de pronto por el simple hecho de haber cerrado el caso? No lo sabía. Ni tampoco era el momento de pensar en ello.

Victoria volvió a abrazarla, esta vez con menos ímpetu. Después la cogió de la mano y la llevó al sofá. La hizo sentarse. Parecía necesitarlo más ella que Magda.

La mirada fue de ternura.

—No sé cómo no la mataste —dijo.

—Yo tampoco —reconoció ella.

—Con esa pistola en la mano…

—Me quedaba un atisbo de cordura. Supongo que me aferré a él. Pensé que, ahora más que nunca, tenía que vivir por Rafa. Vivir por los dos.

—Tenía mucho miedo, hasta que anoche, cuando leí tu artículo, comprendí que estabas de vuelta. No se puede escribir algo tan bueno sin estar centrada.

—Sabes que cuando escribo lo estoy.

Victoria le echó un vistazo al reloj.

—¿Vamos a comer juntas? —le propuso.

—De acuerdo.

—Así hablamos un poco.

—¿De qué?

—Bueno, ya que no vas a tomarte un descanso, quiero saber qué es lo siguiente en que vas a meterte.

—Tengo algo en mente.

—¿Ya?

—Sí, bueno, he de investigar y…

Victoria se echó a reír.

—A veces me das miedo —confesó.

—¿Por qué?

—No sé si estás loca, obsesionada…

—Soy periodista.

Lo dijo como si fuera un mundo, un universo entero. Posiblemente fuera así.

Victoria volvió a reír.

Sus pasos se perdieron en dirección a la puerta y el sol in vernal que las esperaba fuera.

Agradecimientos, créditos y algunos detalles

La información utilizada para crear la historia de *La conexión maltesa* ha sido abundante y significativa. Comenzaré por dar las gracias a todos los medios de los que me he servido para extraer datos, pequeños o grandes, pero siempre esenciales para dar rigor y verosimilitud al relato. De entrada, las hemerotecas de *El País, El Periódico* y *La Vanguardia*, así como las agencias EFE y AP. Seguiré con los periódicos malteses *Times y Malta Independent*, este último utilizado en la novela tanto para el caso Caruana como para crear al imaginario periodista Yorgen Vai. Partes todavía más esenciales se las debo a iARMS e IBIN, así como a la Interpol y UNODC, pero, sobre todo, a los archivos de WikiLeaks en Internet, a los que accedí para leer decenas de cables de casos reales en los que están basados algunos hechos modificados en la novela.

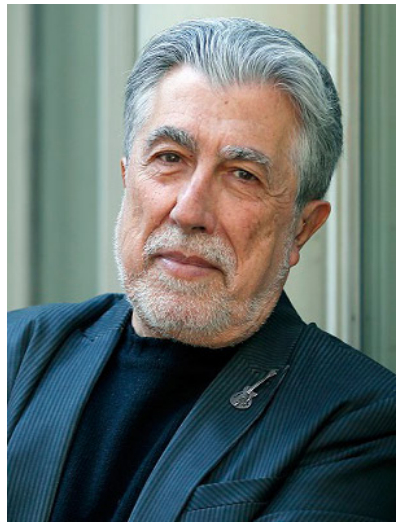
Toda ficción no es más que eso: ficción, entretenimiento. En muchas novelas los escritores decimos eso tan trillado de que «cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia». Pues bien, no es así en este caso. *La conexión maltesa* bebe de tres hechos reales utilizados para conformar la trama policíaca que sigue mi personaje. En 1984 fue asesinado en la Modelo de Barcelona el mafioso francés Raymond Vaccarizi. Un sicario le disparó desde una casa al otro lado de la calle cuando él se asomaba a la ventana para ver a su mujer. Días después se produjo la fuga de su lugarteniente, ya planeada antes del asesinato de su jefe, en medio de una ensalada de tiros que sacudió a la ciudad. En 2008 los piratas somalíes secuestraron el barco *Faina*, ucraniano con bandera de conveniencia de Belice, cargado con tanques y armas destinados a Sudán del Sur. El secuestro se convirtió en un incidente

internacional, por el miedo de que la carga acabara en la convulsa Somalia, con los estadounidenses dispuestos a hundir el barco y las negociaciones del rescate llevadas a cámara lenta por la variedad de involucrados. Finalmente, en 2017, el barco maltés *Mekong Spirit* fue retenido en el puerto de la isla griega de Creta, cargado con armas y explosivos también destinados a Sudán. El barco había salido de Valencia e hizo escala en Barcelona. Poco después serían detenidos los socios ucranianos de la naviera en Barcelona.

Estos tres incidentes, cambiando la fechas y, por supuesto, los nombres, han servido para dar verosimilitud a la trama de la novela. Todo lo que se cuenta en ella es real, con especial énfasis en los talleres clandestinos de armas que en los últimos años han sido desarticulados por las fuerzas del orden españolas en infinidad de puntos de nuestra geografía.

La realidad supera a la ficción. Y nos servimos de ella para recrear esa ficción.

Jordi Sierra i Fabra, 2021



JORDI SIERRA I FABRA (Barcelona, 1947) fundó y dirigió las principales revistas de *rock* en España durante los años sesenta y setenta. En 1972 publicó su primer libro y desde entonces ha escrito más de quinientos, y ha ganado cincuenta premios literarios. Su obra ha sido traducida a más de una treintena de lenguas. En 2007 recibió el Premio Nacional de literatura del Ministerio de Cultura; en 2013 el Iberoamericano al conjunto de su obra; en 2017 la Medalla de Oro de las Bellas Artes y en 2018 la Creu de Sant Jordi. En 2004 creó la Fundación Jordi Sierra i Fabra, en Barcelona, y la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra, en Medellín, Colombia. Desde entonces se concede un premio que lleva su nombre a un escritor menor de dieciocho años. En 2010, sus fundaciones recibieron el premio IBBY-Asahi de Promoción de la Lectura. En 2012 se inauguró una revista literaria en línea, gratuita, www.lapaginaescrita.com, y en 2015, el Centro Cultural de la Fundació Jordi Sierra i Fabra, en Barcelona, obtuvo la Medalla de Honor de la ciudad.